LUIS MARÍA CAZORLA

TETUÁN y LARACHE 1936

En el corazón del Protectorado español de Marruecos, donde la traición es moneda de cambio y el destino se decide en la sombra, un golpe militar cuya cabeza principal es el general Franco está en trance de cambiarlo todo



ALMUZARA

NOVELA HISTÓRICA

LUIS MARÍA CAZORLA PRIETO

TETUÁN
Y LARACHE
1936

© Luis María Cazorla Prieto, 2025
© Editorial Almuzara s.l., 2025
Primera edición: abril 2025
Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Editorial Almuzara • Colección Novela histórica
Edición de Ángeles López
Corrección: Helena Montané
Conversión a e-book: Javier Díaz Martínez
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com
Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005, Córdoba
ISBN: 978-84-10528-51-2

Dedico esta novela a mi muy querido nieto Francisco de Asís Cazorla Sánchez-Gómez, para mí Currito, lleno de fuerza vital que se remonta a sus tatarabuelos paternos y maternos que pisaron las tierras de Tetuán y Larache, el primero como modesto y laborioso comerciante y el segundo como alto comisario y militar del más alto rango.

Parte primera

La tensión en el protectorado español de Marruecos, Ceuta y Melilla en la primavera de 1936

Capítulo I

La tensión social se dispara en Larache

1

Pedro Robi lleva varios años alejado de la actividad de la Lixus número 446B, logia masónica de Larache, pero no ha sabido decir que no. Se lo ha pedido Antonio Ontavilla, maestro del grupo escolar España de Alcazarquivir que hace gala de un republicanismo radical y que se ha desplazado a Larache para asistir a una tenida. Aunque Robi es de forma de actuar muy diferente, siente por él respeto intelectual y ha acabado cediendo ante su insistencia de que se vieran allí ese mismo día.

***

La tenida se acaba convirtiendo en un auténtico torbellino rojo. Ontavilla ha exigido a grito pelado y en tono amenazante que las autoridades de Larache y Alcazarquivir sean destituidas por su «muy deficiente y lamentable republicanismo». Cuando apunta contra los militares, sobre todo contra los del grupo de Regulares Larache número 3 acuartelados en Alcazarquivir, y los acusa de hacerle la vida imposible, Robi se echa las manos a la cabeza en señal de desagrado, se tapa los ojos y opta por marcharse, calcular la hora a la que podía terminar el mitin de izquierda radical en el que la tenida se ha transformado, tomarse un café en un bar de la calle Chinguiti situado enfrente del hotel España y volver al final de todo para hablar con Ontavilla.

En la puerta de La Vinícola, local donde la reunión masónica se ha celebrado, logra quedarse a solas con su amigo. Lo encuentra desfigurado, con los rasgos faciales deformados por la tensión, como si un tupido velo de saña y odio los hubiera envuelto. El saludo es forzado, de los que pugnan infructuosamente por salir de lo formal, de lo obligado pero no querido.

—Echas pestes contra todo y contra todos, incluso contra compañeros y amigos —se arranca Robi molesto por el extremismo

del que ha hecho gala aquel maestro de Alcazarquivir con quien ha coincidido en ciertos momentos movido por la simpatía de ambos por Azaña aunque hace tiempo que se han distanciado políticamente. Ontavilla se ha radicalizado y Robi se ha moderado, siempre atento a lo que conviene a los negocios de Casa Ninet de la que es director-gerente.

Ontavilla inunda la frente con mil arrugas, enarca las cejas y con un gesto acerado da suelta a su hablar pedregoso.

—Pedro, la situación política es mala y hay que reaccionar. Hemos ganado las elecciones de febrero, pero nos ha valido para poco. Los que mandan ahora en el Protectorado siguen el juego a los de siempre, que no dejan de tener la sartén por el mango.

Robi se hunde en un profundo silencio. Quiere evitar una conversación con peligrosas aristas. Quiere acabar, porque la exaltada palabrería de su interlocutor le está resultando incómoda y empieza a llamar la atención de los muchos que transitan por la calle Chinguiti, entre ellos varios con estrellas de oficial en su uniforme del Tercio y de Regulares. Como no se arredra, Robi tiene que romper su silencio.

—Tranquilízate, Antonio, creo que exageras y ves demasiados fantasmas a nuestro alrededor —le adelanta en un tono con el que quiere echar agua a la actitud incendiaria de su interlocutor. Estas palabras más que de agua hacen de aceite. Ontavilla se inflama aún más e irrumpe desmadejado.

—Pero estás ciego, ¿qué me dices de las ambigüedades del melifluo coronel Múgica?, ¿qué me dices del acoso de algunos militares enfurecidos por las verdades como puños que *El Heraldo de Marruecos* y Hurtado, su director, publican?

Robi opta por no contestar. Enmaraña una mirada perdida en los edificios que bordean la calle Chinguiti, espina dorsal de la ciudad del Lucus, mira el reloj y, con la excusa de lo tarde que se ha hecho, precipita la despedida con un ademán que prácticamente deja a Ontavilla con la palabra en la boca.

Aunque solo ha conseguido aprobar alguna asignatura de primero de Derecho, Francisco Tenoll, Paco para familiares y amigos, se las da de abogado. Lo hace con tanta desenvoltura que ha convencido a casi todo el mundo en Larache.

La pasantía que hizo en Madrid con el catedrático Tomás Gómez Piñán le ha servido para presentarse con ínfulas al abogado larachense Juan Sánchez Ferrero y ofrecerle sus servicios, «mientras el ambiente en Madrid se calma y puedo volver a la Facultad de Derecho a terminar las pocas asignaturas que me quedan», le dijo, cuando en realidad tiene por delante casi toda la carrera. Se calló como un muerto que había tenido que salir corriendo de Madrid por su implicación en el caso Nombela, que, además de haber acabado en un juzgado penal, había dado la puntilla a un Alejandro Lerroux considerado incandescente durante muchos años.

Tenoll se acercó a Sánchez Ferrero alentado por afinidades políticas. El abogado es un belicoso falangista, que da muestras públicas de ello con tolerancia de las autoridades. Le gusta pasearse por la avenida de la República y la plaza de España alardeando símbolos falangistas y con una actitud provocadora bajo la mirada complaciente de bastantes militares. A Sánchez Ferrero, atento a la caza de clientes, el desparpajo y la seguridad de Tenoll no fue lo que le acabó de convencer. Lo hizo que Tenoll fuera hijo de Magdalena Ninet, la hija mayor del comerciante José Luis Ninet que puso la primera piedra de lo que en 1936 es la próspera Casa Ninet, una de las firmas comerciales cabeceras de la parte occidental del Protectorado español en Marruecos. Magdalena y su hermana Amparo han tenido la suerte de encontrar en Pedro Robi, marido de esta última, alguien capaz de dirigir con acierto los negocios familiares y de suavizar las diferencias que surgen entre ellas. Robi sabe cuidar de las dos ramas de la familia y, aunque ha sufrido con su sobrino varias experiencias desafortunadas, tiene que mimarlo como único hijo de Magdalena. Sánchez Ferrero acabó incorporando a Tenoll como algo más que pasante con la seguridad de que le sería útil para captar a Casa Ninet y a Robi como clientes.

3

Casi se dio de bruces con el hijo de Amparo cuando, en un atardecer del mes de junio, Robi se dirigía a su casa y le atrajeron los gritos de un grupo de hombres con predominio de los jóvenes que se dirigían al Casino militar, templo de la conspiración y de la ociosidad inaugurado por Manuel Fernández Silvestre en su lejana etapa de comandante general de Larache.

A la cabeza de los manifestantes iba Juan Sánchez Ferrero mirando a un lado y otro y deformando el rostro con gestos estridentes que contribuían a transmitir sus órdenes verbales. Aunque entre tanto alboroto no se percibía con nitidez lo que coreaban desgañitándose, descollaban consignas contra el traslado de José Antonio Primo de Rivera de la cárcel Modelo de Madrid a la de Alicante el cinco de julio.

Según se acercaban al Casino militar y el ruido se hacía más apreciable, la puerta de este centro se iba llenando de personas que salían del interior. Eran sobre todo militares uniformados con distintivos de las unidades y cuerpos a los que pertenecían.

A Robi le venció la curiosidad. Aunque es hombre de despacho, de conversaciones a pocas bandas, aquel espectáculo le acabó atrayendo. Ya cerca del Casino se paró para contemplar lo que también había succionado la atención de la mucha gente que paseaba a aquella hora por la plaza de España y que colmaba los numerosos cafés y bares desparramados por los alrededores.

«Es él, sí es él, no cabe duda», se dijo queriendo no creérselo del todo. Pero tuvo que creérselo. Con ojos ávidos y chispas de indignación Robi comprobó que uno de los que gritaban era Tenoll.

Su primera reacción fue abalanzarse sobre él y afearle que lo que estaba haciendo perjudicaba los negocios de una Casa Ninet que tenía que entenderse con todos, a lo que dañaba mucho las extremosidades políticas, sobre todo alardeadas a la vista de todo el mundo.

Pero logró contenerse. No era el momento adecuado para hacérselo ver y la reacción de su sobrino podría crearle una situación embarazosa. Además, había crecido el número de militares

plantados en la puerta del Casino, la gran mayoría complacidos por lo que estaban presenciando. Entre ellos creyó reconocer a algún oficial de intendencia con el que mantenía frecuentes contactos comerciales. La última imagen que captó poco antes de tomar la calle Cervantes para encaminarse hacia su casa fue la de Antonio Moreno Farriols, capitán del batallón de las Navas de Tolosa conocido por su desembozada militancia en la Falange.

4

En la mañana siguiente Robi busca la excusa para ver a Tenoll. Es propietario de varios pisos en uno de los edificios que componen el telón de fondo de la plaza de España y tiene la intención de alquilarlos a personas que le merecen crédito. Hay que redactar los correspondientes contratos y encuentra en ello la ocasión de empezar a pasar asuntos al despacho de Sánchez Ferrero, como su sobrino le ha pedido reiteradamente.

Con este cebo, Tenoll aparece por las oficinas de Casa Ninet a última hora de la tarde del día después de sus alardes falangistas callejeros.

«Este hijo de Magdalena es un problema desde que nació. Es una fuente permanente de líos —reflexiona Robi poco antes de recibirlo —. Muy jovencito fueron un quebradero de cabeza los intentos fallidos de entrar en la academia militar y las gestiones de toda clase que me vi obligado a hacer para contentar a mi cuñada y que las desavenencias familiares no dañaran los intereses comerciales que compartimos. Me lo llevo a Guinea Ecuatorial para abrir nuevos negocios y tenemos que salir de allí corriendo acuciados por un oscuro episodio de asesinato de una joven negra. Se va a Sevilla a estudiar y no sé cómo se mete de hoz y coz —continúa recapacitando— en la casa de los marqueses de Esquivel, vive todos los preparativos del golpe del general Sanjurjo en Sevilla y tiene que salir de allí por piernas. Llega a Madrid y se lía con el caso Nombela. Hay que reconocer, sin embargo, que la misma habilidad que tiene para meterse en problemas, la tiene para escabullirse cuando saltan a la luz pública. Sea como sea, si no estuviera por medio su madre,

lo mandaría a la mierda, pero tengo que aguantarlo e intentar que los berenjenales políticos en los que se esté metiendo ahora no terminen perjudicando a Casa Ninet», concluye con muestras de preocupación en la cara.

Robi prende ceremoniosamente un pitillo, se arrellana en el sillón que cruje como si no esperara el cambio de postura y sigue firmando los documentos que se apilan en las carpetas acumuladas en el lado derecho de la mesa mientras llega Tenoll.

***

La primera parte de la entrevista transcurre a plena satisfacción para ambas partes. Robi encarga a su familiar la redacción de los contratos de arrendamiento y le anuncia que pronto le enviará más asuntos.

Hasta ahí va todo a pedir de boca, pero los rostros se crispan cuando comenta que le ha disgustado mucho verlo gritando consignas políticas por la zona más concurrida de Larache en la manifestación falangista del día anterior.

A estas palabras sigue un pesado silencio en el que Tenoll, que todavía no ha terminado de saborear el caramelo de los encargos profesionales, acopia fuerzas para contestar de forma que no eche al traste el beneficioso paso para él que su tío acaba de dar.

—Hay que hacer algo para que España salga del caos total al que el Gobierno del Frente Popular la está llevando —argumenta esforzándose en manifestar calma, algo difícil abrasado en su interior por las llamas de la indignación contra los enormes problemas de orden público que España vive en aquellos días de junio de 1936—. Comprendo que no te guste que me manifieste en las calles, tu estilo es más de círculos cerrados y conversaciones entre pocas personas, pero no es momento de remilgos, los verdaderos patriotas, con independencia de su ideología, han de contribuir cada cual a su manera a poner fin al deterioro que la patria sufre sin saber hasta dónde puede llegar —afirma con la mano formando un puño que proyecta violencia.

Robi se recompone en el sillón, se acaricia la barbilla y prosigue

con palabras templadas.

—Puedo estar de acuerdo contigo en que España vive momentos muy difíciles y que el desorden, los asesinatos y la violencia en general reinan por todas partes —reconoce moviendo las manos con ritmo sosegado congruente con el tono que quiere imprimir a lo que dice—. ¡Qué me vas a contar a mí que, a la vista de lo que está pasando, he decidido suspender el viaje que todos los años hago a Madrid en primavera, a pesar de lo mucho que me gusta! Pero no es buen camino combatir los problemas con más gritos, más aspavientos y, sobre todo, más violencia —apenas puede acabar, pues Tenoll, engallado, se reincorpora en la silla y toma la palabra lanzando dardos llameantes.

—Tío, no es momento de componendas y medias tintas, para salvar a la patria hay que emplear todos los medios, incluso la violencia, si es necesaria —proclama con las venas del cuello hinchadas.

—Cuidadito con la violencia. Te refieres a ella sin medir sus consecuencias y olvidando que engendra más violencia —contrargumenta Robi enarcando las cejas y haciendo un ímprobo esfuerzo de contención para que aquello no acabe como el rosario de la aurora.

La conversación sufre un parón en el que las palabras son sustituidas por los ruidos del trasiego de personas y mercancías que se divisa por la parte superior acristalada de una puerta que más abajo anuncia la condición de director-gerente de quien la ocupa. Tenoll se agacha buscando algo en la cartera con la que quiere dárselas de abogado. Es una especie de librito donde se recogen consignas políticas de las que echa mano en determinados momentos. Con rasgos faciales afilados se pone a leer mientras que el desconcierto sella la cara de su interlocutor.

—Si nuestros objetivos han de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia —proclama leyendo textualmente parte de uno de los primeros discursos de José Antonio Primo de Rivera como líder de la Falange—. Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admirable que la de los puños y de las pistolas

cuando se ofende o a la justicia o a la patria —concluye con los ojos ahogados en un torrente de irracionalidad.

Estas palabras dan pie a un silencio gravoso solo interrumpido por el trajín que sigue reinando en el almacén.

Tenoll no baja la mirada, no arría la bandera de la agresividad, aguarda pendenciero la contestación apretando con las dos manos el libro azul, dispuesto a soltar, si fuera preciso, la dinamita argumentativa que encierra.

Robi saca arrestos y, con un ademán conciliador de la mano derecha, reclama responsabilidad:

—Por favor, mide las consecuencias que tus pasos políticos pueden tener para tu futuro profesional y para los negocios de la familia, piensa que verte por la calle gritando consignas políticas no le gustaría nada a tu abuelo Ninet, a quien todos debemos tanto— arguye.

Pero, a pesar de los años que ya tiene y lo intensamente que los había vivido, Robi es ingenuo confiando en que su llamada a la responsabilidad contribuya a meter en vereda a su familiar.

— No reduzcas todo a unos gritos lanzados en plena calle —replica Tenoll como si hubiera recibido un puyazo—. No somos cuatro locos que vamos provocando. Somos mucho más que eso y algunos como tú no acabáis de entenderlo, aunque espero que pronto se te caiga la venda de los ojos — añade haciendo un gran esfuerzo por dominar la violencia.

Robi lee en los ojos soliviantados del otro algo inquietante: una vez más Tenoll se está metiendo en un lío bajo la férula de Sánchez Ferrero. Respira arañándose los alveolos pulmonares para concitar unos segundos que le sirvan para aclarar qué le conviene más: zanjar la reunión o ahondar en las opiniones de su interlocutor para replicar mejor.

—No entiendo lo que quieres decir con lo de que se me caiga la venda que me tapa los ojos —salta Robi descansando la cabeza sobre la mano izquierda ahuecada. El tono calmo de estas palabras produce un rápido efecto en su destinatario, que adopta una línea argumentativa mucho más sosegada hasta tal punto que parece otra persona.

—Sí, tío, tienes que darte cuenta de que en España hay un verdadero clamor contra el desorden, las quemas, los asesinatos y los atropellos que son constantes en la vida diaria. La indignación no es únicamente de la derecha política, va mucho más allá —razona el joven con un mohín de intriga que da a entender más que las palabras.

Robi sabe a lo que su interlocutor se refiere. Tiene noticias del ruido de sables que quiere salir al paso del caos en el que España se sumerge cada vez más. Es notorio que los traslados de los generales Franco, Goded y Mola a destinos alejados de Madrid y de las grandes concentraciones de fuerza militar responden a un plan preventivo de acciones antigubernamentales. Pero opta por tirarle de la lengua para conocer si tiene en la cabeza algo más.

—¿Hasta dónde puede llegar la indignación de la que hablas? —pregunta con buscada ingenuidad.

—Venga, tío, no te hagas el despistado. Estás perfectamente al tanto de todo lo que ocurre en el Protectorado. Tus tentáculos en Tetuán, el respeto que te tienen en muchas cabilas y, sobre todo, lo que mandas en Larache y toda su zona seguro que te han puesto al corriente de la enorme indignación que reina entre los militares de todo el norte de África.

—Me parece a mí que tú estás más enterado que yo de lo que se pueda estar cociendo gracias a las amistades que has hecho desde que has vuelto a Larache —comenta Robi con la intención de seguir tirando del hilo resbaladizo. Su interlocutor pica estimulado por colocarse en la conversación por encima de quien tiene enfrente.

—Sin ir más lejos, es deleznable la constante campaña antimilitarista del *Heraldo de Marruecos*. Andrés Hurtado, su director, está empeñado en soliviantar tanto a los militares que, por mucho que se esconda en el callejón donde está la sede del periódico, un día puede sufrir un serio atentado — irrumpe Tenoll con aire amenazante reforzado por el vaivén agresivo del índice de la mano derecha.

—Ándate con cuidado, Paco, ándate con cuidado, no te metas en más líos que ya te he tenido que sacar de bastantes, tengamos la

fiesta en paz en una Larache donde nadie nos quita el ojo de encima.

—Es intolerable lo que dicen de los ingenieros militares en artículos publicados en ese nauseabundo panfleto. Cosas así no se pueden dejar pasar, hay que atajarlas, incluso con la violencia si no queda más remedio —explota Tenoll apretando los reposabrazos del sillón que ocupa.

Robi desvía ligeramente la mirada hacia los cartapacios amontonados en un lateral de su mesa de trabajo. Casi sin solución de continuidad, la fija en su sobrino y su semblante dibuja algo parecido a una sonrisa.

—Me parece que exageras. *El Heraldo de Marruecos* no se mete con los ingenieros militares como corporación y menos con el ejército en general. Admito que en ocasiones puede ser irrespetuoso, pero tampoco hay que tomarse las cosas tan a las bravas y amenazar con la violencia. Es más, creo recordar que su crítica se centraba en el mal estado de la carretera de Beni Arós, y los repartidores de Casa Ninet saben muy bien lo complicado que resulta transportar los suministros hasta allí por el pésimo estado de lo que mejor llamemos pista —alega Robi con hablar sosegado.

—No me vengas, tío, con tu buenismo de siempre, la situación no se arregla con buenas palabras, se arregla a tiros si no queda más remedio y a ese extremo creo que estamos a punto de llegar. El coronel Múgica se ha inhibido del asunto, se ha escabullido encogiéndose de hombros cuando le debería preocupar mucho como jefe de la circunscripción. No me extraña que el capitán de la comandancia de ingenieros Prado agrediera en la calle a Hurtado y que se haya armado un follón que ha obligado a intervenir al Colegio de Abogados de Tetuán, y a mi jefe a tomar cartas en el asunto para impedir que Hurtado se aproveche de su condición de abogado, cuando el asunto le afecta como director de un periódico, no como abogado —concluye Tenoll haciendo alarde de lo informado que está.

Robi lleva ya un rato escuchando sin escuchar, ausente de una conversación en la que su interlocutor se ha ido envalentonando. Esboza un gesto para ver lo que su reloj de pulsera marca. Lo que

hablan se ha deslizado hacia aguas movedizas en las que no conviene adentrarse más.

Es tarde, el reloj anuncia las nueve de la noche. Los últimos ruidos de la actividad del almacén se han apagado. Todo languidece menos el entusiasmo de un Tenoll empeñado en convencer a su familiar.

Robi no puede más. Se ha apoderado de él el amargo convencimiento de que su sobrino está metido en una manada de lobos hambrientos de revancha alimentada por la violencia. Precipita la despedida adobándola hábilmente con que se volverán a ver pronto para confiar nuevos asuntos al despacho de Sánchez Ferrero. Mientras que Tenoll expone sus últimas opiniones, una punzante idea zascandilea por su cabeza. Los negocios de Casa Ninet y los que ha emprendido por su cuenta reclaman llevarse bien con todo el mundo. Él, a pesar de sus pasadas simpatías liberales y masónicas limadas con el tiempo, ha sabido convivir con todas las facciones políticas y militares. Tiene que continuar actuando de la misma manera. ¿Por qué desechar que en un futuro Tenoll puede ayudar a llevarse bien con los energúmenos que gritan por la calle si es que llegan al poder?

Después de irse Tenoll se queda solo, salvo los dos vigilantes que hacen guardia toda la noche. Decide esperar unos minutos más. Necesita digerir los presentimientos que la conversación que acaba de tener han avivado. Sigue cavilando mientras negros pajarracos revolotean en torno a lo que elucubra. Al cabo, se levanta trabajosamente del sillón como si el peso de muchos años hubiera caído de sopetón sobre sus espaldas. Saluda al vigilante apostado cerca del portalón pintado de tan rabioso azul añil que la noche no consigue apagar, y de repente se para. Contempla los edificios que lo rodean, la cercana escalera que salva un desnivel y la calle descendente que termina en el edificio con rasgos modernistas de su casa. Cree percibir un rumor lejano que procede de los establecimientos que permanecen abiertos en la no lejana Plaza de España y sus aledaños. Pasea de nuevo una parsimoniosa mirada por el espacio cercano. Le parece que la vida ha quedado en suspenso, estancada en un instante, paralizada por una enorme piedra que no permite que evolucione hacia lo que anuncian los

presagios que le llegan desde puntos muy distintos. Pero los primeros pasos que da atizan de nuevo sus temores: aquel tiempo inmóvil no existe, bajo su estática apariencia los problemas bullen, los odios arden y los enfrentados afilan sus cuchillos dispuestos a ensangrentarlos. Con las manos entrelazadas en la espalda como si con este gesto pudiera convocar un sosiego que se le niega contumazmente, se siente tan abatido que entrega su mente al desenfreno de lo sombrío.

Capítulo II
Un nuevo negocio en Tetuán a la vista

1

Isaac Muchatiel tiene el mismo aspecto físico que tenía Abraham, su padre. Es pequeño, apenas sobrepasa el metro y medio, y de carnes enjutas; en cualquier momento un soplo del fiero levante que azota Larache de vez en cuando se lo puede llevar. Pero algo lo distingue de su padre: habla por los codos, parece que todas las palabras que Abraham se ahorró, su hijo las dilapida a puñados.

El hábito hace al monje podría decirse de los Muchatiel, padre e hijo. El primero, procedente de la gascona Auch, era un modesto profesor de lengua y literatura francesas, primero, en la escuela de la Alianza israelita de Larache abierta en 1902 y más tarde en la de Rabat. Su capacidad de hablar se agotaba en las clases que impartía con esmero. Cuando dejaba el aula, el candado de las palabras se cerraba y su herrumbrosa cerradura se abría en contadas ocasiones.

Isaac es totalmente diferente. Había nacido en Rabat, poco después de que su familia llegara de Larache por un merecido ascenso después de la buena labor que su padre había realizado en tierras del río Lucus. Desde niño mostró dotes para el trato social y un afán por aprender idiomas. Junto al francés, su lengua materna, centró casi todos sus esfuerzos en aprender otros idiomas, para lo que mostraba grandes cualidades. Al español, árabe, alemán e inglés acabó dedicando muchas horas con buen fruto. Abraham observaba a su hijo con una mezcla de admiración y extrañeza preguntándose qué partido podría sacar encerrado en Rabat de tanto poliglotismo. Nunca imaginó que estos conocimientos lingüísticos le abrirían las puertas de una lucrativa actividad y no precisamente de la de profesor de idiomas.

***

Joshua Cohen había progresado tanto que su casa comercial era de las punteras del Protectorado francés en Marruecos. Establecida

inicialmente en Casablanca porque su puerto facilitaba las transacciones comerciales, había trasladado la sede a Rabat siguiendo la estela de la capitalidad del Protectorado francés que impuso el Residente General Hubert Lyautey.

Pronto comprendió las ventajas de Larache como plataforma para su expansión en el Protectorado español y acabó instalando una sucursal en su ensanche. Los comerciantes principales de la activa comunidad judía de esta ciudad, como Judah Castillo, Sefarti Benchimol y Moisés Abituol, no vieron con buenos ojos su llegada, pero no les quedó más remedio que apretar los dientes y competir con él.

Cohen acabó asentando sólidamente sus negocios en el Protectorado español gracias a la alianza comercial que trabó con José Luis Ninet, el fundador de Casa Ninet cuya dirección, tras su muerte, había recaído en manos de su yerno Pedro Robi. El acuerdo al que llegaron en los primeros años del siglo para suministrar a un importador inglés dos mil sacos de cereales de cien kilos cada uno y situarlos en Southampton fue el disparo de salida de una larga carrera que reportó suculentos beneficios a las dos casas.

***

Isaac Muchatiel, a pesar de que su físico le ayudaba poco, se había convertido en un auténtico hombre de negocios. Sin regularidad precisa, aparecía por Larache en calidad de apoderado general de la casa Cohen. Muerto Joshua Cohen, sus hijos no se sintieron capaces de gestionar los negocios que heredaron y depositaron su confianza en Isaac para que les siguieran dando cuanto necesitaban para alimentar el ritmo de vida que mantenían en sus prolongadas estancias en París en detrimento de su presencia en Rabat y de la atención que requerían unas actividades comerciales prácticamente en manos de Muchatiel.

***

Aunque hace calor que, unido a la humedad, aconseja ir ligero de ropa en aquella mañana preveraniega, Muchatiel franquea la puerta

del hotel España que da a la calle Chinguiti enfundado en un elegante traje de color arena, más propio del hotel Negresco de Niza que del establecimiento larachense, a pesar de que, en el colmo del refinamiento, presuma este último de que las sábanas de sus camas son de la máxima calidad procedente de Holanda.

Sefarty, el fiel y obsequioso recepcionista, sale a su encuentro del mostrador instalado al fondo de la entrada, cerca de las escaleras que conducen a los salones y al comedor en el primer piso y a las habitaciones en el superior. Muchatiel es de los huéspedes distinguidos para los que Amparo Mas, la fundadora del hotel, y Federico Gómez Mas, su hijo, exigen de sus empleados que los avisen inmediatamente de su llegada.

Mientras completa los trámites, aparece Federico. Apuesto y distinguido, continúa la escuela de su madre, con los ingredientes añadidos de la elegancia que pide el prestigio que el hotel larachense ha alcanzado hasta rivalizar con los mejores de Tánger. «Vengo exclusivamente para una reunión importante con Pedro Robi, que debo mantener antes de otra con una destacada personalidad en Tetuán», le aclara Muchatiel haciendo gala de su locuacidad, para anunciar a continuación que ha quedado a comer ese mismo día con Robi y pedirle para ello una mesa discreta porque «lo que tienen que hablar es delicado».

***

El comedor está de bote en bote aquel pegajoso día de finales de mayo. El hotel España y sus dependencias se han convertido en centro preferido de reunión para todos, los que pintan algo en Larache, sean comerciantes, militares o funcionarios.

El encuentro podría ser uno más de los muchos que Muchatiel y Robi celebran desde hace tiempo. Aunque las relaciones de las casas que ambos representan vienen de los tiempos de Ninet y Cohen, los dos respectivos fundadores, con el paso del tiempo Casa Ninet se ha transformado en una importante plataforma de distribución en el norte de África español de los productos de todo tipo provenientes de la zona francesa e incluso de las colonias de Francia en el

occidente de África central. Casa Ninet, por su parte, ha llegado a ser base destacada de distribución de productos de origen español en el Protectorado francés y las colonias cercanas.

Pero el de aquel día no es un encuentro más de los muchos en los que ambos analizan la marcha de los negocios y se reparten beneficios. Como los minutos se deslizan y siguen enmarañados en generalidades, Robi empieza a estar incómodo. Conoce a su socio y sabe que las caras tan largas y el aire de preocupación no son normales. El colmo es cuando, enzarzados en comentarios banales sobre la llegada de Rabat de una partida de bicicletas Peugeot, que, dotadas de refinamientos, chocan con la tosquedad de las españolas, pilla a Isaac con la mirada perdida en la azulejería afiligranada de vivos colores que recubre hasta media altura la parte inferior de las paredes del comedor.

—Bueno, basta de rodeos y cuéntame lo que te ha hecho viajar inesperadamente a Larache —se lanza Robi arrugando la frente hasta poblarla de hondas arrugas transversales.

Aunque está a la espera del segundo plato, un exquisito pez espada recién pescado en el inmediato océano Atlántico, el judío extrae un cigarro de la cajetilla que reposa sobre la mesa, prende un cigarrillo con lentitud, exhala un chorro de humo y posa en su interlocutor una inquietante mirada.

—Estoy preocupado, Pedro, estoy muy preocupado — repite Muchatiel—. Tú quizá no lo notas tanto como yo porque estás inmerso en ello, pero yo lo noto una barbaridad y lo peor es que va a más —adelanta Muchatiel con tal gravedad que petrifica el momento.

—Estás volviendo a los rodeos sibilinos del bueno de Joshua Cohen que sacaban de quicio a mi suegro Ninet. Háblame claro porque no te acabo de entender y no me cabe duda de que no has viajado a Larache para hablar de las musarañas — exige Robi taladrando con los ojos achinados a quien se refugia en las caladas que propina a un pitillo que se consume a todo meter.

—Tienes razón, pero me disgusta tanto lo que vengo a contarte que me cuesta arrancar. En realidad, son dos cosas las que me tienen en ascuas, sobre todo una —anuncia Muchatiel mientras

apaga el cigarrillo en el cenicero para dar cuenta del segundo plato que un camarero impolutamente uniformado les ha servido.

—Me preocupa mucho el ambiente de tensión y enfrentamiento que se extiende por el Protectorado español. Se respira por todas partes. Por un lado, los amigos y simpatizantes del Frente Popular; por otro, sus enemigos y detractores, entre los que hay muchos militares que se sienten perseguidos. Lo peor de todo es que aquí no existe neutralidad ni medias tintas, o estás con unos o estás con otros. Como por nuestros negocios no me queda más remedio que relacionarme con las autoridades españolas, tengo que hacer equilibrios cada vez más difíciles, sobre todo en la frontera de Arbaua —razona Muchatiel acompañado de un movimiento de la mano derecha.

—Tienes razón, España y no solo el Protectorado está desgarrada en dos mitades enfrentadas agresivamente. Este terrible mal está llegando a las familias. Yo estoy preocupado por mi sobrino Paco, el hijo de mi cuñada Magdalena, que se ha incorporado a con los falangistas —confiesa Robi con maneras resignadas.

—Todo esto es pésimo para los negocios —replica Muchatiel con la boca medio llena.

A partir de ese momento la conversación se desarrolla con aparente normalidad, aunque Robi sigue con la mosca tras la oreja. Entre repeticiones, palabras con doble sentido e insinuaciones llegan a los postres. Robi sabe que el judío guarda algo especial que no se decide a comentar.

—Bueno, Isaac, me dijiste hace un rato que te preocupan dos cosas. Te has referido a una, que estoy seguro de que tú y yo sabremos manejar con habilidad —señala Robi con un gesto revelador de confianza en sí mismo. Teatraliza una brusca parada, levanta la cabeza y prosigue un punto provocador—. ¿Cuál es la segunda? Llevas dándole vueltas un buen rato y debe ser delicada porque no sé por qué no acabas de soltarla —pincha Robi.

Muchatiel ancla sus ojos ratoniles en su interlocutor. Respira con hondura y abre definitivamente el cerrojo que lo retiene.

Johannes Bernhardt es el nombre y el apellido que empiezan a descolgarse de la boca del judío. Lo hace con voz templada, a veces

difícil de entender, pero a Robi le parece que resuena con una fuerza muy superior a la puramente decibélica en un salón que se ha quedado casi vacío.

Muchatiel pregunta si sabe quién es Bernhardt. Robi adelanta que ha oído hablar de él, pero que no lo conoce personalmente. «Parece ser que es un tipo con muchas escamas», añade haciéndose eco de los rumores que le habían llegado sobre su trayectoria comercial, que le había llevado desde su pueblo natal, Osterode am Hartz, en la Baja Sajonia, hasta Brasil y Argentina para, después de pasar por Larache, terminar recalando en Tetuán con sucursales en varias ciudades del Protectorado. Corrían habladurías de que en este camino se había arruinado y enriquecido varias veces y que con ello había arrastrado a más de un socio. «Debe ser de mucho cuidado. No lo conozco personalmente, conozco a dos sobrinos de él que andan trajinando con mercancías en el puerto de Larache. Tienen una especie de galpón en la llamada cuesta de los alemanes», remata Robi provocando un gesto contrariado del otro que confiaba en que no supiera tanto del lado oscuro del personaje.

Muchatiel no tiene ya más remedio que largar parte de lo que le lastra: «Es un nazi influyente, manda mucho más que Langenheim, el jefe del partido en Tetuán», que suena como un enorme canto rodado que choca con todo lo que se le pone por medio.

Conocedor de sus simpatías políticas, el judío esperaba una reacción más contundente de Robi, quien, aparentando no dar importancia a lo que acaba de escuchar, se limita a espetar: «¿Y eso qué tiene que ver con nuestros negocios?».

Muchatiel prefiere no contestar por ahora a esa pregunta y sale por la tangente con un inesperado «Pues Bernhardt a ti sí te conoce», que deja a Robi descolocado. Ante la extrañeza de este último, Muchatiel, forzando una expresión complaciente, aclara que «a ti te conoce todo el mundo de Tánger a Alcazarquivir. Desde los tiempos de su fundador, Casa Ninet tiene fama de llevarse muy bien con los caídes y jefecillos de las cabilas. Tú has seguido el mismo camino y eso vale mucho hoy en día», afirma mientras que su cara traza un enigmático mohín.

—No sé bien a cuento de qué vienen esas palabras. Creo que son

una avanzadilla de lo que te ronda por la cabeza desde que nos vimos —confiesa Robi un poco harto de las dilaciones de quien tiene enfrente.

—Te repito por segunda vez, ¿qué tiene que ver el nazi ese que has mencionado con nuestros negocios. Isaac, mi paciencia se está agotando y me merezco una respuesta porque estoy seguro de que esta inesperada visita responde a algo serio —reclama Robi incorporándose con energía en la silla para acercarse más.

Las compuertas del embalsamiento verbal de Muchatiel ceden y el caudal de sus explicaciones no encuentra barrera. Con determinación despliega todas sus habilidades para convencer a Robi.

—Hace unas semanas que Bernhardt me comunicó que su ideología, su condición de hombre fuerte del partido de Hitler en el Protectorado español y las relaciones que tiene con dirigentes nazis en Berlín le impedían seguir haciendo negocios conmigo por ser judío. Te aseguro que me lo comunicó con pena porque juntos hemos ganado mucho dinero en los últimos tiempos —explica mientras que un rictus de pena se adueña de sus facciones.

Robi escucha con una mezcla de sorpresa e interés lo que le cuenta su socio, que comienza a entrar en detalles de lo lucrativas que son las relaciones con las sociedades del alemán, pero la presencia del camarero apostado en la puerta de salida del comedor le hace reparar en que la hora de cierre ha pasado con creces.

—Creo que es mejor que continuemos la conversación en otro lugar, estamos molestando —señala mientras retira la silla para levantarse.

Poco después se instalan en la terraza del café Central y advierten que la Plaza de España y sus alrededores empiezan a cobrar vida desperezándose de la siesta que ha adormecido la ciudad.

Muchatiel espera para proseguir a que les sirvan el té moruno que ha ordenado. Primero, da todo lujo de detalles de hasta dónde llegan los tentáculos comerciales de Bernhardt. «Aunque su central está en Tetuán, tiene sucursales, además de en Larache, en Tánger, Casablanca y Melilla», indica engolando la voz para dar más empaque a lo que dice. Fuerza un hiato y, como si quisiera recalcar

aún más la importancia de las redes del nazi, agrega con cierto campanilleo: «Te aseguro que yo he hecho muy buenos negocios con él», remachando sus palabras con un gesto repetido de la mano derecha. Robi, mientras que da sorbitos al té moruno, escucha atento y observa puntillosamente las expresiones corporales que secundan las palabras. No es el momento para que él hable, es el de Muchatiel, que, por fin, está dando salida a lo que lleva dentro.

—Todo eso está muy bien, pero el tal Bernhardt es nazi y, por lo que creo entenderte, quiere dejar de hacer negocios con tu casa solo porque eres judío —Robi lanza después de un rato un venablo que envenena todo lo que Muchatiel ha expuesto hasta ese instante.

Esta afirmación descoloca a este último, que, antes de tomar de nuevo la palabra, carraspea varias veces escarbando dentro de sí para perfilar la contestación más adecuada y poder adentrarse en el propósito que alienta su inesperado viaje a la ciudad del Lucus.

—Sí, es nazi ¿para qué vamos a poner paños calientes a algo que es conocido por todo el mundo? —se para durante un par de segundos eternos y retoma la palabra—. Pero, además de nazi, es un hombre de negocios a quien le gusta mucho el dinero y quiere seguir ganándolo —Muchatiel deja caer sentenciosamente con barniz de intriga.

—Bueno, ¿y yo qué pinto en todo esto? —explota el comerciante español con la frente contraída en señal de hartazgo.

Muchatiel admite que Bernhardt solo quiere guardar las apariencias, en el fondo pretende seguir trabajando como hasta ahora, pero con una tapadera, es decir, con alguien de confianza que dé la cara para presumir ante sus compañeros de partido de que ha roto con su socio judío, a pesar de los prósperos negocios que tiene con él, concluye con los ojos clavados en el otro.

—Ya entiendo todo, no te atrevías a planteármelo porque el hombre de paja que necesitáis soy yo —Robi se adelanta verbalizando lo que ha intuido desde que el otro empezó a explayarse.

—Sí, Pedro, tú eres la persona ideal para Bernhardt y para mí, reúnes todas las condiciones que requiere una alianza con la que se puede ganar mucho dinero, mucho más de lo que te imaginas —

reconoce el judío con cara distendida por haber soltado lo que había guardado tanto tiempo.

—¿Y por qué yo reúno todas las condiciones en opinión de los dos? Además, ¿de qué me conoce ese individuo? —replica un Robi que poco a poco va cayendo en las redes que le han tendido.

Muchatiel, que acaricia el éxito de su empeño, explica con brotes empalagosos que a Bernhardt le interesan las buenas relaciones de Casa Ninet con los caídes y líderes locales, «Lo que ayuda mucho a seguir haciendo los mismos negocios cuando yo esté en la sombra y Casa Ninet dé la cara», explica sin miramientos.

Pedro no despega la mirada de su interlocutor y aguza el oído. En un cierto momento pide al camarero papel para tomar notas de los posibles beneficios de los negocios con el alemán. Muchatiel, motivado por el interés que suscita lo que plantea, se adentra en detalles inadecuados para un momento en el que aún no ha recibido una contestación a su propuesta.

De pronto, Robi cierra la estilográfica, la deja caer ruidosamente sobre la mesa de mármol blanco y, proyectando una densa mirada sobre el judío, interroga: «¿Y de todo eso qué saco yo? Mi casa hace prácticamente todo como hasta ahora, la tuya figura como si lo hiciera y, si te parece, nos repartimos por mitad las ganancias», Muchatiel alega tanteando. Durante los segundos que se deslizan solo acompañados por el ruido de los vehículos que ruedan por la avenida de la República hacia la Plaza de España y a la inversa, Muchatiel teme que termine rechazando su oferta. Pero se equivoca, porque Robi abre las manos hasta tensar las palmas y contesta con aire concesivo: «Aunque tengo que pensármelo mejor y hacer algunas consultas por lo que no te puedo dar ahora el sí definitivo, en principio el asunto nos interesa», acentúa un alto y continúa adensando la voz, «Siempre que el setenta por ciento de los beneficios sea para Casa Ninet y el treinta para la tuya», reclama endureciendo la mirada. Muchatiel altera el ritmo de la respiración y, tras exhalar sus pulmones más aire del habitual, acaba cediendo.

Capítulo III

Francisco Tenoll entra en juego

Mientras hablaba hace unos días con Muchatiel de la posibilidad de hacer negocios con Johannes Bernhardt, a Pedro Robi se le ocurrió que, si encargaba a Tenoll los tratos con él, podría matar varios pájaros de un tiro. Podría entretenerlo explorando los nuevos caminos que se abrían con esa posible alianza, enfriar sus desafueros políticos, fortalecer su posición en el despacho por los asuntos que se derivaran de todo ello y hasta podría servir para mejorar las relaciones con una parte de los militares del Protectorado que le reprochaban su pasado prorrepublicano y liberal.

Pero, como no puede dar tan importante paso sin tener en cuenta la opinión de Magdalena Ninet, la madre de Tenoll y dueña de la mitad del negocio familiar, decide emprender un incómodo viaje a Río Martin, el pueblo veraniego situado en la costa mediterránea a pocos kilómetros de Tetuán. Su cuñada está instalada allí desde primeros de junio en el chalet que tiene cerca del bar Playa y de las aguas tranquilas del Mediterráneo.

Magdalena lo recibe con la cara de preocupación que pone cuando la reunión está motivada por Tenoll. «¿No habrá montado otro lío mi querido hijo?», inquiere cuando apenas ha terminado de saludar a su cuñado con la cordialidad que predomina entre ellos desde que ella empezó a vaciar su cabeza de superficialidad y derroche. «No, no te preocupes», Robi le adelanta mientras toma asiento en la terraza del chalet desde la que se divisa la apacible caricia de las olas que peinan la playa cercana.

Una vez acomodados, el visitante, tras mover la barbilla de un lado a otro como si lo que va a plantear necesitara ambientación previa, comenta: «Con mucha razón siempre te ha preocupado el futuro del tarambana de Paco». Ella reacciona con un gesto de contrariedad ante unas palabras que le resultan sobrecargadas. «No te preocupes, no pongas esa cara, que vengo a consultarte algo que puede ser bueno para tu hijo, para Casa Ninet y, en definitiva, para todos», aventura Robi.

—¿De qué se trata? —interroga Magdalena con la cara iluminada

por la esperanza de que, por fin, algo pueda enderezar la trayectoria de su hijo.

Robi congela su sonrisa y se enzarza en un detallado monólogo sobre las nuevas perspectivas comerciales de asociarse con Bernhardt a través de Isaac Muchatiel.

—¿Y eso qué tiene que ver con Paco? —le interrumpe Magdalena mientras que su labio inferior tiembla casi imperceptiblemente ante los rodeos que Robi está dando sin recalar en su hijo, a pesar del apunte de algo bueno que todavía retumba en sus oídos.

Robi se da cuenta de que los prolegómenos están enrareciendo el ambiente y con voz convincente adelanta:

—Creo que tu hijo es la persona adecuada para ponerse en contacto con Johannes Bernhardt y comprobar que lo que propone Muchatiel no son fantasías —manifiesta posando en ella unos ojos colmados de expresividad.

—¿Qué quieres que te diga? A mí me parecería estupendo y empezaría a quitarme un gran peso de encima —Magdalena hace una larga pausa para digerir del todo lo que le propone y se decide a verbalizar lo que le preocupa—: ¿Pero tú crees que Paco está preparado para ese trabajo?, ¿no nos irá a meter en un nuevo lío, ahora con ese alemán? —interroga con la duda empañando sus facciones.

Las últimas palabras propician que Robi se afane en dar explicaciones sobre lo mucho que beneficiaría a todos lo que propone. Ahonda en las relaciones de Tenoll con Sánchez Ferrero, proporciona pormenores de su liderazgo en la Falange de Larache, le comenta la participación de su hijo en manifestaciones falangistas y acaba informándole de los encargos profesionales que está haciendo al abogado para favorecer a Tenoll.

Hace un alto. Quiere observar la reacción de Magdalena ante este aluvión de datos. Como la cara de ella permanece hierática, sin traslucir nada que le proporcione pistas sobre su parecer, decide seguir adelante. «Además de todo eso, que no es poco, hay una razón muy poderosa para confiarle este asunto» —frena, pasea su mirada por un horizonte donde el último rayo de luz está siendo sepultado por un plácido Mediterráneo y señala con poco más que

un susurro: «Por mis pasadas simpatías políticas yo no soy la persona adecuada para hablar con un nazi que, para guardar las apariencias, no quiere hacer negocios con un judío, pero sí quiere seguir haciéndolos a través de Casa Ninet», manifiesta tensando el gesto.

Magdalena no abre la boca aguardando la conclusión a la que lleva el razonamiento de su cuñado.

—Creo que Paco es la persona indicada para entenderse con Bernhardt y su gente. Al ser falangista seguro que lo verá con buenos ojos y esto ayudará. Además, ganará muchos puntos ante Sánchez Ferrero, a quien también le vendrá muy bien este contacto para su carrera profesional y política. Me parece que la jugada es redonda y podemos matar muchos pájaros de un tiro —concluye convencidamente.

Por fin, una amplia sonrisa se asienta en la cara de Magdalena. Es el preludio de un «sí, creo que tienes razón, es una suerte que coincidan tantas circunstancias favorables, a ver si con esto mi querido hijo empieza a sentar cabeza», que es recibido por Robi con una mueca de alivio abriéndose camino entre la penumbra del anochecer que la tenue luz de una lámpara cercana apenas disipa.

La conversación se desliza después por la pendiente de lo intrascendente. En un momento parece que está agotada y que la despedida es su último escalón. Robi hace un marcado ademán de levantarse forzando a su cuñada a hacer lo mismo. De pie, se desplazan hacia la salida del chalet charlando nimiedades familiares. Inesperadamente, Magdalena agarra con suavidad el brazo de Robi y deja caer con aire de intrascendencia: «He oído a varios militares que tienen casa en Río Martín o la alquilan para pasar el verano hablar bien del tal Bernhardt». Un muro de silencio se levanta durante un par de interminables segundos, solo turbado por el andar cansino de dos personas que dan muestras del acarreo de los años. Robi esboza, al cabo, una sonrisa de circunstancias y comenta con desgana: «Ya se sabe que en el Protectorado hay muchos militares que tienen a la Alemania nazi como ejemplo a seguir». Intenta acelerar el paso con la intención de no dar más vueltas a lo que Magdalena ha comentado, pero ella no está dispuesta a callar lo que

le ronda por la cabeza animada por el deseo de apoyar a su hijo. «Quizá no me he expresado bien, lo que quería decir es que, además de lo que tú has señalado, las gestiones de Paco con el nazi ese pueden resultar beneficiosas para Casa Ninet por un nuevo motivo». Robi frunce el entrecejo reteniendo la pregunta que le asalta: «¿Por dónde me va a salir ahora?». «Quiero decir —continúa ella— que así estrechamos lazos con unos militares que no son los que mandan en este momento, pero que quizá mañana puedan hacerlo». Estas insinuantes palabras tienen como respuesta un lacónico «Bueno, ya veremos, no hay que ir tan lejos», antesala inmediata de una despedida afectuosa.

Parte segunda

Tenoll entra en contacto con Bernhardt

Capítulo i

La llegada a Tetuán

Atravesar con el autobús de La Valenciana a finales de junio las tierras de la Yebala para llegar a Ceuta es un auténtico suplicio del que forman parte el calor, la sequedad, el polvo, la sucesión de curvas y contracurvas, las incontables paradas y el estado general de una carretera asfaltada que, aunque ha mejorado en algunos tramos, en otros encadena baches y superficies que la hacen insufrible.

A pesar de lo agotador de un viaje de casi ciento sesenta interminables kilómetros que tiene por delante, Paco Tenoll sube al autobús en la Plaza de España de Larache ilusionado por el encargo que ha recibido de su tío, a lo que ha sumado por su cuenta una etapa intermedia en Ceuta.

Tiene que mantener un primer contacto con el enlace de Johannes Bernhardt que Isaac Muchatiel ha proporcionado y entrevistarse después con el alemán si todo sale bien. Cuando le comunicó la noticia a Sánchez Ferrero, lo animó mucho y le hizo ver lo interesante que era la iniciativa. No alegó razones profesionales para justificar el casi entusiasmo con el que recibió la información. Se centró en las ventajas políticas que para la Falange de Larache podrían derivarse de una relación directa con el influyente nazi.

Pasó en Ceuta tres días en los que sobre todo mantuvo contactos políticos siguiendo indicaciones de Sánchez Ferrero. Se entrevistó con Emilio Peregrina, jefe de la Falange ceutí, y con un grupo de militares cercanos al teniente coronel Yagüe, entre los que destacaba el capitán Francisco Ramos. Comprobó que la trama contra el gobierno del Frente Popular estaba ya muy cuajada y que los conspiradores esperaban con ansiedad el arranque sin explicarse bien las razones de los sucesivos aplazamientos.

Cogió el tren en Ceuta para viajar a Tetuán dando vueltas a lo que dejaba atrás y a le que lo convocaba en la capital del Protectorado. Pasaron los cuarenta y un kilómetros del recorrido con pasmosa lentitud impuesta por el ancho de la vía y la obsolescencia de unos materiales apenas renovados desde la inauguración de la línea

ferroviaria el diecisiete de marzo de 1918. Saboreó el fuerte impulso que las gestiones realizadas en Ceuta y las que tenía que afrontar en Tetuán podían dar a su carrera profesional y política. Tan ensimismado estaba que casi le pasó desapercibido el encadenamiento de paradas — Miramar, Castillejos, Dar Riffien, Negrón, Rincón de Mediq y Malalien— y la premiosa entrada y salida de toda clase de personas de los vagones de madera con grandes linternones que Mariano Bertuchi reproducía en la cartelería estimulante del turismo en Marruecos.

Según se acercaba el tren a la estación tetuaní, su entusiasmo era tal que le pareció que le sonría aquel bello edificio de arquitectura neonazarí con graciosos torreones en las esquinas.

***

Salta del vagón como si la maleta que acarrea estuviera vacía y desecha la ayuda de la nube de muchachos que le ofrecen transportarla a su lugar de destino en la ciudad. Ni la mezcolanza de ambientes, ni el griterío que agudiza el calor casi insoportable, ni la variedad de tipos humanos le distraen de encaminarse rápidamente hacia su alojamiento en los días que tiene previsto permanecer en la capital del Protectorado.

Deja atrás la estación con el agobio del calor pegajoso que le empapa y la ansiedad ante lo que le convoca en Tetuán. Siente alivio cuando entra en el cercano jardín de estilo neonazarí que lleva el nombre del cónsul español Isidro de las Cajigas. Las tupidas sombras que proyecta la frondosa vegetación, el gozo para la vista que supone la cuidada floristería, la gracia de los templetes y los espacios ajardinados le tientan. Duda en hacer un alto y tomarse un respiro. No lo hace, se limita a aminorar el paso, respirar profundamente y descansar la mirada disfrutando de aquel panorama que recuerda en ciertos aspectos a la Alhambra y el Generalife. La casa propiedad de Pedro Robi en la calle Luneta, a la altura del teatro Victoria, es su destino y será su vivienda durante aquellos días.

Se para. Mira con desconfianza a un lado y a otro y, sin soltar la

maleta, se aleja del bullicio circundante para apoyarse en una de las paredes de las edificaciones que jalonan el primer tramo de la empinada calle Luneta. Con la maleta atenazada entre las piernas y sin perder de vista lo que le rodea, hurga en los bolsillos de la chaqueta de hilo que viste, extrae de uno de ellos un papel con muestras de manoseo y advierte que está muy cerca de la dirección consignada. «Qué bien, ya tengo localizado el lugar de la primera cita», se dice mientras observa con cara de extrañeza la puerta de madera claveteada que da entrada a un edificio de dos plantas sin ninguna identificación que pudiera orientar sobre su destino a actividades mercantiles o a oficinas.

Después de acomodarse, se queda dormido y, ya entrada la tarde, pide a la marroquí en la casa que le sirva la comida. El calor que azota de lo lindo le aconseja no pisar la calle hasta que el ensañamiento del sol flojee y haga posible pasear por la ciudad sin desfallecer.

Sale pasadas las ocho de la tarde. Con las manos entrelazadas en la espalda sube hasta la Plaza de España bajo la maraña de cables de toda clase que casi entolda algunas zonas de la Luneta y brinda una mirada recelosa al edificio de la Alta Comisaría augurando que no tardará en ser ocupado por un inquilino distinto a un Arturo Álvarez-Buylla Godino denostado en los círculos políticos y militares que él frecuenta. A través de las calles principales del Ensanche tetuaní, en las que se dan cita una notable variedad de estilos arquitectónicos, acaba recalando en la plaza de Muley el Mehdi. Durante este recorrido una sensación de plenitud le colma.

Capítulo II
La extraña entrevista con Macarena Albelda

1

Le resulta muy raro que la dirección para el primer contacto con el intermediario de Bernhardt sea aquella.

La puerta de dos láminas de madera de la casa no tiene más señal de identificación que el número de la Luneta que, incrédulo y desconfiado, Tenoll consulta de nuevo en el papel arrugado que ha extraído de uno de los bolsillos de la americana. Nada indica que aquel anodino edificio de dos plantas pueda ser la oficina en la que tiene una cita para empezar a tratar el importante asunto que motiva su viaje a Tetuán en aquellas fechas de principios de julio.

Preso de la extrañeza, baja hasta el arranque de la calle. Advierte que varias ventanas del edificio de la cita que dan al conocido como jardín de los enamorados están cegadas y que la medina y el *mellah* están a poco más de un paso. Busca el timbre para llamar. Al no encontrarlo, tiene que golpear la puerta, al principio con suavidad para acabar contundentemente. Su extrañeza aumenta cuando le abre una marroquí envuelta en un desgastado jaique de lana que le cubre todo el cuerpo. Cuando se lo topa en la puerta pega ella un brinco de sorpresa, que hace pensar a Tenoll que más que abrirle a él ha dado la casualidad que se disponía a salir a la calle. No le da tiempo a decir nada. Aquella mujer cuya frente surcada de profundas arrugas y los ojos apagados revelan muchos años empieza a farfullar palabras en árabe trufadas de algunas en castellano deformado. Tenoll, plantado en la puerta, nota que se fijan en ellos algunas miradas de la riada de personas que, a primera hora de la mañana, transitan en sentido ascendente y descendente por la calle y se siente incómodo. Hace un ágil movimiento para esquivar a la marroquí, plantarse en una especie de zaguán y elevar el tono de la voz anunciando que venía a ver a Macarena Albelda. «Sí, Macarena Albelda», repite mientras que la mujer se ha quedado descolocada por su movimiento y el nombre que invoca.

«Maca, Maca, la *siniora*» repite la marroquí como si la invocación de este nombre fuera un ensalmo que abriera las puertas. «*Ispira*, *ispira*», añade sin parar de recomponerse el jaique ante aquel joven que llama a la puerta a una hora tan inusual para lo que constituye regla en aquella casa.

Lo deja solo un par de minutos. Tenoll rebusca con mirada inquieta cualquier indicio que le ayude a precisar a qué se dedica aquel extraño lugar.

En esas está cuando la mujeruca, arrastrando unas babuchas que debieron ser blancas en su momento, reaparece por una de las puertas y le hace ademanes aspaventosos para que entre. Cuando lo hace, cierra la puerta y, sin decir ni mu, se esfuma.

Le choca que las ventanas que dan a la calle Luneta estén cerradas y que la claridad del día penetre tenuemente solo a través de las rendijas. Varias luces bajas y un par de aparatosas lámparas de cristal convierten aquella estancia en un derroche de luminosidad artificial. La mezcolanza de elementos decorativos de rancio estilo castellano con otros de artesanía marroquí es desafortunada y se incrementa por el efecto de los numerosos espejos que cubren las paredes de aquella especie de salita de espera. Le choca también que los sillones se desplieguen adosados a las paredes y que una *chaise-longue* encajada en uno de los ángulos remate aquel batiburrillo de mal gusto.

***

No tarda en aparecer una mujer cuyos años no han barrido los últimos vestigios de la juventud. Exhibe cejas y pestañas muy maquilladas, labios carnosos, pómulos salientes y nariz bien trazada que engarza los dos lados de su atractiva cara. «Me dice Fátima que pregunta usted por Macarena Albelda», afirma con aire de dueña de la situación. «Disculpe que fuera ella la que lo atendiera. Está mayor y torpona y apenas habla español. Sirva de excusa que no estamos dentro del horario habitual de trabajo y la persona que normalmente se ocupa de la puerta todavía no ha llegado, ¡anoche acabamos muy tarde!» añade con un ligero suspiro envolviendo las últimas

palabras. «Sí, por Macarena Albelda pregunto» insiste Tenoll, que, aunque no termina de vencer su extrañeza, atisba el negocio principal al que se dedica aquel curioso establecimiento.

Un aluvión de pensamientos se despeña por la mente del visitante. «Debe haber una equivocación. No puede ser que esta señora a la que se le ve el plumero sea con quien tenga que tratar el asunto que me ha traído a Tetuán. Además, este sitio no me gusta un pelo. Pensaba que un tipo como Bernhardt me citaría para un primer contacto en uno de los imponentes edificios que bordean la plaza de Muley el Mehdi o sus alrededores», se dice a sí mismo.

—Yo soy Macarena Albelda, ¿qué quiere usted? —pregunta ella con un punto de chulería.

—Vengo de parte de Isaac Muchatiel y Pedro Robi para tratar ciertos asuntos de carácter comercial con el señor Johannes Bernhardt —adelanta Tenoll esforzándose en alumbrar un mohín de cordialidad que rebaje la gelidez de los primeros compases—. Imagino que usted me podrá poner en contacto con este señor — remacha Tenoll recalcando las últimas palabras, algo que no pasa desapercibido a la otra, que, tensionando las fosas nasales, suelta un trallazo que descompone su apariencia contenida hasta ese momento.

—La dirección, calle Luneta 10 y el nombre, Macarena Albelda, que le han dado son los correctos. Usted no ha venido a tratar un posible negocio directamente con el señor Bernhardt. Permítame que le aclare que ha venido a entrevistarse con quien este señor decida, y en este caso ha decidido que empiece por mí —zanja ella con una mueca altiva.

—Disculpe, no es esa la información que me han dado, pero si es así, usted dirá, estoy a su disposición —balbucea un Tenoll sobrepasado por lo que está viviendo.

2

Macarena Albelda tiene muchas tablas. Natural de Chiclana de la Frontera, ha trabajado en lo que se terciara desde niña. Dotada por la naturaleza de belleza sensual, cumplidos los dieciocho años

comprendió que su porvenir no lo podía dejar en manos de un matrimonio que continuara aprovechándose de su trabajo como sirvienta. Había oído que algunos vecinos mejoraban social y económicamente emigrando al norte de África. La tercera vez que esto le llegó a los oídos no aguantó más: se escaparía de casa y cruzaría el Estrecho de Gibraltar buscando mejor horizonte que el que tenía en Chiclana.

Ceuta fue su primer destino. No le costó encontrar trabajo como recadera y chica para todo en un concurrido bazar de la zona más alta de la calle Real. Pronto su físico y sus maneras desenvueltas llamaron la atención de muchos clientes del establecimiento, hasta que uno de ellos, con el que había intercambiado miradas que acabaron en la cama de una pensión alejada del centro de la ciudad, le ofreció trabajo de camarera en un local de alterne. Allí empezó la carrera que le ha llevado a regentar uno de los más selectos prostíbulos de Tetuán con clientela que, aunque variada, tiene algo en común: su capacidad de mandar o influir en esta ciudad y en todo el Protectorado español. Los reservados, habitaciones y salitas a las que el zaguán da acceso son frecuentados por destacados militares, civiles, comerciantes, comisionistas y gente de indefinidas ocupaciones. Gracias a esto circula por aquel lugar una información que su dueña sabe utilizar en su beneficio.

Johannes Bernhardt empezó acompañando a El Escondite, así se llama el prostíbulo de Macarena, a ciertos clientes a los que quería complacer especialmente, aunque él no cayera en las garras placenteras de sus escogidas pupilas. Sus visitas en los últimos tiempos han buscado exclusivamente nutrirse del caudal de información que aquel local le facilita. Macarena ha adiestrado muy bien a sus jóvenes pupilas en tirar de la lengua a ciertos personajes que, nublados por el diluvio de placer que sienten, sueltan sin freno lo que les preguntan con tal de que continúen cebando el abrasador fuego erótico.

Por este camino Macarena ha ido ampliando el objeto de su próspero negocio y aquella muchacha que había salido de Chiclana de la Frontera con una mano por delante y otra por detrás ha conseguido hacer una pequeña fortuna puesta a buen recaudo en

casas de banca de Tánger y Gibraltar. Con el transcurso del tiempo se ha convertido en una persona de toda confianza del alemán a la que agradece sus servicios con sustanciosas sumas de dinero.

***

Tenoll acaba comprendiendo que Macarena, por muy propietaria que sea de aquel local, es el primer escalón que tiene que subir para llegar al nazi. Se pone a su disposición con voz entregada. La mirada de ella se suaviza, tiende una mano complaciente hacia él y le invita a pasar a una estancia contigua.

El ambiente y la decoración de donde se instalan cambia mucho. Cuando el joven toma asiento en uno de los sillones del tresillo que complementa una mesa baja de madera oscura, le parece acomodarse en el cuarto de estar de una vivienda de la burguesía con buena salud económica.

Macarena pulsa un timbre colocado sobre la alfombra de la Escuela de Artes y Oficios de Tetuán que da calor a la estancia. Enseguida aparece una mujer española de mediana edad, menuda, con cara indefinida que remata un prominente moño, modos serviciales y un enorme delantal blanco sellando su condición de integrante del servicio doméstico de la parte del inmueble destinada a vivienda. Los dos le piden un té moruno, que les es servido rápidamente.

A partir de ese momento todo es muy distinto. La respiración tensa es reemplazada por otra sosegada. Tenoll se da cuenta del papel de avanzadilla que Bernhardt ha confiado a la llamativa dama que tiene enfrente. Ella se despoja del plumaje de mujer fatal con el que se ha presentado y adopta una actitud menos llamativa, más propia de asuntos comerciales.

Con una mirada de persona acostumbrada a mandar y salirse con la suya, Macarena se interesa por cómo ha hecho el viaje y por cuánto tiempo va a permanecer en Tetuán. «Lo que sea necesario para llegar a un acuerdo sobre lo que tenemos entre manos», revela Tenoll con cierta ingenuidad.

Estas palabras sirven de pistoletazo de salida a los asuntos de carácter comercial. Con palabras que se esfuerzan en no traslucir

excesivo interés, Macarena da pinceladas imprecisas sobre lo rentable de los negocios con Muchatiel y la necesidad de reemplazarlo «por razones que no hay que explicar», matiza con desdén. Tenoll la escucha tratando de sacar todo lo posible de unas palabras situadas en tierra de nadie y deformadas por una notable frialdad. Lleva ya un rato dándole vueltas a lo mismo cuando endurece sus facciones, se incorpora en el sillón y pregunta engordando la voz: «¿Y por qué cree el señor Bernhardt, y usted misma, que Casa Ninet es la que reúne las mejores condiciones para seguir haciendo los negocios que ahora Abraham Muchatiel no puede hacer?». Esta pregunta suena como un estrepitoso estallido que sorprende a su destinataria.

«Esperaba esa pregunta», admite ella mientras se esmera en perfilar una respuesta que, conjugada con la verdad, complazca a aquel joven del que sabe mucho más que lo que él pueda imaginar.

Después de un corto silencio, Macarena empieza a desgranar las razones por las que Casa Ninet es la más adecuada para los objetivos que se persiguen. La recomendación de Muchatiel pasa a segundo plano para dejar bien claro que lo determinante ha sido la red de contactos que sembró José Luis Ninet y ha remachado Pedro Robi con caídes y cabecillas de muchas cabilas de la Yebala, Gomara y hasta de la zona rifeña.

Durante su larga perorata Macarena parece ser otra persona. Sus rasgos faciales se han perfilado como si la montaña de maquillaje con la que se presentó hubiera menguado hasta casi desaparecer. Tenoll comienza a saborear el regusto de entenderse con ella.

Avanza la conversación y, en medio de un ambiente de mutua simpatía, ella reproduce fielmente los términos económicos del acuerdo que en su día Muchatiel había planteado a Robi. Casa Ninet se subrogaría en la situación del judío, y el acuerdo al que llegara con él «ya no era cosa del señor Bernhardt, que quiere quedarse totalmente al margen de eso», enfatiza con las palmas de las manos abiertas haciendo un ademán alusivo a que el nazi se lava las manos en ese extremo.

El tiempo corre sin límite preciso. La conversación podría haber concluido llegados al punto en el que los aspectos estrictamente

comerciales han quedado concretados hasta donde permite una primera reunión. Sin embargo, los dos tienen ganas de seguir charlando y parece que a Macarena no le espera nada mejor en aquella mañana.

Un diminuto detalle sirve para que la anfitriona encuentre el motivo para prolongar la conversación. Tenoll se incorpora en el sillón con el fin de coger el vaso de té moruno posado sobre la cercana mesita. Tras hacerse con él, advierte que solo quedan posos en el fondo y esboza una mueca de contrariedad que pone en movimiento a su interlocutora.

—¿Quiere usted tomar algo más, la mañana va pasando y todavía falta mucho para la hora de comer? Además, quiero presentarle a alguien —anuncia ella con determinación. Sin dejar lugar a la contestación, pulsa un botón y en un suspiro se presenta una persona que deja la boca de Tenoll a medio abrir y le provoca una punzada en el estómago. Aparece por la puerta una joven espigada, con movimientos gráciles que, combinados con los pómulos prominentes, la nariz rectilínea y los ojos azules que centellean, componen una estampa propia de las modelos de las revistas de moda.

—Eloísa, acércate, por favor, quiero presentarte a don Francisco Tenoll —se adelanta Macarena mientras que él observa con ojos vivos aquella belleza que, con un insinuante acento francés que le añade aún más encanto, contesta un «con mucho gusto» que inunda la habitación.

Tras las presentaciones, se enzarzan en un insustancial cambio de impresiones en el que Tenoll no despega la mirada de una Eloísa que tarda poco en despedirse con aires de penetrante sensualidad. Macarena, consciente del impacto de la joven en él, deja caer como quien no quiere la cosa: «Eloísa es muy simpática y agradable, seguro que le gustaría pasar un rato de charla con usted; si le apetece y tiene tiempo puede continuar con ella una vez que hayamos acabado nosotros», insinúa chispeante. Tenoll, en plena turbación, se parapeta en el silencio y, con un gesto únicamente interpretable por personas duchas en el oficio, reconoce que le gustaría volver a ver a la hetaira francesa. «Eloísa está a su

disposición después o cuando usted desee», insiste la meretriz antes de tantear a su visitante con un tema distinto.

—¿Cómo van las cosas por Larache? —interroga dando un giro a la conversación para hurgar en las opiniones del joven.

Tenoll traza un gesto de satisfacción y su ánimo se infla como si hubiera estado aguardando la oportunidad para exponer lo que piensa sobre la etapa política que se está viviendo desde que en febrero último el Frente Popular ganó las elecciones generales. Apunta una sonrisa ácida y el relato de la sucesión de interminables asesinatos, huelgas, quemas y violencia callejera le llena la boca. Al cabo de unos minutos de agresiva perorata, entorna los ojos, cierra los puños, tensa los músculos de la mandíbula y escupe: «En Larache estamos preparados para acabar con la maldita lacra que está acabando con España».

—Compruebo que es usted un buen español que clama al cielo para que las cosas vuelvan a su sitio y que cree que solo enfrentándose a la chusma violenta puede empezar a mejorar el caos que nos ahoga», se descuelga por las comisuras de los labios de Macarena la satisfacción por lo que acaba de escuchar.

***

Metidos ya en plena mañana, el primer contacto ha transcurrido a gusto de las dos partes. En ella han hecho mella conocer bien las ramificaciones de Casa Ninet por el territorio marroquí y las opiniones políticas que su interlocutor no ha tenido empacho en airear. Tenoll saborea la sensación de que ha causado buena impresión y confía en que pueda entrevistarse pronto con el nazi. Pero Macarena no puede ir más allá. Tiene que trasladar el contenido de la conversación a Bernhardt, y, aunque está casi segura de que el resultado le gustará y querrá conocer a Tenoll, no está autorizada a dar un paso más.

Después de unos minutos repletos de insustancialidades, ella esboza el movimiento de levantarse. «Bueno, ha sido un verdadero placer conocerlo, señor Tenoll, ya tendrá usted noticias, aunque sé que el señor Bernhardt en estos días está muy ocupado con

cuestiones relacionadas con todo lo que hemos hablado», restalla esto como anuncio de que la entrevista va para largo y de que el alemán tiene las manos metidas en la masa para poner fin a la etapa social y política que España vive.

Con andar resuelto, Macarena le acompaña hasta la puerta que da a la calle. Antes de abrirla, le comenta con un insinuante mohín facial: «Vuelva cuando quiera por aquí, le esperamos con mucho gusto, seguro que pasaría un rato muy agradable con Eloísa. Si se decide, diga que viene de mi parte», mientras que el ruido de la puerta al abrirse enturbia las últimas palabras.

Tenoll sale de El Escondite con un revoltijo de sensaciones que apenas deja hueco para que fluyan los pensamientos. Es muy entrada la mañana y la Luneta parece un hormiguero con gran variedad de tipos humanos. Se echa a un lado, lanza una mirada interrogativa a su alrededor e inspira con fuerza un aire lustrado por la pesadumbre del calor húmedo. Le apremia la necesidad de comprobar que el mundo real al que tiene que enfrentarse es el que desfila desordenadamente ante sus ojos. Lo que acaba de vivir con Macarena Albelda le resulta tan irreal, tan fuera de contexto que vuelve la mirada hacia el prostíbulo para confirmar que las horas que ha pasado allí son reales, pertenecen al mismo mundo que, a pesar de que se ha echado a un lado, casi le arrolla.

Sumido en cogitaciones contradictorias, se encamina hacia la casa en la que no sabe cuántos días tendrá que alojarse. En la imaginaria receta que lleva en el bolsillo de la chaqueta se lee con letra borrosa: «Ten paciencia y espera acontecimientos».

Capítulo iii

Johannes Bernhardt visita Dar Riffien

«Al final no me ha quedado más remedio. No me hace gracia ser yo quien tenga que desplazarse a Dar Riffien para ver a Yagüe. Lo más prudente es que hubiéramos quedado en un lugar discreto de Tetuán —reflexiona Johannes Bernhardt—, pero no hay mal que por bien no venga, cada vez me gusta más conducir el Mercedes Benz 130 que me acaba de llegar de Alemania, he tenido pocas oportunidades de hacer kilómetros con él, no son muchos pero entre ir y venir podré recorrer más o menos veinticinco kilómetros» concluye el prohombre nazi con cara de satisfacción mientras que brega por acomodarse en el asiento del coche sin arrugar demasiado su impecable traje veraniego.

Arranca el motor del vehículo que ha dejado estacionado en la plaza de Muley el Mehdi, muy cerca de la oficina que ocupa en uno de los edificios de este lugar tan señero del Ensanche tetuaní. El rugido de los cuatro cilindros y mil trescientos ocho centímetros cúbicos del motor inyecta a Bernhardt una sensación de poder que va creciendo según enfila la carretera de Ceuta y toma una desviación a la derecha para remontar la loma de la que se enseñorea el imponente acuartelamiento-ciudad del Tercio Duque de Alba, segundo de la Legión, al mando de un Juan Yagüe Blanco que combina ardiente credo legionario, cuajada trayectoria africanista y activa militancia en la Falange.

Después de identificarse en la monumental puerta principal de acceso a la instalación militar, el oficial de guardia, después de cuadrarse briosamente, le indica que el teniente coronel —lo dice con un retintín que suena a campanillas de subordinación admirativa — lo espera en el casino de oficiales.

Después, precedido por un vehículo de la Legión, atraviesa barracones, patio de armas con tribunas, comedores, polideportivos, almacenes y armerías, y acaba al pie de la corta escalera de doble rampa que conduce a la entrada del casino de oficiales. Le choca que allí mismo le aguarde Yagüe balanceándose ligeramente como si reclamara las miradas de los que entran, salen o pasan cerca de

donde está plantado. Se pasea con su visitante por las dependencias del casino, saluda a unos y a otros y le presenta a varios oficiales para acabar preguntándole si quiere tomar algo y, sin esperar respuesta, precipitar un «bueno, si no quieres tomar nada, vamos a mi despacho donde hablaremos más tranquilos».

Fue entrar Yagüe en su despacho de teniente coronel jefe del 2.º Tercio de la Legión, que ocupa desde el pasado mes de febrero, y manifestarse de manera distinta de la que lo había hecho ante sus subordinados.

Las mesas y el sillón de estilo castellano en los que se combinan el color negro de la madera tallada y el cuero repujado crean, junto con los retratos de héroes de la Legión y un despliegue de sus símbolos, un ambiente acorde con el estilo serio y trascendental al que Yagüe se ha acogido desde que ha pisado su despacho. Solo un par de escabeles, que deberían servirle para descansar sus largas piernas, alivian el ambiente de pesadumbre que impregna aquel sitio.

El anfitrión va al grano. Con muestras de ser hombre ordenado, extrae de la escribanía de su mesa una hoja de papel en la que ha escrito una especie de recordatorio de lo que quiere abordar.

En los pocos segundos en los que se entretiene leyendo, Bernhardt se incorpora en el sillón y le interpela con doble sentido: «¿Qué tal, mi coronel —le dice elevando a propósito su rango militar—, cómo va todo?».

Yagüe aguza la mirada como si buscara penetrar en la intención de las últimas palabras de Bernhardt que transmiten preocupación por los retrasos que el levantamiento ha sufrido desde que el general Mola le ordenara en su instrucción del veinticuatro de junio que esperara a la llegada de un prestigioso general que se pondría al frente de la sublevación.

Respira perceptiblemente y da una larga cambiada con voz poderosa: «Toda va bien, todo va con arreglo a lo previsto…», y se calla, pues no quiere que la conversación transcurra por derrotero diferente al que le interesa, pero al segundo se da cuenta de que aquella no es contestación para quien, además de desplazarse desde Ceuta para reunirse con él, está colaborando con intensidad a que el

golpe llegue a buen puerto. «Estoy totalmente enfrascado en los preparativos de las maniobras que arrancan dentro de unos días en Llano Amarillo» esgrime como disculpa. El alemán lo mira fijamente, su nariz firme y proporcionada se tensa ante la posibilidad de que las maniobras en tierras de Ketama sean el escenario donde arranque lo que se está fraguando.

—¿Será en Llano Amarillo donde estallará el levantamiento? —interroga Bernhardt mientras sus grandes orejas parecen crecer queriendo escuchar la respuesta que espera desde hace semanas, pero no deja lugar para la contestación, porque sin pausa apostilla —: entonces, tendré que acelerar mis contactos en Berlín.

Yagüe se alarma. Los cristales de las gafas redondas de color negro no son capaces de retener los venablos que sus ojos lanzan.

—No me malinterprete y, sobre todo, señor Bernhardt, deje a los militares españoles hacer lo que tienen que hacer y escoger el momento oportuno para hacerlo —increpa el jefe legionario subiendo más de un grado la determinación que suele envolver sus expresiones.

El nazi, a pesar de sus treinta y nueve años y los tumbos personales y empresariales que ha dado hasta llegar a Tetuán, no está acostumbrado a recibir contestaciones de este jaez. Su primera reacción es cortar la conversación con aquel africanista tan imbuido de la prepotencia legionaria, pero sabe retenerse. Afiliado al partido nazi desde 1933 y con una influencia política superior a la de Adolf Langenheim, líder formal de este partido en Tetuán, es consciente de las ventajas económicas de toda índole que puede conseguir si el golpe que se masca llega a buen término.

—Mi coronel, yo no he querido en ningún momento meterme en asuntos que solo corresponde decidir a los militares españoles. Si ha deducido de mis palabras otra cosa, le ruego que me disculpe —señala Bernhardt con un acento que mezcla el característico arrastre alemán con una huella porteña derivada de sus años en Buenos Aires.

La boca fruncida de Yagüe se relaja y su cara se transforma al escuchar estas palabras. Mueve su voluminoso cuerpo para acercarse más a su interlocutor y le comenta con gravedad:

—Ya va siendo hora de que hablemos de lo que hoy nos trae aquí —plantea mientras su mirada de desconfianza se debilita.

Bernhardt, satisfecho por el tono cordial que el legionario ha imprimido a estas palabras, farfulla: «Tiene usted razón, mi coronel, dejemos al lado especulaciones; lo que tiene que pasar, pasará cuando la superioridad lo acuerde. Nuestra misión es que todo esté preparado para cuando corresponda», concluye pronunciando sonoramente las erres de la última palabra.

A partir de ese momento la conversación rueda fluida guiada por el propósito del alemán de poner todos los medios a su alcance en apoyo del golpe del que tanto espera para multiplicar sus negocios y fortalecerse en las altas esferas del partido en Berlín.

Yagüe no tarda en mesarse el abundante pelo de ya apreciable color blanco a pesar de sus cuarenta y cuatro años, y en removerse transmitiendo inconscientemente que ya está harto de tanto prolegómeno.

Bernhardt acusa el hartazgo de su interlocutor, carraspea con teatralidad varias veces y rebusca en un bolsillo de la chaqueta para sacar un papel mientras que la mueca expectante del impetuoso jefe del Tercio Duque de Alba le está poniendo nervioso. Un «Ah, por fin lo encontré» sirve de bálsamo para unos momentos que comienzan a ser incómodos para ambos.

El nombre de Pedro Robi, Casa Ninet y Larache escritos en el papel que Bernhardt ha sacado resuenan con tanta fuerza que quedan grabados en la mente de su destinatario.

«Me suenan, claro que me suenan, Pedro Robi y el negocio que dirige son muy conocidos en todo el Protectorado. Creo que, incluso, en alguna ocasión lo he saludado personalmente», reconoce Yagüe llevándose pensativamente la mano derecha al mentón. Se hace un espeso silencio durante el cual el alemán no se decide a dar detalles sobre la estrategia de captación de Casa Ninet que está desplegando. Yagüe respira con ahínco antes de volver a hablar. «Pero Robi es un liberal que incluso tonteó hace años con la masonería y con el partido de Azaña», manifiesta secundado por una mueca desdeñosa. «Mi coronel, todavía no le he dicho todo lo que tengo que contarle de Robi y Casa Ninet. Permítame terminar y

luego me dice usted lo que considere», arguye Bernhardt esforzándose en suavizar el acento con el que se expresa en español y transmitir calidez.

Yagüe se recuesta en el respaldo del sillón y traza con la mano derecha un gesto desvaído indicándole que siga.

El militante nazi explica que, como es muy aconsejable contar con Robi y Casa Ninet para que, llegado el momento, los caídes de las cabilas ayuden a captar tropa indígena, ha ideado un plan que ya ha puesto en marcha. Ha prescindido de Muchatiel y con ello mata varios pájaros de un tipo porque rompe las relaciones comerciales con un judío, lo que le conviene mucho como nazi, y lo sustituye por Casa Ninet, «Que nos puede ser muy útil para nuestros planes», confiesa con un vaivén de la mano derecha.

—¡Pero cómo un individuo con el pasado político de Robi va a prestarse a ese plan! —exclama Yagüe extendiendo un brazo hacia su interlocutor.

—A Robi hay que convencerlo. Es un comerciante que ha hecho mucho dinero y le gustará hacer más sustituyendo a Muchatiel. Además, para evitar problemas, sé cómo llegarle de manera muy efectiva —se para, pone cara interesante y, superado un fugaz hiato, prosigue contento porque un mohín de interés aparece en la cara del otro—. Su sobrino Francisco Tenoll, un tipo especial que hasta ahora solo ha dado problemas a la familia, es un falangista que está muy cerca de nuestra forma de pensar y actuar. A través de él y con el atractivo del dinero que va a ganar, creo que podemos convencer a Robi, cuyos aires prorrepublicanos, según me informan, se han enfriado mucho últimamente —concluye Bernhardt contento porque la conversación se va encarrilando como él quiere.

Yagüe, a quien la pertenencia falangista de Tenoll le ha hecho mella, responde con suavidad:

—Tú verás, la captación masiva de indígenas debe estar a punto cuando se inicie el alzamiento y todo lo que contribuya a ello es bueno.

A partir de este momento la conversación va declinando. El teniente coronel quiere concluir ya, pero Bernhardt todavía no ha cubierto el orden del día que ha traído a la reunión. No

desaprovecha la oportunidad de hacer gala ante el jefe de la conspiración en el Protectorado español, Ceuta y Melilla de sus buenas relaciones políticas en Berlín.

—¿Y Langenheim no pinta nada en todo esto? —se interesa Yagüe un punto despectivo tras escucharle un par de minutos.

—¿Qué quiere decir con eso, mi coronel? —interviene Bernhardt sobresaltado, como si hubiera recibido una aguda punzada en parte sensible.

—Pues está claro, ¿no es él el jefe del partido nazi en Tetuán? — interroga el legionario esmerándose en poner cara de ingenuidad.

—Sí, Langenheim es el secretario del partido en Tetuán y todo el Protectorado español, pero lo es más formalmente que en la práctica. Además, es un poco indolente y pasivo. Quizá por sus sesenta y tres años y porque lleva viviendo en Marruecos más de treinta, no le gusta arriesgar y meterse en problemas —reconoce Bernhardt con las palmas de las manos abiertas recabando comprensión.

—Bueno, usted verá, pero me da la impresión de que, por mucho que sea reacio a correr riesgos, habrá que contar con él si al final tenemos que acudir a Berlín para pedir ayuda —afirma Yagüe deseoso de acabar con aquella conversación que se ha prolongado demasiado.

—Sí, mi coronel, ese asunto es cosa mía —concluye Bernhardt.

Capítulo iv
Francisco Tenoll y Eloísa Dupereur hacen buenas migas

1

Ha llovido durante la siesta. Una ligera brisa que alivia el calor húmedo se desliza por la ventana entreabierta. Un rumor lejano quebrado por algún ruido descollante revela que la animación ha vuelto a la calle Luneta después del chaparrón.

Tenoll duda si salir o no. No tiene ni rumbo definido ni ocupación precisa. Lleva tres días esperando el aviso que concrete día, lugar y hora de la reunión con Bernhardt. Macarena Albelda dejó bien claro que se pondrían en contacto con él y que tuviera paciencia porque el alemán estaba en aquellos días muy ocupado «ayudando a los que tiene que ayudar», según confesó enigmáticamente, pero ya empieza a estar inquieto.

Impulsado por el frescor que se anuncia a través de la ventana y por el agobio del aburrimiento, se abisma en la riada de personas que se ha adueñado de la calle.

Parado en el portal, pensativo como si tuviera que deliberar internamente antes de tomar una decisión, se relame contemplando la entrada de El Escondite. Duda, se dispone a tomar esa dirección, pero no acaba de dar el primer paso, «Demasiado riesgo —recapacita—, puedo dar la sensación de que estoy ansioso, de que tengo extraordinario interés en cerrar el trato. Macarena pensaría que llamo a su puerta para interesarme por la reunión con Bernhardt y no que lo hago por ver a Eloísa para que me ayude a sobrellevar estos días tan largos en los que no tengo nada que hacer salvo esperar a que su jefe disponga de un momento para recibirme».

Con expresión resignada y manos entrelazadas en la espalda, se funde con el torbellino de gente que sube hacia la Plaza de España para unos o del Feddan para los que no se han olvidado de su nombre histórico.

Camina sin prisa. Mira a un lado y a otro con curiosidad desganada. Se pregunta de nuevo hasta cuándo va a durar la

espera. Se pasean por su cabeza dos posibles soluciones a aquel callejón sin salida: presentarse en El Escondite y reclamar la reunión a Macarena o regresar a Larache después de tantos días infructuosos. «Espera, aguanta —se reconviene—, este acuerdo es una gran oportunidad para mí, no me puedo permitir el lujo de echarla por la borda por impaciencia», se dice mentalmente.

Respira con afán el aire que todavía lleva la huella de la lluvia recién caída y sigue acercándose a la Plaza de España con andares aún más premiosos.

De pronto, una desazonante sensación le recorre el cuerpo. Ha notado que una mirada inquisitiva no le pierde de vista. Gira ligeramente la cabeza hacia atrás y se topa con un hombre de mediana edad, alto y fuerte, embutido en un sombrero blanco del que se escapan unas patillas pronunciadas. No es la primera vez que lo ve, se ha cruzado con él o le ha visto cerca en varias ocasiones, comprende que le está siguiendo, no es casualidad que se lo haya tropezado tan a menudo. Por unos segundos se le viene el mundo encima y la duda lo atrapa: «¿Será un policía de la Alta Comisaría que, conocedor de sus simpatías políticas, quiere saber qué me ocupa en Tetuán tantos días sin un cometido concreto, casi vagabundeando?, ¿será un esbirro de Bernhardt que quiere saber lo que hago antes de que su jefe me reciba?».

Vuelve a caminar con exasperante lentitud. Comprueba de reojo que aquel individuo hace lo mismo tras encasquetarse más el sombrero con lo que busca pasar desapercibido. Acelera la marcha, le irrita que aquel misterioso sujeto lo siga. «¿Será cierto que me espía o serán imaginaciones que están llenando mi cabeza en estos días tan ociosos?», piensa un poco angustiado.

Quiere zafarse de aquel individuo. Pasa por la puerta de un par de tugurios de los varios establecidos en ciertos tramos de Luneta. Se plantea entrar en el que ahora tiene muy cerca, a su derecha. Traspasa una puerta cochambrosa en cuyo dintel figura un nombre tan despintado que resulta ilegible. El aspecto deteriorado de la puerta no anuncia suficientemente lo que se topa. Es un prostíbulo de baja estofa, más propio de un hediondo arrabal que de aquella importante vía tetuaní. Las dos plantas de una edificación de ladrillo

visto se mantienen en pie gracias a la sujeción de los dos inmuebles colindantes. «Lola, un nuevo cliente y parece señorito», resuena como un eco lejano que se va agrandando según la última palabra llega a los oídos de Tenoll. Le aborda una mujer de menos edad de la que aparenta, desbordada de carnes y con pechos semidesnudos que exhibe como carta de presentación. No puede quitársela de encima, ni a ella ni a una pupila a la que llama gritando repetidamente «¡Antoñita!». Necesita unos minutos para comprobar si su perseguidor entra también en aquel antro. Pide un vaso de vino que ni cata, e incómodo deja pasar unos minutos, los suficientes para asegurarse de que quien lo acecha no ha entrado en aquel deleznable lugar. Saca del bolsillo interior izquierdo de la chaqueta la cartera de mano, extrae un billete que provoca en las mujerzuelas una sonrisa que llena toda su cara. Lo interpretan como que aquel joven quiere perder su alma con alguna de ellas o, incluso, con las dos visto el montante del billete. No acaban de entender lo que él quiere. No entra en sus casillas que no desee subir a la segunda planta de aquella casucha para cumplir con el rito propio de aquel antro. Lo tiene que repetir hasta tres veces. «Me pregunta que si hay una salida distinta a la que da a la calle Luneta, ¿es eso?», interroga Lola con una mueca de extrañeza. Tenoll le repite casi gritando que sí y solo entonces ella aclara que hay otra puerta de salida mientras apunta con el dedo índice de la mano izquierda hacia el lado derecho del fondo cavernoso del garito. Cuando la meretriz comprende que el billete que ha recibido no es como pago del tráfico carnal y que corre el riesgo de que se lo reclame, hace un brusco movimiento para esconderlo en su desaliñada indumentaria. Tenoll le aclara que no tenga cuidado, que se lo quede, que lo único que quiere es salir pitando por la puerta de atrás. Es la única manera, relampaguea en su mente, que tiene para despistar a aquel misterioso jayán que estará aguardando su salida casi con seguridad.

Consulta con puntillosidad su reloj. Se asegura de que ha pasado casi media hora desde que entró en aquel lugar y, sin pronunciar una palabra más, se escapa por la portezuela que da a una calleja

del *mellah*. Detrás deja a tres mujeres boquiabiertas mientras buscan una explicación al extraño episodio que acaban de vivir.

Sale temeroso. La Luneta se ha convertido para él en una interminable sucesión de rincones en los que husmea para comprobar si quien lo ha seguido está esperando que salga para pisar sus huellas.

Busca y rebusca, pero no lo ve. «Se ha esfumado, es posible que me confundiera con otra persona», se razona con alivio mientras que decide seguir paseando sin rumbo fijo hasta la hora de comer en el Casino español.

2

La Plaza de España explota aquel mediodía en todo su luminoso esplendor con los jardines coronados por un templete al que las arcadas y el remate de teja verde le imprimen un marcado estilo nazarí. Rematan la seductora imagen los azulejos tetuaníes que recubren los pilares y los bancos con huella de Mariano Bertuchi, el director de la Escuela de Artes y Oficios. En aquel amplio espacio se desarrolla un espectáculo vibrante de vida. Funcionarios trajeados como su condición exige; militares entre los que destacan por su vistosa uniformidad regulares y legionarios; comerciantes e industriales acuciados por alguna gestión; marroquíes que disimulan su europeización con un fez de color carmesí y otros enfundados en chilabas, judíos con distintivos de serlo, todo un mestizaje que se desarrolla con apariencia armoniosa bajo la batuta del palacio de la Alta Comisaría que desde el fondo de la plaza se afana por constituirse en el centro de aquel enjambre.

Tenoll disfruta de aquel panorama. Le entretiene y lo absorbe dispuesto a reparar en todos sus detalles. Decide hacer un alto. No tiene prisa. Tiene todo el tiempo del mundo. Se acomoda en la terraza de uno de los cafetines que bordean la plaza y pide un té a la menta con hierbabuena y azahar. Por el pavimento circulan vehículos a motor y carromatos que molestan con sus ruidos. Se abstrae y posa la mirada en el recinto ajardinado de la plaza en el que se combinan elementos de decoración andalusí con una

frondosa gama de flores presidida por airosas palmeras que contemplan con desdén todo lo que se mueve a sus pies. El incesante pulular de gentes le recuerda a un hormiguero donde cada habitante conoce a la perfección cuál es su cometido y no se interfiere en el del resto que zascandilea a su alrededor.

Coge el vaso de té por los extremos con cuidado de no abrasarse. Sorbe con más ruido que si lo hiciera en una elegante terraza de Madrid. Le punza de nuevo la ansiedad por tan dilatada espera. Es el tercer día después de la entrevista con Macarena sin noticias de Bernhardt. No quiere telefonear a Robi para preguntarle qué hacer. La decisión de regresar a Larache o esperar es algo que le corresponde a él, con los riesgos que esto entraña, y ha decidido darse cinco días desde que estuvo en El Escondite para prolongar la estancia en Tetuán.

De sopetón, siente que un latigazo zarandea todo su cuerpo. Se lleva las manos a los ojos como queriendo eliminar la tela de araña que pueda deformarle la realidad. Todavía incrédulo, observa que ella toma la acera en la que unos metros más allá se extiende la terraza del cafetín donde está sentado. La ve acercarse. Se cerciora otra vez. No cabe duda, es Eloísa Dupereur la que se aproxima con aires de saber a dónde va y no es al encuentro de Tenoll, cuya presencia no ha advertido. Titubea. Si no se levanta para saludarla es casi seguro que pase de largo. Un hormigueo le invade durante unos segundos con marchamo de eternidad. Sabe en qué puede acabar aquel fortuito encuentro, pero no le importa, está aburrido y la proximidad de ella proyecta sobre él todo el atractivo de una mujer que aparece en el momento adecuado para un hombre necesitado.

—¡Eloísa, Eloísa, qué casualidad! —la llama levantándose del asiento con la energía de haber tomado una decisión.

—¡Ah, hola, sí, qué casualidad! —responde ella con una sonrisa forzada porque no es el momento idóneo para encontrarse con el joven a quien la dueña de El Escondite le ha encarecido que atienda con esmero.

—¿Me reconoces? —pregunta Tenoll descolocado por la mirada fría de ella.

—¡Claro, cómo no te voy a reconocer! —exclama Eloísa mientras que el movimiento de su melena azabache enmarca su seductora cara.

La invita a sentarse. Ella hace un intento de resistirse y alega que tiene que hacer una gestión en una oficina de la plaza Primo echando mano de la denominación histórica de la plaza de Muley el Mehdi todavía en uso. Acaba cediendo. No solo por la recomendación de su jefa, también porque aquel joven de buen porte le atrae y lo que motivó su extraña visita a El Escondite le suscita una curiosidad aumentada por la conversación que acaba de mantener en un despacho de la Alta Comisaría.

Tenoll cae con facilidad en las redes de los encantos físicos y las maneras de la francesa. A lo largo de la animada conversación que, aunque dura una hora, pasa para ambos como un suspiro, observa de reojo la indumentaria y el aspecto general de ella antes de dar el paso que le apetece tanto. «No, no tiene pinta de prostituta. Parece una señora que viste muy a la moda. Podría ser una de las muchas que frecuentan cafés como el Negresco o la Granja Henar de Madrid», gulusmea Tenoll mientras que Eloísa habla animadamente.

—¿Puedo invitarte a comer? —propone por fin Tenoll con un ligero suspiro.

Eloísa se hace la distraída, quiere darse importancia y retener el sí entusiasta que le brotaría al instante. Pone cara de circunstancias. Se hace de rogar. Dibuja un mohín concesivo llena su boca un «de acuerdo» con más sonoridad de la aconsejable.

—¿Te parece bien que comamos en el café Moderno? Está muy cerca y para una comida rápida no está mal, tengo un poco de prisa —adelanta ella.

El Moderno los recibe con el aspecto de local con pretensiones de parecerse en algo a los de cualquier ciudad importante de España. Su amplio espacio con vistosa azulejería cubriendo media pared los acoge en un día en que, cosa rara, hay muchas mesas vacías.

La conversación los absorbe y no prestan mucha atención ni a la carta, ni a lo que ordenan ni a lo que un ceremonioso camarero les sirve. Eloísa desvela algunos de los eslabones de su vida que han acabado llevándola a Tetuán. Nacida en Normandía, cerca de Caen,

nunca estuvo a gusto en el ambiente «pueblerino y rural», así lo califica, que se respiraba allí. Sin dar más detalles, aclara que, gracias a un amigo militar que había estado destinado en Casablanca, supo de los alicientes de la vida en el Protectorado francés de Marruecos y se decidió a comprobarlo personalmente. Vivió en Rabat, Marrakech y Casablanca durante la parte final del mandato del Residente General Lucien Saint y el inicio del de Henri Ponsot, y «por una serie de circunstancias preferí seguir disfrutando de los atractivos del Protectorado en la parte española, en esta ciudad estupenda que es Tetuán, donde estoy muy a gusto», explica con melódico acento francés.

Tanto pormenor, tan desgranado relato de su trayectoria personal responde a un propósito. No brota espontáneamente de una persona deseosa de volcar su interioridad sobre otra por el aliciente de compartir experiencias. Constituye el prólogo de lo que le pregunta con impostada ingenuidad mientras que llega el segundo plato.

—Bueno, ya está bien de hablar yo y de mí —tercia la francesa con una voz cálida que se concierta con la mano izquierda tendida insinuantemente hacia él—. ¿Qué te trae por Tetuán, supongo que no has viajado desde Larache para pasearte en estas fechas en las que el calor hace que mucha gente huya a Rio Martín y las playas cercanas?

—Estoy en un viaje de negocios que dura más de lo previsto —responde Tenoll con una mueca que grita que no quiere hablar, que quiere que lo haga ella, no por discreción o prudencia, simplemente por placer de seguir saboreando la suavidad envolvente de su voz y la gracia de sus distintas posturas corporales.

Pero Eloísa no ceja. Está empeñada en que el protagonista de la conversación sea él. Quiere sonsacarle información sin saber qué provecho pueda sacar de ella. Intuye que aquel joven oculta algo de interés.

—¡Qué fastidio para ti! —responde ella dando el primer paso en el plan que ha improvisado. Sin dejarle abrir la boca, da el segundo—. Espero que la entrevista del otro día haya ido bien. Dime si te puedo ayudar en algo. Macarena cuenta conmigo para lo importante y tú

debes serlo porque me ha encargado que te atienda en todo lo que quieras —reconoce con un parpadeo que revienta la última resistencia de su interlocutor.

—Gracias por interesarte por mis asuntos —adelanta él atrapado en las mallas femeninas.

Tenoll quiere parar, pero los ojos de Eloísa no dejan de reclamarle que siga, que desea enterarse de qué asuntos se trata y se le agota el tiempo del que dispone para sacarle lo que lleva dentro.

—No has sido tú el primero que empieza un negocio en Tetuán visitando a Macarena —lanza el anzuelo Eloísa con rostro sellado con la curiosidad.

Tenoll lee en los ojos de ella que la manera más segura para que el almuerzo no termine ya es entrar en detalles del porqué se entrevistó con la dueña de El Escondite.

Pasan segundos que parecen horas. El pasajero silencio se espesa. Las tazas de café de la sobremesa están ya vacías. Tenoll prende un pitillo y la exhalación de los primeros humos contribuye a enturbiar más su pensamiento enmarañado por la duda. Quiere retener ahora a la francesa y volverla a ver otro día, y para ello no le queda más remedio que atender las llamaradas interrogantes que salen de sus ojos.

Expone que ha viajado a Tetuán para cerrar un negocio de mucho dinero. «¿Un negocio de mucho dinero? —interroga ella acentuando la impostada ingenuidad—. Debes ser un hombre muy importante para andar tan joven con negocios de mucho dinero», comenta consciente de que es ya incapaz de sustraerse al influjo de sus miradas. «No es un negocio personal, actúo como representante de la casa comercial Ninet con sede principal en Larache», puntualiza él con un titubeo revelador de que sabe que pisa terreno pantanoso.

Superadas las resistencias, el torrente de la información se precipita caudalosamente. Las mejillas sonrosadas de Eloísa se encienden alimentadas por la información que va atesorando. Salen a la palestra sucesivamente Muchatiel, Robi, sus viejas relaciones y la extensa red comercial de Casa Ninet en casi todas las cabilas de la Yebala y Gomara desde que su abuelo José Luis Ninet, fundador del negocio familiar, cuidó mucho las relaciones con los caídes y jefes

locales. Cuando se refiere al interés de Bernhardt por hacer negocios con Casa Ninet, ella se le acerca más como si quisiera fundirse con su aliento.

—Por El Escondite pasa mucha gente, mucha más de lo que te puedas imaginar —irrumpe la francesa adoptando una expresión severa que desentona. Como se da cuenta de que este comentario es inoportuno y puede retraer a Tenoll, le regala una sonrisa que lo encandila y le tiende una mano que casi roza la de él.

Emborrachado por los encantos femeninos, Tenoll abre de par en par las puertas de la información que acumula. La red de contactos de Robi es lo que atrae al alemán, reconoce palmariamente, pero le da la impresión de que esto responde a una motivación que va más allá de lo comercial, agrega.

Un brillo distinto se despierta en la mirada de Eloísa. Ha penetrado en el entramado mental de quien tiene enfrente y la intuición que ha relampagueado en su cabeza desde el arranque de la conversación se ha transformado en una sólida sospecha. El tiempo se le echa encima y ha logrado la información que buscaba.

—Tengo prisa. Ha sido buena idea esta comida rápida que nos ha dado la oportunidad de charlar bastante rato —tercia ella esbozando el gesto de levantarse. Tenoll hace lo mismo, tropieza con torpeza con una de las patas de la mesa y adelanta con voz aturullada:

—Bueno, si quieres, nos veremos otra vez. Yo tengo todo el día mientras espero noticias de Bernhardt —se le escapa este comentario que echa leña seca en el fuego del interés de su interlocutora.

—Claro que nos tenemos que ver. Si te apetece esta misma noche. Ahora no me queda más remedio que salir pitando, ¡uf, qué tarde se me ha hecho! Tengo que recoger del bazar Calatayud unas fotos que me han revelado. Si no aparezco después de haberles metido tanta prisa, don José no me vuelve a mirar a la cara — explica Eloísa refiriéndose a José Calatayud, el conocido propietario del bazar y del estudio fotográfico que lleva el mismo nombre con sede central en Ceuta.

Cuando salen, el café Moderno está más animado que a la llegada. A Tenoll le llama la atención lo que sucede en el recorrido hasta la

puerta. Del interior del local sale Manuel Chacón, su dueño, para saludar a Eloísa como si fuera un personaje destacado cuya presencia conviene a su negocio. Incluso pide disculpas por no haberla atendido personalmente, «Acabo de llegar», explica, a lo que ella corresponde con una mediosonrisa con aire de gran dama. Su presencia tampoco pasa desapercibida en las mesas que se han ido ocupando. Las reacciones son distintas: los que miran discretamente hacia otro lado para evitar encontrarse con ella se mezclan con otros que no se ocultan y le dedican una admiración golosa.

Ya en la calle, Tenoll la interroga con la mirada antes de hacerlo con la palabra. «Bueno, nos despedimos aquí — señala Eloísa de un modo que pide respuesta—. Si no tienes nada mejor que hacer, te espero esta noche en El Escondite», sugiere emborrachando de gozo al otro.

Toda la calidez de la despedida la absorben estas últimas palabras. Las demás son desangeladas y precipitadas. Mientras que la contempla alejarse contoneando su cuerpo enfundado en un traje estampado ajustado en la cintura que, a la última moda de París, no oculta las rodillas, Tenoll se sumerge en una realidad muy distinta, la de la desazonante espera.

Cuando llega a casa se desviste con rapidez, se tumba en la cama e intenta dormir para estar descansado ante lo que la noche pueda deparar. Cambia muchas veces de postura y no consigue conciliar el sueño. La imaginación va y viene. Le abrasa la sensualidad y una cadena de imágenes sexuales bordadas con refinamientos eróticos le provoca erecciones contra las que lucha como puede, porque no quiere perder fuerzas ante un posible futuro inmediato.

3

A las diez en punto de la noche Tenoll llama a la puerta de El Escondite. Le abre una persona muy diferente a la que lo hizo en la primera visita. Un hombre de mediana edad, cuya gran corpulencia ocupa buena parte del hueco de la puerta, hace varios gestos que agitan la borla del fez que cubre a duras penas su abultada cabeza.

Le da la bienvenida con las muletas de un español deformado y seseante. Le invita a pasar «debe estar advertido de mi llegada», piensa, porque le ruega insistentemente que lo siga y le conduce a través de un largo pasillo hasta una estancia. Allí le ruega que lo disculpe porque tiene que avisar a «la *siniorita* Eloísa», sin haber preguntado por ella.

Aguarda con nerviosismo que intenta calmar deambulando por aquella extraña habitación. Es un híbrido de cuarto de estar con mezcla de detalles decorativos de estilo remordimiento español con otros de selecta artesanía tetuaní y de dormitorio, pues una parte está ocupada por algo parecido a una cama a pesar de que varios cobertores pretenden disimularlo.

Eloísa no tarda en aparecer. Lo hace con un resplandor especial que irradia su rostro. El maquillaje, algo más exagerado que al mediodía, le da cierto aire de mujer fatal. La blusa de blanco satinado con los dos botones superiores desabrochados deja ver el canalillo de un pecho generoso. Viste con pantalón negro ajustado en las caderas que resalta las líneas de sus perfilados glúteos.

Se saludan con afectuosidad y lo invita a sentarse. «¿Quieres tomar algo?», le pregunta. Le sorprende que Tenoll pida un té moruno. Un poco nervioso, lo ha hecho para salir del trance sin saber bien lo que pedía. Ella le acompaña. No quiere desentonar y, por encima de todo, desea que se encuentre cómodo.

Tenoll se deja deslizar por la pendiente de la seducción y el paulatino enganche sexual. Contesta siempre, pone en su conocimiento las tripas de los negocios de Casa Ninet e incluso le da ciertas pinceladas sobre Pedro Robi, le informa de bastantes caídes sobre los que su tío ejerce influencia, y, si no lo hace de más, es porque le quema un fuego sensual que le impide hacerlo. «Robi y sus conexiones deben ser claves para dominar sobre el terreno la parte occidental del Protectorado» deja caer ella varias veces, Tenoll no solo lo confirma, sino que cada vez que lo hace le proporciona nuevos datos que lo certifican. La francesa domina tanto la situación que en varios lances se permite frenar al descorchado joven para tomar buena nota de sus revelaciones.

Acaban en la cama. No es porque ella necesitara sonsacar algo

más. Tenoll le gusta y le está agradecida por haberle proporcionado tan valiosa información. Él, enloquecido por la pasión erótica, termina derramando un caudal denso. Ella disfruta controladamente y asiste con ojos comprensivos al derroche de fuerza y juventud que él exhibe.

Ambos culminan la noche satisfechos porque han conseguido lo que querían.

Capítulo quinto
Johannes Bernhardt recibe a Paco Tenoll

1

Tenoll duerme hasta entrada la mañana. Llegó de El Escondite muy tarde envuelto en una espesa nube de sensaciones alborotando su interior. Se acostó casi vestido, incapaz de desnudarse del todo y ponerse el pijama antes de meterse en la cama.

La reproducción de imágenes brincando en su cabeza le punzaba tanto que no fue capaz de conciliar algo que se pareciera al sueño. Solo lo consiguió cuando las primeras luces del día penetraban por los resquicios de la persiana y los ruidos muy tempraneros aparecían en la Luneta.

Al cabo de unas horas, la luz riega irregularmente todos los rincones de la habitación. El murmullo de la calle desgarrado por repentinos gritos es omnipresente. Tenoll se estira sentado sobre la cama acopiando fuerzas para arrancar en un día ya muy avanzado. Agita la cabeza empeñado en sacudirse los restos de la noche pasada con Eloísa que pululan por su cabeza. Le resulta penoso volver a la espera de que Bernhardt se acuerde de él. Después del hallazgo de la hetaira francesa, descarta definitivamente regresar a Larache sin haber cumplido la misión que Robi le encomendó. Ahora no le importa nada que se retrase todo. Al despedirse, Eloísa le dijo con un seductor chispazo de sus ojos azules: «Vuelve cuando quieras, tú y yo tenemos muchas cosas de las que hablar, ha sido todo muy grato e interesante», y esto es un aliciente irresistible para permanecer en Tetuán.

Se viste con la parsimonia que le impone el lastre de la pasional noche anterior y la pereza de afrontar un nuevo día con el lema de esperar y esperar. Lentamente se planta en el comedor. «¿*Señiorito*, *queres desaiuno*?», le aborda Fátima, que lleva un buen rato pendiente de que se levantara para atenderlo. «No, gracias, ya es muy tarde, ayer cené mucho y prefiero esperar a la comida», le contesta acentuando la amabilidad con aquella tetuaní tan servicial.

Ella da media vuelta y empieza a dirigirse a la cocina, pero para bruscamente y reclama la atención de él. Una leve sonrisa se descuelga de la comisura de los labios de la marroquí e imprime dulzura al rostro enmarcado por un tupido velo que debió ser de color blanco en un pasado lejano.

«Ah, *siniorito*, ha *vinido* un hombre y me ha dado sobre para *siniorito*» introduce Fátima con una sonoridad superior a la habitual. «¿Un sobre?», interroga Tenoll sorprendido, y como respuesta ella saca algo que guarda dentro de su amplio caftán donde consta con caracteres perfilados el nombre de él. Antes de abrirlo, Tenoll busca con ansiedad el remitente. Lo encuentra al dorso: Johannes Bernhardt figura con los mismos caracteres. Con olvido total de la sirviente, que, encogida, no sabe si quedarse o marcharse y ha optado por lo primero por si el «*siniorito*» deseaba algo, lee con precipitación que deforma su cara: «Le espero mañana a las 12 en mis oficinas del edificio La Equitativa, 4.ª planta». Ni una palabra más. Alza la cabeza y, en medio de un torbellino interior, introduce el tarjetón dentro del sobre con mucha más calma que con la que lo había extraído, respira tan profundamente que da un ligero respingo y centra su mirada en Fátima, que sigue plantada sin atreverse a abrir la boca.

«¿Quién ha traído este sobre y cuándo ha sido?» recaba con maneras tan imperativas que provocan el temblor de los labios exangües de la marroquí. Se da cuenta de que la ha asustado y con medida suavidad repite las mismas palabras que suenan ahora distintas. Fátima se recompone lo suficiente para informarle en un español que resulta difícil de entender que el sobre había llegado a primera hora de esa misma mañana. Añade que lo había traído un señor que hablaba muy raro. «¿Es grande y fuerte?», pregunta Tenoll de nuevo con tono acuciante. «Sí, sí, *siniorito, is* grande y fuerte» recalca ella con voz deshilachada envuelta en un suspiro. «¿Pudiste ver si llevaba sombrero y tenía unas patillas largas y anchas?» ahonda Tenoll. La marroquí no lo entiende de primeras, está nerviosa y Tenoll se esmera en repetir la pregunta auxiliado por gestos describiendo la fisonomía del tipo que le ha seguido en sus paseos. Aclara ella que llevaba el sombrero en la mano y era

bastante calvo y confirma que llevaba grandes patillas. «No cabe duda, el individuo que me ha vigilado es un lacayo de Bernhardt», concluye Tenoll. «Gracias, Fátima, eso es todo», apostilla apuntando con el dedo índice de la mano derecha hacia el pasillo que desemboca en la cocina.

***

El edificio del teatro Español brilla como pieza arquitectónica del Ensanche de Tetuán con su estilo racionalista e injertos de elementos árabes. Plantado allí media hora antes de las doce del mediodía, Tenoll se debate anímicamente entre el episodio de pasión vivido con Eloísa el día anterior, las interrogantes sobre su repentino interés por él y la serie de preguntas que le formuló sobre la red de influencias de Casa Ninet. Su desazón se ha multiplicado cuando en esa misma mañana ha recibido una nueva carta de Bernhardt cambiando el lugar de la cita, que ahora es en la puerta del teatro Español, bajo la pérgola de entrada. Allí lo recogería a las doce alguien para conducirlo a un edificio cercano donde se celebraría la entrevista.

Pasea nerviosamente de un lado a otro, se para ante la puerta del teatro, sube y baja las cinco alturas de la escalinata de entrada. Se siente observado por varias personas que se detienen unos segundos sin motivo aparente. Son las doce y cinco y todavía no ha aparecido nadie. Se inquieta. Prende nerviosamente un cigarrillo. Inhala un par de veces como si con ello le fuera la vida. Se harta. Tira el cigarrillo con gesto excesivo y lo pisa con saña como queriendo descargar los nervios que lo corroen.

De sopetón, oye que a sus espaldas una voz ronca y cortante invoca su nombre con apreciable acento alemán. Al volverse, se topa con la misma persona que lo había estado siguiendo y que había entregado las dos cartas concretando la cita. Se miran de arriba abajo y, tras un imperativo sígame, se encaminan hacia el despacho de Bernhardt sin intercambiar una sola palabra.

Siempre por delante el enviado del nazi, suben por la escalera a la planta del cercano edificio donde lo aguardan. A las doce y quince

minutos entran en una sala cuya decoración deudora de la frialdad racionalista le llama la atención. No conoce el gusto de Bernhardt por todo lo que tenga que ver con la Bauhaus sin concesión a la decoración del país donde reside, sin un detalle de la rica artesanía marroquí. Se acomoda en una silla con base y estructura de acero cromado rematada por respaldo y asiento tapizados de cuero. Pasan los minutos y la espera se alarga. Se levanta, se acerca a la ventana y no deja de consultar el reloj. Se siente incómodo y la frialdad del minimalismo que lo rodea le entibia el ánimo con el que ha acudido a la llamada.

Al cabo de más de veinte minutos, el chirrido de una puerta corredera lo arranca de sus cogitaciones. Aparece un hombre de mediana edad, rozando la cuarentena. Su recia corpulencia, incipiente curva estomacal y nariz proporcionada componen una imagen de cordialidad que desmiente la frialdad de unos ojos lanzando miradas incisivas.

Bernhardt va hacia su visitante. Le alarga una mano firme y cuando sus ojos se topan surge una chispa, que, aunque no brilla, marca los derroteros de la incipiente relación. El corazón de Tenoll se acelera. Por fin, ha llegado el tan ansiado momento que, contra todo pronóstico, se le presenta con doble faz. Por un lado, da un paso que puede contribuir a su consagración en el negocio familiar, y, por otro, acelera el fin de su estancia en Tetuán y con ello el alejamiento de Eloísa.

El alemán le invita a sentarse al otro lado de una mesa negra de líneas rectas y sobria, que rezuma una belleza intemporal. Se interesa por su viaje desde Larache, le ruega disculpas por la tardanza en recibirlo. «Estos días de primeros de julio son enormemente importantes para el futuro de España» deja caer forzando un alto para observar la reacción del otro; «De todas formas confío en que se haya podido entretener en estos días, Tetuán es una ciudad que tiene muchos alicientes» añade arrastrando un acento alemán con matices de tonalidad argentina. Tenoll no se da por aludido, pero crece en él la sospecha de haber sido espiado en todo momento.

—Me ha llamado la atención lo que ha dicho usted sobre lo

importante que son estos días para España, ¿es mucho atrevimiento preguntarle en qué basa esta afirmación? Ya sabe usted, señor Bernhardt, que en Larache estamos un poco aislados y no nos enteramos del todo o simplemente no nos enteramos de lo que se cuece en la capital del Protectorado — plantea Tenoll con muestras de habilidad.

Bernhardt se toma un respiro para decidir por qué camino optar. Todavía no han hablado ni una palabra del trato comercial que, en principio, constituía el único objeto de la entrevista, y están adentrándose en arenas movedizas. Se lleva la mano al bolsillo superior exterior de la chaqueta y extrae un pañuelo con el que se seca ceremoniosamente el sudor que perla su frente a pesar de los esfuerzos de dos ventiladores de enormes aspas que zumban sin descanso. Tensa los músculos de la cara como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para responder a lo que su visitante le ha preguntado sobre la situación política y una explosión interior de simpatía hacia él abre la puerta a lo que debería quedar en secreto.

Los apellidos Yagüe, Sáenz de Buruaga, Beigbeder y Gautier frecuentan su boca bajo la mirada absorbente de un Tenoll que se empeña en retener todos los detalles que el nazi suelta.

En un momento determinado Bernhardt se da cuenta de que está yendo demasiado lejos, se frena, posa sobre el joven unos ojos flamígeros y le espeta con voz severa que agrava su acento alemán:

—Le doy esta información porque estoy informado de su ideología y de su actividad para derrocar al gobierno del Frente Popular — aclara con determinación.

—Me honra usted con su confianza. Puede usted estar seguro de que, salvo que me autorice a hacerlo con ciertas personas de toda garantía, no saldrá de mi boca ni una palabra —se compromete Tenoll con los ojos revestidos de seriedad.

La expresiva contundencia de estas palabras anima al nazi a complementar y matizar alguna de las informaciones que ha rendido. Después de cambiar impresiones sobre la situación en Larache y las muy contadas personas a las que podía trasladar el contenido de la conversación, confiesa que el teniente coronel Yagüe está a punto de despachar un telegrama al «director», alude con

este apelativo al general Mola, comunicándole que tiene todo preparado, «incluso los bandos de guerra», puntualiza mientras que su visitante toma buena nota.

***

Aunque la parte política y conspiratoria ha ocupado casi todo el tiempo previsto por Bernhardt para la entrevista, acaba llegando el momento de lo comercial.

Fijadas con relativa facilidad las bases generales del acuerdo, el alemán indaga en hasta dónde llega la capilaridad de Casa Ninet en las cabilas de la Yebala y Gomara. Se entretiene particularmente en algunas de las zonas más profundas de estas regiones del occidente marroquí. Cuando Tenoll recalca la capacidad de influir de Robi en cabilas como Beni Arós y Beni Serual, pega un ligero respingo para enderezarse en el sillón y no es capaz de contener un gesto de sorpresa.

—¿Pero a tanto llega la influencia del señor Robi en lugares tan reacios a dejarse gobernar? —inquiere superando el cansancio de una jornada que había comenzado para él casi de madrugada.

—Mi tío es una pieza clave para comerciar en la parte occidental del Protectorado español... bueno, también es fundamental para cualquier gestión en esas cabilas, no solo las comerciales. Ha sabido hacerlo muy bien. Se dio cuenta de lo importante que era lo que mi abuelo José Luis Ninet ya había empezado y ha seguido el mismo camino de cuidar mucho las relaciones con los cabecillas locales —le confirma Tenoll con un rictus de seriedad avivado por sentimientos contradictorios de admiración y envidia.

De pronto chirría desagradablemente el teléfono que reposa sobre la mesa de reuniones de fresno pintada en negro en la que han terminado acomodándose. Bernhardt lo descuelga, recibe una información, contesta con pocas palabras en tajante alemán, y, al colgar el aparato, comenta inflando la voz: «Tenemos que esperar un poco más, en el Protectorado todo está listo, pero queda todavía algún cabo que atar en España» haciendo más patente el arrastre silábico que caracteriza su español.

Bernhardt se pone de pie. «Si me destila telefónicamente que su tío acepta lo que hemos acordado, remito a Larache el contrato firmado por mí y ustedes me lo devuelven» plantea y con un movimiento de la mano derecha indica a su visitante el camino hacia la puerta. Da unos pasos y se para, coge a Tenoll por el brazo derecho y, aminorando la voz como si quisiera evitar que lo pudieran oír, pregunta:

—¿Cree que el señor Robi, vistas las condiciones económicas tan favorables que usted ha logrado, nos podrá ayudar con gestiones diferentes a lo puramente comercial? —. El turbio aire de la duda envuelve a los dos personajes. La escena se paraliza durante un par de eternos segundos. Tenoll sabe que el magnífico acuerdo comercial que han alcanzado deslumbrará con casi seguridad a Robi, pero las últimas palabras del nazi han descorrido el velo que pretende esconder lo comercial: lo que busca por encima de todo es la colaboración de su tío en algo muy gordo que se está tramando. Duda. Se le pasea por la cabeza afear al alemán el doble juego. Abandona este primer impulso. Para él es un nuevo aliciente convencer a Robi de que, con el señuelo de los beneficios económicos y el de llevarse bien con todo el mundo incluso si el panorama político varía radicalmente, colabore con el alemán.

—Deduzco de sus palabras que conoce los antecedentes liberales y filomasónicos de Pedro Robi, y que no se le escapa que eso lo pueda poner en guardia —adelanta Tenoll con semblante preocupado—, pero creo que esto se puede resolver. A mi tío siempre le ha gustado mucho hacer buenos negocios y el que propone usted le encantará. Además, le aseguro que está harto de los desórdenes y la violencia que reinan en España hasta tal extremo que ha dejado de hacer las escapadas a Madrid que tanto le gustan —hace un alto reflexivo, se suelta del brazo del otro y concluye con aire sesudo—: No estoy seguro de que se preste a actividades extracomerciales, pero creo que, si hay por medio buen dinero, dejará que otros las hagan amparados por su nombre y relaciones —augura Tenoll reanudando la marcha con bastante más seguridad que cuando entró en aquel despacho dos horas antes.

Bernhardt, cautivado por la determinación de su interlocutor y

convencido de que en él ha encontrado un colaborador muy útil, le acompaña con andar solemne. Agarra el sencillo pómulo de la puerta que armoniza con el resto de la sobria decoración y deja caer con entonación que suaviza un poco la dureza de su acento:

—Sé que se ha hecho usted muy amigo de Eloísa Dupereur — se frena, quiere comprobar la reacción del otro, se ha introducido a propósito en un terreno resbaladizo. Tenoll prefiere no darse por aludido, porque no puede precisar lo que hay detrás de estas palabras. Se debería haber sorprendido de que el nazi supiera de sus andanzas personales en la ciudad, pero no lo hace, ha aprendido que en el Tetuán de primeros de julio de 1936 todo el mundo juega con varias barajas y no se puede precisar con claridad cuál utiliza en cada momento.

—Sí, he pasado unos ratos estupendos con Eloísa. Me la presentó Macarena Albelda, la señora con la que mantuve la primera entrevista relacionada con nuestro asunto y que imagino que es muy cercana a usted —añade con malicia acorde con la insinuación del otro.

Bernhardt manipula el pomo de la puerta mientras que una sonrisa complaciente refleja que ha acusado con benevolencia la contestación de Tenoll a pesar de sus dobleces.

—De todas las maneras, ándese con cuidado. No acabamos de saber bien quién es Eloísa y de qué lado está en lo que se está preparando en el Protectorado —Bernhardt previene a Tenoll al tiempo que abre la puerta del despacho.

Las palabras de despedida son de amabilidad nutrida por la coincidencia de intereses.

***

Tenoll vuelve apresuradamente a casa. No le distrae la algarabía de la calle a esa hora. Siente unas ganas incontenibles de encerrarse y ordenar el enjambre de ideas que revolotea por su cabeza y chocan unas con otras.

Apenas come. Está obsesionado con meterse en la habitación y echarse en la cama con la ilusoria pretensión de dormir la siesta.

Solo se quita la chaqueta. Se tumba vestido. Mantiene los ojos abiertos y son varios los intentos de cerrarlos para conciliar el sueño. Estira más las piernas. Entrelaza las manos y las apoya en el vientre. Se esfuerza en no pensar, pero el alboroto de fugaces pensamientos e impresiones lo hace imposible. Le desazona la duda de cómo utilizar en Larache la información de la que Bernhardt le ha hecho partícipe. «Después de la conversación con él, no me cabe duda de que algo gordo está a punto de estallar», se dice intentando poner orden en el revoltijo que lo zarandea. «No hay duda. Lo comercial no es el objetivo fundamental de Bernhardt en el acercamiento a Casa Ninet. Lo importante de verdad para él y los que estén detrás es el prestigio de Robi en las cabilas de la Yebala y Gomara», concluye cuando ha logrado ordenar algo el torbellino interior. «Mi tarea fundamental es que Robi se preste a ello, convencerlo es cosa mía», añade arqueando las cejas. «¿Qué papel tiene en todo este tinglado Eloísa?», se interroga después arrugando el ceño como si hubiera tenido que arrancar esta pregunta de lo más profundo. «La advertencia final de que tenga cuidado con ella me preocupa porque me temo que se me haya ido la lengua demasiado con una mujer que me atrae una barbaridad», reflexiona para sí.

Inmerso en estas elucubraciones, Tenoll se queda dormido vencido por la sensación de cansancio infinito que arrastra desde que salió del despacho de Bernhardt.

Un rato después, un chirrido insoportable del teléfono colocado en la mesilla de noche del lado derecho de la cama casi le hace escupir el corazón y le interrumpe el sueño en el que estaba sumido. Después de rebullirse con torpeza en la cama y trastear el aparato, contesta con voz de ultratumba. Su tono cavernoso y áspero muta al instante cuando advierte que al otro lado del hilo telefónico está Eloísa.

La conversación es breve. Le pregunta con entonación sedosa que si le apetece que se vean esa misma noche. La pregunta es de las que lleva implícita la respuesta. Él se incorpora y, después de rascarse con la mano derecha la cabeza fingiendo que busca una contestación, le propone que se vean en su piso. Pero, endulzado por la perspectiva del encuentro después del sí de ella, recibe un

jarro de agua fría. «Bueno, ya me contarás cómo te ha ido en la entrevista con Bernhardt; estoy casi segura de que le habrás sacado un acuerdo beneficioso para Casa Ninet» le comenta avivando el fantasma de la sospecha.

Capítulo sexto
Eloísa Dupereur se reúne con Arturo Álvarez-Buylla

1

Eloísa ha forzado una reunión con el alto comisario interino, después de que Tenoll regresara a Larache. Su relación con Tenoll ha sido muy satisfactoria en lo personal y en el acopio de información que puede interesar al capitán artillero y aviador que, además de por su militancia republicana, está bastante mal visto por su empleo inferior al de sus compañeros que están a la cabeza de unidades en el Protectorado.

Traspasa la puerta de entrada al jardín que da paso al edificio de dos plantas salpicado de grandes ventanas abalconadas que alberga la Alta Comisaría. Recorre a toda prisa la zona ajardinada y da las explicaciones oportunas a uno de los vigilantes apostados en la puerta de acceso, que le hace esperar, se aparta, descuelga el teléfono del cuarto de guardia y acaba indicándole que pase.

El alto comisario no la va a recibir en su despacho. Un ceremonioso funcionario uniformado a pesar del calor agobiante como el más pulido conserje de un ministerio de Madrid sale a su encuentro y le ruega que espere en un bello salón con arcos de herradura lobulados y azulejería de artesanía tetuaní.

Impaciente, incómoda en aquel salón que hace las veces de distribuidor por el que pueden pasar muchas personas, aguarda veinticinco minutos en los que no ve a nadie porque son ya casi las siete y media de la tarde y las horas de oficina quedan muy lejos.

Álvarez-Buylla acaba apareciendo con la preocupación grabada en su ancha frente y con el pelo negro peinado hacia atrás sin el arreglo con el que ha iniciado la jornada. Le pide disculpas por el retraso en recibirla y le adelanta que no lo hace en su despacho porque se está celebrando allí una reunión de la que ha salido para verla. «Quizá lo que me puedas contar de las andanzas de ese joven por Tetuán pueda ayudarnos en estos momentos críticos para la República, que según las informaciones que nos llegan, tienen uno

de sus focos principales en el Protectorado y en Ceuta y Melilla» plantea el alto comisario. Eloísa lo escucha, comprende que tiene ganas de desfogarse y que la salida de la reunión le sirve de alivio. No habla. Le deja hacerlo a él mientras que repara en que, a pesar de sus cuarenta años, su cara redonda rematada por una nariz contundente da señales de que el ajamiento progresa a más velocidad de la natural como consecuencia de lo que está viviendo.

De repente, Álvarez-Buylla posa una mirada cansada en ella y le pregunta:

—Bueno, ¿qué información me traes? La verdad es que no ordené una vigilancia especial de tu amigo, lo he confiado todo a ti, ya sabes que me fío totalmente de tu republicanismo.

Eloísa mueve el sillón para acercarse más a aquel militar metido a político con aspecto abrumado por el polvorín sobre el que está instalado.

—Es más que posible que Tenoll y Casa Ninet caigan en la trampa que Bernhardt les ha tendido —afirma ella con un mohín de resignación en su bello rostro. Hace una pausa, se lleva la mano al mentón y, tras un ligero respiro, añade—: Será así si Tenoll consigue convencer a Pedro Robi de que colabore con el alemán.

—¿Qué quieres decir? —salta Álvarez-Buylla deseoso de que el paréntesis que había abierto en la reunión de su despacho se cierre lo antes posible.

—Tenoll tendrá que esforzarse mucho para convencer a su tío, porque no creo que con sus antecedentes políticos le guste mucho trabajar con un nazi —reconoce ella molesta porque el alto comisario no esté más al corriente de un personaje de tanta notoriedad en la parte occidental del Protectorado como Robi.

—Por favor, Eloísa, te ruego que vayas al grano, tengo que volver al despacho para continuar con los peliagudos asuntos que estamos tratando —ruega con cara víctima de la adversidad.

La francesa pasea una mirada preocupada por la fisonomía de su interlocutor y se lanza a una explicación detallada de la información que ha ido recabando en los abrasivos encuentros con Tenoll. «No me cabe ninguna duda: Bernhardt quiere aprovecharse de Casa Ninet poniéndole como cebo un beneficioso acuerdo comercial»

manifiesta con la expresividad de sus bellos ojos multiplicada. «Ese acuerdo es lo de menos para Bernhardt, lo fundamental es contar con la red de contactos que Robi tiene por toda la Yebala y Gomara», concluye mientras Álvarez-Buylla trata de matar la ansiedad arreando profundas caladas al pitillo que había encendido cuando la otra empezó a desmelenarse en explicaciones.

—¿Tú crees que aceptará? Según me lo cuentas, no se le pueden escapar a Robi las verdaderas intenciones del alemán —señala Álvarez-Buylla en quien Eloísa ha sabido prender la curiosidad ayudada por las caras que va poniendo acompasadas a lo que cuenta.

—Ya veremos. No estoy segura de que acabe aceptando el acuerdo que su sobrino le proponga a pesar de que Bernhardt, que busca lo que busca, ha mejorado mucho las condiciones económicas que tenía con Muchatiel —desvela ella con un rictus de seriedad que abona la impresión de conocimiento detallado de lo que habla.

—Tenemos una evidencia: Bernhardt, y hablar de Bernhardt es hablar de Yagüe y de los que lo siguen, utiliza todos los medios a su alcance para mejorar su capacidad de influir en cabilas en las que Robi es un mandamás, y corremos el serio peligro de que acabe aceptando convencido por el dineral que puede sacar de todo esto —concluye el alto comisario mientras la inquietud le repta por todo el cuerpo a pesar del esfuerzo por contenerla.

—Hay que ir más lejos. El enorme interés por fortalecer los lazos con cabilas de la Yebala y Gomara profunda revela algo que nos tiene que preocupar —apostilla ella.

—Todo eso es una prueba de las muchas que nos llegan de que los enemigos de la República están tomando posiciones para incorporar indígenas a sus filas, lo cual significa que se están preparando para un enfrentamiento armado —reconoce el alto comisario con palabras que caen como un bloque de mármol en el ánimo de su interlocutora.

Álvarez-Buylla se da cuenta de que los rasgos atractivos del rostro de Eloísa acusan el efecto de tan demoledoras palabras. Enfría sus ansias por reincorporarse a la reunión de su despacho. Le ofrece un cigarrillo del paquete que guarda en el bolsillo derecho de una

chaqueta convertida en enorme arruga. La francesa es una informadora que pone sus capacidades sexuales al servicio de la causa republicana. No puede dejar que se vaya con la sensación de descontrol. Se aproxima a ella y, con el preámbulo de un ligero toque en su rodilla izquierda, le plantea con forzada energía,

—No te preocupes. No pongas esa cara. Tenemos la situación bajo control. Tenemos detectados los movimientos con los caídes locales, los interventores territoriales están advertidos y, si llega el caso, tomarán las medidas previstas —expone con un impostado sosiego.

—¿Los interventores territoriales?, ¿los interventores territoriales? Pero si casi todos son de Yagüe o simpatizan con sus planes —prorrumpe ella con palabras cargadas de indignación.

Álvarez-Buylla se recoloca en el sillón. No le gusta esa reacción. Se resiste a que la conversación termine de esa manera. Tiene que revelarle algún dato que la tranquilice y que le demuestre que el Gobierno de Madrid y la Alta Comisaría están al tanto de todo. Inspira profundamente en la creencia de que le va a ayudar a dar el paso siguiente.

—No solo tenemos detectados los movimientos de los que hablamos. El Protectorado es una olla de presión que hay que vigilar para que no explote —hace una parada, es como un retroceso para tomar impulso e insuflar tranquilidad a su confidente—. Estamos al tanto de que Beigbeder, además de acercamientos a caídes a través de interventores territoriales afines, cultiva mucho sus relaciones con poderosas familias sefarditas del Protectorado, y, como prueba de confianza, te informo que vigilamos sus contactos con los Bechimol, Sefarty, Bendayam, Toledano y Azulay —cita de carrerilla.

Cuando acaba de soltar lo que para él es clara muestra de que domina los hilos de la trama que pretende cuajar en el norte de África, Álvarez-Buylla esboza un significativo ademán con la mano derecha y se pone de pie con un movimiento que revela que la conversación ha llegado a su fin.

Capítulo séptimo
Juan Beigbeder y Abdeljalek Torres se entrevistan

1

Juan Beigbeder yergue la cabeza, reposa el libro que está leyendo en las piernas, se quita las gafas con montura de concha oscura que añaden seriedad a su enjuto rostro y se restriega los ojos con ambas manos buscando alivio para el cansancio de no haber parado de leer un libro en árabe durante un buen rato.

No puede más. Lleva leyendo desde las seis de la tarde, y el espigado campanario neomudéjar de la Iglesia de Nuestra Señora de la Victoria acaba de anunciar las nueve de la noche, aunque en aquel día de principios de julio de 1936 todavía hay bastante luz natural.

Se levanta sintiendo el anquilosamiento por tan prolongada inactividad muscular. Consulta el reloj y se dice «ya es hora de cenar».

Antes de guardar el libro en la estantería de uno de los laterales de la habitación, comprueba las páginas que ha leído. Pone una sonrisa de satisfacción cuando comprueba que ha logrado superar una parte importante de la obra teatral escrita en árabe *Intisar Al-Hag*, en español La victoria de la justicia, del escritor, político, periodista y líder del nacionalismo marroquí Abdeljalek Torres.

Beigbeder, siempre atento a su buen aspecto, se recompone la indumentaria, pasea con coquetería la mano por su abundante pelo negro y se dispone a desplazarse al comedor de la residencia militar donde se aloja. Antes de franquear la puerta de su habitación hace un alto y vuelve atrás para coger de nuevo el libro que está leyendo. Cuenta las páginas que le quedan para terminar y musita: «Me da tiempo, he quedado con Torres dentro de dos días y a este ritmo lo habré acabado cuando nos veamos».

***

El teniente coronel de ingenieros Juan Luis Beigbeder Atienza,

aunque atípico, se considera africanista como el que más y ha tomado parte en peliagudas misiones como la toma del Fondak de Ain Yedida y de la ciudad santa de Xauen. Por los estudios que cursó y los contactos cultivados durante su estancia como alumno en la École Superiure de Guerre conoce el pensamiento que nutre de justificación la acción política y militar de Francia en la parte de su Protectorado en Marruecos. Su curiosidad intelectual, ayudaba por su conocimiento del francés, le ha llevado a profundizar en la teoría sociológica del contacto de los pueblos referida a Marruecos, que, en síntesis, postula que toda empresa de colonización desemboca en un problema de contacto entre dos razas o más bien entre dos pueblos diferentes. Como es una mezcla de hombre de acción y de pensamiento, antes de incorporarse en Tetuán a su nuevo destino como interventor regional de primera en la Delegación de Asuntos Indígenas después de muchos años —de septiembre de 1926 a octubre de 1934— de agregado militar en la embajada de Berlín cubriendo Viena, Praga y Budapest, se ha empapado también de la más reciente literatura política concerniente a la acción de Francia en su Protectorado marroquí y ha leído con atención el artículo del capitán Goudard «Le service des affaires Indigénes au Maroc», publicado en *La Revue d'infanterie* en 1935. Lleva grabada en su mente la tesis de Goudard de que la penetración en las cabilas ha de responder a tres fases: la búsqueda, el mantenimiento y el aprovechamiento del contacto.

Beigbeder tiene buenas relaciones con Abdelkader Torres desde que este se vio envuelto en ciertos episodios que le ayudó a superar y nació entre ellos una mutua corriente de simpatía. Ha llegado hace poco a Tetuán con una actitud muy opuesta al Gobierno frentepopulista, se ha identificado con el ambiente levantisco que se respira en el Protectorado y sus coincidencias con el falangismo han propiciado el estrechamiento de vínculos con los líderes civiles del movimiento antirrepublicano en Tetuán y Ceuta. Sus compañeros de conspiración, conocedores del ascendiente que goza sobre caídes e intelectuales marroquíes, le han pedido que los cuide ante la necesidad casi segura de reclutamiento de indígenas.

En los primeros días de julio Beigbeder aprovecha el mucho tiempo

del que dispone para intensificar gestiones preparatorias para lo que se ve venir en el horizonte, por mucho que algunos políticos republicanos se empeñen en desconocerlo. La reunión concertada para dentro de unos días con el joven nacionalista constituye un eslabón importante en la larga cadena de contactos que proyecta para estas fechas. Sus compañeros, a pesar de que no todos lo miran con buenos ojos por ser diferente a la mayoría, examinan con lupa su proceder, conscientes de que solo él puede emprender ciertas gestiones con posibilidades de éxito, y quiere estar a la altura de lo que se espera de él en aquellas dramáticas circunstancias para el futuro de España.

2

La entrevista con Torres no es fácil. Beigbeder tiene a su favor la buena disposición del líder tetuaní siempre que no traspase la frontera de lo personal para adentrarse en lo político. Animado por la victoria en febrero del Frente Popular y las palabras favorables a las reivindicaciones nacionalistas del diputado por Ceuta Manuel Martínez Pedroso, Torres, alojado en el hotel Palace de Madrid los últimos días de febrero y los primeros de marzo, celebró varias entrevistas con importantes políticos españoles, alentado por los aires favorables que creía que soplaban a favor de sus posiciones políticas. Incluso dirigió un manifiesto a Manuel Azaña exponiendo sus reclamaciones. Con poco fruto en sus alforjas, regresó a Tetuán, donde obtuvo un polémico y pasajero nombramiento en el Majzen del que acabó dimitiendo. No cejó y desempeñó un papel importante en la creación del Partido Reformista (Al-Islah) y, apoyado por el Comitè d'Action Marocaine, fue proclamado su jefe y reconocido su partido como el Comité de Acción Nacional del Norte de Marruecos. Con ello dio un paso sustancial en la puesta en marcha de un movimiento político independentista comprensivo de todo el Reino de Marruecos por encima de la división de los dos Protectorados. A raíz de ello y de las críticas de *El Hayatz*, órgano periodístico del Partido Reformista, el alto comisario republicano Juan Moles, dando muestras de la torpeza que caracterizó su breve gestión, dijo basta y

lo encarceló. Beigbeder tomó partido en favor de él y le ayudó a salir de este trance. Con estos antecedentes, el militar español tiene el cometido de captar para los conspiradores un Torres decepcionado por el escaso eco de sus aspiraciones en el Gobierno republicano y estimulado por haberse convertido en cabeza del nacionalismo en el norte de Marruecos por encima de personajes tan prominentes como El Ouazzani, Daud y Benjelloum.

3

El edificio modernista del Casino español los espera aquella calurosa mañana de primeros de julio. No es la primera vez que se reúnen en el céntrico local del Ensanche tetuaní. Su buena relación es conocida y no ven razones de peso para impedir que los informadores del alto comisario le transmitan lo que tantos tienen a la vista en una hora tan concurrida como la del aperitivo. La recargada decoración de los recercados de las ventanas y de los balcones de piedra labrada de edificio tan singular del Tetuán moderno están acostumbrados a ver pasar a los que llegan para disfrutar de un rato agradable, y a los que lo hacen motivados por transacciones comerciales o maquinaciones políticas.

Abdeljalek Torres aparece antes y se dirige a uno de los espaciosos salones del Casino. En su camino pone la mejor cara para corresponder a los saludos que le brindan, se desploma en un cómodo sillón, saca un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta y se seca el sudor que brota de su cara carnosa. Mira al vacío. Duda si entretenerse con los periódicos que se despliegan en una mesa cercana. No lo hace porque sabe que Beigbeder es puntual y puede llegar en cualquier momento.

Un par de minutos después, el teniente coronel traspasa la puerta del salón. Se saludan con cordialidad medida y, una vez acomodados, un camarero marroquí, conocedor de quién es aquella persona de la que la prensa reproduce fotos, se precipita a preguntar qué quieren tomar. El nacionalista pide un té moruno; el teniente coronel se inclina por prescindir de la cerveza fría que le apetece y ordena un zumo de naranja frío acompañado con un

pincho de tortilla con la excusa de que ha desayunado muy pronto y se nota hipoglucémico, bromea relajando los ángulos afilados de su cara.

El primer intercambio de palabras está cuajado de convencionalismos. Se han visto hace poco y todo suena a que ambos rehúyen ser quien abra el fuego de las cuestiones delicadas. Torres se muestra remiso porque, desde que Beigbeder le urgió a que se vieran, se pregunta por qué hacerlo con tanta prisa.

Como Beigbeder quiere predisponer al dirigente marroquí en favor de lo que le va a plantear, le comenta que se ha levantado muy pronto para terminar de leer su obra teatral. Tanto satisface esto a Torres que una expresión de agradable sorpresa anida en su cara y provoca un movimiento simpático de su más bien voluminosa nariz.

—Lo he leído en árabe y me ha gustado mucho —presume Beigbeder, que siempre ha defendido la necesidad de cultivar la lengua y la cultura marroquíes y ha cursado estudios en la Escuela de Lenguas Orientales de París—. Ante el silencio de un Torres que continúa endulzándose con tener un lector tan eminente, el militar sigue en el uso de la palabra, consciente de que ha llegado el momento de entrar en la delicada materia que pretende abordar—. Ya sabes que me esfuerzo desde hace muchos años en dominar el árabe y para mí ha sido una prueba de fuego entender tu libro tan bien como lo he entendido —remacha pronunciando las últimas palabras en un correcto árabe que hace vibrar de satisfacción el bigote con forma de ligero arco que recorre el sobrelabio del nacionalista.

El té verde se ha enfriado lo suficiente y Abd-el-Jalek maneja con habilidad el índice y el pulgar de la mano derecha para beber a pequeños sorbos. Beigbeder se entretiene con dar buena cuenta del pincho de tortilla mientras aguarda que su interlocutor entre en la vereda que sus palabras han comenzado a trazar.

—Estoy muy contento de la acogida que está teniendo mi libro. Lo escribí a propósito en árabe y no pensaba que tuviera lectores tan cualificados como tú —aduce Torres con un gesto reiterado de la mano derecha que abunda en lo mucho que le colma la atención que el otro le presta.

—Para que veas que lo he leído de cabo a rabo, me he dado cuenta perfectamente del mensaje político de libertad del pueblo marroquí y de unidad territorial de Marruecos por encima de las divisiones del Protectorado —Beigbeder descorre con elegancia los últimos velos para avanzar en lo que ha motivado la reunión.

—Compruebo una vez más que tu árabe es excelente y te permite captar las insinuaciones y sobreentendidos con los que he querido transmitir estas ideas sin que me acabe viendo en la cárcel —afirma el marroquí dando movimiento a sus tupidas cejas.

—No sé si hemos escogido el mejor lugar para vernos — Beigbeder apunta con cara contrariada por el ruido de un Casino siempre animado a la hora del aperitivo, incluso metidos en julio y con parte de la población española de vacaciones en España o en las playas del entorno.

Abdeljalek pasea su mirada por las mesas cercanas dando con este gesto razón a su interlocutor. Prende un pitillo, le ofrece otro y ambos se unen para formar a su alrededor una envolvente humareda.

Beigbeder no sabe cómo enhebrar de nuevo el hilo de lo que le interesa. Torres es consciente de ello, pero no quiere ser él quien tome la iniciativa, sabe hacerse de rogar y ahora le toca a su amigo pedir y a él aceptar o no.

El perspicaz militar no se puede imaginar que la aparición de Eloísa Dupereur, jovial y vestida a la más actual moda de París, por la puerta principal le va a ayudar. Va acompañada de un hombre de mediana edad atildado y que sujeta un canotier con las dos manos. Es un empleado de la agencia en Tetuán de la Banque National de Paris y mira con curiosidad a todos los que ve al entrar en el salón. Pasan cerca de ellos y Torres espeta con una mueca despectiva: «¡Malditos franceses, no se contentan con su parte del Protectorado y extienden sus tentáculos colonialistas hasta el mismo Tetuán!». Beigbeder cae en la cuenta de que este diminuto incidente le ha proporcionado el cabo que trataba de recuperar.

—Sé que no tienes mucha simpatía a los franceses —adelanta sin disimular la condición de anzuelo para que el líder nacionalista pique.

—No se trata de tener simpatía o no a los franceses. Sabes muy bien que prefiero a los españoles, con vosotros me puedo entender mejor. Los franceses escupen colonialismo por todos los poros. Yo me acerco a quien creo que puede favorecer más los intereses de mi patria, que es todo Marruecos por encima de los convencionalismos de los Protectorados —predica Torres con serenidad.

Beigbeder propina una intensa calada al cigarrillo a medio consumir y escucha con agrado a su interlocutor. Aunque tiene veintiséis años recién cumplidos, no ve en él al joven inquieto y bullicioso que ha pasado por la histórica universidad Al Qarawiyyin de Fez, por la Al-Azhar de El Cairo, e incluso por la Sorbona. Ve a un cuajado dirigente que ha tomado la antorcha del histórico Abdelsalam Bennouna y que comprende que el cauce español es mucho más propicio que el francés para lograr el reconocimiento de los derechos nacionales de los marroquíes y, a la postre, un Marruecos unido e independiente.

—Me alegra mucho oírte hablar así. España es el mejor aliado para lograr el Marruecos de tus ideales —reconoce Beigbeder auscultando cualquier indicio de su interlocutor que le ilustre sobre la mejor manera de avanzar.

—A veces pienso que me equivoco, que España es como Francia y que las dos naciones mal llamadas protectoras no quieren más que explotarnos cuanto más, mejor —Abdeljalek se desdice de lo que acaba de manifestar con respecto a España y provoca un gesto de desagrado en el destinatario de sus palabras.

Se impone un silencio caviloso. Beigbeder apura lo que queda del cigarrillo y mientras tanto recapacita sobre cómo acercar de nuevo el ascua a su sardina.

—Desgraciadamente hay dos Españas y tú te refieres solo a una de ellas —introduce el ingeniero militar un cambio sutil en su estrategia, de lo que al instante recoge fruto.

—No cabe duda de que esperábamos mucho más de la España republicana —admite Torres—. La carta de reivindicaciones que con Abdelsalam Bennouna a la cabeza presentamos a las autoridades republicanas ha quedado en nada. El viento se ha llevado las palabras favorables a nuestras aspiraciones de políticos como Azaña,

Indalecio Prieto y Martínez Pedroso. En mi visita a Madrid del pasado mes de noviembre los dirigentes republicanos se escabulleron de entrevistarse conmigo y todo lo que coseché fue que tuviera cierto eco la conferencia que di en el Ateneo en la que expuse las justas reclamaciones de mi pueblo —hace un alto para comprobar la reacción de quien lo escucha, pero los ojos pequeños y plenos de viveza de Beigbeder siguen impertérritos—. Y todo eso sin entrar en detalles de las medidas tomadas por Juan Moles que dieron conmigo en la cárcel. A pesar de todo, hay algo que tengo que agradecer al actual Gobierno de la República: que se haya llevado a Madrid a este nefasto alto comisario nombrándolo ministro de la Gobernación —concluye con una rara mezcla de amargura e ironía.

Beigbeder cambia de postura, se quita teatralmente las gafas y se las vuelve a poner. El ambiente se adensa. Están llegando al punto en el que quiere aterrizar.

—Tú te refieres a la mala España. A la España de los republicanos, a los que los verdaderos patriotas marroquíes no debéis nada, pues se han hartado de engañaros con falsas promesas. Pero esa no es la única España —anuncia con una enigmática mueca estirando su poblado bigote.

Ahora es Torres quien permanece hierático. Solo un ligero movimiento de los dedos de la mano derecha que reposan sobre el apoyabrazos del sillón denota actividad exterior. La interior, por el contrario, es máxima, pero se refrena, tiene que callarse, sabe que su interlocutor está a punto de plantearle algo muy distinto de lo que viene oyendo en los últimos años y que, por los rodeos que está dando y la seriedad de su rostro, debe ser importante. Algo entumecido por el mucho tiempo que lleva sentado, se remueve en el sillón, acierta con una postura más cómoda y sigue amarrado al silencio. Sus ojos hablan por él y reclaman a Beigbeder que exponga ya de una vez lo que le rueda por la cabeza desde el inicio de la conversación.

—España va a cambiar. España no puede quedar reducida a los escombros a los que la están condenando los políticos republicanos —lanza el militar dispuesto a romper el diálogo de sordos en el que la conversación había recaído. El nacionalista, con cara de palo que

agría sus facciones rellenas, no mueve un solo músculo y reclama con la mirada que su interlocutor desvele sin tapujos sus pretensiones—. Todo va a cambiar pronto, muy pronto, y quiero pedirte para ello el apoyo de los patriotas marroquíes que se sienten maltratados por la República y que van a estar mucho mejor en lo que va a llegar pronto —concluye Beigbeder con destellos de solemnidad.

La cara de Abdeljalek cobra repentina viveza. Se lleva pensativamente la mano derecha a la frente e interviene para ahondar en lo que Beigbeder apunta.

—No te entiendo bien. Tus palabras me llegan envueltas en densa niebla —da rienda suelta al lirismo que de vez en cuando impregna sus palabras—. Haces insinuaciones sobre un movimiento político en contra de la República con el que nos irá mejor a los que creemos en un Marruecos independiente y libre de las ataduras de unos Protectorados que nos ahogan y nos impiden ser nosotros mismos — proclama Torres con énfasis mitinero.

—El movimiento político del que te hablo puede iniciarse en cualquier momento y sabrá ayudar a las justas reivindicaciones de los patriotas marroquíes. Te pido que nos ayudéis — plantea el teniente coronel con un tono suave, casi susurrante.

—¿A qué clase de ayuda te refieres? —inquiere el marroquí agitando su tupido bigote.

—Principalmente a la política, pero, llegado el caso, también a la militar —Beigbeder revela el verdadero objetivo que lo alienta tamizado por la invocación a la política—. Como el silencio con el que Abdeljalek acoge estas palabras es abismal, se ve forzado a dar un paso más que refuerce lo que suscita—. He tenido contactos con los jerifes de doce cofradías religiosas proespañolas que se han mostrado favorables a que los marroquíes se enrolen en nuestras filas para participar en la yihad contra los sin Dios, que son los republicanos que gobiernan la actual anti-España —adelanta con muestras del lenguaje que está preparando para favorecer el gran cometido que le ha sido asignado en el levantamiento en ciernes: la captación en masa de indígenas para nutrir las filas del ejército de Franco.

Torres hace con la mano derecha un gesto de desentendimiento de lo que acaba de escuchar. Conoce los manejos de los españoles con las cofradías religiosas y lo fácil y barato que les resulta manipularlas. Gallo de otro cantar son los nacionalistas a cuya jefatura se ha encaramado.

—Te agradezco, Juan, la confianza que demuestras en mí con la información que me estás dando, pero lo que me apuntas me suena a líos entre españoles de los que los marroquíes debemos quedar al margen, pues no debemos mezclarnos con asuntos que afectan solo a los españoles y que ellos deben solucionar sin contar con nosotros —sentencia Torres con gélida corrección.

Beigbeder le dedica una sonrisa más cansada que comprensiva. Se incorpora en el sillón, se acerca más al otro y, con una mirada incisiva que los cristales redondos de sus gafas apenas enturbian, susurra unas palabras que pueden entenderse porque el trasiego alrededor ha disminuido con la hora de comer.

—Tú has sido siempre muy pragmático, Abdeljalek. Con nosotros podéis obtener muchos de los avances que los gobiernos republicanos, y sobre todo el frentepopulista, están negando a los nacionalistas del norte de Marruecos — Beigbeder plantea con habilidad. Sabe que la única posibilidad de salirse con la suya reside en hacer hincapié en las mejoras políticas que la nueva situación puede traer consigo para el nacionalismo marroquí. Decide, pues, intensificar los ofrecimientos.

—Los militares y los civiles españoles a los que han empezado a salir los dientes en esta bendita tierra y que amamos vuestro idioma y vuestra cultura somos los que tenemos más capacidad para entender las reivindicaciones nacionalistas y ayudaros a conseguirlas —expone Beigbeder engordando la voz bajo los ojos de indiferencia de un Torres cansado de oír cosas parecidas sin que se traduzcan en nada con solidez. Respira hondo, se endereza un poco más en el sillón y lanza una última andanada—. Disfrutareis de mayor libertad de expresión y la capacidad de movimientos y de relación con vuestros compañeros de todo Marruecos se incrementará, el Partido Reformista, tu partido político, podrá crecer, y se superarán muchos de los problemas que vuestro periódico *El Hayatz* ha padecido en los

últimos meses —anuncia trompicadamente, como si el obstáculo que impedía que se manifestara así hubiera saltado en añicos.

Abd-el-Jalek dedica a su interlocutor una sonrisa sutil, se lleva la mano derecha a la correspondiente mejilla y agacha la cabeza como si buscara la respuesta en el suelo. Es consciente de que cualquier palabra comprometedora, sea cual sea su sentido, es prematura y puede colocarlo en una situación delicada ante unos acontecimientos de los que no se puede precisar su alcance. No debe adelantar un criterio que pueda volverse en contra de él y de los intereses que defiende. Pisa arenas movedizas.

—No insistas, Juan. En este momento todo lo que puedo decir es lo que ya te he dicho. La posible nueva situación política que estás mencionando y los problemas que pueda suscitar son cosa que deben resolver exclusivamente los españoles. No te digo ni que sí ni que no, solo que vamos a permanecer alejados de lo que pueda ocurrir entre vosotros.

A Beigbeder no le extraña lo que acaba de escuchar. Tiene muchas pruebas de la inteligencia y habilidad de su interlocutor. No puede esperar de él otra cosa. Pero no todo es negativo en una conversación que da sus últimas boqueadas. Ahora toca el turno a su capacidad para extraer de la argumentación de Torres elementos que permitan que, al menos parcialmente, el resultado de la reunión redunde en beneficio de lo que representa.

—Si no he entendido mal, estás anunciando que, ante posibles acontecimientos contrarios al Gobierno del Frente Popular, vais a mantenernos neutrales, y que, en el caso de que haya enfrentamientos armados entre españoles, os lavaréis las manos y os quedareis al margen por completo —concluye mientras sus ojos reclaman a gritos una confirmación.

—Lo has entendido muy bien. El Partido Reformista y creo que todos los nacionalistas vamos a quedarnos al margen si se produce un enfrentamiento armado entre españoles. Te lo digo de otra manera por si te gusta más: vamos a respetar una estricta neutralidad —proclama Torres con una firmeza que tensa los músculos de su cara.

Todo indica que la conversación va a terminar con estas

contundentes palabras. El marroquí hace un primer movimiento para ponerse de pie. No sigue, porque Beigbeder no lo acompaña y reclama de nuevo su atención.

—Siempre hemos procurado ser leales el uno con el otro — señala el militar con palabras vibrantes— y es fundamental que lo sigamos siendo, nos conviene a ti y a mí y es capital para los intereses que defendemos. Por eso no puedo ocultarte que no todos tus compatriotas piensan como tú. Además de las cofradías de las que te hablé antes, las negociaciones con Suleiman el Jattabi, el caíd de importantes cabilas del Rif, están avanzadas con perspectivas favorables para los que queremos ir contra los desmanes frentepopulistas —confiesa Beigbeder queriendo sembrar la duda en el otro.

No la siembra. Torres pone cara de circunstancias para cambiarla inmediatamente por otra despectiva.

—No me extraña nada. A los rifeños siempre les cuesta mucho entender lo que es el nacionalismo unitario marroquí y tienen una tendencia inmemorial a ir por su cuenta, como los españoles comprobasteis en Annual y la fallida República del Rif que siguió — argumenta mientras que una mueca extraña se enreda en sus facciones.

Este es el punto final de una conversación que ha durado casi dos horas y que ha terminado con el salón del Casino español de Tetuán casi vacío. La remata una despedida afectuosa entre dos personalidades llamadas a entenderse.

Parte tercera

Los prolegómenos del levantamiento militar

Capítulo I
El regreso de Tenoll a Larache

1

No le está resultando fácil a Tenoll tomar la decisión. Podría alargar su estancia en Tetuán. La atracción que Eloísa ejerce sobre él es tan intensa que le hace dudar y le mantiene en vilo durante muchas horas. La decisión está en la cuerda floja sin acabar de caer de un lado o de otro. Angustiado por los deseos contradictorios que lo desgarran, titubea. Desde que conoció a la francesa es otro, arrastrado por una pasión que lo desborda.

A pesar de los remolinos interiores permanece inmóvil ante el teléfono que reposa sobre la mesilla de noche de su habitación. Se debate entre hacer dos llamadas, una a Eloísa para quedar ese mismo día y otra a Robi para justificar el aplazamiento de su regreso, o preparar la maleta para tomar el autobús que lleva a Larache.

De repente, exhala un suspiro que estría el ambiente estancado de la habitación y prevalece sobre el ruido de la calle. Se levanta, se mesa el pelo de la cabeza con la mano derecha. Da unos pasos arrastrando los pies como si esto le ayudara a tomar la decisión definitiva. La toma y recapacita en voz alta: «Puedo volver a Tetuán cuantas veces quiera, podemos quedar incluso en Río Martín, puedo instalarme allí en casa de mi madre, pero ahora, aunque me cueste mucho dejarla de ver solo unos días, tengo que volver a Larache para rematar el negocio que Bernhardt propone e informar a Sánchez Ferrero del ambiente que he encontrado en Ceuta y Tetuán».

***

El viaje se le ha hecho interminable. Cuando el autobús de color rojo de La Valenciana hace su última parada en la Plaza de España de Larache y pone pie en tierra, Tenoll es un auténtico guiñapo, que

solo piensa en descansar y en que pase aquel insufrible día de calor, ruido, hacinamiento e incomodidades de toda clase.

Al día siguiente, catorce de julio, se despierta casi a la hora de comer. El viaje en autobús desde Tetuán lo dejó tan cansado que no ha salido de la casa de la calle Chinguiti que le ha cedido su madre cuando llegó de Madrid.

Decide visitar primero a Juan Sánchez Ferrero y después hacerlo a Pedro Robi. Lo lógico sería proceder al contrario, porque es más importante lo que tiene que tratar con su tío, pero hay algo que le empuja a aplazar la reunión con él. Es el temor de fracasar una vez más. Cree que lo que ha logrado con Bernhardt es bueno para los negocios de la familia, pero teme que el pasado de turbiedades que el alemán ha dejado atrás, y su condición de nazi y conspirador en favor de los militares antirrepublicanos sean un obstáculo insalvable para que su tío firme. Tiene que convencerlo. Sabe que no es fácil y que su porvenir depende en parte de que cuaje el acuerdo. Necesita llenar los pulmones de la brisa mañanera que viene del Atlántico antes de que el calor de aquel catorce de julio lo aplaste. Necesita contrarrestar su temor con el convencimiento de Sánchez Ferrero de que tiempos favorables a las ideas políticas que comparten están llamando a la puerta y pueden ayudarle a convencer a Robi.

Es ya tarde para acercarse al despacho del abogado. Es la hora de comer. Sale a la calle. Siente hambre. Ayer cenó muy poco y no ha desayunado. Le apetece comer a lo grande. Deja atrás el edificio con huella racionalista que pregona la actividad a la que se destina el cine Ideal y entra en el hotel España para ocupar una mesa en su comedor.

Come opíparamente. Duda si darse un paseo antes de ver a Sánchez Ferrero. Lo desecha porque el calor azota de lo lindo. Pide la prensa. La hojea sin pararse en nada que merezca su atención. Acaba llegando al despacho antes de que el abogado lo haga. Lo recibe Andrés, el secretario-ayudante para todo, con cara de circunstancias. No le hace caso, le dedica un par de palabras de trámite y ni le pregunta por el viaje a Tetuán. No es simpático el tal Andrés, pero nunca se ha manifestado con él tan hosco como lo acaba de hacer. No le da importancia y se abisma en los papeles que

se amontonan en la mesa colocada en un ángulo de la amplia estancia que ambos comparten.

La entrada de Sánchez Ferrero es ruidosa y aniquila el silencio que envuelve hasta entonces a sus dos ayudantes. Llega con aspavientos a los que secundan palabras malsonantes que no hilvanan una frase completa. Tenoll propina una gran calada al pitillo que sujeta su mano derecha. Andrés no sabe qué hacer, o, mejor, sí sabe, pero no puede hacerlo: meterse debajo de la mesa y aguardar a que el diluvio pase. Tenoll duda si seguir callado o interesarse por lo que pone tan fuera de sí al recién llegado. No puede tener una actitud pasiva y acobardaba como la del secretario. No ha terminado ni mucho menos la carrera de Derecho, pero se las da de pasante del abogado y está muy por encima de aquel hombre para todo cada vez más arrugado ante la presencia de su jefe que no cesa de bramar sin decidirse a entrar en su despacho.

—Pero ¿qué pasa, Juan, qué pasa? —inquiere Tenoll con ademán de firmeza que aplaca un poco el furor de aquel.

—¡La catástrofe total!, ¡es el punto de no retorno!, ¡así no podemos seguir viviendo ni un minuto más!,¡hay que matarlos como nos están matando a nosotros!, ¡son ellos o nosotros! —brama contestando a un Tenoll que, con la voz engordada, vuelve a preguntar por qué está así.

—¡Han matado a Calvo Sotelo!, ¡lo han asesinado cobardemente! —el líder falangista desgarra el ambiente con palabras que sangran.

El gesto de estupor de Tenoll es tan descomunal que deforma sus rasgos faciales. Sánchez Ferrero aminora su furia para iniciar una explicación que supura indignación descomunal.

Su intento de ofrecer un relato comprensible de los hechos que lo zarandean dura poco. La ira explosiva se apodera nuevamente de él. «Tranquilízate, y cuenta lo que ha ocurrido, no te acabo de entender» le grita Tenoll irritado ante tanto desarbolamiento.

El ánimo del abogado es una auténtica montaña rusa. Después de estas últimas palabras, reanuda el relato que la indignación explosiva había obturado. Entorna los ojos hasta casi desaparecer. Respira como si necesitara todo el oxígeno de aquella habitación en la que los tres permanecen de pie, aunque Andrés haya desaparecido

anímicamente. Por fin, es capaz de enlazar frases entendibles en medio de músculos crispados y agresividad desatada. «Sobre las dos de la madrugada han aparecido unos individuos, parece ser cercanos al Partido Socialista, en el número ochenta y nueve de la calle de Velázquez de Madrid, que es el domicilio de Calvo Sotelo. Le han sacado de allí pretextando no sé qué, cualquier patraña —relata con una mueca de asco en su cara—. A pocos metros del domicilio y ya instalados en una camioneta de la Guardia de Asalto, le ha asesinado cobardemente disparándole por la espalda. El cuerpo ha aparecido en la puerta del depósito de cadáveres del cementerio del Este. ¡Malditos cobardes!, ¡son una gentuza que no merece vivir! ¡Es la guerra!, ¡es la guerra!» grita Sánchez Ferrero con los ojos inyectados en sangre. Andrés, blanco como la leche, permanece ovillado en un ángulo de la habitación. La llamada a la guerra como única respuesta al asesinato de Calvo Sotelo maniata a Tenoll. Solo cuando oye por tercera vez «¡es la guerra!» reacciona dando rienda suelta a su indignación.

De sopetón, Sánchez Ferrero hace un alto. La escena se congela. Los tres permanecen inmovilizados por el aluvión de tenebrosas perspectivas. Al cabo de unos segundos con marca de eternidad, el abogado invita a Tenoll a pasar a su despacho «para preparar medidas que hay que tomar inmediatamente» agrega con una expresión sombría cargada de solemnidad. Andrés, ajeno por completo a estas palabras, vuelve a sentarse en la mesa de oficinista que casi lo entierra con los papeles que acumula.

Sánchez Ferrero no para de urdir planes y de convocar a las escuadras falangistas para lo que, sin decirlo expresamente, se desprende de lo que va urdiendo con voz enfebrecida. Tenoll se esfuerza en escucharlo. No le resulta fácil porque una negruzca niebla gris va abrazando sus pensamientos. La determinación de llevar todo al extremo de la sangre, caiga quien caiga, le asusta. Teme por los que no piensen como él y acaben en sus garras afiladas. Le da miedo imaginar hasta dónde pueden llevar los sentimientos que exhibe sin pudor. Recuerda a Pedro Robi, sus coqueteos liberales y masónicos, y le viene a la cabeza el peligro que puede correr si quien tiene enfrente traduce en acciones todo lo que

verbaliza en aquellos momentos. Su cabeza da vueltas a las posibles consecuencias para Casa Ninet y Robi de la violencia desenfrenada que Sánchez Ferrero pregona. Siente que el papel protector de su tío puede cambiar de sentido y ser él quien ahora tenga que protegerlo. Le abruma una responsabilidad que va creciendo según los improperios del abogado anuncian sangre en un futuro que se ha acelerado con el asesinato de Calvo Sotelo.

Agotado de tanta explosiva extroversión, Sánchez Ferrero frena, saca del bolsillo del pantalón un pañuelo con el que se seca la frente perlada de un sudor que también riega la parte superior de la camisa. El momentáneo silencio despierta a Tenoll de sus negras cavilaciones. Levanta la cabeza, fija su mirada en el otro y carraspea exageradamente como si tomara impulso para hablar.

—Comprendo que estés indignado, yo también lo estoy, lo de Calvo Sotelo es un asesinato odioso que necesita una respuesta adecuada —afirma Tenoll con una suavidad que choca con la agresividad de las palabras que habían precedido. El otro, extenuado por la tensión emocional y la catarata verbal que había protagonizado, pone cara de atender—. Todo eso es cierto, pero yo creo que hay que esperar a ver cómo reacciona el Gobierno de Casares Quiroga. No debemos tomarnos la justicia por nuestra cuenta — razona componiendo una expresión tajante.

—Pero ¡qué podemos esperar del timorato Casares Quiroga y de Moles su ministro de la Gobernación del que los que vivimos en el Protectorado sabemos lo que da de sí después de su paso por la Alta Comisaría! —salta Sánchez Ferrero con los ojos en llamas de agresividad.

—Tienes razón, pero solo hace unas horas que han encontrado el cadáver de Calvo Sotelo, dejemos que pase un tiempo prudente antes de lanzarnos a la calle violentamente como tú estás proponiendo —Tenoll reconviene con sosiego.

Sánchez Ferrero se desmelena en aspavientos. El sudor vuelve a adueñarse de una cara en la que las mejillas enrojecidas cobran mayor presencia. El dramatismo lo desborda y resulta difícil entender lo que dice. Tenoll comprende que lo mejor es replegar velas y tiene en su baraja la mejor carta para hacerlo. A la última palabra

ininteligible del abogado sucede una pausa. Cruzan miradas interrogativas. Dudan los dos sobre cuál es el derrotero que la conversación debe tomar. Sánchez Ferrero se percata de que ya ha dicho mucho y que insistir en lo mismo puede alarmar más de la cuenta a su pasante. A Tenoll se le indigesta tanta violencia enfebrecida y le aterran las consecuencias que esto puede tener para Casa Ninet y su propia trayectoria profesional, enderezada desde que ha llegado a Larache. Asaltan su cabeza muchas preguntas sobre si las palabras incendiarias de su interlocutor responden a la realidad o son pura baladronada. Pero se las ahorra, necesita superar la congoja que le han ocasionado tantos nubarrones negros en el horizonte. Necesita cambiar de conversación para respirar aire distinto al agobiante que se ha apropiado de la habitación. Con voz suave, encogida, anuncio de un cambio radical en la conversación, toma la palabra.

—Con tan malas noticias nos hemos olvidado de hablar de algo que puede ser importante, sobre todo si las cosas se ponen tan feas como predices —introduce Tenoll con una semisonrisa que muestra su dentadura blanca y bien cuidada.

El enrojecimiento de las mejillas de Sánchez Ferrero cede, un ligero barniz blanco lo sustituye como preámbulo de «cuenta, cuenta, perdona que casi no te haya dejado hablar, pero lo de Calvo Sotelo es enloquecedor y me temo que acabe teniendo consecuencias terribles para las que tenemos que prepararnos».

Estas palabras franquean la puerta a que Tenoll se explaye sobre sus contactos en Ceuta y Tetuán. Cuando recala en Johannes Bernhardt y le informa de su atractiva oferta para servirse, en el fondo, de la red de influencias de Casa Ninet y Pedro Robi, la cara de Sánchez Ferrero se ilumina y una idea ocupa su cabeza hasta que consigue plasmarla en palabras.

—Lo que busca Bernhardt es un indicio más de que algo trascendental está a punto de estallar. Sé por referencias de algunos camaradas que es un nazi influyente y que tiene muy buenas relaciones con militares enemigos del frentepopulismo. Creo que su interés por reforzar su red de contactos con los caídes de la Yebala y

Gomara es una pista de por dónde van a ir los tiros, esto nunca mejor dicho —remacha el abogado con un ademán reflexivo.

—Es muy posible que tengas razón. Su oferta es irresistible. Estoy seguro de que lo que verdaderamente busca es meter mano en las relaciones que mi tío tiene en las cabilas —señala Tenoll meneando ligeramente la cabeza de arriba abajo con gesticulación confirmatoria.

Cruzan las miradas. Flota entre ellos un sobreentendido que no precisa verbalización. Tenoll propina una intensa calada al cigarrillo que tiene a medio consumir. Sus orificios nasales exhalan el humo como poderosas chimeneas. Se decide a comentar lo que aúna en la cabeza desde su entrevista con Bernhardt.

—No se me escapa lo que el alemán busca de verdad con su estupenda propuesta. Me di cuenta desde el primer momento, pero no va a ser fácil. Robi es muy listo y seguro que se da cuenta de la jugada. A Bernhardt se le ve demasiado el plumero. La persona clave en toda esta operación es mi tío y tengo mis dudas de que quiera asociarse con un nazi. Aunque se ha vuelto muy escéptico últimamente, ya sabes que ha sido siempre de ideas liberales y republicanas —advierte Tenoll con la sombra del cansancio nublando su mirada.

—Si la clave la tiene Robi, tu papel es crucial en toda esta operación, y, si lo haces bien, puedes apuntarte un magnífico tanto — añade Sánchez Ferrero con un matiz pícaro que desagrada a su interlocutor.

—Bueno, ya veremos, no adelantemos acontecimientos — tercia Tenoll en tono cortante.

La conversación ya ha dado todo de sí. La preocupación impregna las palabras que se encadenan hasta la despedida.

2

La tarde ha avanzado mucho y a Tenoll le queda dar un paso que no puede aplazar más. Llama por teléfono al almacén y pregunta si tu tío está y si puede acercarse a verlo, «llegué ayer de Tetuán muy

cansado», aclara innecesariamente al empleado que lo atiende. Al cabo de unos segundos, le contesta que «el jefe lo espera».

La calle Chinguiti es un hervidero. A la caída de la tarde las caras que la frecuentan llevan la huella del alivio del calor y de que la jornada laboral ha quedado atrás. Los bares que salpican la popular calle, sobre todo según se aproxima a la Plaza de España, revientan de animación. Pero aquella tarde del catorce de julio, aunque tan animada como las demás, tiene una característica que la hace diferente. No son las vacaciones que algunos han empezado. No son los agobios económicos que día a día se acentúan salvo para algunos privilegiados. No son los rumores de cambio en la cúpula militar, que ha encontrado su última manifestación en el cese del coronel Múgica, el militar de más alta graduación en la circunscripción de Larache. Los que se agolpan en la calle y en los bares de sus aledaños, los que forman corrillos en los remansos de paz de la Plaza de España, los que entran y salen del Casino militar y del Casino español, todos ellos se mueven de una manera especial, todos llevan un estigma en la cara y sus movimientos están lastrados por un pesado fardo, todos, en un sentido u otro, están conmovidos por la noticia del asesinato de Calvo Sotelo que ha ido llegando a Larache en sucesivas entregas a lo largo del día.

Tenoll camina hacia el encuentro con Robi preocupado por el asesinato del diputado y líder de Renovación Española. Le angustia la reacción de algunos que pueda arrastrar a un derramamiento de sangre generalizado.

La tarde cae aceleradamente. La distancia de la calle Chinguiti al despacho de Robi es corta, poco más de cinco minutos por el camino más corto. Escoge el más largo. Atraviesa la Plaza de España, deja a un lado el Casino militar y a otro el castillo de San Antonio transformado en hospital, y desemboca en el balcón del Atlántico. Hace varias paradas. Es víctima de sentimientos enfrentados. Es mucho y bueno lo que comercialmente tiene que plantear a Robi; el viaje a Tetuán ha resultado todo un éxito y puede redundar en suculentos beneficios para Casa Ninet. Pero no es un triunfo dulce el que trae. Lo que hay detrás de los propósitos de Bernhardt le crea un regusto amargo. Le inquieta la utilización de la

autoridad ganada por su abuelo Ninet e incrementada por su tío para fines que huelan a sangre. Está inmerso en un mar de dudas. Los pies le llevan hacia la reunión con Robi, pero su ánimo hace de freno retardatario. El balcón del Atlántico a esa hora está también concurrido, aunque no con la intensidad de lo que ha dejado atrás. Mengua la presencia de la estallante luz que ha prevalecido durante toda la jornada. Debilitada, se ha transformado en una caricia acogedora. La brisa del Atlántico que mansamente lame los roquedales que protegen el paseo es aliviadora y reconforta de los azotes del calor de aquella trágica jornada. El sol lucha con el apagamiento del día consciente de que es empeño inútil, pero pierde fuerza como si considerara que el derroche desplegado durante muchas horas es suficiente y que basta ya de poner a prueba la resistencia de los larachenses. El atardecer es limpio. La belleza es inigualable cuando el sol se posa en la línea del horizonte y empieza a ser engullido por ella. La puesta de sol que se contempla desde allí extasía. Tenoll suspira con exageración. Es muy tarde, Robi aguarda y no puede dilatar más verse cara a cara con él. Acelera el ritmo y, tras remontar una de las callejuelas que salen de la carretera que bordea el balcón del Atlántico, se planta a pocos metros de la gran puerta pintada de azul añil ya medio cerrada. Es la entrada principal de las dependencias de Casa Ninet. En uno de sus laterales están las oficinas y el despacho de su director-gerente. Cuando Tenoll traspasa la puerta el sol está terminando de hundirse en el océano y su última luz tapiza el agua que lo engulle.

Ya no queda nadie en las espaciosas naves de aquel establecimiento, buque insignia de los prósperos negocios que se desarrollan bajo el paraguas de Casa Ninet. Contribuye al ambiente mortecino la tenuidad de algunas luces que se empeñan con escaso éxito en combatir la penumbra. Los muchos metros que tiene que recorrer hasta divisar al fondo una luz vigorosa constituyen un verdadero muestrario de algunos de los productos con los que allí se comercia. Bebidas y alimentos de todo género procedentes del Protectorado francés, enormes cajas que contienen ropa de lo más variado, muebles y elementos decorativos en los que el gusto por lo europeo y el regusto por la artesanía marroquí se mezclan, hasta

varias bicicletas de color verde de la marca Peugeot, todo eso y mucho más se encadena obedeciendo a un riguroso orden.

Según se aproxima al despacho de Robi le inunda la sensación que siempre le brota cuando visita aquel templo de lo comercial que empezó a levantar José Luis Ninet. Siente gran admiración a que tanta pujanza haya arrancado de su abuelo, que prácticamente no sabía leer ni escribir y que salió huyendo de su Novelda natal para buscar lo que no encontraba allí a principios de siglo: un horizonte que le permitiera superar las malas condiciones en las que vivía en aquel pueblo alicantino. Pero las sensaciones tienen otra cara que se mezcla con la admirativa. Se siente atraído por todo aquello, siente formar parte de un engranaje que se prolonga a lo largo de tres generaciones, aunque una amarga duda estropea este sentimiento. ¿Cómo podía él entrar a formar parte de aquello cuya primera piedra puso su abuelo y ahora es un sólido edificio?, ¿cuál podría ser su papel, un papel que no acababa de hallar a pesar de reiterados intentos?, ¿en algún momento acabaría encajando y podría ser útil en los negocios que hoy encabeza Robi?

Estas elucubraciones le embargan tanto que golpea mecánicamente la puerta del despacho y a duras penas oye el potente ¡adelante, adelante! que se compadece mal con la edad de quien lo ocupa y la hora tan tardía de su jornada laboral que se prolonga desde las primeras luces del día.

El despacho es amplio. Robi se sienta allí desde la muerte del viejo Ninet. No fueron muchos los cambios que introdujo en su momento, aunque son un fiel reflejo de su personalidad y trayectoria. Prevalece la austeridad del mobiliario. Deslumbra un poco la luz que lanza una voluminosa lámpara que recuerda las de los barcos; es una huella de su lejano pasado de telegrafista de la marina mercante.

El saludo es efusivo. Robi se acerca a su sobrino tendiéndole los brazos en cálida acogida. Tenoll se queda un poco parado, pero pronto reacciona correspondiendo a esa actitud. Robi le invita a sentarse y le dispensa un trato deferente en el que la marca de lo familiar constituye el prolegómeno de la conversación. Tenoll no sabe cómo plantear las buenas noticias de las que es portador sin

suscitar el rechazo de su perspicaz tío. Ambos intercambian miradas y en algún instante coinciden observándose mutuamente.

—Bueno, cuéntame, estaba ansioso por verte —explota al fin Robi extendiendo la palma de las manos hacia Tenoll como si con ello quisiera romper el hielo inicial.

—Todo ha ido bien —responde el joven abriendo mucho los ojos como si con ello quisiera captar algún indicio que le orientara en cómo introducir el asunto.

—Me alegro mucho de que todo haya ido bien. Necesito una buena noticia en este día en el que parece que España se va a hundir irremisiblemente en la violencia y el enfrentamiento entre dos facciones tan irreconciliables que se matan a tiros —confiesa Robi con deje sombrío—. El horrible asesinato de Calvo Sotelo es extraordinariamente grave. Las circunstancias en las que ha tenido lugar revelan que el Estado no controla la situación y que es incapaz de frenar a los exaltados de un lado a los que, me temo, los del otro extremo responderán con otra barbaridad. Vamos a ver lo que pasa en los próximos días, pero me temo que ni el Gobierno de Casares Quiroga va a reaccionar debidamente ni los extremistas de las derechas van a quedarse parados —confiesa con cara pesarosa que se concierta con la oscuridad que prevalece en el resto del almacén únicamente quebrada por la linterna del vigilante que hace la ronda.

—Tienes razón. Es espantoso. No sé hasta dónde vamos a llegar —concede Tenoll sumándose a la preocupación que su tío exuda por todos los poros.

—Me alegro de que opinemos lo mismo —comenta Robi con síntomas de alivio—. Al verte el otro día gritando en la calle con un grupo de falangistas, he temido que eras uno de esos que creen que los problemas que ahogan a España solo se solucionan pegando tiros.

—No tío, no, yo tengo mis ideas políticas que quizá no coincidan con las tuyas, pero las defiendo con la palabra, aunque sea gritando en la calle. Para mí, la violencia en las personas y no digamos nada los asesinatos y el arreglo, mejor dicho, el empeoramiento de los problemas con las pistolas son una frontera que bajo ningún

concepto estoy dispuesto a traspasar —proclama Tenoll intensificando la densidad de la mirada.

—No sabes cómo me alegra escucharte esto en un día tan tremendo como el de hoy. Es mejor regalo que las buenas noticias que me puedas traer de Tetuán, aunque no sé si piensa lo mismo Sánchez Ferrero, tu jefe —suelta como un latigazo.

—Juan Sánchez Ferrero es Juan Sánchez Ferrero y yo soy yo —proclama Tenoll con solemnidad desproporcionada con la que quiere desmarcarse de los planteamientos del abogado—. Es cierto que alguna de sus manifestaciones son bravuconadas que incitan a la violencia. Está por ver si son solo palabras y no pasan a hechos. Yo haré todo lo que esté en mi mano para que sea así, aunque con el asesinato de Calvo Sotelo está desatado. Te aseguro que trataré de frenarlo.

—Me tranquilizan tus palabras. Bueno, hagamos un esfuerzo por dejar de lado la espeluznante noticia y hablemos de cómo te ha ido en la capital del Protectorado. Sé que llegaste ayer y me has tenido en ascuas esperando verte —insinúa Robi que no le ha gustado que el encuentro haya tardado tanto en tener lugar.

Intercambian una mirada llena de inquietud. Robi respira con intensidad desproporcionada. Necesita aire para aliviarse de la insoportable carga del asesinato de Calvo Sotelo.

—Bueno, esperemos que la sangre no llegue al río. No podemos hacer otra cosa más que confiar en que el sentido común y la prudencia se acaben imponiendo —desea Robi revistiendo sus palabras con un matiz que trasluce pocas esperanzas—. ¿Qué nos propone el tal Bernhardt? —pregunta con la voz tersa.

Tenoll reclina ligeramente la cabeza. Como si la pregunta hubiera hecho saltar el tapón que retiene las ganas de soltar lo que lleva dentro, se desmelena en una minuciosa exposición. Robi no le quita el ojo de encima, pero su rostro permanece imperturbable. Al cabo de unos minutos, Tenoll fuerza una pausa que habla sin palabras. Se lleva la mano derecha a la correspondiente mejilla. Transmite la sensación de que está buscando una respuesta que satisfaga a los dos. Toma la palabra rompiendo el gravoso silencio para explicar con todo lujo de detalles la oferta que trae de Tetuán.

—Enhorabuena. Las condiciones económicas son inmejorables —reconoce Robi. Hace un alto que anuncia que lo que acaba de decir solo es un preámbulo—. Son tan buenas que me hacen dudar de las verdaderas intenciones de un individuo que de entrada no me merece confianza. Al margen de sus tumbos por América, no dejó muchos amigos en la temporada que estuvo en Larache. Es cierto que en Tetuán ha ganado mucho dinero como representante de Wilmer, Siemens, Krupp y muchas otras grandes compañías alemanas, pero, te repito, el tal Bernhardt no me inspira confianza —remacha Robi en plena duda.

Tenoll se queda pensativo. Sabe que Robi tiene razón y que detrás de las atractivas condiciones económicas se esconden segundas intenciones. Traga saliva con más ímpetu que el necesario. Mira de frente a su interlocutor y, con un gesto facial bondadoso que no llega a sonrisa, habla con suavidad.

—Tienes razón, tío —concede Tenoll apelando al sustantivo que plasma su relación familiar—. No voy a discutir que el tal Bernhardt sería un socio complicado con el que habría que estar alerta. La verdad es que no se esfuerza por ocultar que tiene los ojos puestos en la autoridad que el abuelo en su día y en la actualidad tú tenéis en muchas cabilas casi impenetrables. Pero, conociendo su interés, hagamos nuestro juego, saquemos la tajada económica que nos ofrece y, si pretende abusar del prestigio de Casa Ninet y del tuyo, habrá llegado el momento de romper con él —concluye con fuerza.

Robi apoya el dedo índice de la mano derecha en la mejilla. Adopta un aire reflexivo. Necesita unos segundos para digerir el enfoque que Tenoll ha dado a tan vidrioso asunto. Se lleva la palma de la mano izquierda a la boca hasta casi taparla y, cuando la aparta rozando la comisura de los labios, comenta con templanza:

—Lo que tú dices es muy hábil, pero a mí se me hace muy cuesta arriba asociarme con ese individuo. Te agradezco todas tus gestiones. Lo has hecho muy bien, pero no lo veo claro, se me revuelven las tripas pensando que tendría que visitar a caídes que confían en nosotros más o menos cogido de la mano de un individuo como Bernhardt. Hoy por hoy es demasiado para mí —termina reclamando comprensión.

Tenoll no quiere forzar las cosas. Sabe que Robi necesita más tiempo para digerir lo que le propone. Es tarde y está cansado después de un día tan cargado de funestos presagios. Es mejor dejarlo ahora y volver a la carga en un momento más propicio. Está a punto de proceder así cuando una luz se enciende en su mente. Duda, ¿la apaga o la mantiene encendida para poner sobre la mesa un nuevo argumento? No lo apaga, e, iluminado por ella, se hace nuevamente con la palabra.

—No se trata de tomar ahora mismo una decisión. No es urgente, Bernhardt puede esperar, pero a la hora de decidir es muy importante tener en cuenta algo que te he escuchado muchas veces —acentúa una pausa para atraer todavía más la atención y adensa la voz—: hay que llevarse bien con todo el mundo. El negocio es el negocio y hay que tener clientes de toda clase haciendo de tripas corazón si es preciso.

Robi se remueve en el sillón. No se siente cómodo con la conversación. Le gustaría acabarla ya, pero no puede. Esboza una mueca comprensiva y con un mohín cansino se adueña nuevamente de la palabra.

—Este asunto no es sencillo. No se trata de probar con un nuevo socio que aporte negocio. La cosa va mucho más allá y hay que verla en toda su dimensión —reflexiona mientras que las muchas arrugas que surcan su cara se transforman en profundas zanjas—. Detrás de lo que propone Bernhardt están los planes del expansionismo alemán que tantos dolores de cabeza están dando a Europa. Alemania fue expulsada de África después de la Gran Guerra, no olvida su pasado poderío colonial y quiere recuperarlo. Ahora está enfrascada en conquistar lo que los nazis llaman espacio vital o algo parecido y vuelven sus ojos hacia África de la única forma en que puede hacerlo vigilada como está por Francia e Inglaterra: intensificando su penetración comercial en Marruecos y en otras partes del continente africano —Robi expone con los párpados sufriendo el peso del cansancio.

Tenoll acusa el golpe. No quiere entrar en polémicas. Sabe que su interlocutor atesora mucha más cultura y que su experiencia deja enana a la suya.

Robi extiende ligeramente la mano hacia su sobrino e inicia un fatigoso movimiento de levantarse. Tenoll no lo sigue, le desagrada que el resultado de lo que han tratado quede tan abierto y que la superioridad intelectual y cultural de su tío resulte tan patente. Domina su expresión de contrariedad e implora con los ojos no terminar sin tener la oportunidad de ofrecer una nueva reflexión que considera imprescindible antes de decidir.

—Aunque es muy tarde, permíteme hacer un comentario que quizá te pueda ser útil —ruega anclando una mirada en Robi, que le invita a que hable con un ademán concesivo de la mano derecha—. Tienes razón en lo que dices del expansionismo alemán y de la forma como actúa en África en su intento de resucitar su pasado colonial, pero no se puede olvidar algo de gran trascendencia. Bernhardt es buen amigo del teniente coronel Yagüe, el jefe del Tercio de Dar Riffien, y ya sabes que detrás de Yagüe hay muchos altos mandos que buscan derrocar al Gobierno tras la victoria frentepopulista del mes de febrero. En España y más después del vil asesinato de Calvo Sotelo no se sabe bien quién acabará mandando —sentencia Tenoll removiendo las alas negras de la tragedia.

Estas palabras producen el efecto contrario al pretendido. La duda que como especie de bruma envolvía a Robi se disipa y emerge un criterio cristalino.

—Con lo que acabas de decir se me aclara todo. Lo has hecho muy bien y estoy orgulloso de ti, pero debes comprender que me aterre la posibilidad de que Casa Ninet, aunque sea indirectamente, se vea envuelta en una maniobra más o menos política contra el Gobierno republicano. Y me aterra precisamente porque, como repito a menudo, Casa Ninet ha de estar al servicio de unos y de otros. Por eso no podemos ayudar, por muy indirectamente que sea, a un bando que se enfrenta a otro —defiende Robi con severidad que refuerza un leve golpe sobre la escribanía de su mesa de trabajo.

Tenoll recoge velas. Es consciente de que ha ido demasiado lejos. Ha tocado una fibra de su tío que consideraba más adormecida que lo que se ha demostrado. Se ha equivocado. Tendrá que volver a la carga de otra manera. Tendrá que telefonear a Bernhardt y, bajo cualquier excusa, pedirle más tiempo para contestar a su oferta. Se

siente vencido por aquella tensa y larga jornada. Ahora es él quien suspira por concluir, pero tiene que disimular, ha de quitar importancia a lo que le acaba de decir, no puede dar la impresión de que está contrariado. Tiene que jugar la baza de que la decisión está todavía abierta y que, pasado un tiempo prudente y en una circunstancia mejor que la de aquel funesto día, podían volver sobre ello.

—De acuerdo, lo que dices es muy razonable —Tenoll decide mostrarse comprensivo agudizando un gesto de comprensión—. Además, hoy no es el día más adecuado para que tomes una decisión en un asunto tan espinoso. Si no tienes inconveniente, volvemos a hablar en otro momento cuando hayan pasado estas horas tan preocupantes para todos —propone sin saber que tiene todas consigo. Pero las tiene. Robi asiente con un distendido «de acuerdo» y ambos dejan la cuestión resuelta por el momento.

Con maneras cordiales se ponen de pie al mismo tiempo, atraviesan las profundidades oscuras de las naves que rodean la oficina precedidos del vigilante que les franquea el camino con una enorme linterna. Cuando están a pocos metros de la puerta que da a la calle, Robi se detiene, coge suavemente el brazo derecho de Tenoll y se dirige a él con una mirada bondadosa que aviva el cansancio de sus ojos.

—Con el cambio de impresiones sobre la oferta que traes de Tetuán se me había olvidado decirte algo que me tiene muy contento y que te va a gustar —anuncia inflando la voz.

—Dime, necesito acabar este horrible día con una buena noticia que me ayude a dormir —replica Tenoll con su rostro iluminado de pronto.

Robi, sin soltar el brazo de su sobrino, da varios pasos, se vuelve a detener y pone una cara de misterio que resulta algo cómica.

—Tu primo Pedro llega mañana a Larache. Viene con su novia. Nos anuncia a tu tía Amparo y a mí que la relación con ella va en serio y quiere presentárnosla. Va a pasar unos días con nosotros — desvela a bombo y platillo.

—¿Con Aurora? —salta Tenoll entre sorprendido y satisfecho.

—Sí, con Aurora, creo que así se llama, ¿la conoces? —pregunta

Robi interesadamente.

—Sí, claro, la he conocido en Madrid. Es una chica muy guapa y muy lista. Estudia Filosofía y Letras en la Facultad de la nueva Ciudad Universitaria. Me la presentó Perico y he estado con ellos en un par de ocasiones —aclara Tenoll con la luz de la alegría abriéndose paso entre tanta oscuridad.

—Llegan los dos mañana. Tu tía y yo estamos muy contentos. Es una gran alegría recuperar a Perico por una temporada y conocer a su novia —reconoce Robi reanudando la marcha después de soltar el brazo de su sobrino.

Capítulo II
La novia de Perico Robi visita Larache

1

Pedro Robi es otra persona desde la llegada a Larache de su hijo Perico con su novia Aurora Peris, que tanto ha contribuido a aliviarle del lastre del trabajo y del agobio por el asesinato de Calvo Sotelo. Siente algo que creía sepultado por la rutina de muchos años y que solo superaba en sus escapadas a Madrid que aquel año ha suspendido en vista de todo lo que está ocurriendo. Contribuye esta llegada a que tenga ganas de disfrutar de las cosas de cada día y de todo lo que Larache pone a su alcance. Amparo Ninet es también otra persona con la aparición de Perico y Aurora. Por respetar escrupulosamente las conveniencias sociales, en un primer momento pensó que esta última debería alojarse en el hotel España, pero, cuando su marido planteó que podría molestar a Perico por la desconfianza que suponía, acabó consintiendo que se instalara en la casa familiar.

Con esta novedad Robi ha roto la costumbre de llegar casi el primero a la oficina. Es una hora relativamente avanzada de la mañana de aquel dieciséis de julio y todavía no ha salido de casa. Se hace el remolón porque quiere compartir el desayuno con los recién llegados. Sentados todos a la mesa del comedor que, a través de un corto pasillo se conecta con la cocina que da al patio interior del edificio con trazos modernistas en cuya fachada reza J.L.N. 1926, contempla con satisfacción la escena familiar. Examina por el rabillo del ojo a la novia. Es muy guapa, su media melena de negro azabache es el marco de una cara angulosa, con pómulos salientes, labios gruesos y rasgados, nariz ligeramente respingona y unos ojos negros que allí donde se dirigen se adueñan del espacio. Se habla de lo que la pareja ha hecho el día anterior. Se barajan planes para el que comienza. La alegría brota a borbotones. Robi se encuentra a gusto. Amparo está contenta, se alegra ahora de tener a Aurora en casa, de haberse alojado en el hotel España no habría podido

disfrutar de momentos como este. A Robi se le echa el tiempo encima, consulta el reloj y da un respingo. «Me tengo que ir, son casi las diez, me van a regañar en la oficina», bromea con una mueca irónica. Se levanta y, posando los ojos en Perico, le pregunta: «¿Has visto ya a tu primo Paco? Sé que tiene muchas ganas de veros. Creo que Aurora ya lo conoce, me dijo que se la presentaste en Madrid», indica mientras recompone la elegante chaqueta de lino color arenoso que viste. «Yo también estoy deseando verlo, ya sabes que le tengo mucho cariño como primo mayor y …único primo», señala Perico poniendo cara en la que pululan sobreentendidos. Aurora confirma con un simpático vaivén de la cabeza que sí, que conoce a Tenoll y que se han visto en Madrid en un par de veces. Se hace un silencio que se esfuma en contados segundos porque Robi pasea la mirada por los presentes y con voz entera adelanta: «Pues, permitidme que al plan que habéis preparado para hoy añada yo una invitación a comer en la Hípica con Paco. Lo cito nada más llegar a la oficina. Así os veis, sé que los tres tenéis muchas ganas de veros y corren tiempos para estar unidos y apoyarnos unos a otros», apostilla mientras que un mohín grave se apodera de sus facciones.

2

Una suave brisa hace que el calor de aquel día sea menos asfixiante que el que suele hacer a mediodía del mes de julio en la ciudad del Lucus. Perico y Aurora, después de tomar un aperitivo en el bar El Atlántico, «donde el patriarca de toda la familia, mi abuelo José Luis Ninet, solía reunirse con sus paisanos alicantinos», deja caer él con orgullo, deciden darse un paseo hasta la Hípica. Allí han quedado para comer con los padres de él y Tenoll.

Aurora ha notado que desde que llegó a Larache es observada con ojos de curiosidad. Corre como la pólvora que el hijo de Pedro Robi ha llegado con una novia que suscita admiración por donde pasa por su belleza y elegancia. Ella se ha dado cuenta y se empeña en quitarle importancia y sonreír con el mensaje de la sencillez. Antes de llegar a la Hípica se entretienen contemplando los frondosos jardines que circundan la residencia de la duquesa de Guisa. Perico

se enreda en explicaciones históricas que interesan a la estudiante de Filosofía y Letras. En el camino cruzan miradas cargadas de insinuaciones amorosas que no se traducen en actos porque son conscientes de que los aires superadores de mojigaterías han llegado poco a una Larache en la que lo militar y lo funcionarial están tan arraigados. Continúan paseando mientras que la sensación de felicidad y bienestar los empapa. No están al tanto de la marcha del reloj. Dejan atrás a la izquierda la residencia de oficiales y se plantan en la puerta de la Sociedad Hípica de Larache, según reza el airoso arco que les da la bienvenida.

Solo ahora reparan en la hora que es. Llegan tarde y Perico sabe que los retrasos contrarían mucho a su padre. Avanzan rápido por el camino de entrada a la instalación de la que la ciudad está tan orgullosa. A la derecha queda El Vivero, que merece un gracioso comentario de Perico referido a su infancia. Llegan a una especie de rotonda y se topan con una amplia zona rematada por una tribuna con un discreto palco. No hay visos de actividad, parece un inmenso espacio vacío únicamente roto por algunos obstáculos que dormitan en la zona central. Aurora reduce la marcha para observar aquella superficie destinada a celebrar pruebas hípicas. Él, azuzado por el reloj, se extralimita tomándola de la mano para avivar el paso. Recorren con rapidez el camino que surge a la derecha de la zona hípica y se topan con el edificio social. Aurora repara en las dos cuidadas pistas de tenis y en un reducto infantil que completan unas instalaciones punto de encuentro de militares de adecuada graduación y civiles de cierto nivel. Perico se sorprende de que la terraza cubierta que da paso a la puerta de entrada del edificio esté vacía. Aunque sea un día de entresemana, a esa hora suele estar concurrida incluso en época veraniega. Atraviesan azogados los salones también vacíos. «Esto está tan solitario porque ya hay mucha gente de vacaciones» explica Perico ante tan poca animación.

Cuando Tenoll los ve entrar en el comedor se levanta de la mesa que ocupa con sus tíos y va al encuentro de los que llegan con cara de apuro por los quince minutos de retraso. Los dos primos se funden en un abrazo que desmiente cualquier resentimiento por celos o incomprensiones de la infancia y primera juventud. Aurora se

queda plantada con la mirada perdida en el horizonte donde Robi y Amparo aguardan. «Bueno, Aurora, qué agradable sorpresa verte por Larache, ya me han llegado rumores de que estás causando sensación en una ciudad tan tradicional como Larache», adelanta Tenoll mientras choca efusivamente la mano con la novia de Perico.

La comida transcurre amable y fluidamente. No se tocan temas complicados o incómodos. Bajo las miradas complacientes de Pedro y Amparo, los primos protagonizan la conversación centrados en sus últimas andanzas en un Madrid que, coinciden, ya no es lo que era por los frecuentes altercados de orden público y por la preocupación que inunda el ambiente. Sin haberlo verbalizado, todos hacen lo posible por omitir cualquier mención a las diferencias políticas y de trayectoria vital de los dos primos. Reina el deseo de que el encuentro resulte agradable y sea el preámbulo de una nueva fase en unas relaciones familiares detrás de las cuales medran poderosos intereses económicos que todos quieren mimar.

Aurora, contenta de verse tan bien acogida, se suma a ese estado de ánimo. Distendida, no pierde la oportunidad de dar algunas pinceladas sobre las razones de su desplazamiento a Madrid desde Valencia para estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Llegó a la capital atraída por la ciudad, por el recién estrenado edificio de la Facultad en la nueva Ciudad Universitaria y por el relumbrón de su magnífico profesorado, entre los que menciona a Menéndez Pidal, Américo Castro, Gaos, Ortega y Gasset y García Morente. «En la fiesta de carnavales del Círculo de Bellas Artes del año pasado tuve la suerte de conocer a Perico» recuerda con destellos de alegría en sus expresivos ojos negros.

—¿Y a Paco cómo lo conociste? — se interesa Amparo.

—Fue en la terraza superior del edificio nuevo de la Facultad de Filosofía y Letras —explica Aurora abduciendo la atención de los comensales—. Desde allí se vislumbra un panorama bellísimo con todo el Guadarrama al fondo. A los pocos meses de conocerlo invité a Perico a que visitara la Facultad y subiera a la terraza para disfrutar de las vistas. Además, aquel día había quedado con mis compañeras Rosario Baños y Carmen Parga, que querían que les presentara a mi novio. Ese mismo día conocí a Paco, porque Perico

se plantó con él en la Facultad y subió con todas a la terraza», termina Aurora abriendo ligeramente los brazos con la palma de las manos abiertas.

El resto de la conversación siguió transcurriendo en un ambiente relajado y grato. Cuando, después de los postres y el café, se están despidiendo en la puerta del edificio social, Robi propicia un aparte con Paco y Perico y les ruega que se queden un poco más porque quiere hablar con ellos. Amparo y Aurora, que se habían quedado rezagadas, se acaban sentando en uno de los inmediatos salones y quedan a la espera de que acaben después de que Aurora refrescara a su novio que a mitad de tarde están invitados en el chalet que José Gomendio, el poderoso director de la Compañía Agrícola del Lucus, tiene frente al balcón del Atlántico. Robi, al escucharlo, piensa para sí que Gomendio, que no da una puntada sin hilo, quiere comprobar por sus propios ojos lo que se rumorea sobre la belleza y elegancia de Aurora.

Los tres se instalan en los sillones de la terraza. Están solos y el entorno garantiza la discreción. Los dos jóvenes ponen cara de circunstancias, porque la iniciativa del primero los ha dejado descolocados.

Robi busca que los primos compartan información y que Perico se ponga al día de la oferta de Bernhardt y del ambiente de Larache; quiere, en suma, que los dos, que hasta entonces se han movido por vericuetos de la vida diferentes, se dispongan a hacer frente común a lo que aquellos complicados días puedan traer consigo.

Como Robi ha informado previamente a su hijo de lo que propone el nazi, pregunta a su sobrino por si hay alguna novedad en el asunto. «No, ninguna. He seguido a pies juntillas lo que quedamos. No pude hablar con él por teléfono, lo hice con Macarena Albelda y le comenté que necesitábamos algo más de tiempo, que lo estabas pensando y que ya le daríamos una contestación, eso fue todo» amartilla Tenoll.

Se hace un silencio expectante y los dos se preguntan por el motivo de Robi para seguir reteniéndolos mientras que Amparo y Aurora esperan. Robi, inquieto por la sucesión de rumores sobre posibles acciones golpistas después de las maniobras que acaban de

celebrarse en Llano Amarillo, quiere meter el dedo en la boca de Tenoll para que desembuche toda la información que posea por su cercanía a Juan Sánchez Ferrero.

—Todo son rumores después de lo de Llano Amarillo. Me imagino que el despacho en el que trabajas ha debido recibir muchas visitas en estos días —rompe el silencio para lanzar este anzuelo a su sobrino.

—Sí, Sánchez Ferrero recibe siempre bastantes visitas, pero más en estos días tan convulsos. Aunque yo no estoy presente en muchas de sus conversaciones, algo me llega y, sobre todo, tengo el suficiente olfato para distinguir a los que lo buscan como abogado de los que lo hacen como jefe de la Falange — confiesa Tenoll parpadeando como si con ello quisiera descorrer el telón de la discreción—. Noto gran nerviosismo. Van y vienen muchos como si estuvieran tramando algo. Me ha parecido entender que, según información de Madrid, un complot de cabos y soldados se está cocinando. El Soldado Rojo circula por todos los cuarteles y los mandos están preocupados por el carácter ultrarrevolucionario de ese complot —informa con ganas de compartirlo con los otros dos.

—¿Un levantamiento revolucionario de cabos y soldados?, ¿eso es lo que preocupa a Madrid y de lo que hablan los que van al despacho de Sánchez Ferrero por motivos distintos a los de su profesión? Sinceramente, creo que, si es así, están muy despistados sobre lo que verdaderamente se está urdiendo contra el Gobierno de la República —rezonga Robi con un deje despectivo.

—¿Qué quieres decir, tío? —inquiere Tenoll intentando contener lo poco que le ha gustado el retintín que empapa las últimas palabras.

—Creo que lo del complot de cabos y soldados, si verdaderamente existe, no es lo que debe preocupar más a las autoridades republicanas. Lo peligroso es lo que se rumorea con relación a golpistas de alta graduación y a reuniones que se han celebrado aprovechando las maniobras de Llano Amarillo —explica Robi con determinación.

Tenoll no quiere enfrentarse a su tío. No quiere ni puede, en las últimas semanas han recompuesto el hilo de la buena relación y, además, está pendiente que decida sobre el asunto de Bernhardt, de

lo que puede depender parte notable de su futuro en la firma familiar. Pero tampoco quiere quedarse mudo ante las insinuaciones que acaba de escuchar.

—A mí no me resulta tan extraño que las autoridades republicanas estén temiendo un golpe revolucionario de las clases de tropa. De los de alta graduación opuestos a su política ya se han ocupado desperdigándolos por toda España, muy lejos unos de otros —replica Tenoll con cierto desdén del que se arrepiente cuando la última palabra todavía aletea en su boca.

Robi acusa el golpe. Duda si dar por acabada la conversación. No lo hace. La mirada expresiva de Perico lo frena. Una comida familiar tan grata no puede dejar mal sabor de boca. Con un soplo reflexivo en su cara tiende la mano derecha hacia su sobrino e imprime suavidad a las siguientes afirmaciones.

—En los contactos que mantengo en estos días con jefes militares por asuntos relacionados con nuestro negocio noto que están muy contentos con el desarrollo de las maniobras de Llano Amarillo, ¿has notado tú lo mismo? Me imagino que Sánchez Ferrero habrá recibido en estos días más de una visita de mandos que han estado allí — hace Robi un alto aguardando con interés la reacción de su sobrino mientras Perico no pierde nada del juego subterráneo que se desarrolla ante él.

—Es lógico que estén muy contentos. Han sido unas maniobras con una gran exhibición de fuerza y preparación. Han participado más de 20.000 hombres encuadrados en 29 batallones de infantería, 10 escuadrones de caballería y 6 baterías de artillería, además de todo tipo de elementos auxiliares — afirma Tenoll rampando por sus ojos el ardor castrense que cuece en sus venas.

—Te veo muy enterado, querido primo —irrumpe Perico desazonado por no haber despegado los labios hasta ese momento.

—Ya sabes que tengo vocación militar que mi mala salud me ha impedido desarrollar y que todo lo relacionado con el ejército me interesa una barbaridad —replica su primo con firmeza.

—Además de los datos que ha expuesto con tanta precisión, ¿hay algo más relacionado con lo de Llano Amarillo que nos quieras

comentar? —ahonda Robi en su interés por sacar información a su sobrino.

Tenoll se lleva la mano a la frente, se rasca ligeramente y, después de unos segundos, traza una semisonrisa animado por una información que puede interesar a su tío.

—El capitán del batallón de las Navas Antonio Moreno Farriols ha aparecido por el despacho un par de veces. Mi jefe lo ha acompañado hasta la puerta y las dos veces se han despedido exclamando «¡café!» en medio de risotadas.

—¡Qué curioso!, vete tú a saber por qué se despiden así y por qué les hace tanta gracia —manifiesta Robi con una enigmática mueca que apunta a que detrás de ¡café! puede haber algo significativo—. ¡Bueno, ya es hora de irse! Amparo y Aurora deben estar aburridas de esperar y ya se empieza a hacer tarde para vuestra visita a Gomendio.

Robi, empotrado en el sillón, hace acopio de fuerzas para levantarse. Los primos lo imitan con más agilidad. Cuando los tres dan los primeros pasos hacia el salón donde ellas siguen charlando animadamente, Tenoll, deseoso de complacer a Robi, se para y comenta entornando los ojos.

—Si me preguntáis por algo raro que me haya chocado en estos días, me viene ahora a la cabeza que me extrañó mucho la visita de un joven teniente de ingenieros, Alfaro creo recordar que se llamaba, pero más aún que Sánchez Ferrero lo acompañara hasta la puerta y en el camino repitieran al menos en dos ocasiones que «entonces de lo de Auamara te ocupas tú», en referencia a la pista de aviación situada entre Larache y Alcazarquivir —reconoce Tenoll con dudas anidando en sus ojos.

—Qué cosas tan raras están ocurriendo en estos días. Yo creo que no hay una, que hay varias conspiraciones en marcha, muy diferentes unas de otras. Veremos en lo que termina todo. Me temo que en nada bueno. Me parece que lo inconcebible solo hace unos meses se está convirtiendo a marchas forzadas en normal —masculla Robi mascando tenebrosamente las últimas palabras.

Vuelven a dirigirse hacia el salón donde están las dos mujeres y las encuentran inmersas en una grata conversación. El aspecto

rechoncho y anticuado de Amparo rechina con el moderno y airoso de Aurora, pero, por la magia de lo espontáneo y la de lo que va más allá de lo puramente racional, la chispa de la mutua simpatía ha prendido entre personas tan distintas.

Parte cuarta

Algo ocurre en Melilla

Capítulo I
El general Agustín Gómez Morato viaja de visita de inspección a Larache y Alcazarquivir

1

Las maniobras de Llano Amarillo han quitado muchas horas de sueño al general de división Agustín Gómez Morato, jefe de las Fuerzas militares españolas en el norte de África.

Antes del cinco de julio, fecha de su inicio, dio muchas vueltas a si convenía o no concentrar tanta tropa en un despliegue sin parangón en el Protectorado español. Consciente de la actitud levantisca de varios de los jefes allí reunidos, dudó mucho hasta inclinarse por aplazarlas a la espera de tiempos más tranquilos. En su opinión, que no manifestó con la convicción con la que debería haberlo hecho, no había que tentar al diablo dando la oportunidad de confabulaciones facilitadas por el encuentro de tantas unidades encabezadas por elementos de dudosa lealtad al poder constituido. El coronel Eleuterio Peña, delegado de Asuntos Indígenas, coincidía con este parecer y añadía los inconvenientes del tremendo calor propio del mes de julio y el periodo vacacional que ya había comenzado. Pero el criterio de Santiago Casares Quiroga, presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, acabó prevaleciendo, y grandes contingentes de aguerridas unidades de todas las armas y cuerpos auxiliares se congregaron en las llanuras que precedían a las cumbres de Ketama.

La apariencia de normalidad con la que las maniobras han tenido lugar no ha tranquilizado al filomasón Gómez Morato. Le han llegado noticias de conciliábulos sospechosos al abrigo de lo de Llano Amarillo. Curtido desde muy joven en las campañas del norte de África y con dilatada experiencia a sus cincuenta y seis años, se siente abrumado por el diluvio de informaciones sobre el ambiente politizado que cunde en los cuarteles y los episodios de insubordinación que se repiten resquebrajando la regla de oro de obediencia a la jerarquía.

Gómez Morato pasa la tarde del dieciséis de julio analizando y

tratando de ordenar todas estas informaciones auxiliado por sus colaboradores más cercanos, entre los que destaca su jefe de Estado Mayor, el coronel Francisco Martín Moreno, de quien no se fía del todo.

Ha vivido dos períodos como superior de las tropas en el norte de África. El primero se inició en febrero de 1932 y concluyó en noviembre de 1934. Hombre de confianza de los que llegaron al poder con el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, fue nuevamente designado para el mismo puesto el uno de marzo de este último año. En el mucho tiempo que ha permanecido al frente de las Fuerzas militares en el norte de África nunca ha estado tan preocupado por el ambiente en los cuarteles como en la tarde del dieciséis de julio. El desarrollo sin incidentes resaltables de las maniobras de Llano Amarillo, al contrario de tranquilizarlo, le inquieta todavía más. Intuye, casi toca con los dedos que algo muy peligroso puede ocurrir en cualquier momento, aunque no sabe qué porque las informaciones que recibe son contradictorias. Ante tanta confusión no ve claro las medidas preventivas que debe adoptar.

Esa misma tarde comprende la necesidad de tener conocimiento directo de la realidad arrancando por la zona de Larache y continuando por la de Melilla. Hay una razón que aconseja hacerlo primero por la circunscripción de la ciudad del Lucus. El teniente coronel Luis Romero Bassart, conocido por su tendencia favorable al Frente Popular, hace poco que ha asumido el mando del grupo de Fuerzas Regulares Indígenas Larache número 4, con sede en Alcazarquivir, y puede fiarse de lo que le informe sin intermediarios. En un pronto poco habitual en él, levanta la cabeza que está inclinada sobre los mapas que reposan sobre una mesa, se quita las gafas con armadura redonda que forman parte de su fisonomía y comenta a sus colaboradores con tono cansino: «Creo que lo mejor es que mañana mismo vaya a Larache y Alcazarquivir». Se coloca mejor las gafas, sus ojos pequeños como garbanzos cobran una repentina vivacidad antes de ordenar a uno de sus ayudantes: «Saldré en automóvil a las siete y media de la mañana. Avise al brigada Moya que tenga preparado el vehículo para viajar a Tetuán. Allí cogeré un aeroplano, así podré aterrizar en Auamara con tiempo

suficiente para visitar Alcazarquivir y después Larache. Avise también al capitán Santos Rubiano, que tenga el aparato preparado para despegar tan pronto como llegue a Samia Ramel».

El plan, al que el alto comisario presta su conformidad, se ejecuta al día siguiente según lo previsto. El general llega al aeródromo tetuaní sobre las once de la mañana y, después de saludar al comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, jefe de la base, despega. El vuelo es plácido y le da la oportunidad de comentar con el capitán Rubiano, su piloto de confianza que, además, es su yerno, las preocupaciones que motiva el inesperado vuelo con rumbo al campo de aviación de Auamara.

A esa misma hora lleva ya un rato celebrándose en Larache una importante reunión de oficiales golpistas con la presencia, entre otros, del teniente coronel Eduardo Losas, jefe del batallón de Cazadores de África San Fernando número 1 con guarnición en Alcazarquivir y el capitán Antonio Moreno Farriols, del batallón de Cazadores de África Las Navas número 2 acuartelado en el barrio larachense del mismo nombre, y a la que se ha incorporado el teniente Alfaro, encargado de controlar Auamara, extremo que cobra gran importancia por la inesperada visita del general Gómez Morato que ha puesto en guardia a los conspiradores.

El aparato, un Breguet 19, toma tierra cerca de las doce y media del mediodía. Acompañado por Rubiano y el capitán de Estado Mayor Calvo Morella, que se ha desplazado para darle la bienvenida y ponerse a su servicio, recorren a toda velocidad los pocos kilómetros que separan Auamara de Alcazarquivir.

En la ciclópea puerta del acuartelamiento del grupo de Regulares Larache número 4 situado a las afueras de Alcazarquivir aguarda a Gómez Morato el teniente coronel Luis Romero Bassart, su jefe.

Relativamente joven, treinta y nueve años, este oficial de infantería y aviador compañero de aventuras golpistas de Ramón Franco Bahamonde ha recibido recientemente el mando de una unidad tan estratégica como el grupo de Regulares Larache número 4 por la confianza que suscita a las autoridades de Madrid. Su pasado filoizquierdista con ribetes de anarquismo contradictorio con su profesión militar y su carácter activo y luchador han constituido el

aval necesario para destinarlo precisamente a uno de los epicentros de los movimientos antirrepublicanos en la parte occidental del Protectorado.

La actitud demasiado expansiva de un Romero Bassart todavía con cierto porte juvenil choca con la actitud cauta de un Gómez Morato que observa a su subordinado y le deja hablar.

La imponente puerta principal de entrada del acuartelamiento, cargada de elementos neonazaríes y flanqueada por dos macizas torres rectangulares, es testigo del primer cambio de impresiones entre aquellos dos soldados de características muy diferentes.

Atraviesan el patio principal del complejo militar, puro derroche de arquitectura neonazarí con profusión de arcos lobulados y recargados nidos de abeja, se dirigen a la espectacular sala de banderas, nuevo derroche de localismos arquitectónicos, y dejan atrás el patio de esta sala que imita la de los leones de la Alhambra de Granada. A lo largo del recorrido Romero Bassart comenta a su general que ha convocado a oficiales de las unidades de Alcazarquivir que le están esperando desde hace un rato. Gómez Morato camina con paso ligero apremiado por el apretado programa de la jornada, pero, de pronto, aminora la marcha y toma la palabra.

—Me parece que ha tenido una buena idea, teniente coronel. El motivo de esta visita es pulsar el ánimo y las opiniones de los jefes de las unidades de la zona occidental después de las maniobras de Llano Amarillo. Enseguida haré lo mismo en la zona oriental. Aunque tenga poco tiempo, quiero tener un cambio de impresiones directo que permita conocer lo mejor posible el ambiente que reina —argumenta Gómez Morato con la mirada que traspasa los espesos cristales de sus gafas enmarañada en un horizonte de preocupación.

Cuando Romero Bassart apenas ha contestado, el general vuelve a tomar la palabra.

—Por lo que usted acaba de decir, no solo voy a reunirme con oficiales del grupo de Regulares, deduzco que también ha convocado a los del batallón de Cazadores de San Fernando —adelanta con tono que lleva implícita la respuesta.

—Naturalmente, mi general, también están convocados los del

batallón que todavía no están de vacaciones —replica Romero Bassart con un punto de jactancia.

—Entonces, ¿estará el teniente coronel Losas? —Gómez Morato vuelve a la carga interesándose por la presencia del jefe del batallón de Cazadores de África San Fernando número 1.

La cara del jefe del Grupo de Regulares se demuda. Un barniz pálido matiza el moreno que luce su rostro por los días que ya lleva en Alcazarquivir. Tose con artificiosidad. Tuerce ligeramente la cabeza para posar una mirada lánguida en su superior y le habla con timbre apagado.

—No, mi general, el teniente coronel Losas se ha excusado pretextando un compromiso previo en Larache que le resultaba imposible desatender.

***

Gómez Morato despacha con rapidez la reunión con sus subordinados. Tiene prisa en volver a la carretera para llegar a comer a Larache a una hora aceptable. Se atiene estrictamente al guion pergeñado la tarde anterior y rematado durante el viaje en avión. Insiste en las informaciones que le llegan por distintos conductos sobre el complot de los cabos, al que alude con cierto desdén. Ordena a los que escuchan sin abrir los labios que trasladen por el conducto reglamentario y repriman toda violación de la obediencia debida a la jerarquía y a la cadena de mando. Alerta del peligro que entraña la politización que comienza a extenderse por los cuarteles; «¡es un veneno mortal para el ejército al que nos hemos consagrado desde nuestra primera juventud!», exclama subiendo el diapasón e incorporándose en el sillón. Recalca el deber de denunciar toda manifestación de indisciplina y alude a supuestos concretos ocurridos en la concentración de Llano Amarillo «que no deben quedar impunes por desidia o indiferencia», refunfuña golpeando el tablero de la mesa en torno a la cual se agrupan los oficiales que reciben estas palabras unos con respeto, otros con indiferencia y la mayoría con desprecio.

Gómez Morato, cuyas primeras manifestaciones han sido suaves y

ponderadas, ha ido subiendo el tono hasta acabar casi amenazante asegurando que perseguirá hasta el final a los que, con independencia de grado, utilicen los cuarteles para hacer política.

Las miradas torvas se entrecruzan. La desconfianza de unos con respecto a otros se masca. Romero Bassart, tolerante con la entrada de la política en los cuarteles, resopla y se seca el sudor de la cara con un pañuelo con el que quiere disimular su contrariedad.

La división cercana a la ruptura se aprecia en caras y gestos corporales. «¡Haré lo imposible con tal de que la política, cualquiera que sea su signo, entre en los cuarteles para destrozar nuestro ejército!», Gómez Morato exclama dos veces con la sangre inyectada en los ojos.

La tensión es tan espesa que solo un cuchillo muy afilado puede cortarla. Romero Bassart, como jefe de la unidad en la que se celebra la reunión, intenta terciar y su fondo proizquierdista con aroma anarquista lo traiciona. Califica de patraña el complot que se atribuye a los cabos, «patraña — insiste— que busca desviar la atención de la conspiración antirrepublicana que verdaderamente está en marcha». No puede seguir, porque el general lo interrumpe con las venas del cuello visiblemente hinchadas. «Teniente coronel jefe del grupo de Regulares Larache número 4 no he venido hasta aquí para entrar en distingos, yo hago una muy seria advertencia dirigida a todos los que, de una manera u otra, de una tendencia u otra, se empeñen en pulverizar la unidad del ejército español infectando los cuarteles con la política. La advertencia va dirigida a todos, me da igual que el cariz sea revolucionario o derechista. Repito: la política corriendo en las venas de los militares es pésima para el juramento que hemos prestado todos de servir a España y a su ejército», concluye de manera tajante.

El silencio que se asienta agobia. El calor, aunque propio de un día de mitad de julio, se alía con él para hacer muy incómoda la permanencia en aquella sala donde no faltan símbolos referidos a los hechos bélicos de los que el grupo de Regulares se enorgullece. Gómez Morato se levanta con energía del sillón, se estira con disimulo la guerrera y manifiesta con voz suave como si haber soltado la arenga que todavía revolotea le hubiera relajado:

«Señores, discúlpenme, pero tengo que estar en Larache a la hora de comer y fíjense la hora que es ya, les agradezco mucho su presencia y la buena nota que seguro han tomado de las órdenes que acabo de dar. Estoy seguro de que como buenos soldados que velan por el bien de la patria las cumplirán a rajatabla».

Sin terminar de pronunciar las últimas palabras, comienza a saludar a cada uno de los presentes, que responden cuadrándose con mayor o menor entusiasmo, pero todos con la convicción de que algo trascendental se está cociendo.

2

El conductor del parque de automovilismo del ejército asignado al general Gómez Morato obedece cabalmente las instrucciones que el capitán Calvo Morella le ha dado. Recorre los treinta y dos kilómetros que separan Alcazarquivir de Larache a una velocidad que pone en peligro a las muchas personas cargadas de fardos y carros de tracción animal escupiendo bultos de toda clase que transitan por allí. En media hora enfila la entrada a la ciudad del Lucus, se planta en los Cuatro Caminos y, para reducir aún más el tiempo del recorrido, deshecha adentrarse en la avenida de la República hasta la Plaza de España para desde allí llegar al Patronato Militar de Enseñanza a través de la avenida de la duquesa de Guisa. Opta por dirigirse directamente al Patronato, lugar donde está convocada la comida a la que Gómez Morato no quiere llegar demasiado tarde.

El veterano comandante de ingenieros Gregorio Acosta lleva ya un rato consultando nerviosamente el reloj. Le han confirmado que el general, su buen amigo de vicisitudes castrenses vividas en común, está en camino para acudir a la comida concertada previamente. Son las dos y media y empieza a dudar de que llegue. Si lo hace, tendrán que prescindir de la sobremesa porque le han informado que su invitado tiene una reunión con la oficialidad de Larache a las cuatro y media de la tarde.

Un ruido trepidante de motor anuncia la llegada de Gómez Morato, quien, después de atravesar un pequeño jardín, entra en el edificio de sencilla arquitectura funcional del Patronato, del que destaca el

cuidado tratamiento de su fachada y el patio interior a cuyo alrededor se abren diferentes dependencias y el acceso a la vivienda del director.

La comida es el único momento de relajación del que Gómez Morato disfruta en aquella azacaneada jornada que ni en la más calenturienta de sus imaginaciones puede atisbar cómo y dónde va a concluir. Los dos amigos olvidan la distancia jerárquica que los separa y se enredan en el recuerdo de ciertos hechos con risotadas en los agradables y fruncimiento del ceño en los luctuosos. El ambiente de confraternización es tal que eluden referirse al motivo de la precipitada visita a la circunscripción de Larache. De manera velada el comandante Acosta deja caer que él, aunque no esté mandando tropas, percibe una gran tensión y que algo importante puede ocurrir en cualquier momento. El invitado toma nota de ello, pero no quiere estropear aquel momento y rehúsa ahondar en el apunte de su amigo.

Ya en los postres, el capitán Calvo Morella se asoma al comedor y desliza «mi general, es la hora, le esperan en el Casino militar y, aunque no está lejos, necesitamos unos minutos para llegar, me informan que todos los convocados han llegado ya».

Esta vez el conductor toma la avenida de la duquesa de Guisa para llegar a la Plaza de España por una de las ocho calles que desembocan en este bello espacio urbano de forma ovalada. Se adentra en la carretera que la rodea, deja atrás la Bad el Medina o Bad Embarra por la que se accede al Zoco Chico, y termina el recorrido ante la puerta de la discreta valla que precede a la fachada del Casino militar que da a la Plaza de España. Acompañado por el comandante Acosta y los capitanes Calvo y Rubiano, atraviesa azogado la terraza que antecede al edificio.

Está casi lleno el espacioso salón en el que luce un óleo del general Silvestre de pie, con un último aliento de aire juvenil y su bigotazo adueñándose del primer plano. Allí se dan cita oficiales del batallón de Cazadores de África Las Navas número 2, de la mehala Larache número 3, del tercer grupo de la agrupación de artillería de la circunscripción occidental, de la comandancia de ingenieros y hasta del grupo de intendencia y de sanidad. Los rostros permanecen

hieráticos, aunque más de uno ha hablado telefónicamente con alguno de los asistentes a la reunión de Alcazarquivir y aguarda resignado la filípica del general.

Gómez Morato saluda con parsimonia a cada uno de los asistentes, entre los que se encuentran los tenientes coroneles Losas y Alfaro, el comandante Pujalte, los capitanes Moreno Farriols, Prado, Moreno Maceres y Gregori y los tenientes Alfaro y Reinoso. La actitud de todos ellos es correcta en términos castrenses pero sin una hebra de cordialidad. Gómez Morato lo aprecia y la semisonrisa con la que ha entrado en el salón se esfuma enseguida. Toma asiento y con un gesto de la mano derecha invita, más bien ordena, a que los asistentes lo hagan también en los lugares previamente asignados con arreglo al grado de cada uno. Antes de empezar carraspea para reclamar la atención de los que siguen sumidos en un silencio expectante.

***

El general Gómez Morato inicia su intervención poco antes de las cuatro y media de la tarde. Lo hace bajo la mirada curiosa de un general Silvestre que hace gala de toda su pujanza en el cuadro que parece presidir la reunión más que él. No hay gran expectación. Casi todos están ya al corriente del desarrollo de la reunión en Alcazarquivir. Ni el capitán Calvo Morella, que se siente observado por algunos compañeros de conspiración, atempera el gesto de indiferencia con el que se recibe una intervención que repite casi las mismas palabras pronunciadas en la mañana.

De pronto, con un sigilo que no evita que bastantes miradas recalen en él, entra en el salón un muchacho de menguada estatura, cara redonda y piel cetrina, que con voz melosa pregunta cuchicheando por el capitán Calvo. Es Moisés Melul Gabay, que, conocido por todos como Curro, desde niño trabaja en el Casino militar desempeñando con gran eficacia las tareas de botones y chico para todo.

El capitán Calvo se levanta cautelosamente cuando Curro le hace saber que un soldado muy nervioso pregunta por él. Con un ademán

dirigido al general pide permiso para ausentarse. No espera respuesta. Sale inquieto. El soldado del grupo de Transmisiones no se anda por las ramas y, arrinconando las exigencias de marcialidad propia del saludo a un superior, le espeta que «llaman de Madrid para hablar con el general urgentemente». Calvo se queda físicamente paralizado mientras que en su cabeza se arremolina un torbellino de pensamientos buscando una explicación a tanta urgencia. Presa de duda angustiosa, su mirada se pierde en el infinito. El soldado no sabe qué hacer, titubea, inicia un deslavazado movimiento de saludo que remata un «¿mi capitán, desea algo más?» que sacude a su destinatario. Calvo pregunta dónde se ha recibido la llamada; «en la estación telefónica militar, en Autorradio», puntualiza el soldado refiriéndose a la denominación popular con la que es conocido el descomunal cuartel de telecomunicaciones situado en la salida de la carretera de Larache a Alcazarquivir.

El capitán se reincorpora a la sala como si la noticia pesara gravosamente sobre sus hombros. Se aproxima a Gómez Morato, se lleva la mano a la boca y la ahueca para susurrarle algo. El general deja caer la mano derecha sobre la mesa y pone cara de circunstancias. Cuando Calvo se ha alejado un poco, anuncia con una mueca de contrariedad que tiene que abreviar porque ha de atender una llamada telefónica de Madrid. Infla la voz e insiste en que castigará duramente todo acto de indisciplina y actuará con severidad contra los que se aprovechen de los cuarteles para hacer propaganda política. Poco más puede añadir porque la cara de desasosiego de Calvo, la de preocupación de Rubiano y la de incomodidad de Acosta le urgen a que termine para salir disparado hacia el cuartel de telecomunicaciones. Gómez Morato se dispone a abandonar el salón con la cabeza llena de palabras que no ha podido pronunciar y molesto por no haber podido remachar mejor las consignas que ha venido a impartir en aquella circunscripción contaminada por el veneno de la política.

La despedida es fría y la cara de los asistentes refleja más inquietud por la llamada de Madrid que por las órdenes que Gómez Morato ha dado precipitadamente. Calvo Morella aprovecha un

momento para susurrar al oído de uno de sus compañeros que avisen al capitán González Vidaurreta para que ponga a alguien de total confianza a escuchar la conversación que el general va a tener con Madrid.

***

Enfilan a toda velocidad la avenida de la República, atraviesan los Cuatro Caminos y poco después, torciendo a la izquierda, dejan la carretera para toparse con la ciclópea entrada del cuartel de telecomunicaciones. Atraviesan las instalaciones de aquella enorme instalación y se plantan ante las dependencias de la oficina telegráfica. Sale a recibirlos su jefe, el teniente Jacobo Boza. Algo nervioso, no puede quitarse de encima la preocupación por si la llamada de Madrid guarda relación con el complot del que él forma parte. Calvo Morella, hierático, rehúye extrovertir nada que pudiera dar a sospechar que son compañeros de conspiración y le urge a que conecte telefónicamente al general con Madrid. Gómez Morato está tranquilo, solo turba su expresión la contrariedad por una llamada que no le ha permitido perfilar debidamente la misión que le ha traído a las tierras regadas por el río Lucus. Boza, activo y espabilado, no necesita que Calvo le ordene que disponga todo para que escuchen la conversación que el general va a tener. Lo entiende por sí mismo y, como se mueve como pez en el agua en aquellas dependencias, entre idas y venidas encuentra el momento propicio para hacerlo.

Mientras que el soldado telefonista hace lo necesario para conectar con el ministerio de la Gobernación, el espacio se llena de un silencio expectante. Una vez logrado, Gómez Morato se queda solo en el despacho para hablar, cree, al margen de oídos indiscretos.

—¿Es don Agustín quien está al aparato? —escucha mientras que la sangre comienza a batir sus sienes.

—Al habla, soy yo mismo, el general Agustín Gómez Morato, ¿con quién hablo? —se interesa para poner desde el arranque el tono adecuado.

—Le paso al señor ministro de la Gobernación, espere un segundo,

por favor —añade quien está al otro lado del aparato con voz turbia por las dificultades de la conexión.

—Buenas tardes, mi general, soy Juan Moles. ¿Cómo van las cosas por ahí? —pregunta el ministro con ficticia ingenuidad que busca tirar de la lengua a su interlocutor.

—A tus órdenes, ministro —replica muy ducho él en el tratamiento de autoridades políticas y con una entonación confianzuda nutrida por la relación que tuvieron cuando el ahora ministro de la Gobernación fue alto comisario en Tetuán. Después de unos segundos ocupados por ruidos disparatados, el general sigue—. Esta mañana he estado en Alcazarquivir y ahora estoy en Larache. Como hace muy buen tiempo he viajado en avión —el ministro solo logra entender la mención de la ciudad del Lucus, la de Alcazarquivir se pierde en el infinito de las ondas perdidas.

—¿Y qué pasa con Melilla?, repito ¿y qué pasa con Melilla? —explota el ministro con el puño de la mano derecha golpeando la mesa que ocupa en el madrileño edificio de la Puerta del Sol. El destinatario de estas palabras iracundas apenas logra escuchar la segunda de las referencias a Melilla, cabecera de la circunscripción oriental y de la correspondiente comandancia, que, bajo el mando del general de brigada Manuel Romerales Quintero, es una de las zonas situadas bajo su autoridad como jefe máximo de las Fuerzas militares en el norte de África.

—De Melilla no sé nada. Ahora me informaré —replica Gómez Morato con los ojos exageradamente abiertos buscando la luz en la semipenumbra. Tienen que pasar unos segundos para que reaccione ante la sorpresa que le ha producido la insistente mención a que algo puede estar ocurriendo en Melilla sin que él se haya enterado.

—Sí, sí, entérese inmediatamente, porque tengo noticias de que allí ocurre algo— le conmina el ministro con un deje que trasluce asombro ante el desconocimiento de Gómez Morato de las inquietantes horas que se están viviendo en Melilla.

El general hace acopio de fuerzas, inhala el aire electrizado que comienza a domina en aquel despacho y ofrece algo que pueda mejorar la opinión de Moles sobre el control que ejerce de las

actuaciones subversivas que tienen lugar en territorios donde ostenta la más alta autoridad castrense.

—Bueno, ahora me informaré y si hay algo especial se lo comunico inmediatamente; yo en todo caso iba a ir mañana —anuncia Gómez Morato en la creencia de que con esto va a tranquilizar a Moles. No lo consigue. El ministro está cada vez más irritado y le empieza a exasperar un punto de indolencia en el comportamiento del otro.

—No, no, general, si es necesario vaya hoy mismo —replica Moles aminorando la voz para no entrar en conflicto con Gómez Morato.

Estas últimas palabras son casi sepultadas por un aluvión de ruidos que obligan a su interlocutor a apartar el aparato de la oreja y mirarlo como afeándole que está haciendo la conversación convulsa.

«Oiga, oiga, ¿Madrid? ¿Señor ministro?», lanza al aire sin esperanza de volver a recuperar una voz que se ha perdido en su largo recorrido de la Casa de Correos de la madrileña Puerta del Sol al cuartel de transmisiones de Larache.

Gómez Morato da por terminada la conversación y cuelga con lentitud el teléfono. Sale del despacho arrastrando ligeramente los pies. Su expresión facial es dubitativa, de estar buscando el proceder idóneo en ese momento. No debe alarmarse y menos dar motivos para que muchos de los oficiales de dudosa fidelidad a la República sospechen que algo extraordinario se ha desencadenado en Melilla. Calvo Morella lo recibe con cara de indiferencia, convencido de que tan pronto como pueda despistarse se va a enterar con pelos y señales del contenido de la conversación. Boza, con menos experiencia, se empeña en preguntarle si intenta ponerle de nuevo con Madrid, sin recibir contestación a su ofrecimiento. Rubiano, que conoce bien la manera de reaccionar de su general, opta por permanecer con la boca cerrada. Sabe que la aparente despreocupación de su también suegro responde a guardar las apariencias y a no alarmar. Está seguro de que la procesión, aunque desconozca cuál, va por dentro y queda a resultas de cualquier indicación que le permita aquilatar por dónde van los tiros.

Gómez Morato sigue sumido en sus cogitaciones. Los que lo rodean no se atreven a decir nada. Al cabo de segundos eternos, posa una mirada reconcentrada en el piloto del Breguet y le

pregunta: «¿El depósito de combustible del avión está totalmente lleno?», y, sin dar oportunidad a que Rubiano conteste, añade adensando la voz: «Si no es así, llame ahora mismo a Auamara y que lo llenen inmediatamente». Rubiano intercambia una mirada con él indagando a dónde quiere viajar, pues con el combustible que restaba al aterrizar en Auamara hay más que suficiente para regresar a Tetuán, pero no obtiene respuesta.

—Mi general, esperamos sus órdenes —Calvo Morella rompe desazonante silencio que se ha vuelto a apoderar del despacho donde los cuatro siguen de pie.

Gómez Morato se lleva la mano derecha al mentón. Mira de reojo a Rubiano buscando apoyo en el único de los presentes que le merece total confianza y acaba ordenando que le pongan con Romerales. Calvo tuerce el gesto y ordena a su vez a Boza que proceda de inmediato.

La comunicación telefónica es interrumpida por tantos ruidos como lo fue la anterior. La conversación arranca con un estilo casi cuartelero. Gómez Morato entra directamente en materia instalado en el mismo despacho donde ha conversado con Moles.

—Qué pasa por ahí, Romerales, me acaba de llamar el ministro de la Gobernación y algo me dice de Melilla —pregunta Gómez Morato mientras que la suave brisa impulsada por el ventilador agita las cortinillas que cubren una de las ventanas que da a un patio.

—No pasa nada, no tiene importancia, esta mañana unos legionarios han entrado en la sección de topógrafos y se han apoderado de algunas armas —Romerales hace un alto, duda y traslada la impresión de que no está muy convencido de lo que afirma con aire de quitarle trascendencia—. Voy a enterarme mejor. No tiene importancia, dentro de diez minutos te llamaré —concluye con ganas de zanjar la incómoda conversación.

—Hazlo rápido, tengo que informar enseguida al ministro — reclama con fuerza Gómez Morato mientras que los ruidos pedregosos se agudizan. Pensaba ir mañana a comer contigo, saldré de Tetuán a las ocho, hace muy buen tiempo e iré en avión, contéstame pronto —insiste Gómez Morato sin tener todas consigo.

—Si no te llamo dentro de diez minutos, ven esta misma tarde —

exige Romerales mientras que sus palabras quedan anegadas en su caso por el temor, y por la incertidumbre en el de su jefe.

Gómez Morato, tras colgar el teléfono, sale del despacho con una rara expresión en la cara. Pasea la mirada por los dos capitanes y el teniente que lo reciben con expectación. El silencio es abrumador. Rubiano cree leer en su pensamiento que está dubitativo, que no sabe si dar verdadera importancia a lo que Romerales le ha comentado o no dársela considerándolo como un capítulo más del mar de fondo que reina en los cuarteles sin que llegue a plasmarse en nada serio. Calvo y Boza fingen indiferencia, pero ambos se interrogan con angustia si lo que la conversación pone de manifiesto puede acelerar los planes del levantamiento.

Gómez Morato acaba rompiendo el silencio arropado por una sonrisa que trata de disimular el mar de dudas que lo anega. Posa los ojos en Boza y le pregunta: «¿Podemos recibir las llamadas de Madrid y Melilla en casa del comandante Acosta?». El joven oficial le ruega un minuto, sale del despacho y al poco vuelve con la confirmación de que no hay ningún problema, que las comunicaciones telefónicas que reciba en la oficina telegráfica se pueden transferir a dicha casa. El general traza un ademán de conformidad y vuelve a preguntar: «¿Cuánto se tarda en llegar al Patronato Militar de Enseñanza?». «Poco más de cinco minutos», responde Calvo, «pues rápido, allí vamos; diga al conductor que vaya rápido, espero allí la llamada del general Romerales».

Vuelan hacia el Patronato. Lo hacen por calles secundarias que reducen el desplazamiento escasamente diez minutos desde que se subieron al automóvil. Gómez Morato se manifiesta menos relajado que en la anterior visita al domicilio de su amigo Gregorio Acosta. Con la atención reconcentrada, está más pendiente del teléfono que de enhebrar una conversación. Aunque logra aparentar que los contactos con Moles y Romerales no le han preocupado, su frente y sus labios se tensan según se van superando los diez minutos que este último propuso. Calvo y Boza le ocultan que ha habido una llamada de Melilla sepultada por una catarata de ruidos infernales que ha hecho imposible que el telefonista pudiera derivar una comunicación de la que no ha entendido nada de nada, por lo que

ha optado por colgar a la espera de que vuelvan a llamar y se logre entender algo.

Gómez Morato, arrellanado en un cómodo sillón, disimula que su inquietud va en aumento. Se denoda en no traslucir preocupación y lo consigue, salvo con Rubiano, que lee sus pensamientos. Disfruta sorbito a sorbito del buen café que le han servido y juega con la taza adornada con filigranas de artesanía marroquí para descargar los nervios que le arañan las entrañas. Rubiano se admira una vez más de la capacidad de su suegro para aparentar normalidad.

Los minutos se aceleran. La llamada de Romerales no llega. El ambiente se enrarece, a pesar de los esfuerzos de Gómez Morato por no dar importancia a que aquel no haya cumplido con el compromiso de volver a ponerse en contacto con él en diez minutos.

Han transcurrido bastantes más de diez minutos cuando chirría el teléfono. Lo coge Boza: «Mi general, es para usted, le llaman de Madrid, dicen que es urgente», adelanta con firmeza.

—Sí, dígame, el general Gómez Morato al habla —pronuncia estas palabras con lentitud, casi masticándolas mientras que los latidos del corazón se le disparan.

—¿Es don Agustín? —una voz fría y brumosa procede del otro lado del hilo telefónico—. Aquí se sabe que allí pasa algo. Vaya usted esta tarde, si es necesario, mano dura, no podemos estar a la merced de los que quieren romper el orden republicano y la disciplina militar —afirma afiladamente Casares Quiroga desde el palacio de Buenavista donde se ha instalado para seguir el desarrollo de unos acontecimientos en Melilla de los que le están llegando noticias alarmantes.

El presidente del Gobierno y ministro de la Guerra no hace mención expresa a Melilla. No hace falta, desde que mantuvo la conversación con Romerales, Gómez Morato no se quita de la cabeza lo que pueda estar ocurriendo allí.

—Bueno, aunque yo iba a ir mañana, como hace buen tiempo, marcharé esta misma tarde, pero esperaré antes a que me conteste Romerales —concede Gómez Morato ante el acuciante requerimiento de su superior, aunque se agarra al clavo ardiendo de que Romerales se acabe poniendo en contacto con él para darle la buena noticia de

que tiene todo bajo control. Pero Casares Quiroga, notablemente irritado y nervioso, no ceja, tiene indicios creíbles de que el pronunciamiento es serio.

—Bueno, de acuerdo, pero, si no contesta pronto, ya sabe usted, se marcha y mano dura —concluye Casares Quiroga con una orquestación de ruidos que hace casi imposible seguir la conversación.

Gómez Morato obedece. «A sus órdenes, señor ministro», repite en dos ocasiones desconocedor de si lo escucha. En sus apenas entendibles palabras de despedida, algo le comenta Casares Quiroga que aligera la tensión y arranca una tímida risa. Termina poniéndose de nuevo a sus órdenes e insistiendo en que ejecutará sus instrucciones.

Cuelga el aparato después de advertir que Casares lo ha hecho antes. Valora la situación. Comprueba nuevamente que no hay noticias de Romerales. En el fondo continúa creyendo que lo de Melilla no es más que una de las frecuentes falsas alarmas de aquellos agitados meses. Con cara de hastío posa la mirada en Santos Rubiano y le comenta con una mueca taimada: «No nos va a quedar más remedio que volar a Melilla hoy mismo, tengo que complacer al ministro aunque lo más seguro es que nos demos un paseo inútil —sumerge la mirada en un horizonte lleno de incógnitas y exclama—: ¡Vaya día!, de Ceuta a Tetuán en coche, de Tetuán a Auamara en avión, de Auamara a Alcazarquivir y de allí a Larache en coche, y ahora toca ir otra vez a Auamara para volar a Tauima y pasar la noche en Melilla, ¡vaya diitas!, esto no lo aguanta ni un teniente recién salido de la academia. Creo que va a ser un viaje en balde, el propio ministro no está convencido de que sean fiables los rumores que llegan de Melilla, pero no me queda más que obedecer… así que ¡vamos!, ¡el Breguet nos espera en Auamara!», termina con aire resignado urgiendo a subirse al automóvil. Llega enseguida al campo de aviación situado aproximadamente a veinte kilómetros de Larache. A punto de subir al aeroplano, Gómez Morato, que se muestra tranquilo y convencido de que va a emprender un viaje a Melilla a la postre innecesario, ordena a Calvo Morella que transmita al coronel Martín Moreno, jefe del Estado

Mayor de las Fuerzas militares norteafricanas, el cambio de planes, y que a su llegada le espere un oficial de Estado Mayor de la circunscripción oriental. El capitán con semblante hierático le responde que así lo hará, se pone a sus órdenes, le desea un buen viaje y se cuadra con desgana mientras que se pregunta por el desenlace final de aquel vuelo. El teniente Alfaro, que siguiendo las órdenes del teniente coronel Losas y del capitán Calvo ha controlado todos los movimientos que han tenido lugar en el campo de aviación, después de saludar gallardamente al general permanece de pie con las manos enlazadas en la espalda y contempla cómo el aparato despega y cobra altura enderezando el rumbo hacia el territorio del Rif.

Son más o menos las seis de la tarde y la rebelión encabezada por el teniente coronel Seguí Almuzara ya ha estallado en Melilla. Después del incidente de la Comisión Geográfica de Límites, el general Romerales ha sido apartado del mando por el coronel Solans en medio de una violenta escena, el bando proclamando el levantamiento está preparado para ser difundido por el teniente coronel Bartomeu, auxiliado por los tenientes de la Torre, del Tercio, y Sánchez Suárez, de ingenieros, y arropado por una compañía del batallón de Cazadores número 7, el prestigioso catedrático de Derecho Administrativo Luis Jordana de Pozas, de visita en Melilla , se ha adherido al alzamiento militar, y la primera autoridad judicial de la ciudad, el juez Joaquín María Polonio Calvente, medita qué reacción adoptar ante aquel atropello de la ley en la que cree.

Capítulo II

El inesperado viaje del general Gómez Morato a Melilla

El vuelo transcurre con toda normalidad. El tiempo es estupendo. El espectáculo de la puesta del sol es absorbente. Las alturas de Ketama interrumpen la sequedad de la tierra. El Breguet se orienta por el trazado de la carretera de Ceuta a Melilla. Los aduares que salpican las zonas dominadas en su día por Abd el Krim ven adormilados el paso del avión y oyen con oídos sordos el zumbido de sus motores cuando diez años atrás sus habitantes habrían corrido despavoridos a refugiarse del bombardeo que se anunciaba. El general y el piloto apenas cruzan miradas cargadas de aburrimiento y cansancio e intercambian comentarios familiares. «Cuando nos veamos de vuelta en casa, no nos lo vamos a creer», rezonga Gómez Morato y sus palabras se pierden enturbiadas por el ruido del motor y el crujido del esqueleto del aparato.

—¿Qué nos vamos a encontrar en Melilla? —plantea Santos Rubiano levantando la voz para que se abra camino entre la estridencia del entorno.

No obtiene contestación. Gómez Morato no lo escucha. El aeroplano inicia la aproximación a la pista de Tauima que se adivina gracias a las últimas luces del día que se repliegan a marchas forzadas mientras las oscuridades de la noche reclaman su turno.

El general a duras penas distingue la monumental entrada del acuartelamiento de Fuerzas Regulares Indígenas Alhucemas número 5 en Segangan. Sigue pegado a la ventanilla aguzando la mirada. No detecta desplazamiento de tropas. Se arrellana en el incómodo asiento y se dirige al piloto: «No detecto nada raro en los alrededores de Segangan, aunque es cierto que cada vez se ve menos, ¿podemos aterrizar con tan poca luz y, si lo hacemos, nos jugamos la vida?», pregunta con aire desenfadado y sin vencer la tentación de continuar mirando por la ventanilla. «Creo que todavía podemos aterrizar sin demasiado peligro, conozco muy bien la pista de Tauima, he aterrizado y despegado aquí tantas veces que lo podría hacer casi a ciegas», responde el piloto mirando sucesivamente las ventanillas laterales de la cabina para anclar

después sus ojos en un horizonte donde el color cárdeno de las pocas nubes que hay anuncia que la última luz del día se está despidiendo.

De repente, un gesto duro se apodera de la cara de Gómez Morato. Se pega más al cristal de la ventanilla y ansía que lo que cree haber visto sea solo un espejismo, un falso juego de una luz que despista en sus últimos estertores. «¿Pasa algo, mi general?», inquiere Rubiano sin girar la cabeza hacia él porque ya está totalmente entregado a la maniobra de aproximación a la pista. No lo puede retrasar más porque aterrizar con oscuridad total multiplica el peligro y, salvo necesidad extrema, es desaconsejable. «¿Todo está bien, mi general?», reitera con la cara encendida de preocupación por la expresión torcida de Gómez Morato, que, al sobrevolar las proximidades de Nador, ha advertido que una columna de legionarios y regulares se desplaza hacia Melilla. «¿Sigo la maniobra de aproximación y aterrizaje?», acucia el piloto con un toque marcial carente de huella familiar. Un silencio abrumador barre la contestación. La preocupación del general se dispara cuando observa que una parte de la agrupación de regulares se desvía de la carretera de Nador a Melilla para acceder a la estrecha vía que desemboca en las instalaciones de Tauima. «Mi general, insisto, tiene que tomar ya una decisión —hace una pausa con tintes dramáticos—, o aterrizamos ahora con la última luz del día o tendríamos que hacerlo a oscuras con muchísimo más riesgo», Rubiano ruega una orden que solo Gómez Morato le puede dar. El general levanta la cabeza como si con ello pudiera apreciar mejor lo que sucede allí abajo, la agacha, se la sujeta con las dos manos como si el torbellino de cavilaciones la hubiera hecho más pesada y un repentino fulgor impregna de firmeza sus facciones. «Adelante, aterrice, pase lo que pase ahí abajo, yo soy el jefe superior del ejército en África y la obediencia y la jerarquía son las reglas de oro de todo militar y, por tanto, de los que pululan por el aeródromo». El aterrizaje es modélico. Rubiano da pruebas de ser un aviador consumado que conoce al dedillo la pista de aviación situada en los aledaños de la carretera que conecta Nador con Melilla. Absorbido por las últimas maniobras y el estacionamiento del aparato, no

presta atención a lo que los ojos de Gómez Morato escudriñan con extrañeza: una nutrido pelotón de regulares se acerca al aeroplano. El general busca con denuedo identificar al oficial de Estado Mayor que ha ordenado que lo espere poco antes de despegar de Auamara. El Breguet XIX queda debidamente estacionado y sus hélices reclaman un merecido descanso. Gómez Morato se pone de pie con cierta dificultad, se estira discretamente, se quita la sobrepelliza en la que ha estado enfundado durante el vuelo, se arregla la guerrera en la que observa los distintivos del generalato de división que lo identifican, se cala la gorra y, tras esperar a que Rubiano proceda a las últimas manipulaciones en el cuadro de mandos, abre la puerta y pisa tierra.

No le da tiempo a interesarse por la presencia del oficial de Estado Mayor. Un capitán luciendo el característico uniforme de Regulares y no de Estado Mayor se planta muy cerca de la puerta del avión escoltado por numerosa tropa. Se trata del capitán de infantería Guillermo Emperador perteneciente al tabor número 1.º del grupo de Fuerzas Regulares Indígenas Melilla número 2 llegado desde Nador. Hombre de mediana edad, treinta y nueve años, con una carrera militar no demasiado brillante, no puede reprimir la mueca de satisfacción que anida en su cara por la delicada misión que le ha sido encomendada. Ha recibido órdenes directas del teniente coronel Fernando Barrón, jefe de su grupo de Regulares, de detener al general Gómez Morato sin excusa y haciendo caso omiso de las razones que pueda esgrimir. No se ha visto en otra igual. Jacetano de origen, de carácter recio sin fisuras está dispuesto a cumplir las órdenes a costa de lo que sea por mucho que Barrón le haya insistido en que trate al general con todas las consideraciones que su alto rango merece.

Por los modos que Emperador gasta y por las actitudes corporales que sus soldados exhiben, Gómez Morato, en un par de segundos de los que llegan cargados de eternidad, comprende que se enfrenta al peor de los escenarios. Pero no se derrumba. «¿Qué ocurre, capitán?» son las únicas palabras que puede pronunciar antes de verse sepultado por lo que este último se ha repetido internamente

mientras que seguía las maniobras del aeroplano: «Mi general, obedeciendo órdenes del general Franco, nuevo jefe del ejército de Marruecos, queda detenido». Gómez Morato hincha el pecho en un intento de que los distintivos de divisionario brillen por encima de la oscuridad que se ha adueñado de aquellos espacios apenas iluminados por postes de luz tenue y revienta más de indignación que de sorpresa cuando el eco de la invocación al general Franco como jefe del ejército de Marruecos todavía no se ha extinguido. Denuncia el atropello y pisoteo de la legalidad que entraña la actuación que está padeciendo. No obtiene respuesta. Rubiano, embutido en el mono blanco con larga cremallera propio de aviador, permanece callado como un muerto y casi en posición de firmes. En un instante que pasa tan fugaz que ni siquiera Gómez Morato lo percibe, parece que Emperador flojea. Pero no, tiene las órdenes muy grabadas en la mente y no puede desaprovechar aquella oportunidad de brillar en su carrera. Se mantiene inconmovible en las instrucciones que le ha dado Barrón y aguanta el diluvio poniendo cara de circunstancias. Varias veces intenta terciar con un «mi general…», que es barrido por la contundente apelación de Gómez Morato a la obediencia a la autoridad militar legalmente constituida representada por él. Al borde del agotamiento y sin señales de poder enderezar la situación, termina obedeciendo las indicaciones del capitán. El general y Rubiano, escoltados por el pelotón, ponen rumbo hacia los pabellones del aeródromo donde se instalan con todas las comodidades posibles bajo una estrecha vigilancia.

Emperador respira ruidosamente cuando, tras saludar con respeto a Gómez Morato, cierra la puerta de la sala donde este último queda retenido con el piloto y se apresura a pedir comunicación telefónica con Barrón para poner en su conocimiento el éxito de la operación. Su jefe le felicita mucho y, sin pensarlo dos veces, cuelga y reclama que le pongan con el teniente coronel Seguí, cabeza de un levantamiento que, salvo conatos aislados, ya tiene en su poder la ciudad de Melilla y la circunscripción oriental del Protectorado.

—Enhorabuena, Fernando —estalla de alegría Seguí—. Tú y tus regulares nunca falláis, siempre se puede contar con vosotros.

Son aproximadamente las nueve de la noche. El bando militar proclamando el estado de guerra restalla en todos los rincones de una Melilla anonadada. Seguí ha rendido cumplida información a Yagüe, líder en Marruecos de una sublevación que Mola dirige desde Pamplona. El juez de primera instancia e instrucción de Melilla, Joaquín María Polonio Calvente, se acaba de constituir en sesión permanente en su juzgado. La tragedia de España se ha desatado.

Parte quinta

Se acelera todo

Capítulo I
Eloísa acucia a Álvarez-Buylla

1

Eloísa Dupereur siente una intensa inquietud en las primeras horas de la mañana del viernes diecisiete de julio. El Escondite es un centro privilegiado para captar información sobre todo lo que ocurra en la capital y por onda expansiva en el Protectorado marroquí, Ceuta y Melilla.

La noche del jueves suele ser animada, pero la del jueves dieciséis de julio ha superado las mejores expectativas.

Es habitual que en ese día de la semana se descuelguen por su selecta casa de citas oficiales de todas las armas y cuerpos, pero es llamativo que aquel jueves del mes de julio con parte de la guarnición de vacaciones, El Escondite esté tan concurrido como el mejor viernes o sábado de temporada no estival.

Con la antena siempre puesta y bajo la mirada tolerante de Macarena Albelda, Eloísa se limita aquella noche a aguzar el oído y mariposear de un grupo a otro de los que forman los militares antes de entrar en otros entretenimientos. Los elevados beneficios que la atractiva francesa genera para el negocio le permiten quedar aquella noche liberada de servicios sexuales para centrarse en su faceta de espía de la Alta Comisaría.

Los comentarios entusiastas sobre el desarrollo de las maniobras de Llano Amarillo están presentes en casi todos los grupos, que poco a poco van menguando cuando sus integrantes se desplazan al lugar adecuado para solazarse con la compañía femenina escogida.

Una palabra común, café, se convierte para Eloísa en un enigma. La oye invocada, casi exclamada, en boca de varios oficiales ahítos de alcohol. Es un injerto explosivo e incongruente con el resto de las frases. Es una especie de contraseña que es incapaz de descifrar.

***

A la mañana siguiente Eloísa no para de dar vueltas a todo lo que

vio, escuchó e intuyó en la noche anterior. Pasan un par de horas y sigue inquieta. Se malicia que aquellos oficiales embriagados de ardor castrense comparten algo grave que está a punto de manifestarse. Se enreda en intrincadas disquisiciones. Se decide y casi al instante da marcha atrás. Es un mar de dudas. De la inquietud pasa a la angustia. No ha podido desayunar. Tiene que tomar una decisión. Algo peligroso y que no tiene que ver con los cabos del ejército se está urdiendo. Le cuesta salir de su habitación, es como si rehuyera toparse con un mundo hasta ahora amigo que corre el riesgo de desaparecer consumido por las llamas de la revuelta antigubernamental.

La ola imparable de la decisión llega. Se arregla a toda prisa con olvido de los preparativos a los que se somete cuando va al encuentro de los clientes. Se abisma en el torbellino que inunda la calle Luneta con dirección a la Plaza de España. No repara en nada ni en nadie. Enfila el palacio de la Alta Comisaría. Supera el obstáculo de los soldados y conserjes que le salen al paso y que no son capaces de resistir su determinación de ver al alto comisario.

El último obstáculo es un individuo vestido con tanta solemnidad como la del conserje mayor apostado en la puerta de la zona que ocupa el ministro de Hacienda en el edificio del arranque de la madrileña calle de Alcalá. Duda después de cerciorarse de que quien quiere ver con urgencia a su jefe es Eloísa a la que conoce de ocasiones anteriores. Por fin, lo convence de que entre en el despacho donde el alto comisario está preparando con uno de sus ayudantes la reunión concertada para esa misma tarde con el delegado de Asuntos Indígenas y le dé su recado.

El conserje se desliza sigilosamente, se planta en el costado izquierdo de Álvarez-Buylla y le susurra algo al oído que le provoca una expresión de extrañeza, lo mira con ojos insistentes y le encarece que se lo vuelva a repetir. «Bueno, pásela a la sala de espera y dígale que salgo enseguida», concede con la contrariedad chorreando por sus facciones.

La conversación arranca mal. Álvarez-Buylla se manifiesta precipitado y deseoso de cumplir con un trámite. Es consciente de lo útil que le resulta disponer de una fuente de información como

Eloísa, pero en aquel instante le contraría mucho que se presente sin aviso previo. «Debe ser algo muy importante», piensa mientras que se encamina a su encuentro, pero pronto le quita importancia cuando comienza a hablarle de impresiones personales, de intuiciones basadas en subjetividades, de algo, en suma, fundado en las extroversiones de oficiales que acaban de regresar de unas maniobras de Llano Amarillo que les han insuflado un ardor al que han dado rienda suelta en El Escondite.

Eloísa parpadea sin disimular la coquetería con la que lo hace habitualmente y vuelve a la carga. «Algo grave, muy grave, está a punto de iniciarse», repite azuzada por sus sentimientos republicanos y por el temor de que lo que pueda venir arruine su vida, pero no logra sacar de sus trece a un Álvarez-Buylla visiblemente incómodo con la conversación. Ella insiste tanto que en un determinado momento el alto comisario se va de la lengua.

—Eloísa, deja de obsesionarte con esos oficiales y sus bravuconadas. El peligro está en el complot de cabos que quieren asesinar a sus superiores y hacerse cargo de las unidades donde sirven, ¡la pura anarquía al poder! Ahí está el peligro para la República — explota por fin Álvarez-Buylla mientras que la cara de incredulidad de ella se agudiza.

—Llevo ya días oyendo el rumor de lo de los cabos. No niego que pueda existir, pero tú y tus jefes de Madrid os estáis tapando los ojos ante algo que se está cocinando delante de vuestras propias narices sin enteraros distraídos con el problema de los cabos. Los oficiales golpistas deben estar muy agradecidos a los cabos por la maniobra de despiste que están desarrollando —argumenta la francesa mientras que el otro no puede reprimir una mueca de contrariedad.

Álvarez-Buylla inicia el movimiento de levantarse. Ella se le acerca más, le coge del brazo derecho y le fuerza a sentarse de nuevo. Quiere sacarle de la ceguera ante lo terrible que está llamando a la puerta, según los indicios que la abrasan. El alto comisario se siente acorralado por una persona a la que no puede desairar, por lo eficaz que le ha sido como informante de total confianza desde el diez de

abril de 1936, fecha en la que fue nombrado secretario general de la Alta Comisaría para después pasar a ser alto comisario interino.

—Te agradezco tu interés, pero creo que estás obsesionada con lo que oíste ayer. Para tu tranquilidad voy a romper una de mis reglas de comportamiento y a ser indiscreto contigo. Ayer mismo desde Madrid nos apercibieron al general Gómez Morato y a mí de que estuviéramos vigilantes por un complot de cabos en marcha. Preocupado por esta advertencia, a última hora de la noche de ayer hablé con Gómez Morato para repasar cómo estaba todo —hace un alto, repone aire en los pulmones y, contento con la expresión de tranquilidad que el rostro de ella está alumbrando, prosigue—. Me informó con detalle de que ya había tomado todas las medidas necesarias para prevenir cualquier acción revolucionaria de los cabos y que pronto sus cabecillas serían castigados. Más que por posibles acciones golpistas, está preocupado por la politización creciente que se vive en los cuarteles y por la insubordinación que esto pueda traer consigo —concluye poniéndose de pie mientras que Eloísa continúa sentada asimilando lo que ha escuchado.

«Me tengo que ir. Muchas gracias por tu ayuda», anuncia Álvarez-Buylla con la cabeza puesta en la reunión que la intempestiva presencia de ella ha interrumpido. Eloísa contesta con una mueca inexpresiva, se pone de pie cuando él ya ha iniciado una media vuelta y deja caer un lánguido «de nada», que remata un «viva la República» a media voz.

Sale de la Alta Comisaría inmersa en un mar de dudas. La información que acaba de conocer la tranquiliza, pero en su cabeza siguen los ecos de lo que escuchó ayer a oficiales envalentonados y dispuestos a todo.

Atraviesa una Plaza de España en la que cafés y cafetines están ya animados. El reloj de la Iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, situada en la no lejana plaza de Muley Mehdi, aún no ha tocado las doce del mediodía. Camina despacio, su cabeza frena los pies. Quiere darse tiempo para dar suelta a sus elucubraciones antes de llegar a El Escondite. Sus relaciones con la Alta Comisaría vienen de la época en la que Juan Moles la ocupó. Antes de abandonar Tetuán para hacerse cargo del ministerio de la Gobernación, le encareció

que siguiera haciendo de informadora de la Alta Comisaría aprovechando las relaciones que facilita su trabajo y movida por las convicciones republicanas que arrastra desde su Francia natal y que le ocasionaron más de un problema en Rabat y Casablanca antes de recalar en Tetuán.

Le da vueltas a la personalidad de Álvarez-Buylla. Recuerda que el capitán de artillería y acreditado piloto acumula gran experiencia militar en el Protectorado y ha demostrado su inquebrantable fe republicana en numerosas peripecias. «Todo eso dice mucho a su favor», reflexiona Eloísa según se adentra en una Luneta surcada de cables de toda clase enlazando unos edificios con otros. «Sí, todo eso es muy importante, pero a veces no se le nota. Me da la sensación de que o no quiere ver que muchos de sus compañeros no paran de conspirar o de que actúa acomplejado por su empleo de capitán inferior al de muchos con los que tiene que tratar. No sé, no sé —reflexiona moviendo la cabeza con gracia que aumenta el vaivén de su cuidada melena—. Hoy, y no es la primera vez que me ocurre, salgo de verlo con la idea de que está en la luna en unas fechas en las que puede pasar de todo. Le preocupa la trama de los cabos, a la que yo no doy importancia y sí y mucha a la que ciertos militares de mucha graduación están preparando contra el Gobierno de la República. Mientras tanto, me parece que Álvarez-Buylla y Gómez Morato están despistados pero que muy despistados», concluye con expresión apagada a pesar de la luminosidad que domina en la calle cuando introduce la llave en la cerradura de la puerta de El Escondite.

Capítulo II

Las dudas sobre la propuesta de Johannes Bernhardt

1

Cuando a primeras horas de la mañana del viernes, 17 de julio, Eloísa está dando vueltas a lo que ha escuchado en la noche anterior y el general Gómez Morato está subiendo al automóvil para recorrer los poco más de cuarenta kilómetros que separan Ceuta del aeródromo de Sania Ramel, el coronel Eduardo Sáenz de Buruaga y los tenientes coroneles Juan Luis Beigbeder Atienza, disponible en la Alta Comisaría, Carlos Asensio Cabanillas, jefe del grupo de Regulares Ceuta número 1, y Antonio Yuste Segura, subinspector de las Fuerzas jalifianas, inician una reunión en el despacho de este último.

El militar de mayor graduación es Sáenz de Buruaga. Aunque acaba de ascender y se halla aún en situación de disponible, su tercera estrella de ocho puntas le otorga primacía entre los asistentes y, después del teniente coronel Yagüe, es pieza clave del levantamiento que Mola orquesta a distancia.

A pesar de que los últimos pormenores de la preparación constituyen el motivo fundamental de la invitación de Yuste, este asunto pasa a segundo término en los primeros lances de la conversación.

Todos intervienen sin seguir un orden preestablecido. Bajo las instrucciones de Yagüe, que es quien canaliza las órdenes que llegan de España, tienen tan pulido el plan del levantamiento en todo el Protectorado, Ceuta y Melilla, que Beigbeder, siempre administrador cauto de sus palabras; incluso pone en duda la necesidad de la reunión que arranca al filo de las diez de la mañana del viernes 17 de julio.

Los sucesivos aplazamientos preocupan a todos, en especial a los que ostentan mando directo de tropa y ven que, con una excusa u otra, el día del golpe ha sufrido varios aplazamientos y por las vacaciones estivales están quedándose sin argumentos para retener

algún elemento importante. «Los tenientes y capitanes más jóvenes se están poniendo nerviosos con tanta posposición. Hay que frenarlos continuamente para que no se echen ya a la calle. ¡Están que braman!», exclama Yuste.

—Creo que el retraso del alzamiento nos puede pasar una factura muy costosa —irrumpe Asensio mientras que su delgado bigote refleja la tensión con la que pronuncia estas palabras. Todos lo escuchan con atención porque encabeza el grupo de Regulares Tetuán número 1, unidad fundamental para apoderarse de la capital del Protectorado, cuyo imponente acuartelamiento domina toda la ciudad e intercambia miradas con el desafiante monte Dersa.

—Esa es una preocupación que todos compartimos, Carlos, pero las órdenes son las órdenes y nuestro movimiento se extiende por toda la patria y como tal nos tenemos que combinar con otros factores, por mucho que veamos las cosas claras en nuestro territorio —ataja conciliador Yuste mientras que la estrella de David y en su interior las letras en árabe, *Min Ya* (Mehala jalifiana), que lucen en su guerrera de subinspector de esta fuerza se mueven al compás de lo que dice.

Estas consideraciones, a las que Sáenz de Buruaga y Beigbeder prestan su asentimiento con un leve mohín de unos rostros bronceados por el implacable sol que azota Tetuán, constituyen el punto final de las quejas por las sucesivas posposiciones de la fecha por la que los presentes suspiran cada uno a su estilo.

—De acuerdo, revisemos los planes —asiente Asensio más relajado después de haber soltado lo que le arañaba interiormente.

A partir de ese instante el repaso de actuaciones fluye rápido. Todo está a punto. Todo queda a la espera de las órdenes de un Yagüe que ansía la llegada de Franco a Tetuán.

Aquel cónclave de protagonistas del levantamiento en Tetuán no da para más y termina cuando todavía no han sonado las diez de la mañana.

***

Cuando poco después de las diez de la mañana el general Gómez

Morato está a punto de llegar a Sania Ramel para subirse al Breguet XIX y volar hasta Auamara, Pedro Robi está reunido con su hijo Perico y su sobrino Paco para tomar una decisión sobre el asunto que les plantea Johannes Bernhardt. A esa misma hora Amparo y Aurora acaban de desayunar y se disponen a visitar las tiendas y bakalitos del Zoco Chico y de la calle Real para acabar tomando un aperitivo en el Casino militar. También a la misma hora el teniente coronel Juan Seguí, líder de la conspiración en Melilla, mantiene una reunión en el Casino militar de esta ciudad con los principales protagonistas de la conjura allí. Con él, el coronel Solans, los tenientes coroneles Aymat, Bartomeu, Barrón y Gazapo precisan los últimos detalles de una operación que todos anhelan.

***

Pasan cincuenta minutos de las diez de la mañana cuando en Tetuán Yuste Gil, después de despedir a Sáenz de Buruaga y a los demás compañeros con los que acaba de reunirse, convoca al comandante Alfredo Galera y al capitán Luis Rivero, ambos oficiales que dependen directamente de él, para repasar la parte del plan que concierne a las fuerzas jalifianas, en especial la ocupación de oficinas y edificios públicos.

—Lo han entendido bien, ¿hay alguna duda? —inquiere Yuste con un tono intempestivo extraño en él.

Galera responde con un «sí, perfectamente, mi teniente coronel», que reafirma con un movimiento tajante de la mano derecha. Rivero, con nerviosismo que transmite a los cordones de su condición de jefe de la Guardia jalifiana que cuelgan de su guerrera, contesta también que lo ha entendido muy bien.

—Recuerden, a las cinco de la tarde se encontrarán ustedes en el despacho del capitán Rivero— vuelve a la carga Yuste como si no terminara de convencerse de que todo estaba ahormado y bien ahormado—. Esperen allí hasta que yo les llame y les dé la consigna «*a la ví*». Nada más escucharla corran con la tropa al gabinete telegráfico de la Alta Comisaría para cortar toda comunicación con España. Repito: corran a toda velocidad a cortar las comunicaciones.

¡Es fundamental! De que salga bien este primer paso puede depender el éxito del levantamiento —repite mientras que el hartazgo por tanta machaconería aparece en las facciones de sus dos subordinados.

***

Nueva jarra de agua fría: pasan pocos minutos de las once de la mañana del diecisiete de julio cuando desde Dar Riffien Yagüe se pone urgentemente en contacto con Sáenz de Buruaga en Tetuán. Le anuncia con voz disgustada un nuevo aplazamiento. La figura militar del máximo prestigio y jerarquía que tiene que llegar para ponerse al frente del alzamiento se retrasa. «Es solo cuestión de horas, pero no queda más remedio que esperar un poco más. Transmite rápidamente que nadie dé un paso en falso. «Comprendo los nervios de la oficialidad más joven, pero nosotros, los veteranos, tenemos que aguantar firme el timón, tú y yo principalmente», manifiesta sin dejar que su interlocutor haga otra cosa más que obedecer a toda prisa, porque un ¡viva España! remata el precipitado monólogo.

2

Robi está sorprendido de que Tenoll no haya vuelto a la carga con la oferta de Bernhardt. Lo ha pensado mucho y ha llegado a la conclusión de que, si su sobrino sigue empeñado en cerrar el trato, él no se lo va a impedir. Quiere dar una nueva oportunidad a un Tenoll en el que advierte con satisfacción que ha progresado mucho en madurez y sentido de la responsabilidad. Antes de la reunión que arranca cuando la campana de la Iglesia del Pilar, en plena avenida de la República, toca las once de la mañana, Robi ha comentado a Perico que va a dar su aprobación a los acuerdos a los que su primo ha llegado en Tetuán y le ha pedido que lo apoye.

La decoración de la habitación donde se reúnen no es la que gustaría a los dos jóvenes. Los muebles son rancios y alguno bastante deteriorado. Robi los invita a acomodarse en los dos sillones colocados delante de su mesa de trabajo estilo barco,

reminiscencia de sus tiempos de radiotelegrafista de la marina mercante.

Hablan de intrascendencias. Robi pregunta a su hijo cómo lo está pasando Aurora. «Está muy contenta, a veces le extraña alguna cosa, pero está descubriendo un mundo muy distinto al suyo tan cercano a España geográficamente», le contesta sin la menor vacilación.

—Bueno, me alegro, porque tu novia —pronuncia esta palabra con sonoro énfasis— es una chica estupenda y se está ganando el afecto de todos. Tu madre está encantada con ella y pasan juntas mucho tiempo yendo de un lado a otro. Estoy contento porque desde que llegó Aurora, está alegre y con ganas de salir, algo que no le ocurría desde hace años —afirma Robi con un respingo en el sillón que se suma a la muestra de satisfacción.

Perico está contento de volver al almacén. Le gusta el fuerte olor a vino y licores que emana de la sala de embotellamiento que ocupa una extensa parte de la planta baja. Este penetrante olor le retrotrae a tiempos felices de su infancia en los que su abuelo le mostraba ufano la inmensidad de aquellos espacios que almacenaban todo género de productos y en los que se envasaban vinos de distintas calidades con destino civil y militar. Es la primera vez que su padre le convoca a una reunión con Paco para abordar cosas del negocio. Se lleva bien con su primo, aunque ha sido siempre muy diferente a él en gustos e inclinaciones políticas, lo que le hace estar en guardia en sus relaciones.

Tenoll está tenso. Embosca la tensión con las palabras cariñosas que cruza inicialmente con sus familiares. Al convocarlo, Robi ha dejado ver que está dispuesto a enhebrar el hilo que el alemán ha tendido y con esto debería acudir al encuentro con la sonrisa descolgándose de sus labios. Pero no es así. Va a tener que hacer verdaderos malabarismos para donde dijo hace unos días digo, decir ahora Diego.

Agotado el cambio de impresiones inicial, Robi se inclina hacia adelante y toma la palabra con decisión.

—Llevo unos días dándole vueltas a la oferta que trajiste de Tetuán. Te repito una vez más que has hecho un trabajo estupendo

y gracias a ti tenemos entre manos una oferta que puede ayudar a que Casa Ninet crezca todavía más —adelanta con derroche de buenas maneras.

Se hace un inesperado silencio en el que los ruidos de la manipulación de mercancías en el exterior ocupan un espacio que no les corresponde.

Robi espera que las palabras que acaba de pronunciar resquebrajen el gesto de seriedad de su sobrino. Son el preludio de aceptar la propuesta de Bernhardt y de poner su gestión en sus manos. Aunque no lo ha dicho expresamente, está tan implícito que le choca que Tenoll continúe sumido en un raro silencio.

Ante una situación que va contra todo pronóstico, Robi duda si manifestarse sin aditamento alguno en favor de aceptar la oferta de Bernhardt o forzar a que Tenoll se pronuncie en algo que parece que no tiene tan claro como cuando llegó de Tetuán.

—Bueno, Paco, ¿tú qué opinas?, ¿hay alguna novedad en los últimos días?, ¿siguen insistiendo Bernhardt y su gente? — inquiere con una fina capa de duda en sus palabras.

—Sí, sí, han vuelto a insistir. Tienen un interés loco —reconoce tras carraspear forzadamente.

Robi, veterano de innumerables y variopintas peripecias, no necesita que su sobrino lo reconozca con la palabra, basta con el tono dubitativo y la parquedad expresiva para comprender que algo ha enfriado su interés.

—Verás, tío —arranca, por fin, Tenoll saliendo del torbellino de cavilaciones que le han embargado hasta ese momento—. Hoy el interés de Bernhardt es, si cabe, mayor que el que mostró en Tetuán conmigo. Algo está pasando o puede pasar en los próximos días que multiplica sus deseos de conectar con la red de influencias que Casa Ninet tiene en las cabilas de la Yebala y Gomara gracias al buen trabajo que inició el abuelo y que tú has continuado —explica mientras un soplo de alivio va extendiéndose por todas sus facciones. Ha masticado tanto estas palabras antes de pronunciarlas que cuando logra soltarlas siente haberse quitado de encima un buen peso.

—Bueno, quizá no sea este el momento más propicio para cerrar

un trato que, si dejamos pasar un tiempo y apretamos, puede ser todavía más beneficioso para nosotros —sale Robi al paso templadamente.

—Gracias, tío, muchas gracias por las ganas de complacerme y por confiar en mí en este complicado asunto. Deduzco que estás dispuesto a firmar con el alemán, pero si hace unos días yo no dudaba de que había que hacer lo que nos proponía, hoy hay algo en el ambiente, algo que no te sé explicar, que me lleva a pedirte que aplacemos la decisión hasta que el panorama se despeje un poco. Todo está confuso. Los rumores más descabellados corren por todas partes —plantea Tenoll con los rasgos angulosos de su rostro acentuados.

Robi echa un vistazo por el ventanal que tiene enfrente y divisa la desbordante actividad en el almacén en aquel viernes del mes de julio. Parece un hormiguero donde todo el mundo conoce a la perfección su cometido. Mira de reojo a Perico, que sigue atrincherado en un pétreo silencio, a la espera de salir al quite cuando su padre lo requiera.

—Paco, tú conoces algo que, aunque no llegas a ocultárnoslo, te limitas a insinuarlo —aprieta dejando caer las manos sobre la escribanía que cubre parte de la mesa.

—No, tío, yo no conozco nada concreto que aconseje aplazar la decisión sobre Bernhardt. Si lo conociera, ¿cómo iba a ocultároslo? —afirma Tenoll con determinación para atajar cualquier sospecha de doble juego.

—De acuerdo, si tú lo dices, te creo a pies juntillas — admite Robi con ademán que no deja lugar para la duda—. Pero, ¿qué te hace pensar que en estos momentos hay peligro de que algo gordo pueda ocurrir y que es mejor estarse quietecito hasta que el panorama se despeje? —añade con la premura de la curiosidad en sus palabras.

—Me baso en varios indicios que son indicios y nada más, y que como tales pueden llevar a error. El exagerado interés de Bernhardt huele a que quiere tomar posiciones ventajosas ante lo que pueda venir —hace un alto, inhala todo lo que puede contaminando sus pulmones con el aire viciado de los pitillos que Robi ha encadenado y prosigue con un punto de intriga—. En estos últimos días y en las

primeras horas de esta mañana han pasado por el despacho de Sánchez Ferrero varios oficiales del ejército. Poco antes de salir para veros he oído comentar a uno de ellos que tenía mucha prisa porque el general Gómez Morato había anunciado inesperadamente una visita a Larache y Alcazarquivir y tenía que hacer algo con ese motivo.

—Todo lo que nos dices es muy sospechoso, pero lo más probable es que se quede en agua de borrajas y que perdamos una oportunidad de hacer un buen negocio —deja caer Robi con el propósito de seguir tirando de la lengua a su sobrino. Pero ahí acaba todo, porque Perico, un poco molesto por la insistencia de su padre, irrumpe moviendo la mano abierta de un lado a otro:

—Papá, creo que Paco opina claramente que no es el mejor momento para decidir algo tan delicado. Creo que no hay que dar más vueltas a este asunto, se puede estar incubando algo importante que hace desaconsejable mover ahora ficha. Que espere el tal Bernhardt. Es cierto que corremos el riesgo de perder un buen negocio, pero ¡qué le vamos a hacer! — afirma Perico con tal fuerza que la discusión queda definitivamente zanjada en favor del aplazamiento de lo que llevan hablando más de una hora.

Los tres están contentos de cómo ha concluido la reunión. Salen risueños por la puerta, que, junto a la entrada de mercancías y vehículos, son las dos grandes bocas de la fachada de veintiséis metros del almacén. Los ojos chispeantes de Tenoll se conciertan con la expresión de madurez de Robi y se combinan armoniosamente con la sonrisa que brota de los labios de Perico.

Capítulo III

Melilla toma la delantera

1

El nuevo aplazamiento del golpe no afecta el ánimo del coronel Sáenz de Buruaga y de los tenientes coroneles Asensio y Beigbeder. Aunque conocen al dedillo el plan de operaciones y la correspondiente orden de ocupación de Tetuán, se vuelven a reunir a última hora de la mañana del viernes diecisiete de julio en el cuartel de Regulares de la alcazaba para actualizar ciertos matices. El levantamiento contra el Gobierno frentepopulista es una operación estrictamente militar y como tal exige que el engranaje esté siempre al día. Tienen casi la seguridad de que el jefe superior del ejército en Marruecos, Ceuta y Melilla y el alto comisario no están al tanto de sus preparativos, centrados los dos en atajar los rumores de un movimiento anarquista dirigido por cabos. Sin embargo, el repentino viaje del general Gómez Morato a Alcazarquivir y Larache les ha mosqueado y la reunión de la que es anfitrión Asensio sirve para tranquilizarlos al comprobar que todo está a punto y solo pendiente de las órdenes de Yagüe.

Los tres militares, líderes con el teniente coronel Yuste de la conspiración en Tetuán, examinan palabra por palabra el texto de la orden de operaciones. A todo prestan su conformidad y convienen en la importancia del último párrafo: «Se procederá con la mayor energía, rapidez y orden. Se exigirá la disciplina más rigurosa empleando las medidas más severas», palabras escritas con amenazante tinta de sangre.

2

Después de un paseo por el Zoco Chico y la calle Real, Amparo, plantada con Aurora en el descansillo de la primera planta del edificio familiar con injertos modernistas de la cuesta del mercado, llama con insistencia a la puerta apurada porque ya son las dos y media y a su marido le gusta comer antes. Robi la recibe con un

mohín enfurruñado suavizado por la cara de alegría de Perico que cruza sonrisas con su novia.

Cuando a esa misma hora en Tetuán Saénz de Buruaga, Asensio y Beigbeder se despiden para comer cada uno por su cuenta, en Melilla comienza una reunión convocada por el cabecilla de la conspiración allí, el teniente coronel Juan Seguí Almuzara, para apuntalar los ánimos desfondados por la nueva posposición del golpe ordenada desde Ceuta esa misma mañana y ajustar una vez más los planes. La concurrencia de conspiradores es numerosa. En las modestas instalaciones de la Comisión Geográfica de Límites, situada en las faldas de Melilla la Vieja y muy próxima al ayuntamiento, se congrega la *crème de la crème* de la conspiración en esta ciudad y su zona de influencia. El jefe del centro, el teniente coronel Gazapo, actúa de anfitrión auxiliado por su segundo, el capitán Medrano. El teniente coronel Bartomeu completa el trípode que sustenta los preparativos de la rebelión en Melilla. A la reunión se suman también los capitanes Cano y García, de la Guardia Civil, y un grupo de jóvenes tenientes de la Legión, de Regulares y de otras unidades punteras de la guarnición de la ciudad, Segangan y Nador.

A esa misma hora el alto comisario y el delegado gubernativo en Melilla, el político de Unión Republicana Jaime Fernández Gil de Terradillos, están empezando a comer en sus respectivas residencias oficiales. Al cabo de pocos minutos, Felipe Aguilar, correligionario político de Fernández y confidente de la Delegación gubernativa, le aborda para informarle de la reunión conspiratoria y del reparto de armas que están teniendo lugar en la Comisión Geográfica de Límites.

Casi coincidiendo con todos estos episodios que se encadenan en lugares geográficamente tan distantes, el general Gómez Morato durante la comida con su amigo el comandante Acosta trata de recuperarse un poco del trajín que ha soportado desde que a primera hora de aquel azacaneado diecisiete de julio salió en automóvil de Ceuta para tomar el aeroplano en Sania Ramel, aterrizar en Auamara, mantener un rápido encuentro con subordinados con destino en Alcazarquivir, azuzar al conductor para llegar sin demasiado retraso al Patronato de Enseñanza Militar de

Larache y recuperar fuerzas para volver a encerrarse con mandos de las unidades de esta ciudad y su zona de influencia.

Eloísa Dupereur, a su vez, ha vuelto a El Escondite abrumada por la poca atención que Álvarez-Buylla ha prestado a todo lo que en la noche anterior había podido captar de las indiscreciones de unos oficiales que, exultantes después de las maniobras de Llano Amarillo, bramaban contra el estado de España y se animaban explosivamente con inexplicables gritos entre los que descollaba un enigmático ¡café! que concitaba desmedidas risotadas y descomunales aspavientos. Mientras que come sola, se pregunta angustiosamente qué puede pasarle si triunfa lo que aquella oficialidad sedienta de revancha daba a entender.

A la misma hora se está celebrando un almuerzo en la Hípica de Melilla al que asisten Joaquín María Polonio Calvente, juez de primera instancia e instrucción de la ciudad, el catedrático de Derecho Administrativo Jorge Jordana de Pozas, de visita de inspección a Melilla en su calidad de colaborador del Instituto Nacional de Previsión, y el cronista de la Villa, periodista e historiador Rafael Fernández de Castro.

***

A Jaime Fernández Gil de Terradillos se le atraganta la comida. Cuando se queda solo después de hablar con el confidente acepta la gravedad del momento muy contrariado por toparse con un nuevo eslabón en la larga cadena de zozobras casi diarias que le asedian desde que llegó a Melilla el pasado mes de marzo. Vuelve al comedor. Se disculpa con su mujer, que le dedica una mueca de resignación mezclada con gotas de hartazgo, y se persona en su despacho de la Delegación gubernativa situado en una calle perpendicular a la avenida de la República melillense. Respira profundamente. La densa capa negadora de una realidad que irremisiblemente va tomando cuerpo atora su capacidad de reacción un par de minutos. Acaba reaccionando. Se anima al recordar que de él dependen directamente la Guardia Civil, la Guardia de Asalto y la Policía gubernativa. Decide acudir a la Guardia Civil. Pide que le

pongan con el capitán Cano y el teniente Comas, oficiales de la Benemérita. No tiene éxito. Ni imaginar puede que son de los que están reunidos en la Comisión Geográfica de Límites, distante más o menos a un kilómetro de la Delegación. El teniente de la Guardia de Asalto Juan Zaro sí responde al teléfono y se planta en el despacho con rapidez. Disciplinado y obediente, escucha con extrañeza las órdenes que recibe de un delegado al que apenas conoce, pues acaba de llegar destinado a Melilla a primeros de julio y, al margen de la visita de presentación, solo lo ha tenido delante en un par de ocasiones. «¿Por qué a él, un simple teniente de la Guardia de Asalto recién llegado a Melilla, encargarle una misión tan espinosa como el registro a una dependencia del ejército para comprobar si se celebra allí una reunión de militares conspirando contra el Gobierno y se repartan armas para iniciar un golpe?», se pregunta mientras que la regla de oro de obediencia al superior inculcada por el coronel Muñoz Grandes en el cuerpo de reciente creación le ayuda a mantener el rostro impertérrito ante el diluvio que recibe de responsabilidades desproporcionadas para su rango jerárquico y la fuerza a la que pertenece.

El incidente de Melilla termina satisfactoriamente para la causa golpista a las cinco menos cuarto de la tarde del diecisiete de julio, aunque con un efecto imprevisto: dispara el pistoletazo de salida previsto para un momento posterior. El teniente coronel Bartomeu, con los pulmones inflamados por vendaval legionario, chasquea la lengua y con las venas marcadas en el cuello pone el sello final al episodio de la Comisión Geográfica de Límites: «Soldados, nos hemos sublevado contra los enemigos de la Patria. Doy por seguro que todos los presentes están de acuerdo con nosotros, así pues, digan conmigo ¡viva España!». Todo el heterogéneo grupo de guardias de asalto y policías que manda el teniente Zaro, sumándose a las filas rebeldes, gritan enfervorizados lo mismo, salvo uno que, desarmado, es encerrado bajo vigilancia en un cuartucho.

Poco después de que el general Gómez Morato llegara al Casino militar de Larache para entrevistarse con oficiales de la guarnición, Seguí asume el mando de las operaciones que se han precipitado inesperadamente en Melilla en contra de las instrucciones recibidas

de Ceuta esa misma mañana. Ordena a su compañero Darío Gazapo que comunique lo que ha ocurrido a Solans para que se plante en la comandancia general de Melilla y, si el general Romerales no se adhiere al movimiento, lo destituya sin miramientos de ninguna clase. «En estos momentos son tan peligrosos los mansos como los enemigos declarados», señala dejando bien claro que nada ni nadie va a parar a los sublevados, aunque fuera a costa de ríos de sangre. Gozapo lo escucha imperturbable. No se pone en marcha porque Seguí aún no ha terminado: «Ahora tengo que intentar urgentemente hablar con Ceuta, Tetuán y los falangistas para que sepan de primera mano que en Melilla ya ha empezado todo el fregado y puedan ajustar sus planes», le dice. Se calla, masculla algunas palabras más que Gazapo no entiende y cuando este va a dar el primer paso para cumplir las órdenes que ha recibido, engorda la voz y añade con tinte de amenaza: «Dile a Solans que tan pronto como acabe de hacer todo esto acudo a la comandancia para tomar las medidas que se correspondan con la actitud del general. Te aseguro que el timorato de Romerales no va a ser un obstáculo».

Seguí localiza a Yagüe en Dar Riffien. Ruidos irregulares dificultan que se entiendan bien. Yagüe en un primer momento le descoloca lo que, por fin, logra comprender. Los ruidos amainan y permiten que Seguí intente explicar pormenorizadamente cómo ha ocurrido todo y cómo se ha visto en la necesidad de adelantar el levantamiento. «Si no lo hago, nos desbaratan los planes en Melilla y seguramente en todo el Protectorado e incluso en toda España». Yagüe acaba asimilando la sorpresa, pero no quiere entrar en la minucia de cómo se ha desarrollado el incidente de la Comisión Geográfica de Límites. Más que en el pasado, piensa en cómo ha de proceder ante hechos consumados que obligan a que todo arranque antes de lo previsto. No puede conceder mucho tiempo a Seguí. Se limita a interesarse por cuándo tendrá controlada la ciudad y toda la circunscripción oriental del Protectorado. Da el visto bueno a lo que le propone y corta la conversación: «Tú a lo tuyo, Juan, a hacerte con la comandancia general. No pierdas tiempo llamando a unos y a otros. Eso déjamelo a mí. Yo se lo comunico al general Mola, a Sáenz de Buruaga y a los jefes de las unidades de Ceuta y Larache; de los de

Tetuán se encarga Sáenz de Buruaga», apostilla Yagüe acuciado por lo que le queda por hacer para que la llama que ya ha prendido en Melilla y la circunscripción oriental lo haga también en Ceuta y la occidental del Protectorado.

Parte sexta

La decisión del general Franco

Capítulo i
El entierro del general Amado Balmes y los episodios de Las Palmas de Gran Canarias

1

El mismo día en que la primera chispa del voraz incendio salta en Melilla se celebra en Las Palmas de Gran Canaria el entierro de Amado Balmes Alonso, general jefe de la guarnición de esta isla y su zona de influencia, muerto en la mañana del dieciséis de julio como consecuencia de un misterioso episodio. Solía hacer prácticas en el campo de tiro de la Isleta y, mientras trataba de desencasquillar su pistola Astra 400 para lo que la había apoyado en el cinturón, se le disparó y una bala de nueve milímetros le impactó en el vientre afectando mortalmente a varios órganos vitales. Tras obtener la preceptiva autorización de Madrid, el general Francisco Franco Bahamonde y su séquito encabezado por el teniente coronel Francisco Franco Salgado-Araujo y el comandante jurídico Lorenzo Martínez Fuset, y del que también forman parte los capitanes Espejo, de infantería, y Gil de León, de artillería, más varios tenientes, toman el vapor de transporte entre islas Viera y Clavijo en el puerto de Santa Cruz de Tenerife diez minutos después de las doce de la noche del ya diecisiete de julio. Su mujer Carmen y su hija lo acompañan. Tras una travesía en la que el ambiente de pesada preocupación y el intenso calor apenas les han permitido conciliar el sueño, llegan al Puerto de la Luz a las ocho de la mañana con tiempo para poco más que trasladarse al Gobierno militar de Las Palmas desde donde la comitiva funeraria tiene previsto partir a las once.

El multitudinario sepelio con cerca de veinte mil asistentes es presidido por Franco en calidad de jefe de las Fuerzas militares de Canarias, cuya capitanía tiene su sede en Santa Cruz de Tenerife. El general, rodeado de autoridades civiles, entre los que destacan el alcalde de la ciudad, Luis Fajardo Ferrer, el gobernador civil, Antonio Boix Roig que descolla por su altura, y el presidente del Cabildo,

Francisco García, encabeza con aire compungido el cortejo marchando detrás del armón que porta el féretro. Sobre la bandera tricolor republicana reposan la gorra, el sable y el bastón de mando del general zaragozano muerto en tan extrañas circunstancias. En medio de aquel despliegue, se palpa la tensión entre Franco, Fajardo, Boix y García. El primero está muy enfadado por las pintadas de «¡muere, Franco!» que ve a lo largo del recorrido y ordena que desaparezcan antes de las cinco de la tarde: «Le hago a usted responsable de ello», espeta desabridamente al alcalde Fajardo.

Mientras que el entierro de Balmes ocupa las calles principales de Las Palmas de Gran Canaria, un avión de medio alcance y siete plazas De Havilland DH-89, Dragon Rapide, con marca de registro ACYR y de la compañía británica Olley Air Services Ltd, permanece retenido por las autoridades gubernativas en un hangar del aeródromo de Gando desde el mediodía del catorce de julio a la espera de proseguir el viaje que había iniciado en Croydom, aeródromo cercano a Londres. El piloto del aeroplano, Cecil Bebb, que ha mantenido una entrevista con Luis Orgaz Yoldi, general de brigada muy cercano a Franco, está entretenido en Las Palmas aguardando la reanudación de un viaje que siempre le ha resultado raro, aunque, bien retribuido, sabe que ha de ser discreto y no preguntar.

Franco se esfuerza en tener la cabeza en el entierro de su segundo en las Canarias y subordinado en la época en la que ambos prestaron sus servicios en la Legión combatiendo a Abd-el-Krim. A pesar de los temores de que grupos izquierdistas provoquen incidentes, el entierro se desarrolla con normalidad, aunque la preocupación que bulle en la mente de todos y el asfixiante calor provocan que se respire pesadamente.

Tras el entierro, Franco acaba de instalarse en la habitación número tres de la primera planta del coqueto edificio modernista de fachada amarilla que pregona en la parte superior del hotel Madrid, el nombre del establecimiento situado en la plazoleta Cairasco de Figueroa. Con él se alojan allí Franco Salgado-Araujo, que ocupa una habitación comunicada con la de su primo, Martínez Fuset y cinco

militares más. En la número trece lo hacen su mujer y su hija. Después come frugalmente en un restaurante del parque de San Telmo, y da una cabezada antes de ponerse manos a la obra aprovechando la oportunidad que el entierro le proporciona.

***

Mientras que esto sucede en Las Palmas, la preocupación de Eloísa sigue creciendo tras la decepcionante entrevista con Álvarez-Buylla, el episodio melillense de la Comisión Geográfica de Límites está a punto de terminar, el inicio de la reunión del Gómez Morato con los oficiales de la guarnición de Larache en el Casino militar consume sus primeros lances, y, por fin, en la casa de la familia Robi Ninet se respira tranquilidad y se dormita después de una animada comida de la que ha disfrutado el matrimonio anfitrión, Perico y Aurora.

***

A lo largo de la tarde del diecisiete de julio, con Melilla en trance de ser dominada por la rebelión militar y poniéndose en marcha a diferente ritmo en Ceuta, Tetuán y Larache, Franco no permanece ocioso. Visita varios acuartelamientos y antes de regresar al hotel, se pasea en automóvil con su mujer por Barranco Seco y la playa de Las Canteras. Ya en el hotel Madrid, recibe la visita de militares adheridos a la conspiración a la que, después de muchos vaivenes, se ha unido muy recientemente. Entre estas entrevistas destaca la que celebra con el comandante García González, jefe del Estado Mayor de la Comandancia de Las Palmas. También consulta varias veces a Martínez Fuset, a quien por la estrecha relación amistosa del matrimonio Franco con él y su esposa, hija del prohombre y político tinerfeño Benito Pérez Armas, confía la custodia de su mujer e hija. No queda ajeno a estos contactos, en este caso telefónico, al coronel Teodulfo González Peral, veterano jefe de Estado Mayor en Canarias, a punto ya de jubilarse. Los preparativos del alzamiento y sus consecuencias constituyen el objeto de las conversaciones. En ellas Franco logra disimular su inquietud por el paso de adherirse a los conspiradores que tanto le ha costado dar y para lo que ha

obtenido todas las garantías para su familia. A mostrarse así le ayuda su inexpresividad y su capacidad para la contención personal en todas sus vertientes. Pero, a pesar de su apariencia gélida, está preocupado. Sabe que con la decisión que ha tomado ha traspasado una arriesgada frontera y no las tiene todas consigo.

Franco, su mujer e hija, Franco Salgado-Araujo y Orgaz, adherido sin fisuras a la trama, cenan en un restaurante del parque de San Telmo próximo al establecimiento hotelero donde se alojan salvo el último. Aunque la preocupación se lee en el semblante de Franco Salgado Araujo y Orgaz, la conversación transcurre por vericuetos intrascendentes. Franco habla poco y solo rompe su impasibilidad algún gesto cariñoso hacia Nenuca, su hija, y condescendiente hacia su mujer. Mientras tanto un grupo de trabajadores de las guaguas municipales intenta acercarse al hotel Madrid con intenciones hostiles y son disuadidos por la escolta de Franco a la que se han sumado media docena de falangistas.

2

Los muchos grados de temperatura aconsejan esperar la brisa marina para irse a la cama. Pero el cansancio acumulado con la incómoda noche en el Viera y Clavijo y el agotador día que han tenido se imponen, y poco antes de las doce de la noche Franco, su primo y su familia franquean la puerta del hotel Madrid protegidos por la escolta.

El sueño reparador no tarda en interrumpirse. Los acontecimientos se precipitan. Las ondas de la detonación de Melilla hace más o menos diez horas llegan con retraso, pero llegan pocos minutos antes de las tres de la madrugada del ya dieciocho de julio de 1936. Allí el proclamado por las fuerzas sublevadas del norte de África como jefe supremo duerme desconocedor aún del vendaval desencadenado en Melilla, Ceuta, Tetuán y Larache. Hace horas, sin embargo, que por todo Madrid corre el caudaloso rumor de que algo grave está ocurriendo en el norte de África. En la capital de España militantes y simpatizantes de los partidos frentepopulistas merodean y se concentran en los alrededores del Palacio Nacional, del de

Villamejor, sede de la presidencia del Gobierno y del de Buenavista, que lo es del ministerio de la Guerra, en los últimos minutos del diecisiete de julio.

Franco Salgado-Araujo, profundamente dormido, no oye los golpes ligeros y repetidos en la puerta de la habitación número cuatro, la contigua a la tres que él ocupa.

—Mi teniente coronel, mi teniente coronel, ábrame, por favor, la noticia que tengo que darle es muy importante, ábrame —reclama angustiadamente el comandante García González, jefe del Estado Mayor de Las Palmas, con una voz entrecortada que forcejea por mostrarse fuerte.

Franco Salgado-Araujo se despierta pronto, a pesar de los dos días extenuantes que pesan sobre sus espaldas y de casi no haber conciliado el sueño la noche anterior en el Viera y Clavijo. Alarmado, echa mano de la pistola reglamentaria, acostumbrado a tenerla muy al alcance. Empuñando el arma, se acerca con sigilo a la puerta mientras aguza el oído.

—Mi teniente coronel, ábrame, es extraordinariamente grave lo que tengo que comunicarle. Ábrame, no perdamos ni un segundo más —se hace un sonoro silencio y con la oreja casi pegada a la puerta, Franco Salgado-Araujo sigue escuchando.

—Soy el jefe del Estado Mayor de Las Palmas. Soy el comandante Eduardo García González. Estuvimos la tarde de ayer juntos con preparativos de lo que le quiero informar. Hay novedades que el general Franco ha de conocer inmediatamente —añade elevando más una voz que suena cada vez más acuciante.

Franco Salgado-Araujo duda, no las tiene todas consigo. A pesar de que cree reconocer a quien está detrás de la puerta, no se decide a abrir. Después de lo que le ha ocurrido a José Calvo Sotelo, toda precaución es poca. Su primo y jefe puede ser objetivo de cualquier barbaridad y tiene que extremar la alerta.

—Comandante, me veo obligado a pedirle que baje a la cabina telefónica de la entrada y que llame al número de mi habitación. Le haré algunas preguntas que me permitirán tener la absoluta seguridad de que es usted. Perdone tanta prevención, pero comprenda que no está la situación para andarse con descuidos y

que en la habitación contigua y con comunicación interior está el general — argumenta el teniente coronel imprimiendo la marca de la disculpa en las últimas palabras.

García González desciende las escaleras con la rápida desenvoltura de un cadete. Bajo la mirada somnolienta y sorprendida del recepcionista de noche, irrumpe en la cabina que queda a la derecha de la entrada del hotel. Exige intempestivamente comunicación con la habitación número cuatro, la de Franco Salgado-Araujo. Contesta sin titubeos a sus preguntas. Hace falta poco más de dos minutos para que, ya dentro de la habitación, los dos militares entablen un diálogo con la cara de sorpresa del recién despertado y la de nervioso azoramiento del comandante.

—El coronel González Peral me remite esto y me urge a que se lo haga llegar al general Franco. Creo que antes se lo debo entregar a usted, mi teniente coronel, usted sabrá cómo hacérselo llegar al general —irrumpe González García entregándole con mano temblorosa un papel con aspecto de telegrama.

Franco Salgado-Araújo alarga el brazo derecho para coger lo que le tiende el otro. Domina los nervios que lo abruman, se ajusta las gafas y lee con expresión que pretende aparentar templanza: «General Solans al general: Este Ejército levantado en armas contra el Gobierno habiéndose apoderado de todos los resortes del mando. ¡Viva España!». Lo vuelve a leer, impresionado por la inesperada realidad que se ha desplomado sobre él y chocado porque Solans se atribuya el generalato cuando solo es coronel.

El teniente coronel mira con fijeza a González García, que espera con la tensión desatada recibir órdenes. Se quita las gafas y su proporcionada nariz parece convertirse por un segundo en la protagonista de aquel decisivo instante. Respira bregando por apropiarse de todo el oxígeno de una habitación muy cargada. Se ajusta el cinturón del batín que cubre su pijama. Manosea el telegrama y pregunta algo que desespera a quien arde por ponerse en marcha y dejar los comentarios para otro instante que no exija reacción tan rápida.

—¿Cómo ha llegado este documento al coronel González Peral? —

inquiere el hombre para todo del general, ducho en dudar de todo y de todos.

—El telegrama lo ha captado Demetrio Mestre, jefe de la Compañía Telefónica de Tenerife afín a nosotros, y se lo ha entregado enseguida al coronel González Peral —contesta el comandante deseoso de concluir el trámite de las explicaciones y actuar.

De pronto, Franco Salgado-Araujo se acelera. Ha comprendido que basta ya de palabras que retrasan poner manos a la obra.

—Despierte al comandante Martínez Fuset, explíquele lo del telegrama, que esté preparado para recibir órdenes. Avise al resto de los oficiales, que estén en disposición de cumplir lo que el general mande. Que extremen la vigilancia y que tengan siempre las armas a punto para cualquier eventualidad —conmina subiendo la voz que suena atronadora en medio del silencio de una madrugada que avanza.

El rostro de González García muda por completo. La cascada de actividad que Franco Salgado-Araujo le ha exigido lo ha regado de una vitalidad que quiere traducirse en frenética acción.

—Muchas gracias, comandante, por su valiosa información y por alertarnos inmediatamente. No le entretengo más. Cumpla las órdenes que le he dado. Del general Franco no se preocupe, me ocupo yo de poner en su conocimiento todo esto. Lo despierto ahora mismo, si no le hemos despertado ya con el alboroto que estamos armando.

No median más palabras. García González esboza un saludo militar de despedida, al que su superior le contesta con una mueca indefinida.

No lo duda. Se enfunda a toda prisa el uniforme en el que las dos estrellas de ocho puntas parecen brillar más de lo habitual, se acicala someramente y golpea con tiento la puerta de la habitación de su primo. Lo hace con prevención, pues interrumpir el sueño de este último cuando son más de las tres de la madrugada no es plato de buen gusto. El hecho extremadamente grave que el telegrama anuncia lo justifica. Golpea por segunda vez la puerta en la que luce el número tres. Lo hace un poco más fuerte, temeroso de que Franco haya caído en un sueño profundo y se vea obligado a

aporrear la puerta y alertar al resto de los alojados en el hotel. Acopia las fuerzas necesarias para golpear por tercera vez, pero no hace falta. El general abre la puerta con aspecto de haber sido arrancado de un plácido sueño y tratando de anudarse el cinturón del batín que recubre el pijama. Solo ha abierto después de reconocer con claridad la voz de su primo, que como contraseña repite varias veces «soy yo, Pacón», echando mano del apodo con el que es conocido en ambientes familiares.

Franco lee el telegrama que le facilita. Lo lee por segunda vez porfiando que las legañas no enturbien la realidad que aquel documento de pocas líneas le arroja a la cara.

El silencio se apodera de la habitación. Lo hace con intensidad como si recuperara un espacio que no debería haber dejado de ser suyo. Franco permanece impertérrito por fuera, aunque por dentro se haya desencadenado una catarata de sensaciones y pensamientos. Duda en sus adentros sin que Franco Salgado-Araujo, que aguarda nervioso una reacción ante la magnitud de lo que el telegrama señala, note el turbión interior que lo sacude.

Tras titubeos imperceptibles, Franco se ve arrastrado a dar un paso decisivo. No tiene más remedio que hacerlo para colocarse en una privilegiada posición de salida que lo ayude a convertirse en la cabeza del levantamiento que ya ha adquirido cuerpo en el norte de África. Tomada la decisión en un par de segundos con aspiraciones de eternidad, rompe el hieratismo con unas palabras ahiladas que se conciertan poco con las intensas cavilaciones que han precedido.

—Prepáralo todo, nos vamos al Gobierno militar, hazlo lo más rápidamente posible —acucia Franco a su primo con una voz fina que desfigura su firmeza.

—A tus órdenes, mi general. Ya he avisado al comandante Martínez Fuset y al resto de los oficiales. Les he ordenado que extremen la vigilancia y las medidas de seguridad —replica Franco Salgado-Araujo ahíto de satisfacción por haberse adelantado a las órdenes de su jefe.

—Avisa a Orgaz, que vaya también al Gobierno militar — añade Franco que quiere contar con el trípode donde se va a apoyar en el episodio crucial de su vida militar y personal que se está abriendo.

Lo forman el general de brigada Luis Orgaz Yoldi, el teniente coronel Francisco Franco Salgado-Araujo y el comandante jurídico Lorenzo Martínez Fuset.

—¿Nos ponemos el uniforme? —susurra Franco Salgado-Araujo ahuecando la voz.

—Naturalmente, Pacón, de uniforme, ¿cómo vamos a plantarnos en el Gobierno militar de paisano? ¡Hasta ahí podíamos llegar! —exclama Franco dispuesto a afrontar las horas capitales que llaman a la puerta.

A las cuatro de la mañana minuto arriba minuto abajo Franco, su mujer y su hija, su primo, Martínez Fuset y los oficiales que les guardan las espaldas traspasan la puerta del hotel Madrid intentando una misión casi imposible: pasar desapercibidos. Suben a los coches y se dirigen por calles desiertas con la excepción de algún juerguista que busca continuar la jarana o de algún insomne que no soporta el calor pegajoso encerrado en casa y ha salido para aliviarse con un paseo que le permita respirar la brisa del Atlántico. Llegan enseguida al Gobierno militar situado en el parque de San Telmo. Se instalan en el despacho todavía impregnado de un general Balmes presente a través de los muchos objetos personales que salpican aquella estancia de rancia austeridad que ha sido su despacho hasta hace pocas horas.

Mientras que tiene lugar todo esto, Antonio Boix, el gobernador civil, recibe inquietantes noticias del ministerio de la Gobernación. Debe detener al general Franco inmediatamente. Urgido, ordena a Nicolás Ballester, agente secreto de inspección y vigilancia, que, junto al jefe de la Policía local, Alberto Hernández, y los guardias de asalto que están de servicio, se desplace lo más rápidamente posible al hotel Madrid para detener a Franco. Llega demasiado tarde, el general ha salido precipitadamente con su familia y escolta hace un rato, les comenta el portero nocturno que no sale de su asombro por todo lo que está dando de sí aquella madrugada del dieciocho de julio.

Nada más llegar al Gobierno militar se desata una frenética actividad. Franco Salgado-Araujo es el principal ejecutor de lo que su primo y Orgaz, que se ha incorporado enseguida, van despachando.

Pero Martínez Fuset es el alma de aquel momento, el motor que nutre el impulso y la velocidad de la actividad desenfrenada que se despliega. El general Franco le ordena con un matiz que entraña recabar su visto bueno, corrige los textos que le somete y hasta admite rectificar sus criterios tras la insistencia del jurídico militar y también notario.

Franco es consciente de que tiene que aprovechar que unidades tan poderosas y aguerridas como las del norte de África se hayan levantado invocando su nombre como jefe superior de las Fuerzas militares en Marruecos. Tiene que coger el guante que le han tendido y utilizarlo para ganar posiciones en la más alta jerarquía de los generales, incluidos Sanjurjo y Mola, que, cada uno a su manera, aspiran a convertirse en la cabeza del movimiento que en aquellas horas se ha expandido victorioso por el Protectorado marroquí, Ceuta y Melilla.

Los borradores se encadenan. La prisa aprieta. Los documentos que están en el horno y no admiten demora deben dejar bien claro que Franco es un factor capital en el alzamiento que también está arrancando en la Península con muy distinta suerte.

Lo que más entretiene a los que observan con desazón cómo el reloj se acelera es redactar la declaración del estado de guerra. Martínez Fuset tiene que relegar los remilgos que lo asaltan por su buena formación para revestir este documento de una muy difícil apariencia jurídica.

Poco antes de las cinco de la madrugada cuaja un texto que Franco aprueba sin entusiasmo. Franco Salgado-Araujo y Martínez Fuset corren a transmitirlo por telégrafo a los generales al frente de las divisiones orgánicas más las comandancias de Baleares, Ceuta y Melilla; a ellos se agregan en último momento los almirantes punteros de la Armada. Poco después, una compañía del regimiento de infantería proclama el estado de guerra en lugares estratégicos de Las Palmas.

Franco asume un papel más activo en la redacción del comunicado destinado a los militares del Protectorado, Ceuta y Melilla. Quiere que llegue al corazón de las tropas que se amparan bajo su nombre para un empeño tan arriesgado como el que se ha iniciado en

Melilla. Quiere que lo que se redacte rezume ardor guerrero. Da su visto bueno cuando el texto recoge todas sus exigencias y su primo lo lee con la debida entonación: «Gloria al Ejército de África. España sobre todo. Recibid el saludo entusiasta de estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo. Viva España con honor. General Franco».

Por las pretensiones de acomodarse en algunos pasajes a la jerga castrense y en otros a un discurso político capaz de ser entendido por el mayor número posible de personas, se tarda mucho en redondear el manifiesto que va a ser difundido por Radio Club Tenerife e Inter-Radio de Las Palmas. Los cuatro meten la pluma en él y acaba resultando un texto largo y farragoso. A las siete de la mañana Radio Club Tenerife transmite el manifiesto, que comienza con un «¡Españoles! A cuantos sentís el santo amor a España, a los que en las filas del Ejército y de la Armada habéis hecho profesión de fe en el servicio de la Patria, a los que jurasteis defenderla de sus enemigos hasta perder la vida, la Nación os llama a su defensa …». Y concluye con estas afirmaciones y exclamaciones: «…Sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez y por este orden, la trilogía fraternidad, libertad e igualdad.

»Españoles, ¡¡¡VIVA ESPAÑA!!!

»¡¡¡VIVA EL HONRADO PUEBLO ESPAÑOL!!!».

Superada la delicada fase de redacción de documentos, Franco se toma un respiro. Hablan algo, mientras que Franco Salgado-Araujo y Martínez Fuset se cercioran de que los telegramas y comunicaciones han sido cursados debidamente y han alcanzado su destino.

La luz lechosa del alba va avanzando en la habitación de la que Franco y Orgaz no se mueven y Martínez Fuset y Franco Salgado-Araujo entran y salen para ejecutar lo acordado.

Franco, después de cambiar impresiones con Orgaz unos minutos, entrega a su primo y al comandante jurídico un folio con una lista de personas, la mayoría generales y oficiales retirados, que, conocida su adhesión al movimiento, deben ser convocados en el Gobierno militar y reclama a su primo que le informe de cómo va la ocupación

de los centros neurálgicos de Las Palmas que dispuso nada más llegar al Gobierno Civil. Observan con preocupación que se van formando grupos de militantes de la Federación Obrera de las Palmas, que, tras reunirse en la Casa del Pueblo de la Isleta, entonan encrespados cánticos mientras se les unen operarios del puerto de la Luz que no han acudido a su trabajo o que lo han abandonado para concentrarse cerca del Gobierno Civil, emplazado en la cercana calle de Triana.

La tensión aumenta. Sobre las ocho y media de la mañana una concentración de más de mil obreros encabezados por el diputado comunista Suárez Morales ha tenido que ser interceptada por dos pelotones de infantería. Con la aprobación de su general, Franco Salgado-Araujo toma las medidas de defensa oportunas ante la posibilidad de que los cada vez más nutridos grupos hostiles decidan asaltar el Gobierno militar. Mientras tanto, Franco y Orgaz intensifican los contactos con distintas unidades y con los comandantes del cañonero Canalejas y del guardacostas Arcila, anclados en el puerto. Con mayor o menor entusiasmo, estos contactos son favorables al levantamiento. La excepción son la Guardia Civil y la Guardia de Asalto a cuyo frente está el teniente coronel Emilio Baraibar en el caso de la primera y el teniente Pérez Marín en el de la segunda. Después de haberlo hecho Orgaz sin éxito, sobre las diez Franco decide hablar personalmente con Baraibar por la importancia de contar con la Guardia Civil. Despliega toda su autoridad, argumenta derrochando paciencia en medio de la tensión reinante, pero no consigue que Baraibar tuerza el brazo. La Guardia Civil actúa como un bloque compacto, pues tampoco le siguen el comandante Joaquín Loureiro y los capitanes Emilio Pacheco y José García Silva.

En medio de este maremágnum de contactos y de una agobiante presión exterior desde donde no cesan de oírse fragmentos de la Internacional y el himno de Riego coreados por una masa cada vez más enfebrecida, chirría el teléfono destinado a comunicaciones directas con el ministerio de la Guerra. La llamada es de Manuel de la Cruz Boullosa, general subsecretario de este ministerio. Exige hablar con Franco, que, con una mueca en la que mezcla indolencia

y desprecio, rehúsa ponerse. «Que se ponga el comandante Martínez Fuset», rezonga mientras que se desplaza de un lado a otro del despacho dándole vueltas a cómo vencer la resistencia de Baraibar. «Mi general, es el mismo subsecretario quien pide hablar con usted», tercia el comandante jurídico en un intento de rehuir tan delicado encargo. «Le repito, Fuset, coja usted el teléfono y dele todo tipo de excusas. No es conveniente ponerme a tiro del Gobierno de Madrid en estos momentos aunque sea a través del timorato general subsecretario, a quien, estoy seguro, le gustaría estar con nosotros, pero no se atreve», dictamina Franco con un gesto inapelable con la mano derecha a la que acompaña un «vaya, vaya» dirigido a un Martínez Fuset dispuesto a encarar el envite.

—Sí, mi general, dígame —adelanta este último tanteando tan pantanoso terreno—. ¿Quién es usted? Identifíquese — brama Boullosa irritado al no reconocer la voz de la persona con la que tiene necesidad urgente de hablar.

—Soy el comandante del cuerpo jurídico Lorenzo Martínez Fuset, estoy a sus órdenes, mi general —contesta con firmeza que enmascara la extremada incomodidad que la conversación le genera.

—No es con usted con quien exijo hablar. Póngame inmediatamente con el general Franco. Confío en no tener que repetirlo dos veces y espero que el desarrollo de esta conversación no tenga consecuencias desfavorables para su hoja de servicios —el subsecretario reitera amenazante mientras que ruidos cavernosos hacen la conversación todavía más incómoda.

El silencio toma el relevo. Solo lo hace por un par de segundos, porque un aluvión de ruidos irregulares proporciona a Martínez Fuset la posibilidad de improvisar alguna excusa que suavice la escabrosidad de aquel momento.

—Mi general, disculpe, pero con tanto ruido de fondo no he podido entender lo que me ha dicho —es todo lo que se le ocurre para dar largas al subsecretario consumido por los nervios.

—Lo repito por última vez: ¡Quiero hablar con Franco y tiene que ser ahora mismo! ¡Coño, que se ponga de una vez por todas al teléfono! —el subsecretario rompe en exclamaciones con resonancias cuarteleras. Martínez Fuset, que conserva la templanza

a pesar del difícil trance, se acomoda en el sillón próximo a la mesa auxiliar sobre la que reposa el teléfono y gana un segundo más ayudado por la avalancha de ruidos que resurge.

—Mi general, siento decirle que el general Franco no se puede poner porque no se encuentra en el Gobierno militar —afirma Martínez Fuset apoyando la mano izquierda en el correspondiente lateral de la guerrera que conserva su prestanza a pesar del calor húmedo y las intensas horas que han transcurrido desde que se la puso poco antes de salir del hotel Madrid en plena madrugada.

—¿Dónde está el general Franco? Búsquelo, quiero hablar con él, es algo extremadamente urgente —replica Boullosa con el hartazgo porfirizando la poca paciencia que le resta.

—Lo siento, mi general, no puedo buscarlo, porque no sé por dónde anda en estos momentos —replica el comandante con voz deformada por los ruidos de la línea telefónica.

—¿Cómo que no sabe dónde está el general Franco? Lo repito: búsquelo y que me llame con la máxima urgencia — remacha agresivamente el subsecretario de la Guerra.

—El general Franco salió de madrugada del hotel Madrid para inspeccionar las guarniciones de la isla y ahora mismo no sabemos dónde se encuentra —inventa Martínez Fuset incapaz de dar una justificación más consistente.

—Déjese de tonterías, búsquelo, ponga patas arriba la isla si es necesario, encuéntrelo, es muy urgente. Le doy quince minutos; en quince minutos vuelvo a llamar y quiero que entonces el general Franco se ponga al aparato —no hablan más, la comunicación se interrumpe bruscamente.

Franco está enzarzado en una nueva conversación telefónica con el teniente coronel Baraibar tratando de convencerlo de que se adhiera al alzamiento. Se le acerca Martínez Fuset, tapa el auricular y, tras un sucinto resumen de lo que el subsecretario quiere, Franco dibuja un ademán despectivo y comenta muy bajo, casi imperceptible: «Ya no es momento para volverse atrás, han tenido mucho tiempo para hacerme caso y no lo han hecho». Se reposa sobre el espaldar del sillón de la mesa de trabajo que ha sido de Amador Balmes hasta hace muy pocas horas, tapa más el auricular para asegurarse de que

Baraibar, que está al otro lado de la línea, no pueda escuchar y añade adensando ligeramente la voz: «Si vuelve a llamar, ni me lo dice, que lo atienda el teniente coronel Franco y que le insista en lo mismo que usted: que estoy inspeccionando las unidades de la isla y que no me localizan».

***

La presión exterior del edificio del parque de San Telmo sigue creciendo. La tensión interior se palpa y las expresiones de extremada preocupación dejan profunda huella en los que entran y salen del despacho donde Franco sigue instalado. En tan cruciales instantes el papel de su primo se agiganta mientras organiza el refuerzo de las medidas de protección del inmueble con los militares retirados y falangistas que se han ido incorporando, pues se dispara el temor de que el Gobierno militar pueda ser asaltado en cualquier momento.

Capítulo II

Franco toma el Dragón Rapide

La mañana progresa y con ella se incrementa el riesgo de asalto al Gobierno militar. Franco Salgado-Araújo es el único que tiene la suficiente confianza con su general para plantearle lo que los demás piensan y no se atreven a exteriorizar. Franco debe abandonar Las Palmas y poner rumbo al Protectorado donde le esperan ansiosamente para que se coloque al frente del alzamiento del norte de África y ocupe así un lugar preferente entre los que aspiran a protagonizar el golpe que se ha iniciado en Melilla.

Pero no es hombre de decisiones rápidas. Sopesa los riesgos de atrincherarse en el Gobierno militar frente a los que hay que correr para embarcarse en el Dragón Rapide estacionado en Gando. Masculla la decisión y tiene en vilo a todos los que le rodean durante unos minutos en los que al griterío y al canturreo revolucionarios que llegan desde los alrededores se suman tiroteos que van a más. Solo cuando, tras consultar a Martínez Fuset, Franco Salgado-Araújo le da garantías totales de que la evacuación de Carmen y Nenuca está asegurada y le explican que el remolcador España II, tripulado por militares fieles capitaneados por el alférez de navío Pedro Cardona, está preparado para zarpar hacia la bahía de Gando, se decide a escapar de la ratonera en que el inmueble del parque de San Telmo se está convirtiendo.

Acaba de prestar su conformidad a la evacuación y ordena a Franco Salgado-Araújo que reúna en el patio de armas a todos sus seguidores para despedirse de ellos y que estén preparados los coches para trasladarlos al cercano muelle de San Telmo donde está atracado el España II con las máquinas en marcha.

De pronto Franco, sin romper lo pausado de sus movimientos, mira fijamente a su primo que ya está preparado para salir y, arrugando el entrecejo, toma la palabra.

—Pacón, cuéntame con más detalle cómo está garantizada la seguridad de Carmen y Nenuca hasta que suban al barco alemán que las ha de llevar a El Havre —reclama mientras que el otro tiene

que contener una expresión de contrariedad porque ya se lo ha explicado varias veces, el tiroteo arrecia y no hay tiempo que perder.

—Carmen y Nenuca no van a correr ningún peligro. El Wald — señala Franco Salgado-Araújo refiriéndose al barco que las llevará a Lisboa y después a El Havre, donde las recibirá el comandante Antonio Barroso, agregado militar en la embajada de París— no llega a Las Palmas hasta el domingo. No queda más remedio que pasen lo que queda de día y la noche en Las Palmas para embarcar el domingo —contempla la expresión de su jefe que sabe interpretar mejor que nadie y comprende que su inexpresividad significa que no es suficiente con lo que le ha dicho.

—Parte de la escolta que nos acompaña desde Santa Cruz de Tenerife se va a quedar con ellas hasta que el domingo suban al barco alemán. Para que esto se haga de la manera más desapercibida posible es mejor que vengan ahora con nosotros hasta el puerto y que allí, en lugar de subir al España II, tomen el Arcila, donde, debidamente protegidas, pasarán el resto del día y la noche del sábado al domingo —expone el teniente coronel el plan—. Pero ahora tenemos que irnos, la situación empeora por momentos, o nos vamos ahora o va a ser muy difícil que los automóviles puedan atravesar el parque de San Telmo para dejarnos en el muelle — concluye el teniente general.

—Pero ¿por qué se esconden en el Arcila, que es un guardacostas pequeño y muy escasamente artillado? El torpedero Canalejas es más barco y tiene más potencia artillera —vuelve a la carga Franco con un ritmo monocorde casi sepultado por el griterío salpicado de disparos que inunda el despacho.

Franco Salgado-Araújo arde de ansiedad. Está a punto de reventar. Como maestro en relacionarse con su primo, es consciente de que para él dejar a Carmen y Nenuca con la seguridad de que gozan de la máxima protección es lo más importante en el episodio que está viviendo. No le queda más opción, pues, que entrar en detalles.

—En los contactos que Martínez Fuset y yo hemos mantenido con los comandantes del Canalejas y el Arcila, los tenientes de navío González Aller y Meléndez —pormenoriza para transmitir control del asunto—, hemos llegado a la conclusión de que el Arcila es más

seguro para esconderse por ser un barco más pequeño y con menor dotación de marinería que el cañonero. Esto último es determinante para que los dos comandantes aconsejen que se refugien en el guardacostas y permanezcan allí protegidas por la escolta que las va a acompañar.

—Bueno, bueno, está bien. Vámonos, parece que la cosa se pone fea —acepta Franco con sus facciones cobrando cierta viveza.

—Sí, vámonos ya, salvo los imprescindibles para mantener a raya a la chusma, todos están concentrados en el patio de armas, como has ordenado —añade Pacón traicionándole el tuteo que ambos reservan para momentos de intimidad familiar.

Franco desciende al patio de armas del Gobierno militar. Dispensa una mirada de desagrado a la mezcla de uniformes e indumentarias que proclama la improvisada defensa de aquel establecimiento baluarte del levantamiento en las Islas Canarias. Se estira la guerrera, infla el pecho y, después de confirmar que resigna el mando en Luis Orgaz, que con gesto contenido lo agradece, proclama agitando la mano derecha e inclinado hacia delante hasta ponerse de puntillas: «No abandono. Mi espíritu y toda mi voluntad se quedan con vosotros. Bajo el mando del general Orgaz, seguid mostrando la misma valentía y confianza en el éxito que habéis demostrado conmigo. Os dejo con el corazón roto, porque me reclama una misión en tierras lejanas de la que depende el éxito seguro de nuestro patriótico y glorioso movimiento. Fe, fe, fe y disciplina, disciplina y disciplina. ¡Viva España! ¡Viva el Ejército!», proclama mientras que los disparos del exterior abren un paréntesis que hay que aprovechar.

Consiguen embarcar más fácilmente de lo previsto en el España II y en el Arcila respectivamente. En este último barco, que permanece amarrado, su comandante, el teniente de navío Meléndez, cede a Carmen y a su hija su camarote donde ellas se disponen a pasar el resto del día y la noche. Parte de la escolta de Franco se queda allí para garantizar su seguridad mientras guardan una difícil discreción.

***

Las pequeñas dimensiones del España II, del que ha desembarcado su escasa tripulación civil para ser sustituida por militar, y las funciones para las que ha sido diseñado no permiten espacios donde resguardarse debidamente. Los tripulantes y los pasajeros que han subido a bordo, el general Franco, el teniente coronel Franco Salgado-Araújo, el capitán aviador Julio García de la Peña y una reducida escolta son blanco fácil. El alférez de navío Cardona hace gala de toda su pericia, pero resulta inevitable pasar muy cerca, a tiro seguro, del Gobierno Civil en cuya azotea se despliegan amenazantes ametralladoras y francotiradores ansiando las órdenes de disparar que corresponde dar a Baraibar y Pérez Marín respectivamente. A pesar de que ambos han recibido la orden tajante del ministerio de la Gobernación y de la inspección general de la Guardia Civil de capturar a Franco vivo o muerto y de la presión de sindicalistas y políticos para que den la orden de disparar, no lo acaban de hacer. El traqueteo de un motor asmático que en su máxima potencia hiende con desesperante lentitud las aguas no logra apagar el silencio que envuelve a todos los a bordo cuando se hallan a la altura del edificio del Gobierno Civil. Franco, siguiendo las indicaciones de Cardona, se parapeta lo mejor que puede. Lo mismo hacen Franco Salgado-Araújo y García de la Peña. Todos, incluido Cardona, echan mano de las armas reglamentarias, aun a sabiendas de que poco pueden hacer si el fuego ametrallador barre. Con desesperante plof plof la modesta embarcación progresa a ritmo de tortuga. La tensión encrespa los nervios. Parece que la escena se ha paralizado, que nadie es consciente del momento trascendental que se está viviendo. Contienen la respiración sin quitar ojo a los servidores de las ametralladoras y a los francotiradores, que no se mueven. El remolcador da de sí todo lo que puede. Franco Salgado-Araújo ancla una mirada punzante en Cardona, que le responde con una mueca indescifrable que complementa extendiendo la palma de la mano izquierda libre de asir la pistola. Son segundos con muescas de eternidad. La escena sigue paralizada. Los de la azotea continúan inactivos. Poco a poco el barco se va alejando del alcance de las armas de los que ocupan el edificio gubernamental. Son

aproximadamente las once y media de la mañana del sábado dieciocho de julio de 1936.

Conforme la silueta del Gobierno Civil se va difuminando en el horizonte, todos empiezan a respirar con tranquilidad. El resto de la navegación transcurre sin incidentes. El chapoteo del agua propio del avance del remolcador es casi lo único que acompaña al silencio a lo largo de la travesía, que, según cálculos de Pedro Cardona, durará poco más de dos horas y media.

—¿Tenemos la seguridad de que el avión nos espera listo para despegar? —interroga en un momento dado Franco al militar del mismo apellido imprimiendo un cariz de insignificancia a su endiablada pregunta.

—El Dragón Rapid estará dispuesto para despegar cuando lleguemos a Gando —responde enérgico Franco Salgado-Araújo.

—¿Seguro?, ¿tenemos la absoluta seguridad? —insiste el general sin romper su gélida expresión facial.

—Seguro, mi general, incluso hablé ayer con Bebb, el piloto, en el Gobierno militar donde me sorprendió mucho topármelo. Aproveché la coincidencia para confirmar que hoy día dieciocho tendría todo preparado para volar desde primera hora de la mañana —explica con convicción que inspira seguridad.

—Bien, bien, Pacón, parece que lo tienes todo controlado. Una vez que hemos conseguido salir indemnes de la ratonera de Las Palmas, todo va a ir muy bien —indica Franco con un toque de optimismo paseándose por su rostro—. ¡Estoy deseando llegar a Tetuán y ponerme al frente de los que se han levantado contra el Gobierno frentepopulista! —suspira y vuelve a sumirse en un impenetrable silencio.

Una pronunciada sonrisa de satisfacción mezclada con alivio gana a Franco cuando, al surcar la bahía de Gando, avizora a los lejos el Dragón Rapide estacionado en la pista del aeródromo en posición de despegue.

Una vez que ha sido trasladado por un servicial marinero a tierra para evitar mojarse al salir del remolcador, Franco se despide con templado agradecimiento de la escolta que ha viajado por carretera con el teniente aviador Antonio Villalobos, hace un aparte con el

capitán García de la Peña para entregarle un documento con instrucciones para Orgaz a quien nombra comandante general de Canarias, le ordena que recuerde a Martínez Fuset su deber de proteger a toda costa a su mujer y a su hija y que es responsabilidad personal suya que lleguen sanas y salvas a El Havre. Tras proyectar una lánguida mirada sobre la inmensidad del océano inmediato y dedicar un desmañado saludo militar a todos los que lo contemplan con respeto e incertidumbre, entra en el de Havilland seguido de su inseparable primo y del teniente Villalobos. En la cabina, el capitán Bebb consulta un detalle técnico al mecánico Thomas Bryers y, después de mirar con indolencia a los que están en tierra, azuza la potencia de los motores y esboza una señal de despedida a los que, sujetándose las gorras y los gorros cuarteleros, se distancian del bimotor que ruge desperezándose del parón que ha sufrido desde que aterrizó el catorce de julio.

Pasan unos minutos de las dos de la tarde del dieciocho de julio cuando el Dragon Rapide levanta el vuelo con dirección a las costas del continente africano.

Parte séptima

El levantamiento en Tetuán

Capítulo i

A Eloísa Dupereur le preocupa la situación en Tetuán

1

Eloísa Dupereur tiene la costumbre de dormir una buena siesta después de comer. La jornada de trabajo en El Escondite se suele prolongar hasta muy entrada la noche, casi hasta la madrugada, y necesita descansar antes de afrontarla. Pero aquella tarde no consigue conciliar el sueño. Está muy preocupada por lo que los militares puedan estar tramando. Le inquieta lo que ha escuchado varias veces de oficiales emborrachados, además de con bebidas alcohólicas, con el olor de la pólvora y la pasión antifrentepopulista.

Se levanta de la fallida siesta. Ha dado mil vueltas en la cama y no ha conseguido ni adormilarse un rato. Arrastra con pereza la intención de arreglarse para iniciar la jornada de trabajo que tiene por delante; la noche del viernes al sábado compite con la del sábado al domingo en llenar de bote en bote la casa de citas en la que ella es una de las principales atracciones.

Tarda bastante más de lo habitual en arreglarse y resaltar los atractivos de su angulosa cara, de su perfilado cuerpo y de sus andares ondulantes. A las seis y media de la tarde inicia un paseo por los salones del establecimiento. Le choca no encontrar la animación que suele haber ya a esa hora. Incluso advierte que están vacíos los reservados en los que los clientes se alejan con sus elegidas de las miradas del resto de la clientela. Sigue avanzando y confirma que no hay casi nadie. Algo raro pasa, algo extraordinario está ocurriendo, repiquetea en su cabeza según regresa a su habitación.

A punto de entrar, se para en seco, mueve la cabeza, se lleva las manos a la boca y reflexiona. Lo que ocurre es tan llamativo que no puede haber pasado desapercibido a Macarena. «Voy a preguntarle», recapacita. Da media vuelta y se dirige decidida a la estancia que hace la función de puente de mando de El Escondite.

La encuentra tan relajada que se pregunta si está al corriente de

que los clientes han desertado extrañamente.

—¿Has visto que hay mucha menos gente que lo normal a esta hora de un viernes? —pregunta Eloísa acentuando su silbante acento francés.

—¿Cómo que no hay casi nadie? —replica Macarena mientras posa las gafas sobre el escritorio donde está trabajando.

—Sí, sí, he recorrido todas las salas y casi no hay clientes, un par de tipos es todo lo que he podido contar.

—¿De verdad? Llevo toda la tarde encerrada haciendo cuentas y no he podido darme una vuelta para ver el ambiente —responde Macarena con un mohín de extrañeza.

—Pues sal y date una vuelta, verás lo raro que es un viernes a esta hora con todo prácticamente vacío —recalca Eloísa retrayendo las cejas.

—Sí que es raro, a lo mejor es por este calor espantoso que no nos quitamos de encima, puede ser que todo el mundo se haya ido a las playas, creo que Río Martin está que rebosa —comenta la dueña del local restando importancia a lo que choca tanto a su pupila.

—Lo del calor y las playas puede explicar que haya menos gente, pero no que no haya prácticamente nadie —insiste la francesa endureciendo el tono, pues no comprende cómo a la otra no le salta la alarma ante un hecho tan insólito.

Macarena, que ha permanecido sentada, se levanta y con un ademán comprensivo accede a comprobar por sí misma lo que su compañera no deja de repetir.

—De acuerdo, me voy a dar una vuelta por la casa, a ver si todo es tan raro como te parece a ti —concede con un toque cariñoso en el hombro derecho de Eloísa.

—Creo que haces muy bien viendo con tus propios ojos lo que te cuento —puntualiza la francesa relajando los músculos de la mandíbula—. Yo me vuelvo a mi cuarto y, salvo que un cliente pregunte por mí, estaré allí. Cuando termines de darte la vuelta, ven a verme y comentamos.

Macarena tarda bastante en llamar a la puerta de la habitación de Eloísa. En el tiempo que ha transcurrido hasta ese momento, las siete y media de la tarde, esta última, después de fracasar en su

intento de recuperar la siesta que no había podido dormir, se ha asomado mucho a la ventana y ha observado con inquietud lo que ofrece una calle Luneta que a esa hora tendría que ser un hervor de vida. Pero no lo es. Transitan muy pocas personas y las que lo hacen van deprisa, de puntillas, queriendo pasar desapercibidas. Son también contados los coches que de vez en cuando circulan, y casi todos se desplazan hacia abajo, hacia la carretera de Ceuta en cuyo inicio se encuentra el aeródromo de Sania Ramel. En aquel insólito panorama, el enjambre de cables de toda clase que casi forma un toldo en algunos tramos de la céntrica vía tetuaní cobra tal visibilidad que se convierte en el verdadero protagonista de unos espacios huérfanos de concurrencia.

Cuando Eloísa abre la puerta, la cara contraída de Macarena es muy diferente de la relajada que tenía cuando la abordó para comentarle su extrañeza por lo que estaba pasando esa tarde en El Escondite.

—Pues tienes razón, es muy raro que no haya nadie — reconoce presa de la inquietud.

—¿Cómo que no hay nadie? —inquiere con agudeza la otra.

—Sí, sí, que no hay nadie, que las salas están vacías, es como si todos los clientes se hubieran puesto de acuerdo en no venir hoy — la dueña responde con desazón.

—Me quieres decir que si hace un par de horas cuando yo recorrí el local había poca clientela, ahora no hay ninguna, ¿eso es lo que me quieres decir? —replica Eloísa alarmada por el nuevo dato que viene a sumarse a otros muchos para confirmar sus temores.

—Eso es lo que te quiero decir —Macarena hace una sobreactuada pausa y continúa—. Tienes razón, aquí está ocurriendo algo raro, no es normal que estemos solas en un viernes. Esto no lo he vivido nunca en los años que lleva abierto El Escondite —reconoce arrojando aceite sobre el fuego de la preocupación que abrasa a su interlocutora.

Eloísa contrae la frente y se acerca más a Macarena. Quiere intensificar la intimidad de ese momento. Su preocupación está ya disparada. Sabe que si ocurre algo de lo que los oficiales se pavonean, su seguridad personal puede estar en peligro. Es

consciente de que sus ideas republicanas y su cercanía a la Alta Comisaría frentepopulista serían muy mal vistas si el panorama político da la vuelta, algo que cada vez teme más. Tiene que averiguar lo que se está fraguando para tomar las medidas que le permitan seguir viviendo con tranquilidad en Tetuán o en donde le convenga más. En su muy intensa vida está acostumbrada a dar saltos de un sitio a otro, y, aunque se siente a gusto allí, no descarta volver a dar otro si el rumbo que tomen las cosas lo aconseja.

Se acerca más a Macarena, que siente acelerarse su respiración con la proximidad física y el gesto cariñoso de Eloísa. Le pone la cara de niña desamparada que sabe poner y de la que tanto se ha aprovechado desde el día en que se conocieron. Le acaricia la mejilla derecha. Macarena, que aún conserva algo del soplo de la belleza que el tiempo está poniendo en fuga, le dedica una semisonrisa que la otra percibe como preliminar de la entrega que salpica sus relaciones desde poco después de que se presentase en El Escondite buscando trabajo y se diera cuenta de las inclinaciones sexuales de la dueña de la casa de citas.

—Macu, tengo una preocupación enorme por lo que pueda estar pasando, porque tiene que estar pasando algo. No sé qué, pero debe ser algo gordo porque fíjate —se vuelve ligeramente y apunta con el dedo índice de la mano derecha hacia la ventana—, no hay nadie, cuando a estas horas la calle tendría que ser un verdadero follón de gente —termina Eloísa con una cara de la que la preocupación ha barrido lo propio del acercamiento seductor de hace unos segundos.

Macarena se arrima a la ventana, confirma lo que su amante le dice y se vuelve hacia ella.

—Me parece que estás exagerando. No pasa nada y, si pasa algo, no es grave o no tiene por qué afectarte, ves demasiados fantasmas por todas partes —desliza suavemente la palma de la mano por el carrillo derecho de la francesa con la intención de relajar la mueca de preocupación que no afloja y le invita a sentarse en el tresillo situado frente a la cama que ocupa parte de la habitación. Eloísa accede. Se sienta. Pretende marcar la distancia física porque conoce a Macarena y se malicia a donde quiere ir a parar. Hoy no es día

para ello, hoy quiere sacar de su jefa, amante y protectora una cosa muy diferente—. No le des tantas vueltas a la cabeza. Tienes miedos que no comprendo. Para de torturarte y aprovechemos esta inactividad para disfrutar como sabemos hacerlo tú y yo —plantea Macarena saboreando la ración de placer lésbico a la que es adicta.

El silencio impera por unos segundos en los que la dueña de El Escondite cesa en su empeño de intensificar el contacto físico y la otra forcejea dentro de sí para volver a la carga.

—Ojalá tengas razón. ¿Sabes qué es lo mejor para salir de dudas? —suscita esta última alejándose un poco.

—Dime, dime —responde Macarena descolocada por el giro de la conversación—. Lo mejor para salir de dudas es que utilices tus relaciones para enterarte de qué está sucediendo —sugiere la francesa mientras que una mirada insinuante refuerza sus palabras.

—No te entiendo bien —replica con impostada ingenuidad Macarena iniciando el intercambio preerótico que le gusta.

—Pues está muy claro, pregunta por teléfono a Bernhard, o, si no consigues hablar con él, búscalo en su oficina. Si está en marcha algo de las características de lo que me temo, seguro que ha sido uno de los primeros en enterarse —afirma Eloísa con determinación.

—¿Hablar con Bernhardt?, ¿con el alemán? No sé qué puede conocer él de lo que los militares españoles puedan estar tramando —advierte Macarena con un mohín de extrañeza mientras reposa la cabeza en la mano izquierda adentrándose en un vaivén de sobreentendidos con su amante.

—No te las des de ingenua, Macu, que nos conocemos muy bien. Te hablo muy en serio. Dejemos nuestros jueguecitos para después —ataja Eloísa semicerrando los párpados en su afán de desterrar los escarceos preeróticos y de insinuar que, resuelto lo principal, el disfrute que ansía la otra llegará sin tardanza.

—Está bien. No perdamos el tiempo. Aunque tus temores me parecen una exageración, le llamaré por teléfono, y, si no da señales de vida, mañana iré a verlo —concede Macarena, consciente de que la atracción que la francesa ejerce sobre ella acaba abatiendo todas las barreras que se empeñe en poner.

—Gracias, Macu, tú siempre tan comprensiva conmigo. Te lo

agradezco de veras, porque créeme que tengo motivos para estar muy preocupada. Llámale, a ver qué te dice, me lo cuentas y, si seguimos sin clientes, disfrutamos de nuestros jueguecitos — sugiere Eloísa con un gesto seductor al que Macarena responde poniendo manos a la obra impulsada por lo que anuncia la sonrisa con la que su compañera le dice hasta pronto al dirigirse a su despacho para telefonear.

2

El tiempo de espera parece no acabar nunca. Una eternidad de congoja se cierne sobre ella. No se explica cómo una simple llamada telefónica a Bernhardt puede durar tanto.

Al cabo de un rato, la eternidad se transforma en los cuarenta minutos de desasosiego que Eloísa ha sufrido hasta que su amante irrumpe por la puerta.

Macarena se sienta e invita a Eloísa a que haga lo mismo. La parsimonia con la que se manifiesta la recién llegada dispara la ansiedad de esta última. El silencio es tan corto como desesperante para quien ansía que le cuente cómo ha ido la conversación con el nazi.

—Venga, cuenta, ¿qué te ha dicho Bernhardt? —explota Eloísa con los ojos pugnando por salirse de las órbitas.

Macarena se aproxima. Le coge la mano buscando insuflarle sosiego. Eloísa está desesperada y a punto de zarandearla para que suelte lo que lleva dentro, que no promete ser nada bueno.

—No, no me ha dicho nada importante —adelanta la meretriz intentando aplacar el nerviosismo que se está apoderando de la otra —. He tardado porque me ha costado mucho conectar con la oficina de Johannes, que comunicaba sin parar. No estaba él, pero, por fin, he conseguido hablar con un hombre de su máxima confianza — razona tratando de no alarmar.

—¿Y qué te ha contado? —salta agresivamente Eloísa.

—Me ha dicho que Bernhardt no estaba allí, que iba a intentar encontrarlo y que me volvería a llamar si hablaba con él. Ha tardado bastante en devolverme la llamada. No me ha dado ninguna

información sobre lo que puede estar ocurriendo. No sabía nada de nada. Pero me ha insistido en algo importante de parte de Johannes —fuerza una pausa para subrayar la importancia de lo que va a decidir. En ese segundo los ojos de Eloísa lanzan fuego y sus pestañas aletean queriendo apagarlo—. Me ha repetido de parte de Bernhardt que no salgamos a la calle, que nos quedemos en casa. No me ha dado más explicaciones, hablaba atropelladamente y colgó el teléfono sin más —señala Macarena sin poder aminorar la incertidumbre que esas palabras siembran.

Eloísa se queda muda. Un peso marmóreo ha caído definitivamente sobre ella. Sus temores no son fantasmas que zascandileen por su cabeza. Las bravuconadas que escuchó a los oficiales recién llegados de las maniobras de Llano Amarillo cobran visos de realidad. Ganas abrumadoras de protección le ahogan y le privan de voz. Mira con ojos de cordero degollado a una Macarena que aparece como la única capaz de ampararla y socorrerla, si es preciso. Se arrima a ella. Le coge la mano. Se la estruja. Es el grito que reclama de su amante que la coloque bajo sus poderosas alas en la peligrosa etapa a la que va a tener que enfrentarse. Ahora es ella la que se acurruca sobre el hombro y el voluminoso pecho derecho de Macarena. Sus ojos expresan más que unas palabras que en ese momento han quedado arrinconadas por un lenguaje más eficaz. Macarena coge el mentón de Eloísa y sitúa la cara de ella a la altura de la suya. La atracción mutua a punto de arder en pasión nubla la mirada de dos mujeres lanzadas por el torbellino de lo erótico. Macarena toma la iniciativa. Posa un alado beso en los labios semiabiertos de una Eloísa que se deja hacer, que por encima de todo reclama la protección que la otra encarna. Se la pide abriendo sus carnosos labios para que su lengua se funda con la de su amante con una pasión ya sin límites.

Capítulo II

Las indecisiones de Arturo Álvarez-Buylla

Arturo Álvarez-Buylla todavía no se ha espabilado completamente de la siesta. Antes de llegar a Tetuán no era aficionado a dormirla, pero el calor y la lasitud que se impera en esta tierra después de comer se la han hecho imprescindible.

Mientras está preparándose para reincorporarse a su despacho, el repiqueteo en la puerta de su habitación le extraña. Más se extraña al escuchar la voz siempre discreta de Acacio Franco García, su secretario, rogándole que abra la puerta para informarle de «un asunto grave».

Álvarez-Buylla, contrariado, grita intempestivamente que ya va, que espere el momento que necesita para acabar de refrescarse la cara y peinarse.

—Don Arturo, perdone que lo importune, pero hay una llamada del ministerio de la Gobernación y piden hablar con usted urgentemente —anuncia Acacio Franco balbuceando.

—¿Tan urgente es esa llamada como para que no pueda esperar a que me haya reincorporado al despacho? —responde Álvarez-Buylla con malos modos después de abrir la puerta de la habitación. Consulta su reloj y pone cara de pocos amigos después de comprobar que solo faltan cinco minutos para las cinco de la tarde, hora a la que suele volver al trabajo.

—Don Arturo, si me he atrevido a molestarlo es porque el del gabinete telegráfico del ministerio de la Gobernación me ha urgido mucho a que lo busque. Me han repetido, casi gritando, que es el mismo ministro de la Gobernación quien necesita hablar con usted para algo importante —Franco García hila estas palabras que aún aletean cuando jefe y subordinado ponen rumbo al despacho del primero.

El alto comisario coge el aparato sin que la urgencia con la que le reclaman haya encendido su preocupación. Después de oír una caterva de ruidos que auguran una conversación trompicada, atisba en un fondo lejano la voz del ministro Juan Moles que suena a todo menos a amabilidad.

—¿Sabe usted algo de que el general Romerales ha resignado el mando en Melilla en favor del coronel Solans? —le espeta con formas desabridas que preludian tempestad.

—¿Qué me dice? ¿Romerales ha renunciado al mando? ¿Qué le ha ocurrido? Vaya racha llevamos. Después de lo de Balmes en Las Palmas, ahora el comandante general de Melilla fuera de juego — pregunta el alto comisario con la apostilla del comentario que pretende inyectar suavidad en una conversación que se ha iniciado con una brusquedad que no comprende a qué viene.

Un hermético silencio ocupa la escena. Pero solo dura un segundo porque de nuevo la voz de Álvarez-Buylla brega por abrirse camino en medio de un espantoso ruido que emula un aluvión de voluminosos cantos rodados chocando unos contra otros.

—Lo de Romerales debe ser cosa de hace pocos minutos. Me he ido a comer muy tarde y a esa hora todo estaba tranquilo en Melilla —abunda el alto comisario mosqueado por el derrotero que la conversación está tomando.

—¡Veo que usted no se entera de lo que pasa en su jurisdicción! — escupe Moles fuera de sí.

—¿Qué quiere decir con eso, señor ministro? Creo que hay algo que me oculta o que me quiere decir con medias palabras. Háblemе claro —exige Álvarez-Buylla alzando la voz para pasar a la ofensiva. No puede continuar. Se lo impide un vozarrón inflamado que no quiere razonamientos sino acción.

—Pues algo debe estar pasando en Melilla —ironiza el ministro con agresividad que el hilo telefónico no disimula—. Entérese bien de lo que está sucediendo allí y de por qué Romerales se ha quitado de en medio o le han quitado de en medio, que es lo que me temo — reclama con términos que mezclan orden y sugerencia. El alto comisario pronuncia unas palabras incomprensibles que no puede rematar porque de nuevo lo interrumpen.

—Sea lo que sea lo que está pasando en Melilla, vea usted la manera de enviar algunos guardias civiles del Protectorado al delegado gubernativo y confirmar que lo de allí no pase de ser una asonada que no vaya a mayores. Para ello hable con el comandante Álvarez de Pablo y hagan lo imposible para reforzar la Guardia Civil

de la que Gil de Terradillos pueda disponer para estar en condiciones de abortar lo que pueda estar ocurriendo en Melilla, de donde me llegan noticias confusas y nada buenas —reconoce Moles, que ha dominado algo la contrariedad que le ha causado un alto comisario fuera de juego y tener que ser él quien le dé noticias de algo de lo que tendría que haberse enterado el primero.

—De acuerdo, de acuerdo, señor ministro, me pongo inmediatamente a ello. Lo más seguro es que estemos ante uno de los muchos rumores de golpes militares con los que tenemos que convivir a diario. Pero, descuide, me informo de todo, hablo con Álvarez de Pablo y enviamos a Melilla guardias civiles para apoyar al delegado gubernativo —anuncia Álvarez-Buylla con fuerte entonación que supera los ruidos cavernosos que no cesan de abrumar.

Cuando parece que la conversación ha llegado a su fin, emerge de las profundidades telefónicas la voz de Moles interesándose por el paradero del general Gómez Morato.

Álvarez-Buylla se crece. Cree que es ahora él quien posee una información con la que puede contrarrestar su papel desleído en la primera fase del diálogo telefónico. Tose exageradamente, hincha la voz y explica con prolijidad desproporcionada que Gómez Morato le informó a última hora del día de ayer que salía de inspección a las guarniciones de Alcazarquivir y Larache y que viajaría en avión desde Tetuán.

El ministro parece darse por satisfecho con la contestación, pero, súbitamente, retoma el diapasón agresivo y lanza unas palabras con punta muy afilada.

—Bueno, y a todo esto, ¿qué le parece lo de Melilla con la casi segura destitución de Romerales? —Moles pregunta con segundas intenciones tan evidentes que su destinatario, tras encogerse de hombros, opta por contestar con una evasiva de la que cabe cualquier interpretación.

—¡Qué me va a parecer, me parece terrible! —exclama Álvarez-Buylla intentando evitar la hiriente lanzada que el ministro tenía preparada.

—Pues esto le cuesta lo menos treinta años —proclama Moles con

palabras supurantes de veneno que no aclaran si los treinta años podrían ser impuestos a iniciativa del Gobierno constituido o de los que se han sublevado en Melilla.

La conversación no da para más. Se cierra como se abrió: de manera cortante y agria. El alto comisario suspira profundamente cuando, por fin, cuelga el teléfono. Duda si dar la importancia que el ministro ha dado a las noticias que llegan de Melilla. Repasa la conversación a la que anuda el recuerdo de los muchos bulos sobre levantamientos contra el Gobierno frentepopulista que se han acumulado desde que se constituyó a raíz de las elecciones de febrero último. Se sienta en el sillón que completa su mesa de trabajo, pues durante toda la conversación telefónica ha permanecido de pie intentando torear las tarascadas de Moles. Toma una pluma de la escribanía con derroche de la exquisita artesanía de la Escuela de Artes y Oficios de Tetuán que cubre parte de la mesa. Se inclina y reposa la cabeza sobre la palma de la mano izquierda. Redacta unas líneas intentando ordenar las ideas que la conversación con Moles le ha suscitado. Escribe poco, deja la pluma en el mismo sitio del que la había cogido y se arrellana en el sillón mientras que da vueltas a la conclusión a la que ha llegado: no hay que exagerar la alarma ni caer en un nerviosismo tan fácil en los tiempos que corren, no hay que precipitarse dando cañonazos a episodios que terminan desinflándose. Después llama a Acacio Franco y le pide repasar las actividades programadas para esa tarde de viernes y para la mañana del día siguiente, dieciocho de julio de 1936.

Zambullido en esas ocupaciones, chirría el teléfono. El alto comisario con un expresivo ademán pide a su ayudante que lo atienda. Acacio lo hace con cara y maneras de la más pura rutina. Al escuchar la voz que se asoma al otro lado del hilo, se transforma su expresión. Tapa el auricular y con ojos desmesuradamente abiertos susurra a su jefe: «Es del ministerio de la Guerra. El señor ministro quiere hablar con usted, me insisten en que es urgente». Álvarez-Buylla no puede reprimir una mueca de hartazgo de la presión a la que está siendo sometido desde Madrid. Con modales de resignación reclama a su secretario que le pase el teléfono. Se pone al aparato y,

sin haber pronunciado la primera palabra, se levanta con tiento al mismo tiempo que dice «sí, señor ministro, soy yo mismo, el alto comisario interino, a sus órdenes, dígame».

—Bueno, Buylla, no sé qué pasa en Melilla, pero no cabe duda de que algo pasa —expone Santiago Casares Quiroga con un hablar fatigoso que denuncia el asma que siempre le tortura.

El interpelado no tiene la oportunidad de contestar. El ministro de la Guerra y presidente del Consejo de Ministros tiene una pregunta preconcebida que no puede retener ni un segundo.

—¿El general Gómez Morato está ahí, en Tetuán? — Casares Quiroga inquiere con una fuerza que consigue sobreponer a su debilidad pulmonar.

Álvarez-Buylla se tranquiliza con esta pregunta. Puede responderla con datos fuera del alcance de su superior.

—No, el general Gómez Morato no está en Tetuán. Ayer mismo, ya entrada la noche, me comunicó que iba a estar todo el día de hoy fuera inspeccionando las unidades de Alcazarquivir y Larache. Regresa esta misma tarde. Ha viajado en un Breguet que despegó de Sania Ramel para volar al aeródromo de Auamara —explica con esmero para dar la impresión de que controla el asunto.

Casares Quiroga se toma unos segundos para replicar. Se le nota la enfermedad pulmonar que arrastra desde hace años y que agrava el sinvivir al que se ve arrastrado por los dos puestos políticos de máxima responsabilidad que desempeña.

—Bueno, ya que no está ahí Gómez Morato, tome usted las medidas oportunas. Hable con el comandante de la Puente para defender el aeródromo de Sania Ramel y tenga a punto los aviones por si fuese necesario. Todas las medidas que usted decida estarán respaldadas por mí —dispone Casares Quiroga con intensidad casi sepultada por los ruidos de fondo que entorpecen la comunicación.

Álvarez-Buylla cuelga el teléfono pensativo. Dos ideas pululan por su cabeza con gran intensidad. Después de las dos conversaciones telefónicas que ha mantenido con Madrid es evidente que algo serio está ocurriendo en Melilla, sin que sepa a ciencia cierta de qué se trata y qué alcance tiene. Además, estas conversaciones revelan algo inquietante: los ministros de la Gobernación y de la Guerra

actúan cada uno por su cuenta y su coordinación es nula. Son dos líneas de información y actuación con recorridos diferentes, que pueden dañar mucho la unidad de dirección de algo que teme que no sea un bulo más.

Se rasca la cabeza. Lo hace buscando qué hacer en unos instantes en los que comienza a sentir una angustia agudizada por no saber a ciencia cierta lo que está sucediendo. Su estado de ánimo es un tobogán. Sube hasta las nubes cuando se esfuerza en creer que no pasa nada; baja y se choca con el suelo cuando le sobreviene el recuerdo de las conversaciones con el ministro de la Gobernación primero y con el de la Guerra después. La mente acude en su auxilio en las fases deprimidas, lo socorre haciéndole creer que lo que pueda estar cociéndose en Melilla no tiene por qué propagarse a Tetuán y al resto del Protectorado.

Repasa lo que debe hacer para cumplir las instrucciones que ha recibido de la superioridad. Ayudado por un golpe sobre la mesa que propina con el puño cerrado, logra ordenar las gestiones inmediatas. Le tienta arrancar con una llamada a Jaime Fernández Gil de Terradillos, pero lo desecha y lo deja para más tarde. Lo apremiante es cumplir con la orden de Casares Quiroga de ponerse en contacto con de la Puente Bahamonde para controlar el aeródromo de Sania Ramel donde, según los planes iniciales, el general Gómez Morato, pieza clave para ahogar la asonada de Melilla, debe aterrizar en la segunda parte de la tarde procedente de Auamara tras cumplir su visita de inspección en Alcazarquivir y Larache.

Capítulo III

El comandante Ricardo de la Puente Bahamonde se atrinchera en Sania Ramel

Poco después de las cinco de la tarde el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, buen republicano opuesto a emplear el arma aérea contra objetivos que no sean estrictamente militares, como demostró en el aeródromo leonés de la Virgen del Camino desobedeciendo las órdenes de bombardear núcleos urbanos en los que los mineros asturianos se habían hecho fuertes, se atiene a lo previsto y espera pacientemente el regreso del Breguet en el que vuela el general Gómez Morato desde Auamara. No tiene noticias de que los planes del jefe de las Fuerzas militares en el norte de África hayan cambiado hasta tal extremo que, azuzado por las autoridades de Madrid, en ese preciso momento se apresta a subirse al aeroplano no para regresar a Tetuán, sino para aterrizar en la cercana a Melilla pista de Tauima. El coronel Martín Moreno, jefe de Estado Mayor, se entera del cambio por el capitán Calvo Morella, pero no se lo comunica al alto comisario, dudoso en aquellos minutos decisivos de qué partido tomar en el enfrentamiento que está ya en marcha.

Ojea unos documentos en los que se recoge el parte de reparaciones de algunos de los aparatos que integran el núcleo principal de la aviación militar en el Protectorado. El ruido del teléfono lo sobresalta y los documentos se le caen de la mano.

El zumbido cavernoso es el preludio de la voz de Acacio Franco que se abre camino con las formas suaves que le son tan propias. «El alto comisario quiere hablar con usted, mi comandante», le anuncia. De la Puente se incorpora en el sillón y se le escapa un explosivo «pásemelo, pásemelo» que refleja lo extraña que le resulta la llamada.

—Ricardo, buenas tardes, ¿sabes por dónde anda el general Gómez Morato? —Álvarez-Buylla interroga sin más preámbulos haciendo uso del compañerismo que reina entre los dos pilotos.

—Como sabes, está en Alcazarquivir y Larache de visita de

inspección. Según el plan de vuelo, tiene previsto regresar a Tetuán esta misma tarde. Le estoy esperando, no me muevo de aquí hasta que llegue —explica de la Puente.

—Veo que no estás enterado de las últimas novedades — le afea el alto comisario con un soniquete desabrido impropio de sus relaciones cordiales e inclinaciones políticas que comparten.

—¿Enterado de qué? —interroga el comandante con un pequeño bote provocado por la sorpresa de las últimas palabras.

—No es para hablarlo por teléfono. Coge un coche y ven lo más rápido posible a la Alta Comisaría. Te espero en mi despacho. No te entretengas. Tenemos que hablar de algo muy importante —le adelanta. El comandante, alarmado, intenta sonsacarle algo. No lo consigue. Álvarez-Buylla insiste en que no es para hablarlo por teléfono y reitera que se persone en su despacho a todo meter.

De la Puente Bahamonde, primo hermano del general Franco, que en esos momentos celebra reuniones en Las Palmas con los adheridos al golpe después de haber asistido por la mañana al entierro del general Balmes, no pierde un segundo. Urge por teléfono que se prepare el automóvil a su servicio, recoge precipitadamente el gorro cuartelero que completa su uniforme de faena y sale tan zumbando que extraña a los pocos que a esa hora se hallan en las dependencias del aeródromo y sus alrededores. Deja atrás la base aérea, enfila la carretera de Ceuta a Tetuán, bordea el frondoso parque del cónsul Cajigas, remonta los primeros metros de la calle Luneta y le choca el poco tráfico y la escasa gente que transita por ella. Al pasar por El Escondite, repara en que una mujer muy atractiva observa con curiosidad el paso del vehículo.

Cuando llega a la Plaza de España, el palacio de la Alta Comisaría parece dormitar. Atraviesa a toda velocidad su pequeño jardín de traza nazarí, deja atrás la puerta con motivos de artesanía andalusí, el despacho de ayudantes y el de la secretaría. Álvarez-Buylla lo recibe inmediatamente. Se respira tensión y el alto comisario, sin ni siquiera invitarle a sentarse y con un hablar desasosegado, le pone al corriente de las dos llamadas ministeriales que ha recibido a primera hora de la tarde. «Algo grave debe estar pasando en Melilla», le repite varias veces sin que a ninguna acompañe una

explicación, sino meras insinuaciones a cuál más inquietante. Los dos se manifiestan nerviosos y tiene la sensación de estar fuera de un juego con todos los visos de ser peligroso cuando deberían estar en su corazón.

«No tenemos tiempo para las lamentaciones. Ya veremos, sobre todo yo, cómo reaccionar cuando lo que esté sucediendo se resuelva», espeta Álvarez-Buylla arrugando la nariz mientras continúa de pie al lado del comandante. «Te voy a transmitir las instrucciones concretas que he recibido para ti del mismísimo Casares Quiroga», indica con una mueca indefinida. Se acerca a su mesa de trabajo, coge un papel en el que ha escrito unas anotaciones mientras esperaba que de la Puente llegara. Las lee para sí. Esboza un ademán aprobatorio con la cabeza y las vuelve a leer ahora en voz alta infundiendo a sus palabras reciedumbre. Más que un texto hilado lo que lee es un telegrama que de la Puente escucha con los ojos lanzando garfios para captar hasta el último matiz de lo que está escuchando: «Incorporación inmediata a su destino. Averiguar si el general Gómez Morato ha aterrizado en Melilla. Captar por la radio de Sania Ramel las novedades de lo que esté sucediendo en Melilla. Reforzar la seguridad de la base ante posibles ataques de los que atenten contra la legalidad republicana».

—Piden que averigüemos si el general Gómez Morato ha tomado tierra en Tauima, pero antes habrá que enterarse si ha salido de Larache. A ver si se trata de un bulo más de los que nos inundan —razona con tino el comandante.

—¿En qué estás pensando, Ricardo? —inquiere el alto comisario con entonación suplicante.

—Pues es bien fácil, Arturo —se adelanta de la Puente apeando a su compañero de todo tratamiento protocolario—. Creo que en esta situación es ahora fundamental aclarar por dónde anda el general Gómez Morato —consulta el reloj y añade—: a estas horas debe estar despegando con rumbo a Tetuán. Voy a pedir en Sania Ramel que me pongan por teléfono con Auamara y así salimos de dudas —concluye con una firmeza que encuentra el asentimiento del otro acompañado por un gesto de alivio.

—¿Auamara, con quién hablo, soy el comandante de la Puente?,

¿con quién hablo? —reclama a quien está al otro lado del hilo telefónico.

—Soy el teniente Alfaro, mi comandante, a sus órdenes — contesta el joven oficial que ha estado controlando la pista de Auamara.

—¿Está todavía ahí el general Gómez Morato? —va directamente al grano mientras que la cara de Álvarez-Buylla arde en expectación por conocer la respuesta—. Según el plan de vuelo que me entregó el capitán Rubiano debe estar a punto de despegar de Auamara para regresar a Tetuán —explica, a lo que sigue un enigmático silencio únicamente interrumpido por el ruido de fondo que deforma la conversación.

—¿Me escucha, teniente? Le repito: ¿está todavía por ahí el general Gómez Morato? —interroga el jefe de la aviación militar en el norte de África con voz mucho más imperativa.

—Disculpe, mi comandante, pero no le había oído bien la primera vez —Alfaro hace un alto y toma carrerilla para soltar la bomba—. El general Gómez Morato ha cambiado de planes. Dio la orden de preparar el Breguet para volar esta misma tarde a Melilla y acaba de despegar hacia allí — informa temeroso de la reacción de su superior al recibir una noticia que desconoce por completo.

—Pero ¿qué me dice usted? ¿Me dice que el general Gómez Morato está ya volando hacia Tauima? —pregunta incrédulo de una manera en la que va implícita la contestación.

—Sí, mi comandante, hace ya unos minutos que su avión despegó. Va con el capitán Rubiano que ha estado pendiente de que el aparato esté en óptimas condiciones para volar — explica Alfaro.

Álvarez-Buylla se deshilacha cuando escucha que el general vuela a Melilla. Le abruma lo peor. Nota que la angustia trepa por sus venas apropiándose del fluido que corre por ellas. Mira con fijeza a de la Puente, que exige explicaciones de un simple teniente que apenas tiene arrestos para capear el temporal que se ha desatado sobre él.

—Parece ser que el motivo del cambio de los planes de vuelo es una llamada que recibió de Madrid mientras que celebraba a primera hora de la tarde una reunión con oficiales de la circunscripción en el Casino militar de Larache —agrega Alfaro obligado por las

circunstancias a dar como posible lo que sabía con seguridad que había ocurrido.

—Puede darme algún detalle más de esa llamada de Madrid — indaga de la Puente intentando disimular la descolocación en la que la noticia le ha sumido. Es de una extremada desconsideración para él que un avión, además de Sania Ramel, cambie de planes sin su conocimiento para, nada menos y nada más, trasladar a Gómez Morato no de regreso a Tetuán, como estaba previsto, sino a Melilla, donde hay indicios de que ha estallado un levantamiento militar.

El teniente Alfaro se retrae nuevamente. Sabe que está pisando terreno muy peligroso. El silencio que propicia no le sirve de nada, porque su superior, con voz desagarrada que no desfigura el ruido de la comunicación telefónica, insiste hasta casi desgañitarse.

—Yo no sé nada más, mi comandante. El capitán Calvo Morella me dio la orden de que el aparato tuviera los depósitos llenos. Pregunté el motivo y solo me dijeron que el general Gómez Morato había recibido órdenes de Madrid de volar esa misma tarde a Tauima — aclara el teniente decidido a no abrir más la boca en el vidrioso asunto sobre el que está siendo interrogado.

De la Puente, bastante alterado, comprende que no tiene sentido continuar insistiendo. Alfaro o no sabe o está empeñado en no decir una palabra más.

Cuelga con brusquedad el teléfono, pone los brazos en jarras, reprime la indignación que le empuja a gritar y mira fijamente a un Álvarez-Buylla que aún no ha salido de la estupefacción que le ha ocasionado la confirmación de que Gómez Morato está volando con dirección a la cercana a Melilla pista de aviación de Tauima.

No hablan. Se miran reiteradamente. Paralizados, esperan a que uno tome la iniciativa. El compañerismo y la jerarquía castrense aconsejan que lo haga Ricardo de la Puente, pero acaba prevaleciendo la descollante posición político-administrativa de Álvarez-Buylla, que, abriéndose camino entre el espeso silencio, arranca a hablar arrastrando las palabras.

—Está claro que lo de Melilla es preocupante. Esto explica que el general haya cambiado de planes precipitadamente, y que se

arriesgue a aterrizar en Tauima casi de noche —reconoce el alto comisario deambulando de un lado a otro de su espacioso despacho.

—Ya no cabe duda de que, efectivamente, algo de cuidado está ocurriendo en Melilla y su zona de influencia. Algo grave en lo que tú y yo estamos haciendo el papel de convidados de piedra —sella de la Puente con los puños apretados.

—Tenemos que dejar las lamentaciones para otro momento. Tiempo habrá de exigir responsabilidades a quien corresponda — tercia Álvarez-Buylla con una entonación especial que busca reafirmar su autoridad.

—Tú, Ricardo, vuelve a toda velocidad a Sania Ramel. Refuerza las medidas de defensa por si a algún traidor a la República se le ocurre aparecer por allí. Hay que garantizar que el general Gómez Morato pueda regresar de Melilla con todas las garantías una vez que haya cumplido su misión allí. Así cumplimos una de las órdenes que el ministro de la Guerra me ha dado personalmente — señala Álvarez-Buylla con la cara menos desencajada.

De la Puente asiente y, mientras se dispone a salir del despacho para tomar las riendas en Sania Ramel, escucha las siguientes palabras:

—Ya me informarás de cualquier novedad que se presente en tu base. Estamos en permanente contacto. Voy a intentar hablar con Jaime Fernández para conocer de primera mano el alcance de todo lo que está ocurriendo en Melilla. Me parece que esta vez no es un bulo, porque, si no, a qué viene un vuelo tan precipitado de Gómez Morato a Melilla. Mientras, voy a pulsar el ambiente para tomar las medidas necesarias para que lo de Melilla no se propague hasta aquí —explica Álvarez-Buylla. De la Puente arde en ganas de salir disparado hacia el aeródromo y se impacienta escuchando la perorata que le suena a descargo de conciencia.

—De acuerdo, de acuerdo —rezonga condenando a muerte una conversación en la que ya está todo dicho.

Capítulo iv
Yagüe se pone en marcha en Tetuán

1

El teniente coronel Yagüe no lo duda ni un segundo. Da la máxima importancia a lo que el también teniente coronel Seguí le acaba de informar telefónicamente desde Melilla. No puede considerar lo que está pasando allí como un hecho aislado que no cambia unos preparativos en los que no se preveía que el estallido inicial se produjera de esa manera y aisladamente en dicha ciudad. Pero las cosas han rodado así y tiene que reaccionar con rapidez para que las unidades de Ceuta y la circunscripción occidental del Protectorado se sumen a lo que, guste o no, se ha desatado ya.

Sentado en su recio sillón de la mesa de trabajo del jefe del Tercio de Dar Riffien, recompone con agilidad mental la situación. Lo primero es informar de las novedades a los cabecillas del golpe.

Coge el teléfono y con entonación legionaria ordena que le pongan con el coronel Saénz de Buruaga: «Rápido, a toda leche, no puedo esperar ni un segundo», brama descargando algo la tensión que se ha adueñado de él con la llamada de Seguí.

El telefonista cumple con la regla de oro de que en la Legión las órdenes son para cumplirlas sin rechistar y a toda velocidad. En apenas un par de minutos, Saénz de Buruaga está al otro lado del hilo telefónico.

Con medias palabras, consignas convenidas y explicaciones abortadas por la prisa y la precaución, este último comprende que ha llegado el ansiado momento de la manera menos imaginable. Con fórmulas sincopadas y solo entendibles por ellos mismos, Sáenz de Buruaga se interesa por la llegada del general Franco para ponerse al frente del movimiento. Yagüe le da a entender que aparecerá pronto y que un acontecimiento extraordinariamente grave ha retrasado su presencia en Tetuán. Sáenz de Buruaga, sin abandonar los modales sosegados, insiste en los riesgos de que no esté ya en la capital del Protectorado quien firma los bandos y la declaración del

estado de guerra como jefe máximo. Yagüe no le contesta, le da evasivas y recalca que Franco no tardará en presentarse en Tetuán. Sáenz de Buruaga renueva su preocupación y, ante la intemperancia de su compañero, opta por no dar más vueltas al asunto y asegurar que pone todo en marcha al instante.

2

Sáenz de Buruaga cuelga el teléfono con una doble sensación y una gran duda. La sensación de satisfecha alegría es la que predomina. Por fin, ha llegado el momento para el que se han preparado tanto. La reciedumbre de esta sensación no consigue enterrar la inquietud porque algo falle por la precipitación que lo de Melilla impone. Se levanta del sillón, da un par de pasos alejándose de la mesa donde reposa el teléfono y la duda que le corroe resurge con brío. Se pregunta por el paradero del general Franco en momentos tan cruciales. El último aplazamiento del golpe, el de esa misma mañana, ha sido motivado, según le comunicó Yagüe, por su retraso en llegar a Tetuán. Por las circunstancias sobrevenidas en Melilla, hay que activar todo sin él y, lo que es peor, sin saber a ciencia cierta cuándo se pondrá al frente del levantamiento.

Se para. «No es el momento de especular», se afea mientras que su pelo rubio, que da pie a que sea conocido entre sus compañeros como «rubito», cobra un brillo especial por la incidencia de los rayos de sol que penetran por los resquicios de la persiana semiabatida. «Es tiempo de acción», se anima cobrando su cuerpo una postura más firme.

Aunque le cuesta volver a hacerlo pues han estado juntos antes de la comida del mediodía, no le queda más remedio que convocar a los tenientes coroneles Yuste, Asensio y Beigbeder para transmitirles las últimas novedades y dar los retoques necesarios al plan de acción.

No son todavía las seis de la tarde. Yuste y Beigbeder atraviesan precipitadamente la monumental puerta de entrada del cuartel de la alcazaba. Los morlones que coronan el vistoso arco de herradura se sorprenden de la distinta indumentaria de los dos militares que entran apresuradamente en la instalación. Yuste luce airoso el

uniforme que proclama que es jefe de la Mehala tetuaní. Beigbeder viste un elegante traje cruzado de tonalidades arenosas.

Rodeado de símbolos y alusiones a las gloriosas gestas del grupo de Regulares tetuaní desde su creación, Asensio Cabanillas los recibe en el amplio despacho que le corresponde como jefe de la unidad. Le acompaña Sáenz de Buruaga, que ha llegado un poco antes.

Entran en harina sin demora. Sáenz de Buruaga les pone al corriente de la conversación con Yagüe. Le asaltan a preguntas y a muchas de ellas solo puede contestar con un expresivo encogimiento de hombros. El coronel no resiste la tentación de poner sobre la mesa la preocupación por la incertidumbre que rodea la llegada del general Franco, pieza clave en el arriesgado mecanismo que se está poniendo en marcha en todo el norte del África española.

Antes de repasar menudamente los planes, Sáenz de Buruaga les comenta que ha hablado con el coronel Díaz, jefe de la circunscripción occidental del Protectorado en ausencia del general Capaz que está en Madrid por tratamiento médico. Informa sin que cunda la sorpresa que le ha dado toda clase de evasivas y que no pueden contar con él.

El ambiente que se respira es una mezcla rara. La emoción y acometividad porque el momento anhelado haya llegado se trenzan con las desazonantes punzadas por los riesgos que aquel paso puede entrañar para la carrera de todos ellos y la suerte de sus familias.

Asensio como anfitrión toma la iniciativa con un «¡manos a la obra, no hay tiempo que perder!» que consigue lo que pretende. Extiende unos mapas sobre la mesa de trabajo con vistosas taraceas de artesanía local, reparte un documento y empieza a revisar lo que los presentes conocen ya al dedillo.

No tienen demasiada tarea. Han dado los últimos retoques a los planes en las reuniones de esa misma mañana. Lo único que tienen que hacer es adaptar el horario al adelantamiento que lo de Melilla ha impuesto. Revisan los desplazamientos y la actuación de las tropas en los enclaves fundamentales de la circunscripción occidental del Protectorado. Los movimientos principales convergen en Tetuán,

pero Xauen, Arcila, Alcazarquivir y sobre todo Larache también son objeto de atención. Surgen dudas que se van despejando con la participación de todos. Sáenz de Buruaga procura atender con actitud comprensiva las sugerencias, sobre todo de Asensio, que es el más activo seguido de Yuste. Beigbeder, por carácter y porque no tiene mando directo sobre unidades, es el más reservado, escucha con atención todo lo que se comenta y reserva sus opiniones, salvo en algún momento que, ante ciertas indicaciones de Asensio que considera desaconsejables, se ve obligado a tomar la palabra. Hace también aportaciones cuando se suscitan cuestiones referidas a la actitud ante el golpe de las autoridades y población nativas, terreno que domina y que le aboca a desempeñar un papel primordial en la captación de marroquíes para la causa capitaneada por Franco.

Azogados por la ansiedad que los consume aumentada por la precipitación de los acontecimientos, dan por descontadas muchas de las conclusiones a las que han llegado en las reuniones de esa misma mañana. Acomodan los horarios al pistoletazo de salida de Melilla, aunque los movimientos de tropas se mantienen. Se reiteran las órdenes de acuartelamiento con la excusa de revista general de policía de las unidades llamadas a cumplir tareas cruciales en el golpe que ya no hay quien frene. Se confirma, entre otros extremos, que la bandera del comandante Antonio Castejón se desplazará desde el Zoco Arbáa de Beni Hassan a Tetuán para ocupar posiciones frente al palacio de la Alta Comisaría, que a los Regulares de Asensio les corresponde apoderarse de los edificios oficiales, y que la Mehala del comandante Galera entrará en la Alta Comisaría para forzar a Álvarez-Buylla a renunciar en favor de Sáenz de Buruaga. Mucha atención dedican al plan para hacerse con el gabinete telegráfico de la Alta Comisaría, punto fundamental de todo el plan, misión que es confiada al capitán Rivero, de la Guardia jalifiana.

Beigbeder, con los rasgos faciales agudizados al máximo, atrae la atención de sus compañeros cuando expone la ocupación de la Delegación de Asuntos Indígenas. Destituirá al coronel Eleuterio Peña, su jefe, y a su segundo, el comandante José Castelló, y después se pondrá en contacto telefónico con el comandante

Granados, ayudante del jalifa, y con el gran visir Sidi Ahmed Ganmia y todos los ministros del Majzen para comunicarles el levantamiento. Como alguno tiende a enzarzarse en detalles menores que pueden entorpecer que cada uno se ponga manos a la obra sin dilación, Sáenz de Buruaga tensa los orificios de su pronunciada nariz y se ve obligado a imponer su autoridad. «Señores, ya está bien de dar vueltas a lo que ya le hemos dado mil veces, ha llegado el momento de que cada mochuelo vaya a su olivo y de que cada uno ejecute las órdenes recibidas. ¡Ni una palabra más, cada uno a su puesto! ¡Viva España! ¡Viva el ejército español!», proclama con voz inflada que sirve para que los demás recuerden que el único que lleva tres estrellas de ocho puntas es él y que quien mantiene hilo directo con Yagüe e indirecto con Mola es también él. Bastan estas palabras para que, como impulsados por un poderoso resorte, todos se pongan de pie y emprendan el camino que les toca recorrer en las siguientes horas decisivas para la suerte de España.

3

Arturo Álvarez-Buylla se siente inseguro. Es consciente de que pisa arenas movedizas que pueden acabar tragándoselo. Le ha tranquilizado un poco la fidelidad republicana que el comandante de la Puente ha mostrado en la conversación que acaban de mantener. Duda de que pueda decirse lo mismo del resto de los militares que, con graduación superior a la suya, lo rodean.

Se lleva varias veces las manos a la cabeza en un gesto compulsivo que revela la incertidumbre en la que está inmerso. La única certeza, aparte de la fidelidad sin fisuras del jefe de Sania Ramel, es que el asidero al que tiene que agarrarse para controlar cualquier acción sediciosa, el general Gómez Morato, está sobrevolando tierras de la Yebala y del Rif hacia un futuro incierto.

Contrae la frente en profundas arrugas. Se levanta y se sienta varias veces. Le abruma la decoración en la que el rancio estilo remordimiento se mezcla con motivos de artesanía local. Cruza las manos en la espalda. No logra una postura cómoda, el desasosiego se lo impide. Debería pulsar la opinión de los jefes de las principales

unidades de la guarnición de Tetuán, pues no es aconsejable esperar a recibir noticias de Gómez Morato al que todavía le quedan varias horas de vuelo para aterrizar en Tauima y poder hablar con él. Debería hacerlo, pero tiene prevención, casi miedo a lo que pueda descubrir detrás del hilo telefónico. «Lo haré, no me queda más remedio, pero antes voy a intentar enterarme de primera mano de lo de Melilla. En ausencia de Gómez Morato, lo mejor es llamar directamente a Jaime Fernández», se dice mientras un ligero estremecimiento le sacude ante lo que se puede enfrentar.

Inspira con profundidad y después de sentarse en su sillón, pide a Acacio Franco que el gabinete telegráfico le ponga con el delegado gubernativo en Melilla. Tiene la mosca tras la oreja y la sensibilidad tan a flor de piel que cree notar rareza en la voz del secretario, como si estuviera enterado de algo que él desconoce. La sensación de descolocación que le invade es tal que ve fantasmas por todos lados, fantasmas alentados no solo por los que conspiran contra la República, sino también por las autoridades de Madrid, a las que reprocha desconsideración y ninguneo.

La comunicación telefónica se demora. Los nervios le concomen. La ansiedad lo domina. Sabe que su suerte política y personal puede depender del resultado de lo que hable con Fernández Gil de Terradillos. Junta las manos y se las restriega buscando un sosiego inalcanzable.

Por fin, el zumbido del teléfono se apodera de los muchos metros de aquella estancia. Descuelga el aparato con más prevención que decisión. Lo recibe una caterva de ruidos que le transmiten todo menos un saludo respetuoso.

No hay prolegómenos guiados por la cortesía institucional. Ruidos irregulares y silencios insondables reciben a un Álvarez-Buylla que arde por saber lo que ocurre de verdad antes de adoptar medidas de las que pueda arrepentirse.

—Oiga, ¿hablo con el delegado gubernativo? Al aparato el alto comisario. Llamo desde Tetuán, insisto ¿es usted el delegado gubernativo? —toma la iniciativa Álvarez-Buylla con firmeza.

—Oiga, ¿qué es lo que pasa ahí? —explota Álvarez-Buylla con un

tono subido trasunto del hartazgo del inicio de una conversación que le sume todavía más en la nebulosa.

Estas palabras del alto comisario no acaban de sacar a la conversación del inquietante punto muerto que rellena una sarta de zumbidos y de expresiones que se pierden en la distancia impenetrable que en ese momento separa Tetuán de Melilla.

Algo afirma Fernández que su destinatario se desespera por entender sin conseguirlo. Este último, ya sin las barreras que la educación y el buen trato aconsejan, profiere un grito que hace vibrar el aparato al que se agarra queriendo extraer de él lo que el hilo telefónico no le trae.

—¿Es verdad que el general Romerales ha resignado el mando? —lanza a grito pelado un contundente proyectil contra la muralla de la incomunicación que las dificultades del contacto telefónico erigen.

—Creo que sí, creo que sí —se abre paso la voz del delegado gubernativo carente de matiz que aligere los negros nubarrones.

La sangre de Álvarez-Buylla se hiela por la impresión de una respuesta tan cruda. No necesita que se lo confirme. La entonación vaga y sin consistencia de lo que acaba de escuchar con estupefacción le da pie para engarzar la pregunta cuya posible contestación le sobrecoge. A pesar de que las insinuaciones en las dos conversaciones que ha tenido hace un rato con Madrid le han puesto en una pista casi segura, la constancia del hecho de la boca de Jaime Fernández le hace estallar.

—Pero, acláreme de una vez, no recibo de usted contestación clara. ¿Pasa algo? —se desgañita el alto comisario acorralando al otro.

De nuevo palabras imprecisas y términos ambiguos en los que se lee entre líneas que sí, que pasa algo muy grave.

El estilo al mismo tiempo difuso e insinuante del que el delegado gubernativo no se desprende le demuestra que no tiene libertad para hablar con claridad porque lo están escuchando en persona o lo están espiando con una escucha irregular.

Álvarez-Buylla es consciente de que no puede sacar nada más de un contacto que le ha confirmado que, en efecto, está sucediendo algo serio en Melilla, que las llamadas de los ministros de la

Gobernación y de la Guerra tienen sólido fundamento, y que, a la postre, está en una muy difícil encrucijada en la que no puede contar con el general Gómez Morato, de cuya suerte se teme lo peor cuando aterrice en Tauima.

Capítulo quinto

Sania Ramel, último bastión de la resistencia republicana en Tetuán

La preocupación aumenta en un alto comisario que acumula indicios abrumadores de que el vendaval del golpe de Melilla ya sopla en Tetuán.

Según avanza la tarde, las conversaciones con Madrid y Sania Ramel se repiten y el semblante de Arturo Álvarez-Buylla acusa que las cosas no ruedan bien y que no cuenta con resortes capaces de enfrentarse a lo que por momentos cobra un aspecto seriamente amenazador.

Conforme a lo que quedaron en la entrevista de primeras horas de la tarde, vuelve a entrar en contacto telefónico con Ricardo de la Puente Bahamonde. No le da buenas noticias. En previsión de lo que pudiera ocurrir, ha dispuesto que se concentren en la base los oficiales, muchos de los cuales disfrutan en las playas cercanas de Rio Martin de un viernes por la tarde del mes de julio. La desigual respuesta que ha recibido abona que las sospechas tomen más cuerpo. El comandante García Cáceres, segundo jefe de la base, y varios oficiales entre los que están el capitán Llorente y el teniente Ruiz de Alda no se han presentado, a pesar de que han sido localizados y han recibido la orden de incorporarse a Sania Ramel. A otros, como los capitanes Bermúdez Reina y Álvarez del Manzano, cuesta encontrarlos y, localizados a pocos kilómetros de Tetuán, han acudido al aeródromo. En todo caso, para prevenir lo que pueda suceder en Sania Ramel, añade que ha tomado toda clase de precauciones.

También habla por teléfono con el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas militares en el norte de África, el coronel Martín Moreno. Le ordena que, cumpliendo instrucciones que le ha dado Casares Quiroga, asuma el mando en ausencia del general Gómez Morato. El acuartelamiento de las tropas debe ser total. La vigilancia sobre el grupo de Transmisiones debe extremarse, insiste, con el fin de captar información sobre el desarrollo de los acontecimientos en

Melilla y cercenar toda comunicación de los sediciosos con sus compañeros de Tetuán. Martín Moreno escucha paciente sin dar muestras de nerviosismo, mientras la duda de qué partido tomar le está royendo las entrañas. Acata sin palabras.

Hace un gran esfuerzo para, entre llamada y llamada, proseguir con las reuniones programadas antes de que la formidable tempestad estuviera cuajando. Siente una frialdad heladora a su alrededor, sospecha que la noticia de los episodios de Melilla ha debido llegar directamente de esta ciudad, o a través de Ceuta o incluso desde Madrid. La gelidez que respira a su alrededor se ve atemperada por el calor de alguna rara visita, como la del capitán Pardo Hernández que le acaba preocupando más que aliviando. De las palabras de adhesión de Pardo deduce que sabe, o, al menos, sospecha algo de lo que está acaeciendo en la circunscripción oriental del Protectorado y en la comandancia general melillense. Las ondas de la sublevación van llegando a Tetuán y Álvarez-Buylla se siente inseguro en las decisiones que deba tomar. Madrid le ordena actuar, pero él se pregunta con qué y con quién. El ambiente que lo rodea es hostil, se siente débil sin el militar que por su jerarquía puede embridar a los conspiradores y desconfía de quien lo sustituye por su actitud poco fiable. Aunque no quiere dar cuartos al pregonero, carece ya de energías para seguir acarreando tan pesada carga sin tomar medidas en favor de la seguridad de su familia y sin hacer partícipes a sus colaboradores más cercanos de las noticias que le están llegando y de lo que ha ordenado a la Puente y Martín Moreno.

Poco después de las siete y media de la tarde Acacio Franco, reclamado por él, llama a la puerta del despacho del alto comisario. Sin mediar más que un saludo formal, este último se dirige a su secretario en un tono acuciante al tiempo que le tiende la mano derecha con un manojo de llaves, entre las que están las de las dependencias de la secretaría general que ha ocupado hasta hacerse cargo interinamente de la Alta Comisaría.

—Recoja usted los papeles que me dejé allí sobre mi mesa de trabajo, guárdelos en el armario y tráigame la llave —le acucia con

modos desabridos que extrañan a su subordinado tanto como el contenido de la orden.

—¿Pasa algo, don Arturo? —Acacio no puede reprimir esta pregunta afogado por la preocupación que envuelve esas horas todavía calurosas del diecisiete de julio.

—No, nada —le replica el alto comisario sumando desasosiego al semblante del otro.

El secretario no rechista, aprieta las llaves como si de ellas quisiera recibir una explicación que su jefe no le proporciona. Sale con la seguridad de que algo grave se está fraguando, lo que en el norte de África equivale a golpe militar. Se traslada a las oficinas de la secretaría general, recoge los papeles desperdigados sobre la mesa del jefe de esta dependencia, los guarda bajo llave en el correspondiente armario y regresa al despacho del alto comisario para devolverle las llaves. Su duda no consiste en saber si se trata de un golpe militar, de eso está ya seguro, consiste en precisar su sentido y las fuerzas que lo patrocinan.

—Todo hecho, don Arturo, de acuerdo con sus instrucciones — confirma Acacio mientras que su jefe continúa sometido a los vaivenes de las cogitaciones que azotan su cabeza.

—Muchas gracias —es todo lo que Álvarez-Buylla le responde sin mirarle a la cara mientras que introduce el manojo de llaves en un cajón de la mesa.

—Manda alguna cosa más —pregunta el secretario escudriñando todos los gestos de su jefe para encontrar algo más de lo que la palabra dice.

—No, nada más. Eso es todo —rezonga Álvarez-Buylla con la cabeza agachada sumida en cavilaciones.

Cuando Acacio, cabizbajo, está a punto de franquear la salida del despacho, oye del alto comisario «espera, espera un momento, tal como están las cosas se me ocurre que vayas a mi casa de las afueras de Tetuán y te traigas a mi mujer y a mi hijo. Aquello está muy solitario y me da más tranquilidad que pasen esta noche conmigo en la Alta Comisaría».

Franco García, que se ha quedado plantado en la puerta, se acerca a la mesa de la que su superior no se ha levantado y, con cara

asaltada por una inquietud sin límite, se dirige a él desprovisto de distanciamiento jerárquico.

—¿Pero qué ocurre? —la pregunta revolotea angustiosa por la espaciosa estancia, ninguno de los muebles castellanos y aderezos marroquíes con los que se choca la frena y llega a los oídos de Álvarez-Buylla con tal agudeza que no le queda más remedio que contestar.

—No, aquí nada, pero ha habido una sublevación en Melilla y como el chalet está tan apartado y yo no puedo salir de aquí, mi familia está más segura en la Alta Comisaría — explica a regañadientes convencido de que no puede mantener a su colaborador por más tiempo al margen de lo que está percibiendo sin necesidad de palabras.

Acacio es muy consciente de lo que se está jugando en aquellas horas. El interés del alto comisario por proteger a Blanca de Aldana, su mujer, y a su hijo Ramón ha terminado por abrirle los ojos tanto que parece que se escapan de sus órbitas. Toma aliento, dirige una mirada de apoyo a su jefe y un tajante «de acuerdo, voy enseguida» es su despedida. Cuando ya ha dado media vuelta, Álvarez-Buylla lo reclama de nuevo.

—Ya que va a ir al chalet, tráigame mi pistola. Dígaselo a doña Blanca. Ella sabe dónde está. En todo caso, está en el cajón inferior de mi mesilla de noche —le pide con aire de intranscendencia, que pretende disimular lo que está detrás de sus palabras.

Al poco de salir Acacio disparado hacia el chalet para recoger a su familia y la pistola, Álvarez-Buylla se levanta del sillón, cubre varias veces los metros que permite el despacho y se vuelve a sentar cuando ha tomado la decisión a la que ha dado muchas vueltas. Sigue sin recibir noticias que merezcan crédito de lo que ha ocurrido con Gómez Morato. Consulta el reloj, que marca las ocho y veinte. Recuerda las horas del vuelo de Auamara a Tauima y recapacita que el general no ha podido aterrizar todavía. Comprende que no puede transcurrir más tiempo al albur de lo que acontezca cuando aterrice. La noche se echa encima y es irresponsable limitar su actuación a lo que, pinchado por Madrid, ha encargado a de la Puente Bahamonde y a Martín Moreno.

Pide al gabinete telegráfico que le pongan con el delegado de Asuntos Indígenas. Le pregunta ladinamente si tiene alguna «noticia especial de Melilla o de la circunscripción oriental del Protectorado. Me llegan de Madrid noticias de que algo puede estar pasando allí. No tengo información fiable del todo. Puede que una vez más sean bulos que queden en nada. Pero en todo caso mantenga usted un servicio permanente con refuerzos por si hubiera alguna eventualidad». Eleuterio Peña, que ha permanecido en su despacho durante toda la tarde con, entre otros, el teniente coronel Juan Jiménez Ortoneda y el comandante José Castelló del Olmo, se extraña de no haber sido informado mucho antes por el alto comisario. Le comenta que no ha tenido noticias de Melilla y le asegura que tomará de inmediato las medidas oportunas. Antes el alto comisario le insta a que acuda a su despacho, donde ha convocado una importante reunión a las nueve de la noche. Después de colgar el aparato, retrae las mejillas y no puede reprimir un apreciable gesto de extrañeza ante la conversación con el alto comisario. Observa a Jiménez Ortoneda y las miradas que cruzan los dos veteranos militares están repletas de preguntas que ninguno es capaz de responder.

Cuando el coronel Peña se dispone a trasladarse a la cercana sede de la Alta Comisaría, aparece el comandante de la Guardia Civil Carlos Álvarez de Pablo. El comandante Castelló, republicano que tiene indicios de su simpatía por los golpistas, se pregunta a título de qué aparece por las dependencias de la Delegación un viernes del mes de julio a hora del día tan tardía.

Álvarez de Pablo sabe bastante más de lo que está pasando en Melilla y de lo que está en ciernes en Tetuán, Ceuta y Larache que el propio delegado de Asuntos Indígenas, que, a través de los tentáculos de las intervenciones territoriales, debería haber detectado cualquier movimiento sospechoso en el pulso diario del Protectorado. El comandante de la Guardia Civil y cabeza de las Mezjanías lo sabe como jefe de seguridad general del Protectorado, al haberle llegado noticias de sus hombres en Melilla, en especial del teniente Comas, que ha vivido desde dentro el incidente de la Comisión Geográfica de Límites. Lo sabe, además, porque, desde

que efectuó el pasado mes de mayo un viaje de inspección a Melilla en el que mantuvo una desafortunada entrevista con el delegado gubernativo, mantiene contacto directo con alguno de los líderes del levantamiento en esta ciudad que le ha permitido conocer por cauces extraoficiales lo que ha estallado allí.

La inesperada aparición de Álvarez de Pablo le mosquea tanto que, cuando comienza a hablar con Peña, Castelló pone el oído atento a lo que dicen.

—¿Qué haces a estas horas por aquí? —pregunta con ingenuidad el coronel mientras que se quita las gafas que le pesan después de una jornada que se está prolongando demasiado.

—Voy hacia la Alta Comisaría. Álvarez-Buylla me ha convocado urgentemente. Su secretario no me ha concretado si solo soy yo o lo he sido con otros. ¿Te ha convocado a ti? — pregunta el comandante de la Guardia Civil inquieto por la posible reacción del alto comisario ante los acontecimientos de Melilla.

—A mí también me ha convocado —aclara Peña para alivio de Álvarez de Pablo, pues la convocatoria al menos no va dirigida especialmente a un jefe de seguridad del Protectorado que está esperando el pistoletazo de salida para ejecutar la parte de los planes golpistas que le incumben a él y a los hombres bajo su mando.

Álvarez de Pablo, que siente en su cogote la mirada escrutadora de Castelló, toma aliento y deja caer con distanciamiento:

—Nos debe haber llamado porque algo importante debe ocurrir en Melilla. Por lo visto, el general Gómez Morato está volando hacia allí. Debe estar a punto de llegar, si no ha llegado ya — comenta ahorrando a los que le escuchan parte importante de la información de la que dispone.

—Aquí no sabemos nada. Los informes de los interventores territoriales hablan de total normalidad, no se ha detectado ningún movimiento extraño o algo que salga de lo corriente. ¡Vamos al despacho del alto comisario a ver lo que nos cuenta! —determina el coronel cogiendo su gorra con distintivos de la jefatura de los interventores territoriales, auténticos tentáculos de la acción de España en su Protectorado marroquí.

A Peña se le nota en la cara que no le ha hecho ninguna gracia tener por boca de Álvarez de Pablo la primera noticia cierta de algo grave que parece estar tomando cuerpo en Melilla. No comprende cómo Álvarez-Buylla, que debe saber algo, no le ha preguntado nada cuando la acción de las intervenciones territoriales y como tal es capaz de detectar cualquier acción que suscite sospechas. Invita al comandante de la Guardia Civil a adelantarse con la excusa de que tiene que entretenerse unos minutos recogiendo ciertos papeles que se quiere llevar a casa para trabajar el fin de semana. Cuando se queda solo, convoca a Jiménez Ortoneda y a Castelló. Les muestra su contrariedad porque, como delegado de Asuntos Indígenas, se le haya mantenido al margen de lo que se está desarrollando en Melilla y el Protectorado oriental. Refunfuña. Golpea la mesa en la que ha permanecido sentado mientras que ha conversado con Álvarez de Pablo, y, poniéndose de pie, se dirige a Jiménez Ortoneda y le ordena que se ponga en contacto directamente, sin pasar por escalones intermedios, con los interventores territoriales de las zonas afectadas por la revuelta y que se informe «con los nuestros —aclara mirando con ojos intensos a su segundo— de qué demonios está pasando sin que nos enteremos de nada y tenga que venir un comandante de la Guardia Civil a jactarse ante nosotros de que conoce algo de lo que nuestra gente nos debería haber puesto al corriente desde el primer minuto», termina dando rienda suelta al enfado por algo que le ha dejado completamente desnortado. Una vez que ha recogido lo que quiere llevar consigo, Peña se vuelve a dirigir a Jiménez Ortoneda:

—Carlos, si por los contactos directos con nuestra gente te enteras de algo de lo que está pasando en Melilla, búscame en la Alta Comisaría y me lo comunicas, esté con quien esté —reclama con firmeza.

***

La reunión que con carácter urgente el alto comisario ha convocado a las nueve de la noche, no es la manivela que pone en marcha una reacción contundente para impedir lo que está a punto de

desencadenarse. Álvarez-Buylla se muestra nervioso e indeciso y los asistentes lo miran con frialdad que oculta los planes de varios de ellos.

La complicidad con los golpistas, de primera hora las del teniente coronel Yuste y del comandante Álvarez de Pablo, reciente la del coronel Martín Moreno, la descolocación del coronel Peña y el rango jerárquico inferior al de los allí presentes del capitán de la Guardia Civil José Cuñado se mezclan con la indecisión de un alto comisario que se cree la normalidad que le transmiten y que parece que, por encima de todo, pretende justificar su actuación ante las autoridades de Madrid.

Durante una interminable hora los convocados asisten a varias conversaciones de Álvarez-Buylla con Casares Quiroga, en las que en un momento determinado se ponen también al aparato el teniente coronel Juan Hernández Sarabia, miembro de su gabinete militar, y el ministro Moles Ormella. Escuchan todos con la boca cerrada las manifestaciones reiteradas del alto comisario de que en Tetuán reina la tranquilidad y que no se detectan indicios de que el golpe de Melilla pueda extenderse hasta allí.

La noche llega con los peores augurios para el alto comisario. En medio de crecientes dificultades, sigue manteniendo conversaciones con Madrid, a las que añade la conferencia con su compañero aviador y republicano a carta cabal Ignacio Hidalgo de Cisneros. Según se deslizan los minutos padece más lo lacerante de la desafección que le va condenando al aislamiento. La toma del gabinete telegráfico por el capitán Rivero y los episodios que la rodean dejan muy reducida su capacidad de contacto con el exterior. Con el que puede contar sin condiciones es con el comandante de la Puente, que se atrinchera en Sania Ramel en un intento de evitar lo imposible. Está solo y una horrible sensación le corroe por dentro y se exterioriza sin freno. Es la sensación del ridículo que supera a la de la impotencia, la del más espantoso ridículo que supone haber estado sobre el polvorín que está a punto de explotar o, con más precisión, que está explotando ya y no haberse enterado hasta el último segundo antes de que lo hiciera. Se ahoga. Se desespera. Va de un lado a otro y solo encuentra desentendimiento, desobediencia

o incompetencia. Su único bastión es Ricardo de la Puente y la confianza en que su heroica resistencia sirva para que las autoridades de Madrid comprendan la trascendencia de lo que está adquiriendo consistencia en todo el Protectorado y sean capaces de reaccionar con contundencia proporcionada al reto que la República tiene ante sus ojos.

***

Es tal su estado de ánimo que no le sorprende la llamada del coronel Eduardo Sáenz de Buruaga. Se produce al filo de las doce de la noche. El «queda usted destituido de sus funciones de alto comisario interino» le debería haber sonado como una agresión insoportable que diera lugar a una reacción con toda la fuerza de la ley republicana respaldada por medios coactivos suficientes para ejecutarla. Pero su reacción se limita a una insuflada indignación verbal. Sabe que no puede ir más allá. Está seguro de que con la Guardia Civil y los cuerpos de seguridad no puede contar, y, en la hipótesis de que pudiera hacerlo, la potencia militar de los golpistas los machacaría. Duda de la Mezjanía. Torna una y otra vez la mirada hacia Sania Ramel y el comandante de la Puente, única tabla de salvación a la que agarrarse con seguridad.

Pero acaba perdiendo hasta esta última tabla de salvación. Ante la persistente negativa del comandante de la Puente Bahamonde a rendirse, Sáenz de Buruaga, actuando como mandamás en aquellas angustiosas horas, ordena al comandante Serrano Montaner que tome la base al frente de dos tabores de Regulares y de una batería de artillería. El enfrentamiento es desproporcionado. Al cabo de varios intentos, de la Puente consigue comunicar al desarbolado Álvarez-Buylla que su situación es desesperada. Este último controla el abatimiento por la pérdida de su única agarradera, le agradece su lealtad y lo releva de una defensa que podría terminar en un inútil derramamiento de sangre.

Poco antes de las cinco y media de la madrugada del dieciocho de julio, el crucial aeródromo militar de Sania Ramel ha caído por completo en manos de los rebeldes tras la rendición de Ricardo de la

Puente Bahamonde. Más o menos a esa hora su primo hermano, Francisco Franco Bahamonde, acompañado de su mujer Carmen y de su hija y escoltado por un grupo de militares encabezados por el teniente coronel Franco Salgado-Araújo y el comandante jurídico Lorenzo Martínez Fuset, están saliendo de estampida del hotel Madrid de Las Palmas con dirección al Gobierno militar situado en el parque de San Telmo, muy próximo al muelle del mismo nombre. La pista de Sania Ramel ha quedado ya liberada para que pueda aterrizar el Dragon Rapid, que espera en un hangar de Gando a que su principal ocupante decida abandonar Las Palmas y aterrizar en Tetuán para ponerse al frente de un levantamiento que enarbola su nombre en la condición de jefe superior de las Fuerzas militares en Marruecos.

Quien no aterrizará ya en Tetuán con el Breguet que le ha llevado de Auamara a Tauima es el general Agustín Gómez Morato, pues, al bajar del avión a primeras horas de la noche, ha sido retenido por los sublevados en Melilla.

Capítulo sexto

La desesperación de Eloísa ante el golpe en Tetuán

En el transcurso de la tarde del diecisiete de julio los temores de Eloísa Dupereur se disparan y la convierten en un manojo de nervios aderezados por el miedo al horizonte tenebroso que se le está echando encima.

La media hora larga de frenesí erótico con Macarena Albelda ha sido un paréntesis que se cierra cuando esta última sale de la habitación que ha visto las evoluciones lésbicas para seguir con las averiguaciones que su amante le reclama.

Al término de un buen rato, llama a la puerta de Eloísa. La encuentra con el rostro demudado y sus facciones torturadas por el miedo que no le da tregua.

La cara de Macarena lo dice todo. Eloísa se teme lo peor. Los nervios sellan su semblante. Tiene los ojos llorosos. Lo que todavía parecía remediable cuando le rogó que se enterara de lo que estaba pasando, ya no lo es. Los tiroteos y las explosiones se han adueñado de Tetuán. Nadie duerme en una ciudad que con respiración contenida presencia el despliegue de militares por el casco urbano y las carreteras de acceso sin apenas resistencia.

La calle Luneta es escenario del paso de vehículos repletos de tropa y de pelotones de Regulares que la recorren sin que Eloísa pueda adivinar su destino. El dolor y la preocupación se han asentado en los pliegues más profundos de su ser. Sus miradas hablan de desesperación y pérdida de un presente acomodado en Tetuán.

—Un enviado de Bernhardt ha conseguido llegar hasta aquí —Macarena adelanta con ojos alicaídos.

—¿Y qué noticias trae? —inquiere la francesa con la esperanza perdida de que puedan ser buenas.

El ruido exterior arrecia. No es el del bullicio que suele llenar de vida a la calle hasta muy entrada la noche. Es un ruido de muerte causado por movimiento de tropas, ruido de fusilería y explosiones. Se miran, se acercan y se abrazan.

—Lo que temíamos está ya aquí. Según me dice, el golpe que ya

se ha apoderado de Tetuán se inició a media tarde en Melilla. Ceuta, Melilla y todo el Protectorado están en manos de los sublevados —afirma Macarena y, como observa el desasosiego de la otra al escuchar estas palabras, se para y le susurra—: No te preocupes, no te va a pasar nada de nada, de eso me encargo yo, que tengo muy buenos amigos entre los que desde esta noche dominan todo el norte de África.

—¿Qué ha sido del alto comisario? —se interesa Eloísa con cara de pena.

—Parece ser que Álvarez-Buylla ha sido destituido y lo ha reemplazado el coronel Sáenz de Buruaga.

La conversación se prolonga con idas y venidas que contribuyen a multiplicar el derrumbamiento de Eloísa contra el que poco pueden hacer los paños calientes y los arrumacos de la otra.

—¿Pero no hay militares leales que se opongan a este atropello de la legalidad republicana que no sabemos hasta dónde puede llevar? —pregunta Eloísa muy afectada.

—Según lo que me dice el empleado de Bernhardt, solo hay resistencia en Sania Ramel, pero me dice también que no cree que aguante mucho tiempo porque Sáenz de Buruaga está enviando mucha tropa para tomar la base —anuncia Macarena con voz apagada por el cansancio.

No hay contestación a estas últimas palabras. Eloísa se pone de pie y con agilidad a pesar del acarreo de tan dramáticas horas se aproxima a la ventana. Un raro paréntesis se prolonga durante unos segundos. La circulación de vehículos y de tropa a pie ha disminuido. Son pocos minutos antes de la una de la madrugada del ya dieciocho de julio.

Eloísa retrocede y vuelve a sentarse a la vera de su amante, que la mira con languidez. De pronto, irrumpen nuevos ruidos de fondo salpicados por gritos cuyo eco rebota y se multiplica. Las dos se acercan a la ventana y husmean qué produce los ruidos que van a más. El espectáculo está servido sin necesidad de aguzar la vista. Dos compañías de Regulares recorren la calle Luneta en un sentido y en otro. Los oficiales y suboficiales que las mandan no cesan de observar ventanas, balcones, terrazas y tejados del abanico de

edificaciones que delimitan una arteria tan vital de la ciudad. Con gestos destemplados y agresivos ordenan cerrar los que están abiertos cobijando ojos en los que se inscribe con fuego la pregunta que provoca el insomnio de Tetuán: ¿Qué está ocurriendo?, ¿a dónde nos puede llevar todo esto?, ¿es un mal sueño o es una realidad a la que habrá que adaptarse en un dieciocho de julio que está dando sus primeros balbuceos? La actitud cambia cuando pasan delante de la puerta de El Escondite. Uno de los oficiales que dirigen la tropa marroquí permuta la hosquedad por la complacencia y cambia el sentido del gesto violento de la mano que secunda el grito de que cierren, se metan en sus casas y dejen a los militares hacer lo que corresponde solo a ellos. Todo esto se transforma en un ademán airoso propio de un saludo cortés. Eloísa sacude la cabeza con exageración, se frota los ojos para desembarazarse de las telarañas que provoca el cansancio, quiere cerciorarse de lo que cree haber visto. Le vibra el alma comprobar que sí, que es él, que es uno de los oficiales que ayer mismo, mejor dicho, anteayer, gritaba desaforadamente ¡café! coreado por otros con siniestra intención. Y, a despecho de que pudiera ser oída y de que no gustara nada a los que con modales cuarteleros se enseñorean de la calle, gira la cabeza hacia Macarena y desgarra el silencio de la habitación: «¡Es él, es él, ahí va el teniente de Regulares que gritaba como un poseso ¡café! Es él y Álvarez-Buylla no quiso darle importancia!». Cuando, después de dejar atónita a su compañera, que no sabe a lo que se refiere, vuelve a mirar por la ventana, la compañía de la que el teniente forma parte ha desaparecido del alcance de sus ojos y otra tan pendenciera como la anterior ha tomado el relevo.

***

El Centro Obrero Republicano de Tetuán, situado en plena Luneta, es el único establecimiento social que arde en desenfrenada actividad en aquellas convulsas horas. Cuando en tímida oleada llegan los primeros rumores de la rebelión en Melilla, su presidente, Eliseo del Caz, maestro nacional, miembro de la Comisión ejecutiva nacional del Partido Socialista Obrero Español y grado 3.º de la Logia Oriente

n.º 451 de Tetuán, reacciona con prontitud, convoca a los dirigentes frentepopulistas y sindicales en dicho local, organiza patrullas informativas que alerten de lo que se está cerniendo sobre la ciudad, reclama sin éxito armas al alto comisario y a militares afines como el capitán de la Guardia Civil José Cuñado y logra que se concentren allí jóvenes de izquierdas para encomendarles que vigilen los desplazamientos de tropa y ponerlo en conocimiento de la Alta Comisaría. Incluso despacha a sus compañeros de partido Ernesto Barrenechea y Francisco Pérez Ramón para que hagan llegar al comandante de la Puente, ya atrincherado en Sania Ramel, noticias de cómo se desenvuelven los acontecimientos para que se prepare lo mejor posible para afrontarlos.

Pasadas las doce de la noche y copados puntos neurálgicos como la Alta Comisaría, su gabinete telegráfico y la Delegación de Asuntos Indígenas, tomados los enclaves esenciales de la urbe capitalina y asegurados los refuerzos que vienen de fuera de Tetuán, Sáenz de Buruaga concentra su mirada en el núcleo más activo de la resistencia civil en aquella noche en la que nadie pega un ojo. El Centro Obrero Republicano es un grano purulento que tiene que sajar sin contemplaciones obedeciendo las reglas rectoras del movimiento que él encabeza en Tetuán.

Las dos compañías de Regulares que han pasado por delante de El Escondite se disponen a ejecutar una de las medidas que tienen asignadas: tomar a costa de lo que sea, incluso de sangre, el Centro Obrero Republicano y arrestar a todos los que se encuentren allí. Su destino, el campo de concentración de El Mogote, distante cinco kilómetros de la ciudad, tendrá que aplazarse unas horas mientras es preparado para recibir el aluvión de presos que se está produciendo en la ciudad y su zona de influencia.

El ruido inquietante del paso de los soldados se interrumpe. Macarena y Eloísa se sorprenden de una calma que únicamente es pasajera. Agudizan el oído. Les pica la curiosidad malsana, porque son conscientes de que en aquella noche funesta todo silencio es el preludio de una tempestad manchada de tragedia. La pregunta no

radica en si llegará o no llegará la tragedia. La pregunta se centra en saber qué tragedia se va a desencadenar y qué alcance va a tener.

Gritos de contundentes órdenes militares rasgan el momentáneo silencio. Son la antesala de la ocupación del Centro Obrero Republicano por unos regulares que no se andan con chiquitas. Las protestas, los gritos de los que los reciben no sirven de nada frente al derroche de modales agresivos y las armas de las que hacen alarde la numerosa tropa nativa aguijoneada por una oficialidad española que arde en odio hacia todo lo que huela a frentepopulismo. La resistencia es arrollada sin miramientos. El local está abarrotado. Eloísa y Macarena, arrinconadas en un lateral de la ventana, contemplan con una mueca agorera el desfile con diferentes destinos de los grupos en los que parte de los ocupantes del Centro han sido divididos. Los restantes quedan detenidos dentro del establecimiento pendientes de lo que pueda venir.

Cerca de las dos de la madrugada cesa el movimiento de militares y detenidos. Ellas han permanecido pegadas a la ventana observando alucinadas todo lo que se desarrolla ante sus ojos. Cuando todo ha concluido y el lúgubre silencio de nuevo se hace fuerte en El Escondite, se sientan cogidas de la mano no con pasión, con verdadero sobrecogimiento por lo que pueda pasar a partir de que la luz diurna comience a rasgar un cielo oscuro donde chisporrotean un sinfín de estrellas impasibles ante el empleo de la fuerza bruta que han presenciado.

—Tienes que ayudarme a escapar de Tetuán. Sáenz de Buruaga, Beigbeder, Asensio y todos los que los siguen saben que soy prorrepublicana, que no pienso como ellos y que he sido informante de la Alta Comisaría. No me lo van a perdonar —Eloísa prorrumpe sollozando con unos ojos que transmiten muchas más cosas que la palabra arrastrada de la que es capaz en aquel instante.

—No te preocupes más, ya verás como te ayudo a salir de Tetuán, si es necesario. Pero, todo eso vendrá mañana, ahora hay que intentar dormir un poco. Si consigues descansar unas horas, verás las cosas menos negras, y no olvides nunca que estoy siempre a tu lado —estas son las palabras de Macarena que ayudan a que su amante se ponga de pie, que la lleve hasta la cama, que la acueste y

que, con un beso de apariencia maternal, le desee buenas noches antes de apagar la luz.

Parte octava

El levantamiento en Larache

Capítulo i

Las visitas de militares al abogado Juan Sánchez Ferrero

Desde que regresó a Larache Paco Tenoll se ha tomado muy en serio su trabajo con el abogado Juan Sánchez Ferrero. Los asuntos que su tío Pedro Robi va remitiendo al despacho le han dado, además, un papel mayor de lo que sus incipientes estudios de Derecho podrían hacer pensar.

Al mediodía del diecisiete de julio ha tenido una comida de trabajo en el restaurante del hotel España. A pesar de que es un viernes por la tarde, que mucha gente está de vacaciones y que hace un calor infernal, tiene que volver a la oficina donde ya ha pasado toda la mañana.

El corto recorrido que tiene que hacer desde el hotel España hasta la, en aquella hora, casi desierta avenida de la República le resulta sofocante. Al entrar en el edificio situado a la altura de la central de Correos y Telégrafos en una de cuyas plantas está el despacho, siente una sensación de vacío, de sentirse extraño allí en un momento propicio para todo menos para trabajar con aquel calor. Piensa que va a estar solo, pero en el descansillo de la puerta de entrada y mientras que introduce la llave en la cerradura percibe un ruido de fondo que denota actividad muy rara en aquel día y en aquella hora.

Cuando abre la puerta se topa con Sánchez Ferrero, que, convulso y sudoroso, gesticula ante dos destacados falangistas, uno muy conocido en Larache, y otro de Alcazarquivir que apenas ha visto. Sorprendidos por su entrada, el abogado deja en seco de hablar y se le escapa un sonoro «¡pero, qué haces esta tarde aquí, no te esperaba!», que descoloca a Tenoll. «He venido a preparar un borrador de documento relacionado con la comida que acabo de tener con clientes que mi tío nos ha remitido. Como tienen prisa, si dejo el documento preparado esta misma tarde, lo podríamos entregar el lunes después de que tú lo revisaras. Me he comprometido con ellos y no podemos fallar porque son exportadores de fruta y verduras que piensan invertir mucho dinero en las comarcas de Larache y de Alcazarquivir», suelta Tenoll esta

retahíla para tocar la fibra profesional más sensible de un Sánchez Ferrero muy volcado en la política conspiratoria contra todo lo que huela a Frente Popular.

Una sonrisa complaciente estira los labios del abogado. Los otros dos falangistas no dicen ni mu, pero, por la expresión que han esbozado, están contrariados por la imprevista presencia.

Un silencio incómodo ocupa la escena. No cabe duda: los tres estaban hablando de algo serio y su irrupción los ha cortado.

Sánchez Ferrero reacciona pronto y con un gesto indicativo del brazo derecho invita a sus compañeros de partido a entrar en su despacho. Tenoll, al margen de lo que pudieran estar tratando, se encamina hacia la mesa de trabajo colocada en un ángulo de aquella sala.

La tarde progresa. Un runrún de fondo revela que el abogado no para de hablar por teléfono. Algún grito destaca sobre las palabras que quedan zambullidas en un murmullo incomprensible. No son gritos relacionados con su profesión en cualquiera de sus variantes. Son palabras gruesas, órdenes tajantes, exabruptos contundentes, increpaciones cuajadas de agresividad.

Tenoll intuye que algo trascendental se está urdiendo. Le pica la curiosidad. En aquellos días los rumores de golpes militares se engarzan unos con otros, multiplicados después del asesinato de Calvo Sotelo y de las maniobras de Llano Amarillo. Prepara morosamente los papeles. No tiene prisa, todo lo contrario. Lo hace a propósito. Busca una justificación para continuar allí a pesar de que las horas vuelan.

Sánchez Ferrero parece haber olvidado su presencia. Sale y entra. Su nerviosismo se dispara según avanzan las horas. Los dos falangistas se han marchado ya sin reparar en que los ojos de Tenoll no paran de tomar nota. Un grupo de tres personas que no logra identificar toma el relevo. Entre la llegada y la salida de unos y otros, el titular del bufete se desmelena hablando por teléfono.

Cuando el segundo grupo se va, en el encadenamiento de conversaciones por teléfono que su jefe mantiene le llegan nebulosas referencias a Melilla, sin que pueda precisar en concepto de qué.

«¿No te vas? Lo que tengas que hacer, déjalo para el lunes», irrumpe Sánchez Ferrero en una de las alborotadas salidas de su despacho. A la contestación de su ayudante de «no, tengo que acabarlo hoy para que tengas tiempo de repasarlo y poder entregarlo el lunes», le dedica una mueca de desgana tan enorme que pone de manifiesto que tiene la cabeza en un lugar lejano y que lo profesional le importa un bledo en ese instante.

Suena el timbre con estridencia. El abogado tiende a Tenoll el brazo indicándole que no se mueva, que abre él. Lo hace y en el dintel de la puerta aparecen vestidos de uniforme el capitán Antonio Prado, ingeniero destinado en el cuartel de Transmisiones, y el también capitán Antonio Murillo Farriols, del batallón de Cazadores de las Navas.

Pasan raudos, con un azogue interior que les hace ignorar cualquier cosa diferente a la que les abruma la cabeza. No saludan. Se meten directamente en el despacho de Sánchez Ferrero, que cierra la puerta con más ímpetu que en ocasiones anteriores como queriendo encerrar lo que los ocupa en una caja fuerte.

—Hablemos claro, ni vosotros ni yo tenemos tiempo que perder —toma la iniciativa el abogado con la frente presa de un tic compulsivo.

Moreno Farriols, después de un silencio marmóreo, reconoce que le merece mucho crédito lo de Melilla, «me da la impresión de que no estamos ante un bulo más de los muchos que han circulado últimamente», añade con el dedo índice de la mano derecha sometido a una apreciable agitación nerviosa. Tuerce ligeramente la cabeza hacia su compañero Prado con ademán de cederle la palabra como privilegiado enlace que es con los dirigentes del golpe en Ceuta, sobre todo con uno de los sobresalientes, el teniente coronel Román Gautier, jefe del grupo de Transmisiones con base en dicha ciudad.

El capitán Prado carraspea varias veces como si quisiera arrancar del fondo de su garganta la mejor respuesta para una pregunta que le pone en un compromiso. No puede ocultar algo de lo que tiene bastantes noticias, y al mismo tiempo tiene que guardar ciertos equilibrios con los falangistas, con los que hay que contar para que

el golpe triunfe, por mucho que quiera conservar su carácter militar. Mira alternativamente a los otros dos y señala con maneras de intimidad:

—A lo largo de esta tarde he hablado varias veces con el teniente coronel Gautier y me ha confesado que lo más probable es que el alzamiento se inicie esta misma tarde como consecuencia de las noticias que empiezan a llegar de Melilla con pinta de no ser una patraña más. Eso es todo lo que os puedo decir. Otra cosa son mis opiniones personales, que me las debo guardar para no echar más leña a un fuego que todavía no estamos seguros de que deba prender ya en Larache —refiere con un deje didáctico que enciende más a Sánchez Ferrero.

El abogado se desploma en el respaldo del sillón que completa su mesa de trabajo y comenta algo que Tenoll, mucho más pendiente de lo que se habla en el despacho de su jefe que en el documento que prepara, logra escuchar.

—Y tú, Antonio, ¿tienes alguna noticia más sobre el posible cambio de planes si lo de Melilla se confirma? —interroga anclando una mirada ardiente en Moreno Farriols.

—Yo no sé nada más. En Larache y Alcazarquivir lo tenemos todo preparado. Estamos deseando recibir la orden de Ceuta — añade el capitán del batallón de Cazadores de las Navas con un mohín revelador de que está menos en el ajo que su compañero, y que es solo un eslabón del mecanismo que ha de ponerse en marcha desde Ceuta.

Sánchez Ferrero se levanta. Se acerca a la ventana, aparta el visillo que la cubre y advierte que por la hora de la tarde que se ha echado encima la gente empieza a pasear por la avenida de la República con deseos de respirar las primeras brisas del Atlántico que borran un poco el sofocante calor que ha martirizado a Larache desde primeras horas de la mañana de aquel diecisiete de julio.

—Bueno, señores, lo que había que hablar en este momento está ya hablado. Si se concreta lo que Gautier ha anunciado como más probable, indíquemelo rápidamente para que los falangistas hagamos nuestra parte del trabajo, que no es ni poca ni fácil —

reclama Sánchez Ferrero con modales propios de que la reunión ha dado ya todo lo que podía dar de sí.

Moreno Farriols le sigue con decisión. «Yo me tengo que ir, he quedado en pasarme a las ocho por el Casino militar para informar de las últimas novedades a los compañeros reunidos allí. Los rumores de lo de Melilla van llegando y hay que controlar que nadie se desmande», apunta coloreando sus palabras con un punto de gracejo.

Los tres se ponen de pie y, aunque su andar es algo más relajado, la tensión ambiental permanece. Tenoll escucha el ruido del arrastre de los asientos y la firmeza cada vez mayor de los pasos. Ya en la puerta de salida y sin reparar en su presencia, el capitán Prado se para y cuchichea algo al abogado. Tenoll se sienta en el extremo de la silla para acercarse más a los que ya están casi despidiéndose y estira el cuello en una acción instintiva que le ayude a escuchar lo que comentan.

—Ah, por cierto, Juan —Prado fuerza un parón cuando casi están cruzando la puerta de salida. Tenoll no puede estirar más el cuello.

—Dime, dime —reclama el letrado asiendo el brazo derecho del capitán con un toque de compañerismo.

—Olvidaba comentarte que ayer por la tarde estuve con el capitán Calvo Morella, jefe del servicio de información en el territorio de Larache, que, como sabes, está completamente entregado a la causa —se explaya Prado en un lugar inapropiado para estas confidencias—. Repasamos con detalle las personas y los domicilios de los que hay que detener. Así los pelotones que formemos con falangistas no tendrán que perder el tiempo —añade con cara de regodeo que acentúa las venas que se le marcan en el lateral del cuello al anunciar preparativos de tan negro augurio. Pero no ha acabado todavía. Antes de cruzar las últimas palabras de despedida afirma con aire de broma—: No te preocupes, Juan, que los masones de la logia Lixus y su local en el Zoco Chico son uno de los primeros objetivos —termina con una risita demoníaca.

Capítulo II

La familia Ninet hace piña ante el levantamiento en Larache

Cuando los militares se van, Tenoll, con cara de pocos amigos, farfulla unas palabras de despedida y, tan pronto como puede, sale disparado mientras Sánchez Ferrero sigue sin soltar el teléfono.

Al pisar la avenida de la República observa un panorama muy propio de las últimas horas de la tarde y primeras de la noche de un día caluroso del verano larachense. La gente deambula sosegadamente, se saluda haciendo gala de las mejores convenciones sociales mientras que las terrazas de los bares y cafés de los aledaños están llenas. Todo aparenta normalidad. Nada denota que la explosión conspiratoria se va a producir en cualquier momento. Agudiza la observación, busca algún indicio de lo que llama atronadoramente a la puerta acelerado por los acontecimientos de Melilla que están en la mente de bastantes de los que se esmeran en pasear o tomar algo con la mejor cara de un viernes del agotador mes de julio.

Mientras busca algún síntoma de lo que tiene la seguridad que va a desencadenarse en cualquier momento, no se quita de la cabeza la idea de que Robi está en grave peligro y que, por encima de todo, tiene que impedir que su pasado liberal y simpatizante de la Lixus le pueda dar un tremendo disgusto. Debe mucho a su tío, siempre le ha ayudado en momentos de su vida en los que había tomado un camino equivocado; ha tenido una enorme paciencia con sus torpezas; ha creído en él cuando nadie, incluso Magdalena Ninet, su madre, le creía; a su regreso de Madrid huyendo de su malhadada implicación en el caso Nombela, que acabó costando el Gobierno y la vida política a Alejandro Lerroux, le ha recibido con los brazos abiertos y le ha ayudado profesionalmente mucho dándole bazas en Casa Ninet como la de las negociaciones con Johannes Bernhardt y como los asuntos que remite al bufete de Sánchez Ferrero. Todo esto pasa por su cabeza abrasadoramente mientras que deja atrás la Plaza de España y se adentra en la calle Chinguiti con dirección a la casa de Robi.

Aunque el recorrido es corto, es enormemente largo si lo medimos

en proporción a la multitud de pensamientos desbocados e impresiones sin fin que desfilan por su cabeza en una distancia de poco más de un kilómetro.

***

Perico, Aurora, Magdalena y Pedro están sentados en el cuarto de estar sin prisa por cenar. Lo acogen con alegría, pero perciben que algo grave le trae. Su cara no se corresponde con la relajada con la que es acogido.

Le cuesta atender las indicaciones de que se siente. Tampoco responde con claridad a la invitación de quedarse a cenar. La preocupación le abruma con una lluvia de alfilerazos que agrava su aspecto desazonado. Los minutos se le hacen siglos. No sabe cómo plantear lo que precipita su visita. Esta situación se prolonga unos minutos en los que la tensión sube de temperatura y la incomodidad aumenta. Robi, consciente de lo que estaba pasando, ruega a Tenoll con la mirada que coja el toro por los cuernos.

—¿Qué pasa, Paco? Has llegado con una cara de preocupación que asusta —adelanta Robi con un ademán comprensivo de la mano derecha.

—Me gustaría hablar a solas contigo. Se trata de algo grave — contesta Tenoll con tal seriedad que imanta los ojos sorprendidos de los restantes.

—¿Tiene que ser en este momento? —pregunta Robi con inquietud y con la mirada que sigue anclada en su sobrino.

—Sí, tío, tiene que ser ahora mismo, si no, no habría aparecido de forma tan intempestiva. Siento mucho interrumpiros de esta manera, pero el problema lo merece, no puede esperar a mañana o al lunes —estas palabras caen a plomo sobre los cuatro, que se agitan nerviosamente en sus cómodos butacones. El cambio del panorama relajado y familiar a otro tenso y extraño los desgarra psicológicamente. No saben a qué atenerse y la gravosa interrogación sobre de qué se puede tratar los aplasta. Un silencio con sello de siglos ocupa la escena hasta que Robi, tomando el timón, se pone de pie premiosamente e invita a su sobrino a que le

acompañe a la estancia contigua que hace las veces de despacho y pequeña biblioteca. Nadie rechista mientras que los dos dan los primeros pasos hacia el lugar que Robi indica. El paño opresivo y paralizante de la duda cae sobre los que permanecen sentados, sacudidos por el repentino cambio que los ha dejado aturdidos.

***

Se instalan en una cómoda estancia en la que, junto a una mesa estilo barco con una ristra de cajones haciendo de patas, hay una estantería repleta de libros cuidadosamente colocados. Se respira tranquilidad arrullada por las muchas horas de lectura que aquellas paredes han vivido.

—Bueno, ¿qué ocurre? Nos has asustado a todos empezando por mí. ¿Qué ocurre para que tengas esa cara de preocupación? —plantea Robi esforzándose por dominar el desasosiego que le ha producido la repentina aparición de su sobrino.

Tenoll no sabe cómo comenzar, las ideas se le apelotonan y le cuesta articular palabra. Robi le llama sin éxito a la calma en un par de ocasiones. En la tercera, a la que acompaña un toque cariñoso en el hombro, el joven empieza a hilar frases. Se enreda inicialmente con la comida con los clientes en el hotel España, con su ida al despacho para redactar un documento y quedar bien con ellos. Cuando llega al corazón de lo que quiere contar, pega un frenazo y se envara como si le costara un sobreesfuerzo entrar en la delicada materia.

Al cabo de unos segundos en los que Robi lo contempla con gesto comprensivo, da salida a lo que lleva embalsado. Se refiere al trasiego de falangistas y a la actitud hiperactiva de Sánchez Ferrero.

—¿Y todo eso a cuento de qué me lo dices? —interroga Robi un poco harto.

—Espera, que ahora viene lo verdaderamente importante. Te lo cuento despacio para explicarme mejor —explica Tenoll recuperando tranquilidad en su exposición.

Por fin, se centra en la aparición en el despacho de Sánchez Ferrero de los capitanes Prado y Moreno Farriols. Le comenta lo

chocante de esta visita en un viernes por la tarde del mes de julio. Manifiesta su extrañeza porque lo hicieran vistiendo de uniforme. Le informa de que, aunque no le pareció prudente pegar la oreja a la puerta del despacho donde se habían encerrado, ha podido escuchar desde su lugar de trabajo que aludían a Melilla en un tono encrespado. Por fin, descansa en Robi una mirada que echa chispas y le plantea descaradamente:

—¿Has oído algo de un golpe contra la República que han dado los militares en Melilla y que parece extenderse hasta aquí?

Robi se queda estupefacto, con los ojos ebrios de desconocimiento y sorpresa.

—No, ni idea, ya sabes que desde las elecciones de febrero no hay día en que no amanezcamos con un nuevo bulo que acaba en agua de borrajas, da igual que el golpe anunciado sea de derechas o de izquierdas. Vivimos en el mundo de los bulos —exclama Robi con gotas de ironía para disimular su fuera de juego en algo trascendental.

Tenoll explica sin alardes lo que ha oído esa tarde, y que ha llegado a la conclusión de que lo de Melilla puede extenderse a la zona occidental del Protectorado en cualquier momento.

Robi pone una sonrisa de suficiencia, de estar a vuelta de hoja de levantamientos militares tan anunciados como inexistentes. La cara de preocupación y la tensión de los músculos de la mandíbula de Tenoll le disuaden pronto de que ese no es el camino, que lo que le comunica tiene visos de transformarse en realidad en esa misma noche.

Se impone un fugaz silencio que Robi aprovecha para asimilar la noticia de Melilla. Ambos toman aliento. Robi para prepararse ante lo que pueda venir, pues tiene la impresión de que su interlocutor no ha terminado de contar todo, y Tenoll para referirse a lo que ha podido entender de los planes de represión de la Lixus y de sus miembros y simpatizantes.

Como la sangre golpea las sienes de Tenoll y la presión se vuelve insoportable, las palabras le brotan atropelladamente:

—La cosa es bastante más grave que la incertidumbre que pueda traer un casi seguro golpe de los militares y la reacción del Gobierno

de Madrid. Eso de por sí es malo, pero lo que tengo que contar es mucho peor —reconoce con una cara en la que la barbilla parece descolgarse por el peso de la preocupación.

Robi está despistado. No sabe a qué atenerse. No le queda más remedio que tirar de la lengua a su sobrino para que suelte lo que retiene.

—Estaban ya en la puerta de salida del despacho cuando el capitán Prado, que parece que por sus contactos en Ceuta manda mucho, comentó que uno de los objetivos principales de los golpistas es la logia Lixus y los que participan en sus actividades —confiesa Tenoll con mueca compungida.

—Bueno, ¿y qué? —replica el otro con un mohín levemente chulesco.

—Querido tío, seamos conscientes del problema que se nos viene encima a todos —hace una pausa, se acerca más a Robi y sigue hablando—. Es muy conocido en Larache y no puede pasar desapercibido a individuos como Prado y Sánchez Ferrero, que has sido simpatizante de la Lixus y que en el pasado has participado de alguna manera en sus actividades —explica Tenoll estirando los carrillos tanto que dejan entreabierta la boca.

—Es cierto, ¿para qué lo voy a negar?, pero de eso hace mucho tiempo. Hace años que estoy desconectado de toda actividad masónica —alega Robi empeñado en restar importancia a una parte de su pasado que se puede volver contra él.

—Tío, tío —repite Tenoll con timbre que mezcla cariño y preocupación—, esta gente es muy peligrosa, están sumamente ideologizados y rezuman odio contra sus enemigos, sean reales o imaginarios. Son de mucho cuidado. Como sabes, yo soy falangista, pero no me gustan ni un pelo los métodos que Sánchez Ferrero quiere implantar en Larache, por eso ya hace días que me estoy distanciando de él, me parece demasiado extremista —revela quien con cada palabra quiere estrechar los lazos familiares que lo unen con Robi y poner de relieve que está dispuesto a defenderlo por encima de simpatías por un bando u otro de los que afilan sus garras para despedazarse sanguinariamente.

El tiempo se desliza sin que tío y sobrino, enfrascados en

conversación tan delicada, sean conscientes de ello. En la habitación contigua Amparo, Aurora y Perico se consumen impacientes. Amparo ha insistido en que se pongan a cenar, porque era imprevisible lo que la conversación podía durar. No le han hecho caso, están nerviosos y no quieren hacerlo hasta que los ausentes se incorporen. Pasan un buen tiempo de nervios y ansiedad. Se ponen de pie y se sientan varias veces, no cruzan una palabra y la pregunta de qué pasará les embota la cabeza.

Cuando al cabo de un rato interminable se abre la puerta del despacho-biblioteca, tío y sobrino imantan los ojos de los ávidos de noticias. La escena queda petrificada durante un par de segundos. Ninguno, ni los que esperan ni los que regresan, abre la boca, temerosos de la pregunta inevitable y de la contestación que merezca.

Robi vuelve a sentarse en su sillón. Se lleva las manos a la cabeza en un gesto que enciende más la preocupación de los que lo miran con ojos deseosos de captar todo lo que pueda orientar sobre lo que sucede.

—¿Pero qué pasa? ¿A cuento de qué viene tanto misterio? Nos estáis preocupando —Amparo Ninet rompe el silencio con voz firme que denota autoridad.

—No pasa nada, no pasa nada todavía —responde Tenoll de una manera que inquieta más a los que lo atienden. Se sienta y prorrumpe de modo decidido.

—Tío, creo que es mucho mejor que les cuentes lo que puede suceder en cualquier momento y cómo te puede afectar personalmente —sugiere Tenoll y su figura se agranda entre los presentes.

Robi descansa la espalda sobre el respaldo del sillón, levanta la cabeza y dice «vamos a cenar, se ha hecho muy tarde, durante la cena os cuento todo. Tú, Paco, por favor, quédate con nosotros, creo que tu presencia es imprescindible, insisto en que te quedes», ruega mientras que, derrotado por el cansancio del caluroso diecisiete de julio y el mazazo que acaba de recibir, hace un esfuerzo para acercarse a la mesa. Amparo, Aurora, Perico y Paco Tenoll lo siguen sin rechistar, cariacontecidos.

A lo largo de la cena Robi, secundado por un Tenoll a quien todos conceden un papel creciente en los asuntos de la familia, da explicaciones sin poner paños calientes sobre la represión que se pueda desatar sobre cierta clase de personas entre las cuales no es descartable que él esté incluido.

La consternación va subiendo según el relato entra en pormenores. Perico es quien indaga más. Su actitud es de restar importancia a la lejana participación de su padre en la Lixus y de subrayar su distanciamiento total de todo lo que huela a política. Amparo escucha y no es capaz de reprimir un par de miradas que claman ostensiblemente: «¡Cuántas veces te dije que ciertas amistades te iban a traer muchos quebraderos de cabeza!». Aurora asiste perpleja a los altibajos de la conversación y no para de pensar en cómo se las va a arreglar para volver a Valencia con sus padres si pasa lo que tiene pinta de que va a pasar. Robi contesta como puede a lo que le preguntan y forcejea en su interior por aparentar una calma que no tiene. Avanza la cena y Tenoll se va erigiendo en protagonista de una conversación que abruma a todos. Recalca la buena fuente de la que procede la información sobre el golpe, que prácticamente da por seguro; no niega el peligro que corre Robi si se desborda la barbarie y airea que posee resortes para impedir o, al menos, amortiguar lo que pueda ir contra su tío. En varios momentos dirige una mirada de plomo a este último reclamándole que confíe en él y que se atenga a las indicaciones que le dé, sobre todo en los primeros días por exageradas que le resulten. Según la conversación se desarrolla, Robi va cambiando su papel de activo protagonista al de personaje secundario que acepta cuanto le concierne.

Capítulo III

El golpe militar se acelera en Larache

1

Las ventanas y el balcón del comedor de la familia Robi-Ninet están abiertos para franquear la entrada a la brisa refrescante del inmediato Atlántico. La cena reúne a Tenoll, Perico, Aurora, Amparo y Robi.

Robi es quien más necesita respirar el aire fresco. Se acerca al balcón. Se acoda en la barandilla de fina rejería con discretos adornos modernistas. Palpa el silencio de la noche y en la lontananza escucha el rugido de las olas que rompen contra los roquedales que protegen el balcón del Atlántico. La ciudad está en calma. Hay quienes se empeñan en conciliar un sueño difícil porque la temperatura sigue muy alta; otros, sobre todo en barrios populares como el de las Navas, conversan sentados a la puerta de sus casas con la esperanza de que con la llegada de la brisa puedan dormir esa noche. Robi, con el torso inclinado hacia la calle, respira hondo, siente la necesidad de colmar sus pulmones ante los malos augurios que la calma ensordecedora de la noche desmiente. Le sosiega observar el cielo teñido de ligera palidez tachonado de incontables estrellas que lucen respetando un silencio quebrado por algún lejano ruido que enseguida queda sepultado.

De pronto, el silencio exterior se agrieta en la lejanía. Un rumor de voces y entrechoque de elementos metálicos aminorado por la distancia llega a través de las ventanas y el balcón abiertos de par en par. Ninguno le da importancia, ni lo comentan. Lo achacan a ruidos de descarga o transporte de productos en el cercano mercado de abastos.

El ruido crece entreverado con voces estridentes que suenan a órdenes militares. Se preguntan qué es aquello que aumenta por momentos y amenaza con romper definitivamente el silencio exterior de hasta hace muy poco.

Robi se vuelve a levantar con preocupación que no disimula. Tenoll

reacciona al instante y le exige con un contundente ademán que no se mueva, que ya va él a comprobar de qué se trata, que no le conviene exhibirse ante algo que ya suena a tropa militar que se desplaza hacia el corazón de la ciudad, la Plaza de España y la avenida de la República. Robi obedece con la cara desfigurada por la inquietud, pero permanece de pie llevándose la mano al mentón.

Tenoll deposita la servilleta sobre la mesa con un cuidado que exaspera a los que lo miran con ansiedad multiplicada. Con andar lento se dirige al balcón que da a una de las vías de acceso al centro de la ciudad de las formaciones militares que procedan de sus acuartelamientos del barrio de las Navas. Se asoma tanto al balcón que corre el peligro de precipitarse a una calle donde la cabeza de la unidad que avanza está ya a su altura.

Una voz dura y cavernosa vuela por encima del ruido de impedimentas y armas que la tropa acarrea. Agudiza la mirada. Cuando quien está al frente de la tropa alza la cabeza y mira hacia atrás para comprobar la marcha de la formación, Tenoll comprueba lo que barrunta desde que se instaló en el balcón para aclarar lo que está sucediendo. No le cabe duda ya: es el capitán Murillo Farriols al frente de su compañía del batallón de Cazadores de las Navas. Se endereza, abandona el acodamiento sobre la barandilla del balcón, busca una postura más cómoda para ver el paso de la compañía y se cerciora de que es él. Cuando está haciéndolo, el capitán, que vuelve la cabeza para dirigirse con gesto hosco a todo aquel que curiosee desde el balcón, repara en que es Tenoll, el falangista ayudante de Sánchez Ferrero, deja de lado la hosquedad, esboza una semisonrisa de satisfacción y agita con la mano izquierda un documento con toda la pinta de ser el bando que proclama el estado de guerra. Tenoll le dedica un saludo más protocolario que entusiasta.

El ruido sigue creciendo según desfila la compañía del batallón de Cazadores de las Navas. Aurora inhala con fuerza y llama la atención de Perico, que con su mano derecha aprieta la izquierda de ella. La sonrisa que Aurora le brinda es de agradecimiento, ennegrecida por la pregunta de qué va a ser de ella y cómo va a volver con sus padres que estarán muy preocupados por lo que está en marcha a muchos kilómetros de Valencia. Robi da un paso atrás para apoyarse

en la pared como si no pudiera soportar más la carga que va a caer sobre sus espaldas. Amparo suspira con dolor y calla.

Tenoll vuelve con cara de circunstancias, cierra el balcón casi con un portazo, como si con ello quisiera impedir la entrada del ruido de la soldadesca.

—Es Antonio Murillo Farriols, uno de los capitanes de los que os he comentado que han estado esta misma tarde en el despacho de Sánchez Ferrero hablando de Melilla y de la Lixus —informa Tenoll hurgándose en los pelos de la cabeza para buscar la manera menos mala de reproducir lo que acaba de presenciar.

—Eso significa que el golpe de Melilla ha llegado a Larache —Perico rompe el hiriente silencio que ha seguido a las últimas palabras.

Todos se observan buscando un alivio para el peso que se les ha venido encima. El ruido del paso de la compañía del batallón de las Navas se ahoga en un silencio que de nuevo se adueña del ambiente. En el rostro de todos está escrita con letras mayúsculas una interrogación necesitada de respuesta inaplazable. Tenoll se dirige a su primo y con voz entera se manifiesta sin tapujos.

—No hay duda de que el golpe que ha estallado a primeras horas de la tarde en Melilla ha llegado a Larache y supongo que, si ya llegado aquí, lo ha hecho previamente a Ceuta y Tetuán y de ahí a todo el Protectorado —razona al tiempo que da vueltas en la cabeza a qué hacer él y qué recomendar a sus familiares.

De sopetón y como si una milagrosa luz le hubiera dado la solución, Tenoll vuelve a tomar la palabra para desmadejarse en todo género de indicaciones y consejos. Recomienda que nadie se mueva de la casa, que apaguen las luces, que no se asomen a las ventanas, que no salgan al balcón, que intenten dormir y que aguarden a que él vuelva. Va a salir para enterarse de lo que está sucediendo. Dice todo esto en un momento en que comienzan a percibirse en la lejanía detonaciones y ruidos deformes entre los que descollan los de tambores y clarines de banda militar.

—Tío, lo que os pido va dirigido especialmente a ti. No se te ocurra lanzarte a la calle, que te creo capaz —advierte Tenoll seguro de que su opinión es la acertada en la peliaguda vicisitud que están viviendo.

Todos asienten. Tenoll se planta poco después en la calle dispuesto a enterarse de lo que está sucediendo, aunque no le resulta difícil imaginárselo. Perico, Amparo y Aurora se retiran a sus habitaciones después de cerrar las ventanas y el balcón y cerciorarse de que todas las luces de la casa están apagadas. Robi se desploma sobre uno de los sillones del despacho. Con la cabeza recostada en la palma de la mano derecha se hunde en toda clase de conjeturas impulsadas por el repaso de los muchos años de constante esfuerzo para poder disfrutar de una posición cuyos sólidos cimientos pueden peligrar con los acontecimientos que se desarrollan en ese preciso momento en torno a la Plaza de España, la avenida de la República y el edificio de la comandancia general. Acaba preso de una espesa modorra y cabecea varias veces a punto de caer dormido, a lo que se resiste como gato panza arriba. Unos tiros que le resultan al mismo tiempo cercanos y lejanos le sacan del atontamiento en el que ha caído. Se despereza. No resiste la tentación de husmear en lo que está pasando cuando sus ecos le llegan cada vez más nítidos. Tenoll les ha prohibido que se asomen a las ventanas y al balcón, pero no ha dicho nada de la azotea del edificio que tiene un pretil alto que permite ocultase sin que nadie le pueda ver desde la calle.

Dicho y hecho. Sube con renovado aliento la angosta escalera que va desde la primera planta a la azotea. Desemboca allí ansioso por ver lo que los disparos y las explosiones airean con estrépito. Pone los ojos en dirección a la Plaza de España y la parte de la avenida de la República donde se arraciman importantes edificios oficiales de carácter civil. Fogonazos cada vez más frecuentes iluminan un cielo estrellado. Un griterío que se pierde en la distancia se mezcla con disparos y explosiones. El alboroto arrecia cuando repara en que una nueva compañía del batallón de Cazadores de las Navas encabezada por el capitán Moreno Maceres enfila hacia la zona de la que procede el estrépito.

Se retira a un ángulo de la azotea abismado en una enorme zozobra, desgarrado por la sensación de que el fructífero mundo que ha contribuido a crear se desploma; no sabe el papel que le pueda corresponder si el alzamiento cuaja. Lo ve todo negro, da por seguro que triunfará y la sombra de su pasado liberal y filomasónico lo

envuelve sin darle respiro. Se derrumba. Se arrodilla y apoya la espalda en la parte inferior del pretil.

En esas está cuando Perico aparece y se le acerca con modales cariñosos y acogedores. Como no podía dormir, ha ido al despacho al encuentro de su padre. Al no verlo y advertir la puerta de la escalera de la azotea entreabierta, ha supuesto que estaba allí. Ha subido y se lo ha encontrado en un estado lamentable. Lo anima. Le hace ver que los militares, sean quienes sean, necesitan a Casa Ninet como suministradora imprescindible de muchos productos y a él personalmente por el ascendiente que tiene en cabilas de la Yebala y Gomara. Le resalta el apoyo que Tenoll le va, nos va, aclara a propósito, a prestar incondicionalmente. Logra con ello que Robi se ponga de pie con mejor talante y que baje a la vivienda con el propósito de descansar algo y de que la espera de Tenoll no se haga más insufrible de lo que ya está siendo.

2

La expresión con la que Tenoll llega a la casa de la cuesta del mercado a primera hora de la mañana tranquiliza a todos. Aunque no han dormido nada, atisbar en su cara un punto de satisfacción les da ánimos sin que todavía haya abierto la boca.

Llega más hambriento que necesitado de contar lo que ha vivido en unas muy ajetreadas horas. Casi no ha cenado la noche anterior y las tripas le rugen de tal manera que no tiene empacho en decir «podemos estar tranquilos, todo saldrá bien respetando las indicaciones que os voy a dar, pero antes, por favor, dejadme que desayune un poco, estoy muerto de hambre». Todos, agavillados en torno a él, asienten y ponen la mejor cara de la que son capaces al escuchar esto.

Tenoll desayuna opíparamente observado por sus familiares, que apenas prueban bocado. Cuando ha dado buena cuenta de lo que le han ido sirviendo, Robi toma la palabra relegando la contrariedad que le produce el mayor interés de su sobrino por reponer fuerzas que por ponerlos al día de algo en lo que se juegan mucho.

—Bueno, Paco, cuéntanos ya de una vez. Estamos en ascuas

esperando que nos informes de la situación —explota, por fin, Robi.

—Sí, claro que sí, perdona, tío, pero es que estaba desfallecido —se excusa Tenoll consciente de que ha tirado demasiado del hilo de la paciencia de los que no quitan la mirada sobre él. Remata la última gota del segundo tazón de café con leche que le han servido y a partir de ese instante todo el escenario es para su relato.

«El alzamiento ha triunfado en todo el Protectorado, Ceuta y Melilla», adelanta con cara de circunstancias. Aunque el silencio es pétreo, los ojos de los demás le aguijonean exigiéndole que vaya al grano. «El triunfo en Larache es total y la ciudad se ha despertado con plena normalidad. Los golpistas dominan todos los resortes civiles y militares. El capitán Murillo Farriols arropado por su compañía ha proclamado el estado de guerra en la Plaza de España y otros lugares principales de la ciudad. Efectivamente, cuando pasaron por delante de nuestra casa iban hacia allí para hacerlo —puntualiza y se da un respiro—. El levantamiento ha corrido a cargo principalmente del batallón de Transmisiones y del de las Navas», añade saboreando el papel de protagonista que está jugando.

—¿Y todos los disparos y explosiones que oí ayer desde la azotea? —introduce Robi un poco harto de la parsimonia con la que su sobrino se está manifestando.

A Tenoll no le descoloca la pregunta, sino el reconocimiento espontáneo de que Robi se había encaramado a la azotea contraviniendo las instrucciones que le había dado antes de lanzarse a la calle. Arruga la nariz y muchos pliegues surcan su frente. Decide que no es el momento de recriminaciones y lo pasa por alto.

La pregunta da pie a que Tenoll explique que los contingentes del grupo de Transmisiones que se trasladaron desde los cuarteles conocidos como Autorradio encontraron resistencia en el edificio de correos y telégrafos que hace chaflán con la avenida de la República. «Se cruzaron muchos disparos y los asaltantes, que mandaba el capitán Joaquín González Vidaurreta, sufrieron dos bajas, los tenientes Jacobo Boza y Francisco Reinoso. Parece ser que los únicos lugares donde ha habido una cierta resistencia militar al levantamiento incluso con muertos han sido Larache, en la oficina de

correos y telégrafos, y Sania Ramel, el aeródromo de Tetuán», aclara con el velo de la preocupación.

—Y dices que todo está en calma en la ciudad, ¿Sánchez Ferrero no ha empezado a hacer de las suyas?, ¿qué hay de lo que nos contaste relacionado con la Lixus? —Robi pone el dedo en la llaga. Un ligero estremecimiento hace temblar el labio inferior de Amparo y el desasosiego se agrava en los demás.

—No te lo puedo decir a ciencia cierta. La confusión de anoche en Larache no me permite contestarte con información fiable —replica Tenoll con voz dubitativa que alarma a los que auscultan todo lo que procede de él.

—Conociendo a un personaje como Sánchez Ferrero que se ha manifestado ayer mismo por la tarde como nos contaste, me temo que haya iniciado ya sus andanzas —comenta Robi con el sello de lo irremediable.

—Paco, te pregunto mirándote fijamente a los ojos, tu tío Pedro no corre ningún peligro, ¿es así? No quiero contestaciones vagas y para salir del paso, quiero la verdad para que, si es mala, podamos tomar las medidas que estén en nuestras manos para protegerlo de odios y envidias —inquiere Amparo imantando la atención del resto.

Tenoll cambia de postura, se rasca la cabeza y la mueve con suavidad de un lado a otro. Sabe que no puede eludir una respuesta clara en algo trascendental para toda la familia. No se fía de Sánchez Ferrero, que arde en el fuego del odio y la revancha. Está convencido de que, antes o después, y si no lo ha hecho ya, desenterrará el hacha más afilada para emular las tropelías de las que la llamada Falange de la sangre o de la primera fila ha dado ya muestras en otros lugares. Siente la carga opresiva de la responsabilidad y le pesa la lengua a la hora de emitir las palabras de contestación a su tía. Mira a Amparo, que lo observa con los párpados enrojecidos. Un brillo en sus ojos preludia las siguientes palabras.

—Querida tía, como comprenderás me he ocupado ya de algo tan importante para todos como es la seguridad del tío —arranca masticando las palabras, con una lentitud exasperante aunque

necesaria para no cometer un desliz en terreno tan resbaladizo como el de aquellas trágicas horas.

Amparo vuelve a tomar la palabra con un descaro que no ha exhibido hasta ese instante.

—Déjate de palabrería, Paco, y cuéntanos la verdad. ¡Necesitamos saber la verdad! —grita descompuesta.

Tenoll enardece la entonación y, sacando fuerzas de la flaqueza después de una interminable noche, vibran sus palabras en un espacio anegado por la tensión.

—Ya he hablado con Sánchez Ferrero. Andaba como loco de un sitio a otro y me costó localizarlo. Al final, lo logré en la sede de Falange, donde recaló después de patrullar por los barrios populares de Larache en los que se podía prever mayor oposición de elementos del Frente Popular y sindicatos.

—Bueno ¿y qué más? —vuelve a la carga Amparo bajo la observación muda de los demás.

—Hablé con él. No fue fácil. Le dije que a mi tío Pedro ni tocarle un pelo. Se enfurruñó. Consultó una lista en la que se traslucía una serie de nombres. «Aquí, aquí está», gritó, rodeado de secuaces que entraban y salían. «A mi tío Pedro Robi ni tocarle un pelo» le repetí con fuerza sin saber de dónde la sacaba. Me miró echando chispas. «Tu tío pertenece o ha pertenecido a la logia Lixus», me escupió estas palabras. Ni le hice caso. Volví a repetirle lo mismo. Recalcó su condición de masón. Lo negué, hablé de su cambio y de que no quería nada con lo que oliera a política. Como no cejaba y volvía a señalar una línea de la lista, sin duda en la que figuraba el nombre y apellido del tío, cambié de táctica en medio de un gran caos. En ese momento empezó a variar de actitud. Bajó la voz y me siguió bastante más sosegado —hace Tenoll una pausa para recuperar el aliento y terminar de contar cómo han concluido los angustiosos momentos que le ha tocado vivir. Amparo lo mira con creciente respeto. El resto permanece mudo ansiando el desenlace feliz que las últimas palabras auguran—. Con el cambio de táctica di en el clavo. Le expuse que todo lo que perjudicara al tío le perjudicaba a él. Le recordé los importantes clientes que nos ha remitido en las últimas semanas. Esto le hizo mella, pero no fue lo definitivo. Lo

definitivo fue que le expusiera a las claras lo crucial que resultan para los sublevados los suministros que únicamente puede proporcionar Casa Ninet en la cantidad y con la frecuencia que van a necesitar. «Para acopiar esos suministros, la persona clave es mi tío Pedro Robi», le lancé a la cara con tal convencimiento que lo aceptó sin más —remacha Tenoll sudando alegría.

—O sea, se van a olvidar de tu tío, que podrá seguir haciendo la vida de siempre —salta al ruedo Amparo, que considera que la faena no está rematada del todo.

Tenoll respira con intensidad, se lleva la mano derecha a la cabeza para ganar unos segundos y proseguir con un relato que tiene que arrancarse de las entrañas por el agotamiento que lo atenaza.

—Sánchez Ferrero observó de reojo a quienes estaban a su alrededor, se entretuvo jugando con algo colocado sobre la mesa, y, cuando comprobó que se había quedado solo, cogió un lápiz y tachó el nombre y el apellido del tío — detalla Tenoll con muestras de infinito cansancio.

—¡Qué bien, Paco! ¡Qué agradecidos te estamos todos! ¡No sé lo que habría sido de nosotros sin ti en estos tiempos tan horribles! — se lanza a hablar Amparo con gran agitación. Se pone en pie, se precipita sobre su sobrino y le besa gomosamente en medio del alivio de los demás. Pero, cuando, acompañada por un rumor de satisfacción generalizada, regresa a su sitio, reproduce su última pregunta que todavía no ha recibido una respuesta clara.

—Cuando acabó de borrar al tío de la lista, Sánchez Ferrero puso cara de pocos amigos. «No quiero volver a verlo por la calle y los lugares de reunión, que se quite de mi vista, que se encierre en casa y que esté calladito una larga temporada ¡Que desaparezca!», gritó varias veces. Me callé, no me parecía inteligente en ese momento llevarle la contraria, había conseguido lo principal y no quería correr el riesgo de estropearlo con algo que, en definitiva, no tiene tanta importancia, ¡ya nos arreglaremos! —exclama Tenoll de manera que suena a inapelable mientras que la luz del torturante sol del dieciocho de julio se apodera de hasta el más recóndito rincón de aquel cuarto colmado de preocupaciones.

Parte novena

Eloísa tiene que escapar de Tetuán

A Eloísa Dupereur el desasosiego que la embarga en las primeras horas de la madrugada del ya dieciocho de julio no le ha permitido dormir ni un minuto.

Se levanta de la cama cuando las primeras luces del día se apoderan de la habitación. Le cuesta un triunfo ponerse en movimiento. Se asoma a la ventana que da a la calle Luneta y se lleva una sorpresa. Espera toparse con un cambio radical de ambiente después de lo acontecido en las últimas horas. No es así, pues contempla el panorama habitual de un sábado por la mañana. Todo resulta normal. Los comercios judíos que proliferan por tan importante vía y las callejuelas adyacentes del *mellah* están cerrados, y el resto de los establecimientos de españoles, indios y marroquíes se desperezan abriendo sus puertas para atender la intensa actividad comercial de un sábado cualquiera.

No tiene ganas de desayunar. Le invade un deseo imparable de lanzarse a la calle y comprobar directamente los efectos de las convulsas noche y madrugada. Se viste de manera más bien discreta, sin ostentaciones, quiere pasar desapercibida entre los tetuaníes que afrontan el día como si no pasara nada de nada. Cuando antes de las ocho de la mañana pisa la calle advierte que una música militar va adquiriendo cuerpo. Mira en dirección a la Plaza de España y repara en que la mucha gente que circula se aparta para formar dos hileras a través de las cuales aparece una sección del batallón de Cazadores del Serrallo con bandera y música. Se arrincona para facilitarles el paso y, poco antes de desfilar frente al Centro Obrero Republicano cerrado a cal y canto, el capitán que está al frente ordena el alto, el sargento lo complementa y la tropa se despliega. A continuación, el oficial saca de uno de los bolsillos de la guerrera un documento, que, después de concitar los ojos expectantes de los civiles que se arraciman alrededor, lee con énfasis. Es la proclamación del estado de guerra que se va pregonando en los puntos neurálgicos de la ciudad y que después un soldado pega en un lugar visible.

Remonta la calle. La normalidad es solo aparente. Los pasquines con el bando de guerra proliferan. Patrullas de Regulares, la Mehala y la Mezjanía menudean en puntos estratégicos de la ciudad.

Detienen y reclaman con modos altaneros la documentación a gentes de aspecto modesto. A ella, vestida a la moda europea y con andares de gran señora, no la detienen, admiran su garbo y la dejan pasar recorriendo su anatomía babosamente.

Desemboca en la Plaza de España. Escudriña todo para detectar cualquier anormalidad que la ponga en guardia. Le deslumbra una vez más la armonía de palacios, mezquitas y minaretes vivificados por una frondosa vegetación tropical en la que destacan elegantes palmeras. Pero, por encima de la belleza estética, le choca la normalidad que prima en el corazón político de Tetuán. Aquellas horas del dieciocho de julio son más o menos las mismas que las de cualquier sábado. El palacio de la Alta Comisaría permanece mudo, hierático, ajeno a lo que se ha escenificado allí pocas horas antes. Los cafetines y terrazas de los laterales de la plaza acogen a los clientes más madrugadores. La mezcla de musulmanes, españoles y judíos con la presencia excepcional de algún indio se reproduce como en cualquier otro día de la semana con la salvedad, al ser sábado, de que los judíos son muchos menos. Tuerce a mano izquierda acompañada por el ruido de cierres metálicos que abren las puertas a una nutrida jornada comercial, se pasea con la atención puesta en cualquier cosa que le llame la atención. Llega hasta Nuestra Señora de la Victoria, la iglesia de la misión franciscana, cuya sobresaliente torre--campanario de estilo neomudéjar sobresale.

Inexplicablemente no ha reparado hasta ahora en ello. Lo hace después de dar media vuelta en la puerta principal de la iglesia franciscana y comenzar a desandar el camino que ha hecho desde El Escondite. Sí, en las calles céntricas por las que transita, además de los controles de patrullas móviles, hay más vigilancia en edificios oficiales y servicios públicos esenciales.

Siente hambre y duda si sentarse en una de las terrazas de los cafetines de la Plaza de España para disfrutar del panorama de luz, variedad arquitectónica y viveza humana que se da allí. Lo desecha, un pálpito interior que le golpea las sienes le recuerda que en aquellos momentos cuanto menos se la vea, mejor.

Un par de horas después regresa a El Escondite con la calle

vibrante de vida. Pregunta por Macarena a la empleada de servicio que le sirve el tardío desayuno. Le da una contestación que la inquieta: «La señora ha salido muy a primera hora de la mañana sin tomar nada. Me dijo que tenía mucha prisa y que volvería por la tarde».

Apenas desayuna. Le quita el apetito el punzante deseo de que vuelva la normalidad, de que la noche angustiosa que ha sufrido sea un paréntesis, una excepción, y que la incógnita que le abruma se despeje favorablemente en las próximas horas. Vuelve a su habitación. Se arregla con lentitud empeñada en mostrarse deslumbrante en la jornada de trabajo que se avecina. La mente le grita que todo debe ajustarse a una rigurosa normalidad, como si con ello fuera capaz de enderezar lo anormal y hacerlo normal.

Mata el tiempo como puede. Se cambia de ropa varias veces. Se retoca obsesivamente el maquillaje. Se mira sin parar en el espejo buscando lo que no puede hallar en él. Sale y entra en la habitación por motivos nimios. Se queda en combinación e intenta sin éxito dormir un poco o, al menos, estar tranquila en la cama. Intuye que Macarena ha salido para enterarse de lo que preparan los que se han hecho con el poder. Sabe que le preocupa su suerte y lo que hizo ayer por la noche solo fue un parche para tranquilizarla en aquellas horas ebrias de dramatismo.

Tumbada en la cama, un segundo intento de dormir tiene éxito. Está durmiendo cuando, de pronto, una serie encadenada de explosiones la zarandean y despiertan. Asustada consulta el reloj que marca las tres de la tarde. Se espabila. No sabe si asomarse o no a la ventana para enterarse de qué es lo que la ha sobresaltado. Lo más prudente es esconderse de lo que pueda ser aquello que está ocasionando un estrépito que no cesa y un humo que se percibe ya en la parte de Luneta próxima al parque del cónsul Cagigas. Se asoma, por fin, a la ventana. Lo que ve es totalmente diferente a lo habitual. Una muchedumbre despavorida corre hacia abajo huyendo de la Plaza de España y sus aledaños, de donde proceden las explosiones.

Cierra las ventanas. Quiere aislarse de la batahola exterior. Necesita refugiarse en el cálido interior de El Escondite. Se pregunta

por la causa de las deflagraciones y teme por la suerte que Macarena haya podido correr. Ella es la única tabla de salvación a la que agarrarse en aquel instante que le recuerda a un naufragio en el que sufre serio peligro de ahogarse.

Las explosiones desaparecen, pero el griterío de la calle aumenta tanto que las ventanas cerradas son poca cosa para detenerlo. Le llegan gritos en los que se entremezclan de una manera confusa palabras como «aviones, bombas…, muertos…, heridos». Se aturde. Se tapa la cara con la almohada. Siente ganas de huir de un Tetuán que se está transformando en una constante fuente de asechanzas y temores.

Almuerza con pocas ganas. La tarde se le echa encima. Las dos horas que Macarena tarda en volver a El Escondite le resultan una eternidad. Cuando oye el repiqueteo en la puerta de su habitación y le llega «soy yo, ábreme», respira con alivio.

Corre como un tiro, abre la puerta, se abalanza sobre Macarena y se acurruca sobre su pecho. Le pregunta dónde ha estado, pero le contesta con evasivas, ansiosa de ponerse cómoda y refrescarse. Para en sus acometidas y la deja momentáneamente en paz. Cuando el ambiente se ha sosegado algo, salen de la habitación sin despegar los labios. Solo cuando se acomodan en una de las salas del establecimiento llamado a animarse en un par de horas, Eloísa se decide a preguntar.

—¿Dónde has estado durante todo el día? Yo he salido a dar un paseo y ver por mis propios ojos cómo está todo después de lo de anoche y esta madrugada. He preguntado por ti y me han dicho que habías salido a muy primera hora, mucho antes que yo —afirma Eloísa con cara indefinida que facilita cualquier tipo de respuesta.

Macarena la observa con mimo y, después de un suspiro que revolotea por toda la estancia, ancla en ella unos ojos llenos de significado y le comenta:

—He estado informándome de lo que ha ocurrido. Para ayudarte necesito conocer lo que hay detrás de todo este follón —adelanta con un poso de incertidumbre.

La francesa le dedica un a lánguido con el que pretende disimular el abismo de preocupación en el que está sumida y, con el

semblante desolado y el maquillaje desfigurado por grandes churretones negros, deja caer lastimeramente:

—Me has tenido en vilo. Pensé que te podría haber pasado algo con las grandes explosiones de hace un rato.

Macarena retrae sus carnosos carrillos y los envuelve en una sonrisa que derrite a su amante. Con la atención de esta última prendada de sus gestos para extraer de ellos más de lo que la comunicación verbal permite, le aclara que no ha corrido ningún riesgo porque estaba en las oficinas de Bernhardt. Añade que las explosiones han sido ocasionadas por el bombardeo de un avión que el Gobierno de Madrid ha enviado desde Sevilla, «Un J. Douglas Dc-2», puntualiza innecesariamente para dejar sentado que está bien informada. «Su objetivo era el palacio de la Alta Comisaría, donde se ha instalado como gran jefe el coronel Sáenz de Buruaga. El avión no ha sido muy preciso y algunas de las ocho bombas que ha lanzado han caído en la medina y en la mezquita de Sidi Abdullad el Hach el Bakali y han ocasionado muchos daños materiales. Lo peor es que ha habido quince muertos y muchos heridos. Hay gran indignación entre la población musulmana», manifiesta con detalles que demuestran que está al tanto de todo.

—No sabes cómo me alegro de que estés bien. He estado muy preocupada al oír tanto ruido, ver la humareda que ha llegado hasta aquí y pensar que podrías estar en la calle — reconoce Eloísa con ojos húmedos.

—No te preocupes por mí. Si me apuras, casi me desenvuelvo mejor con los que ahora mandan. Johannes está muy bien relacionado con todos ellos y esta misma mañana me aseguraba que El Escondite podrá seguir funcionando igual o mejor que hasta hoy. Insiste en que a mí me va a ir muy bien.

Al pronunciar las últimas palabras Macarena cae en que ha metido la pata. Ha personalizado demasiado la contestación. No ha hablado en plural y esta forma de expresarse puede dar a entender que con Eloísa puede ser otro cantar.

Un impenetrable silencio se instala entre ellas. Un silencio cuajado de preguntas que arden en la cabeza de la francesa sin encontrar el momento y la forma de extrovertirlas. Un silencio perturbado por la

ola de musulmanes que vocifera su indignación por los efectos devastadores que el bombardeo ha ocasionando en ellos y sus bienes.

El miedo ahoga a Eloísa. Se acerca a su compañera. Le coge las manos y las entrelaza con las suyas. Necesita el impulso del contacto físico para entrar en el cogollo de lo que le angustia.

—Me alegra mucho lo que me dices. Me alegro mucho de que a ti y a El Escondite os esperen tiempos todavía mejores que los de ahora y eso que ya son muy buenos —intenta una sonrisa que, a la postre, se transforma en una mueca que deforma sus facciones.

La decisiva pregunta se resiste a salir. Le araña tanto que comienza a sangrar en su interior. Teme la respuesta. Crece dentro de sí la idea de que a Macarena no le va a gustar que se lo plantee, que quiere dejar que transcurra el tiempo para ver cómo vienen las cosas y cómo puede protegerla mejor, porque ahora no tiene la seguridad de que los golpistas pasen por alto su condición de confidente de la Alta Comisaría depuesta.

Solloza levemente. Aprieta con fuerza desproporcionada las manos de Macarena. La penumbra que aísla del calor abrasador del exterior crea una atmósfera de intimidad que favorece sentir que son un mismo cuerpo, que lo que le pueda pasar a ella también lo ha de sufrir Macarena, que la pregunta que le quema las entrañas es superflua, que lo que su amante tenga que hacer para beneficiarla lo hará sin necesidad de aturullarla con demasiadas preguntas. Desenlazan las manos. Ligeramente encorvada sobre la otra, Eloísa le acaricia suavemente la cara y le da un beso en el que se funden los labios de ambas.

Decide no preguntar, pero Macarena sabe que la conversación no puede acabar con la caricia y el beso profundo que se acaban de dar. Tiene ante sí una dolorosa responsabilidad de la que no puede abdicar.

—Eloísa, he hablado demasiado de mí misma y ahora la importante eres tú —introduce al tiempo que la sangre le golpea las sienes.

La mirada firme de Macarena y su respiración pesada saca a su amante de la modorra en la que se ha instalado, una vez que ha decidido callarse la preocupación que la corroe. Sacude la cabeza de

manera que hace bailar con gracia su melena. Enderezan las dos el cuerpo. Se observan de una forma que expresa más que las palabras. La de Macarena, vigorosa, dice que tiene que contarle algo grave, que le gustaría mucho dejarlo en el tintero, pero que no puede hacerlo. La de Eloísa, abatida y suplicante, ruega que no le diga lo que tanto teme escuchar.

—El momento que vivimos es grave y me da miedo lo que te pueda pasar. Bernhardt me asegura que por el momento puedes estar tranquila, pero yo no las tengo todas conmigo —anuncia Macarena con tintes dramáticos que franquean la puerta a nada bueno.

Eloísa tensa los músculos de la mandíbula y aprieta los dientes para evitar que salga el grito teñido de espanto que puede retener a duras penas.

—Me lo temía, Macu, me lo temía. Son muy conocidas mis simpatías republicanas, y, aunque lo he llevado con toda discreción y tratado directamente con Álvarez-Buylla, seguro que los golpistas me tienen fichada como informante de la Alta Comisaría republicana —razona con la voz temblorosa a pesar de haber templado bastante los nervios.

—Por ahora estate tranquila, tienen otras prioridades. Johannes me garantiza que, si dejas de exhibirte por ahí y no te pones a tiro de miradas vengativas, no te pasará nada —asegura la española con unas palabras rebosantes de conjeturas.

La sangre asalta las mejillas de la francesa, que arrincona el tono sufrido y habla con ojos furiosos.

—La mayor protección que me puedes dar en estos momentos es decirme toda la verdad, no guardarte nada y menos por motivos egoístas —se le escapa de entre los dientes una insinuación que la otra recibe con amargura.

La atmósfera ha cambiado por completo. A la ternura ha sucedido la rudeza. A la confianza, la desconfianza. Los paños calientes son desechados y la herida pasa a sangrar a la luz del día.

—Los militares quieren hacer tabla rasa de todo lo anterior y no rehúyen la sangre para ejecutarlo —airea Macarena con crueldad que aterroriza a la otra—. Durante la madrugada y esta misma

mañana están deteniendo a mucha gente opuesta a lo que ellos llaman el movimiento nacional o simplemente que huelan un poco a izquierdismo. Si te hablo como me has pedido que lo haga y como creo que debo hacerlo, no puedo ocultarte mi miedo de que la violencia se desate por individuos incontrolados que ni los Bernhardt, Sáenz de Buruaga y compañía puedan dominar. Los de la Falange de la sangre de aquí queriendo emular a los de Madrid me dan pavor — reconoce Macarena dejando al desnudo lo que ha ocultado hasta entonces.

La presencia de la francesa se disuelve hasta casi borrarse por el derrumbe anímico que le provocan las últimas palabras. Querría desaparecer, única manera con la que puede ocultarse del ojo vengativo que siente que le acecha buscando el momento oportuno para abatirse sobre ella y hacerle pagar sus servicios a la causa republicana.

Es tan lacerante la pena y el desvalimiento que el rostro de Eloísa refleja, que su amante duda si proseguir. Lo hace para proponerle una salida que le permita entrever un horizonte menos negro.

—Después de darle muchas vueltas y tantear a lo largo de toda la mañana a varios amigos, no solo a Bernhardt, he llegado a la conclusión de que, por mucho que me cueste, la mejor ayuda que te puedo prestar es ayudarte a que desaparezcas de Tetuán y vuelvas al Protectorado francés.

El pensamiento hasta entonces lastrado de Eloísa despierta con empuje. Fija los ojos en su interlocutora y lanza estas palabras que son como piedras que chocan ruidosamente.

—¿Quieres decir que la solución es que me largue de Tetuán y que no nos volvamos a ver? —interroga encrespada.

—Créeme que me ha costado una barbaridad llegar a esa conclusión. Lo he pensado mucho. Es lo mejor y lo único seguro. Nadie sabe a ciencia cierta cómo van a evolucionar los acontecimientos en los próximos días. Tengo hilo directo con alguno de los jefes del alzamiento y cuando les pido que me garanticen tu seguridad o lo hacen con la boca chica o se encogen de hombros. La violencia y los odios vengativos pueden correr sin que nadie los frene durante las próximas semanas —respira exageradamente y

coloca bien los pelos rebeldes que el calor y la tensión han sacado del orden estético de su melena—. Los Sáenz de Buruaga y compañía están hoy por hoy más preocupados por la reacción de sus compañeros en la Península que por controlar la represión para que no se desmande. Este es el peligro del que te tengo que salvaguardar —asevera Macarena apretando su dentadura blanca y bien alineada.

Eloísa, cuando acaba, relaja la compostura corporal y vuelve al cauce de lo afectivo.

—Si tú lo dices, yo no tengo nada que añadir —asiente relajando las manos que había convertido en puños agresivos.

Estas palabras que rezuman amargura dan pie a que Macarena suelte un dato contundente que solo mencionarlo provoca escalofríos en quien lo dice y en quien lo escucha.

—Me alegra que comprendas que la solución para las dos es que, a pesar de que me cueste muchísimo no verte durante una temporada, desaparezcas de un Tetuán en donde una terrible represión está ya en marcha, como debe estarlo en el resto del Protectorado —hace un alto, un repentino calor le sube a la cabeza y toma carrerilla para decir atropelladamente—: La prueba de lo mucho que me preocupo por ti es que, entre las cosas tremendas que he oído, hay una que es un síntoma de lo que nos espera hasta que el agua vuelva a un cauce más o menos razonable. A poca distancia de Tetuán, en Mogote, están preparando a toda velocidad un campo de concentración para recibir a todos los que ya no caben en las cárceles y zonas de los cuarteles preparadas para recibir a los detenidos. ¡Imagínate hasta qué extremos llega ya la represión cuando todavía no han transcurrido veinticuatro horas del golpe en Tetuán y ya están acondicionando un campo de concentración! —exclama Macarena con destellos de inquietud en la cara.

—No le demos más vueltas, tengo que salir de Tetuán, cuanto antes mejor y de una manera discreta para no alertar a los que me tengan en las listas de perseguidos que deben estar circulando. La pregunta es cómo me las arreglo yo para huir de Tetuán mañana mejor que pasado y sin que se entere nadie, salvo tú —Eloísa plantea de manera que prefigura la contestación.

Macarena toma la palabra con aire pesaroso que pone de manifiesto qué duro le resulta hablar de que desaparezca de Tetuán una persona con la que ha compartido momentos de esplendor erótico y que es uno de los imanes de El Escondite.

—Ahora mismo no sé cómo te voy a sacar sana y salva de la ciudad, pero sé que lo haré. Necesito un poco de tiempo. Por ahora haz vida normal dentro de El Escondite, pero ni se te ocurra traspasar la puerta de la calle, haz todo dentro de estas cuatro paredes. Hay que dejar que pasen el sábado y el domingo, que van a ser calentitos por lo que me ha contado Bernhardt —anuncia con posos de intriga.

—¿Qué nos espera este fin de semana? —reclama Eloísa con modales desprendiendo resignación.

—Me ha contado Johannes que sobre las diez de esta mañana Sáenz de Buruaga ha telegrafiado al general Franco, que todavía está en Las Palmas, para comunicarle que Tetuán está totalmente controlada y que puede aterrizar sin ningún problema en Sania Ramel —Macarena traslada recreándose en la suerte.

—¿Y eso qué? —interviene Eloísa desplomando la mano derecha sobre el lateral de la silla donde está sentada.

—Eso es muy importante. Franco puede aterrizar en Sania Ramel este mismo sábado o el domingo. Su llegada impondrá una tremenda vigilancia en las salidas y entradas de la ciudad. Hay que dejar que pase esto y enseguida sacarte de aquí aprovechando la relajación que seguirá cuando Franco se haya instalado.

—Pero ¿cómo llego yo al Protectorado francés después de haber salido de aquí? —se pregunta Eloísa llevándose la mano pensativamente a la frente.

—Esa parte te toca resolverla a ti, yo me muevo muy bien en Tetuán y muy mal fuera de sus límites. Piensa cómo tus amigos del Protectorado francés te pueden echar una mano, aunque te prevengo que no va a ser fácil, porque he oído que los franceses han cerrado la frontera hasta ver cómo se desarrolla todo —comenta la dueña de El Escondite en un tono cansino revelador de que considera agotada la conversación y de que la hora de la comida llama ruidosamente a la puerta.

Un mohín raro en el que su proporcionada nariz cobra protagonismo anida repentinamente en la cara de una Eloísa que, a pesar de los avatares de las últimas horas, irradia belleza.

—Tú ayúdame a salir de Tetuán y a que pueda llegar a Larache. Allí tengo un buen amigo que seguro me echará una mano —revela la francesa con el reiterado gesto de arrugar y desarrugar la frente en la que imaginariamente aparece escrito Paco Tenoll, su amigo y amante.

Parte décima

Los momentos posteriores al levantamiento en Tetuán

Capítulo I

Las gestiones de Beigbeder cerca del jalifa y el gran visir

1

A Juan Luis Beigbeder le desagrada airear ante sus compañeros la mucha cultura que atesora fruto de su gusto por la lectura, su prolongada estancia en la agregaduría militar de la embajada de Berlín, sus viajes por el extranjero y de su inclinación por el cultivo del idioma y cultura árabes. Es consciente de que en su forma de manifestarse hay algo que suele irritar a los que comparten profesión con él, la mayoría de ellos alejados de sus características personales. Por eso actúa con un punto de retraimiento que le lleva a utilizar con mesura la palabra para no dar excesivas pruebas de lo que debe administrar prudentemente en un medio en el que descolla sobre la zafiedad.

Sus cuarenta y ocho años cargados de experiencia han contribuido también a convertirlo en un verdadero maestro en la gestión de los silencios. En las reuniones conspiratorias abre poco la boca, salvo que el desacierto sea craso o se olvide algún aspecto sustancial de la realidad marroquí.

Además de en los principales aspectos de preparación del golpe, Beigbeder ha participado de forma activa en la elaboración de las Instrucciones para el desarrollo de las directrices del general Mola en lo relativo a Marruecos emitidas el veinticuatro de junio de 1936. Aportó mucho y atinado en este asunto gracias a su inteligencia y habilidad, no siempre entendidas. Logró alguno de sus objetivos, que quedaron reflejados a lo largo de las veinticinco letras del abecedario en las que el documento se desgrana. En él se puede leer como instrucción a los sublevados: «j) Ponerse en contacto con el jalifa y sus visires para informarles del alzamiento. K) Comunicar a las autoridades moras el alzamiento ejerciendo cerca de ellas una política de atracción. L) Ejercer una política de atracción cerca de los jefes de cofradías y los chorfa». Después de forcejear mucho, tuvo que aceptar que su amigo el nacionalista Abdeljalek Torres recibiera

un tratamiento represivo especial, que consideró una gran torpeza y está decidido a subsanar cuando coja las riendas de la Delegación de Asuntos Indígenas. En concreto, le disgustó enormemente que en la instrucción bajo la letra m) constara: «Detener al jefe de los nacionalistas moros Abdeljalek Torres y someter a sus seguidores a residencia forzosa». Menos disgusto le supuso que en la letra n) se impusiera: «Detener a los cabecillas moros que nos combatieron durante la pacificación», que habían sido indultados y liberados bajo el mandato del Gobierno del Frente Popular por el dahír de 6 de abril de 1936.

2

Beigbeder se ha instalado en el despacho del delegado de Asuntos Indígenas, una vez tomada su sede y destituido el coronel Peña. Aunque todavía *in pectore* porque hasta la llegada a Tetuán de Franco no se formalizará su nombramiento, está actuando. Ha retirado todos los objetos personales del anterior ocupante y está absorbido por la cadena de llamadas telefónicas y encuentros cortos y expeditivos con los caídes de las principales cabilas, los bajás de las ciudades y los jefes de las cofradías religiosas más destacadas. En todo ello lleva las riendas aupado por su dominio del árabe clásico, que no es siempre entendido por sus interlocutores, lo que le exige el esfuerzo suplementario de intercalar frases en árabe vulgar y en amazih.

Está relativamente tranquilo. Sus gestiones van por buen camino. La combinación de habilidades, de cruzada contra los «sin Dios republicanos» y el compromiso de dádivas y favores va dando fruto. Los caídes, bajás y jefes de las cofradías contactados se adhieren al movimiento, algunos con entusiasmo, otros con expresiones medidas a propósito y terceros con alguna salvedad que vence la promesa de nuevas aportaciones económicas.

Está bastante contento. Los resultados favorables de esa mañana se suman a los de la madrugada y primeras horas del dieciocho de julio. Serían las tres de la madrugada de este día cuando Beigbeder se puso en contacto telefónico con el palacio jalifiano. El chambelán

del jalifa, el notable Sidi Abdelwahid Brixa, cogió el teléfono y logró que le pasara con el jalifa Muley Mehdi ben Ismail. La conversación fue corta. El jalifa, adormilado y superado por los acontecimientos, balbució expresiones indefinidas como «ah, bueno … sí, bueno» como respuesta al sorpresivo chaparrón que le vino encima. «El ejército y a su cabeza el general Franco se han levantado contra "los sin Dios de la República", los alzados dominan todo el Protectorado, Ceuta, Melilla, las Canarias y gran parte de la Península y Baleares, y el general Franco está a punto de llegar a Tetuán», alegó Beigbeder con tono reflexivo a quien le escuchaba aturdido. A lo que añadió que los alzados querían que fuera el jalifa el primero en conocer su movimiento «porque contaban con su adhesión y la de todo el pueblo marroquí».

Ya entrada la mañana del dieciocho de julio, a las diez aproximadamente, Beigbeder es uno de los protagonistas de un episodio importante. Acompañando al alto comisario provisional, coronel Sáenz de Buruaga, asiste en el palacio jalifal de la Plaza de España a una entrevista con el jalifa, a la que por el lado marroquí solo está presente el gran visir Sidi Ahmed el Ganmia. Aunque a través del comandante Granados, su ayudante militar, el jalifa había felicitado al general Franco y anunciado su propósito de pedir a Dios para «la nueva España un triunfo completo y glorioso», en la conversación telefónica de la pasada madrugada el apoyo no había sido tan nítido y el encuentro personal revestía gran importancia para ratificar definitivamente actitudes. El jalifa casi no abre la boca, él y el anciano gran visir atienden con ligeros gestos y algún vocablo impreciso a lo que Sáenz de Buruaga y Beigbeder exponen. El núcleo fundamental del casi monólogo es ocupado por referencias a que el alzamiento había triunfado en toda España, por la insistencia en que la tranquilidad cundía en todo el Protectorado con el apoyo de caídes y bajás y por el anuncio a bombo y platillo de que Franco llegará en cualquier momento a Tetuán y que lo primero que hará será presentar sus respetos al jalifa.

Capítulo II
El bombardeo de Tetuán

1

Son casi las tres de la tarde y el agotamiento enmascara el hambre propia de la hora que es. Beigbeder está examinando el reverso de unos folios en los que en el anverso todavía luce el emblema de la República y la referencia a Eleuterio Peña Rodríguez como delegado de Asuntos Indígenas.

Un lejano zumbido le saca de sus cogitaciones. No le da importancia, inmerso en revisar la lista después de tachar nombres y comprobar los gerifaltes marroquíes que tiene aún que ver. El zumbido crece. Se levanta. Se ajusta las gafas de cristales redondos que forman parte de su fisonomía. Se abalanza sobre la ventana sintiendo un caudaloso bombeo de sangre apreciable en las sienes. Se encuentra lo que temía. Un Douglas DC-2, que reconoce como aparato comercial acondicionado para uso militar, evoluciona torpemente sobre la Plaza de España y sus alrededores y empieza a lanzar las ocho bombas que transporta.

El avión regresa a la base sevillana de Tablada sin la seguridad de haber acertado en el objetivo de dañar el edificio de la Alta Comisaría y de anunciar que el Gobierno de la República está dispuesto a poner todos los medios necesarios para aplastar la rebelión. Sin embargo, Beigbeder aprecia desde la ventana de su despacho situado en la misma Plaza de España y a pesar de la gran humareda ocasionada por el bombardeo, que los destrozos no son solo materiales y han afectado a varios edificios más allá del de la Alta Comisaría. Observa que marroquíes y españoles salen despavoridos de la medina, algunos renqueando lastimosamente y otros profiriendo gritos desgarradores que piden auxilio para las personas a las que ayudan que dejan atrás un reguero de sangre. El caos es total. Los precarios primeros auxilios luchan por abrirse camino para llegar a la medina atravesando la puerta del Comercio. Lo hacen entre cascotes, heridos que corren o se arrastran y

cadáveres de marroquíes y españoles que proclaman la tragedia. Se quita las gafas, frota sus ojos pardos buscando fuerzas para afrontar lo que, sin necesidad de que se lo diga nadie, sabe que tiene que hacer sin dilación. Busca de dónde procede el humo. Cuando se cerciora de que es de la medina y de la cercana mezquita de Sidi Abdullah el Hach el Bakali, donde está enterrado el popular santón del mismo nombre, se echa las manos a la cabeza con una expresión fatídica que agrieta el aspecto tranquilo que suele caracterizar su semblante.

En contra de sus preferencias, viste de militar, los acontecimientos de la noche y de la madrugada se lo han impuesto y no ha tenido ni un segundo para cambiarse en aquella endemoniada mañana. Recoge la gorra con las dos estrellas de ocho puntas que ha dejado sobre una mesa auxiliar y se dispone a salir corriendo hacia el mexuar o palacio del Gobierno jalifiano para hablar con el gran visir el Ganmia y darle explicaciones que suavicen los efectos que los daños personales y materiales del bombardeo hayan ocasionado en la población musulmana. Cuando sale por la puerta del despacho, un ayudante le comunica que, al margen de las cuantiosos pérdidas materiales, se calcula que ha habido once muertos entre los marroquíes y cinco entre los españoles más numerosos heridos y que empiezan a extenderse airadas protestas entre los musulmanes. Beigbeder no le contesta y sale flechado hacia el mexuar situado en la misma Plaza de España.

La guardia emplazada bajo las armoniosas arcadas en herradura de la entrada del palacio jalifiano le franquea el paso reconociéndolo como uno de los hombres fuertes del nuevo panorama político. Beigbeder hace un tímido saludo con marcialidad difuminada para responder a la energía con la que se cuadran los guardias que lo ven entrar.

El gran visir Sidi Ahmed Ben Hach Abd-el-Krim el Ganmia lo recibe sin hacerle esperar. Está alarmado por el bombardeo y teme por sus consecuencias en una población musulmana que, ajena a los problemas entre los españoles, ha sufrido el mayor zarpazo de las bombas. Necesita saber a qué atenerse porque tiene la certeza de que alguno de los miembros del Gobierno jalifiano y los nacionalistas

marroquíes, que, encabezados por Abdelkader Torres, son todavía escasos aunque muy activos, se le van a echar encima. Él desea la paz con los españoles y, si ahora los que van a mandar en el Protectorado son los del bando de Beigbeder, quiere llevarse bien con ellos y colaborar en cuanto resulte de beneficio común.

La reunión se celebra en un salón con derroche de arquitectura y decoración marroquíes. El Ganmia entra renqueante con sus casi setenta y tres años, el veintiuno de julio los cumple precisamente. Su cara enjuta, en la que la nariz emerge de un bigote y una barba tupidos, expresa un infinito cansancio y una pregunta a la que él mismo no halla respuesta: ¿Qué hago yo en medio de una guerra entre españoles que se odian hasta querer matarse? Beigbeder no ve en él a un político capaz de enfrentarse a una situación tan peliaguda como la que ahora tiene entre manos. Ve en él lo que verdaderamente es, un estudioso versado en todas las ramas de las ciencias islámicas. Se pregunta si aguantará toda la presión que debe estar soportando y va a soportar de unos y de otros multiplicada ahora por el bombardeo.

La conversación arranca con todo el formalismo propio de estos encuentros. Si Beigbeder logra a duras penas conservar la serenidad y el aspecto hierático, el Ganmia lo consigue sobradamente y ni una arruga de su cara se mueve y ni un pelo de su nívea barba está fuera de su sitio. Todo revela quietud y estoicismo ante el terremoto que ha sacudido Tetuán y todo el Protectorado en las últimas horas.

—No sabe, su excelencia el gran visir, lo que siento el despreciable y odioso bombardeo que la indefensa población civil de Tetuán acaba de sufrir —el teniente coronel, perfecto conocedor del ritual y el ritmo a los que han de acogerse las entrevistas con el Ganmia, adelanta dando vida a su poblado bigote. Se para. El silencio es colosal y desaloja cualquier atisbo de ruido. El gran visir lo observa con los ojos casi cerrados que reducen al mínimo su ya de por sí pequeño tamaño. Como no esboza ni el menor ademán orientativo de cómo avanzar, Beigbeder sigue encomendándose a su experiencia en el trato con personajes musulmanes del más alto rango.

Dos personas radicalmente distintas se hallan frente a frente. Dos mundos diferentes están cara a cara. Los separan muchas cosas,

pero un invisible lazo los acerca envolviéndolos imperceptiblemente. El militar español admira y disfruta con la cultura musulmana y siente la sensación de que es un puente de comunicación entre ellos. El Ganmia claudica ante la superioridad de los españoles, y, aunque los mira con desconfianza, es consciente de que está condenado a entenderse con ellos, a ceder cuanto fuera necesario para que su pueblo y él mismo no sean arrollados por la potencia protectora.

El gran visir sigue observando con ojos velados por el cansancio y la agitación de aquellas turbulentas horas. Se ahorra las palabras, habla con los ojos y el lenguaje corporal que reduce al máximo.

Beigbeder ha caído en las garras de la quietud de su anfitrión, que degusta el suave y voluptuoso placer de ver deslizarse el tiempo dejándolo ir, pero una irresistible pulsión le exige poner coto a tanta parsimonia y le recuerda el motivo por el que está sentado en el palacio jalifal con aquel venerable anciano con aspecto de todo menos de político avezado.

Siempre que puede da muestras de su domino del árabe. Sabe que es un factor que le coloca por encima de la mayoría de sus compañeros de armas, que a lo más que llegan es a chapurrearlo, y le gusta utilizarlo. El diálogo que comienza a enhebrarse se desarrolla en este idioma.

Beigbeder con una fría cortesía que en algún pasaje casi raya en el pecado imperdonable en las relaciones con los marroquíes que es la altanería, reproduce los argumentos que ya ha desarrollado en la reunión de esa misma mañana. Obligado por las circunstancias y sin fundamento sólido para hacerlo, pronostica que el bombardeo no se volverá a repetir. Recalca hasta la saciedad que el avión ha sido enviado por el Gobierno de «la República de los sin Dios», a los cuales se enfrentan los militares que dominan todo el Protectorado y en unas horas toda España. Como la cara del gran visir permanece impertérrita y solo ha conseguido arrebatarle un desconcertante gesto de su nariz, echa mano de lo que se ha anunciado reiteradamente y que no acaba de producirse, la llegada inminente del general Franco. El Ganmia le brinda un ligero gesto de incredulidad cuando escucha esta afirmación que ha llegado a sus

oídos por distintos cauces. Beigbeder insiste y, como su interlocutor sigue sumido en un insondable silencio, se decide a dar el paso definitivo. Engorda la voz, endereza su compostura corporal y la expresión de su cara se transforma en un ruego abrasivo que por el juego psicológico coloca a el Ganmia en una posición prevaleciente sobre el teniente coronel. Beigbeder le ruega con fervor que traslade al pueblo marroquí y a sus dirigentes que el bombardeo es de los sin fe republicanos a los que los militares españoles combaten, y que, como toda España está ya o está a punto de caer en manos del movimiento nacional, el bombardeo no volverá a producirse.

El gran visir responde con unos sintagmas adverbiales que, si hay que interpretar, únicamente pueden serlo en sentido favorable.

La entrevista concluye unos segundos después. Las formalidades se engarzan con la misma solemnidad que al inicio. Beigbeder sale satisfecho y con la sensación reconfortante del deber cumplido. El Ganmia queda a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

2

Tras el bombardeo la vida en Tetuán pugna por recuperar su ritmo habitual. A pesar de la indignación y el pavor a que se repitiera, un grupo de notables de la ciudad acude a la Yemaa el Quebir o Gran Mezquita para hacer la tercera de las cinco oraciones mahometanas. Si ya están sulfurados individualmente, su reunión enciende más los ánimos. «No podemos quedarnos con los brazos cruzados después del bombardeo, algo hay que hacer» es el grito que emerge de todos ellos. Alguno sugiere visitar a Abdeljalek Torres, el principal dirigente nacionalista después de la muerte de Hach Abdeslam Bennuma que destaca por su juventud, inteligencia y habilidad. Aunque hay alguna voz discrepante, lo acuerdan y se ponen en camino hacia su casa, situada en la calle Baños, muy cerca de la Plaza de España. Cuando llegan allí se encuentran con la sorpresa de que en la entrada está apostada una guardia de soldados que les impide el acceso. Uno de los notables se adelanta y pregunta la razón por la que no pueden ver al líder nacionalista. Uno de los soldados comenta algo a sus compañeros y entra en el interior de la

vivienda. Al cabo de un par de minutos, sale un oficial español y les informa de que no pueden entrevistarse con Torres porque está sometido a residencia forzosa. Como no acaban de comprender el significado de este término, el bajá de la ciudad, Sidi Mohammad Ben Hosain, da un paso al frente e insiste en que quieren entrevistarse con el dueño de la casa. El oficial titubea y, tras un breve forcejeo, accede a que un reducido número de ellos encabezados por el bajá se reúna con el líder nacionalista.

Torres los escucha con cierto regusto por que acudan en primer término a él. Les expone que la retención a la que está sometido le impide moverse y lo inutiliza para cualquier gestión. Ben Hosain toma nuevamente las riendas y le pregunta en tono respetuoso con quién deben entrar en contacto para trasladarle la enorme preocupación que los embarga y orientarles en qué hacer ante un hecho tan costoso en pérdidas humanas y daños materiales. El líder nacionalista recapacita, se arrellana en el largo y ancho diván donde se han acomodado, se lleva la mano derecha a su pelo crespo, y concluye aconsejándoles con palabras medidas que planteen su indignación al jalifa o al gran visir, que ellos son los que tienen la capacidad de canalizar sus reclamaciones con los españoles.

Optan por acudir al mexuar para entrevistarse con el gran visir. El Ganmia los recibe sin dilación. No le sorprende lo que, encabezados por el bajá Ben Hosain y el almotacén Muley Axaax, le plantean. Con modos sedosos y acentuando su aspecto frágil, adopta una postura comprensiva. Escucha y escucha. A propósito los deja hablar y que se desahoguen. Cuando llevan un buen rato haciéndolo y la conversación se parece a todo menos a un diálogo, hace un gesto beatífico que frena en seco la algarabía. «Os comprendo y sufro con vosotros —pontifica solemnemente—. Tenéis razón y trasladaré a las nuevas autoridades españolas vuestra indignación, pero os recuerdo que el avión lo han enviado los republicanos sin fe del Gobierno de la República, que son a los que se enfrentan los militares del Protectorado con el general Franco como jefe supremo. Consciente de vuestro dolor y partícipe de vuestra indignación por lo que ha ocurrido y de vuestro miedo por lo que pueda ocurrir en el futuro —añade con entonación más vigorosa— os digo que nada tenéis que

temer, que lo que desgraciadamente ha ocurrido hoy no volverá a ocurrir. Me he entrevistado con las nuevas autoridades militares del más alto rango y me han dado toda clase de seguridades de que no habrá más bombardeos de aviones, porque a esta hora el alzamiento militar ha triunfado en toda España, donde no queda rastro alguno de la República asesina que nos ha bombardeado ocasionando tantos muertos entre nuestro pueblo y cuantiosos daños materiales» concluye con firmeza.

Aunque despunta algún rumor de insatisfacción, nadie levanta la voz. Todos callan y se disponen a salir aparentemente convencidos de lo que les ha trasladado. Una gran diferencia separa el ánimo con el que entraron del que tienen cuando salen del mexuar. Han arrinconado la indignación y acallado las protestas por el bombardeo. El gran visir ha prestado una gran ayuda a la causa de Franco.

Capítulo iii
La familia Ninet-Robi se adapta a la nueva situación en Larache

1

Pedro Robi sigue los consejos de su sobrino Paco Tenoll el sábado dieciocho y el domingo diecinueve de julio. Temeroso, ha permanecido los dos días sin moverse de su casa, sin asomar la nariz a la ventana. A lo largo de la tarde del domingo su ánimo empieza a cambiar. Se ha sacudido bastante el miedo de las últimas horas y la llegada del lunes y de la rutina laboral le inducen a preguntarse cada vez más por qué no va a poder salir ni acudir a su despacho.

Se lo calla. Lo rumia internamente. Recuerda que salir de casa e ir al trabajo contraviene directamente lo que Tenoll le ha impuesto después de negociar con Juan Sánchez Ferrero, pero acaba tomando una decisión que guarda en el pliegue más profundo de su mente. El día siguiente, lunes diecinueve de julio, retomará su rutina habitual.

A lo largo de la tarde del domingo, sumido en un profundo silencio y en medio de la penumbra del despacho-biblioteca que favorecen las persianas abatidas para proteger de un sol de justicia, refuerza los argumentos para emprender su vida diaria. No tiene nada que temer, por mucho que el líder falangista vocifere y gesticule creyéndose el dueño de la calle en aquellos momentos. No debe nada a nadie y ha ayudado a los militares de uno y otro bando como su principal suministrador en la circunscripción de Larache y uno de los principales fuera de ella. Ha sido siempre de ideas liberales y de progreso, pero, sin militancia activa, pues ha huido siempre de todo protagonismo político. «solo conozco y practico un deber que constituye mi regla de oro: el de ser persona de bien y trabajador hasta el agotamiento —se dice pensativamente—. He asistido a alguna tenida de la Lixus, pero no he pasado de la mera asistencia. Puedo ir con la frente bien alta y mirar a cualquier parte para encontrar amigos», concluye.

Cena con tranquilidad. Se aísla de las noticias de los sublevados que le llegan de varias fuentes. No quiere contaminarse más del ambiente deletéreo de enfrentamientos fratricidas que está cuajando.

Solo una excepción ha interrumpido aquella tarde de domingo con aspecto de ser como cualquier otra. Perico lo aborda pasadas las seis, se interesa por cómo está y charlan de cosas sin transcendencia, aunque sean ambos conscientes de la tragedia que está teniendo lugar a pocos metros. Perico ve a su padre aparentemente tranquilo, aunque, conociéndolo, sabe que la procesión va por dentro.

—Bueno, padre, te dejo, voy a dar una vuelta con Aurora — Perico indica al cabo de un buen rato de charla en la que se han esforzado en aliviar la tensión que ambos soportan.

—Me parece muy bien, pero ¿no os encontrareis con problemas en la calle? Desde aquí no se oye ningún alboroto, pero no sé si habrá lío en el centro de la ciudad —comenta Robi sin dar importancia a lo que dice.

—No, todo está tranquilo —responde Perico esmerándose en despojar de preocupación a sus ojos cargados de ella—. Esta misma mañana he acompañado a mamá a la misa de las doce en la iglesia del Pilar y todo estaba tranquilo. La gente paseaba por la calle Chinguiti como si no hubiera pasado nada. Las únicas novedades son el bando del estado de guerra que han pegado por todas partes, una mayor vigilancia en las entradas y salidas de la medina y las patrullas que recorren las calles y piden la documentación a algunos, pero eso es todo —señala Perico con mirada que pretende acompasarse a estas palabras tranquilizadoras.

Un incómodo silencio se abre paso. Los dos desean concluir la conversación, pero no acaban de encontrar la forma de hacerlo, lastrados por tantas palabras que no pueden salir de la boca y por tantas preocupaciones que deben callarse para no intensificar el manto de inquietud que envuelve sus pensamientos.

Perico no está a gusto con la impresión que ha transmitido de tranquilidad. Le remuerde la conciencia por ocultar unos hechos muy significativos con los que su madre y él se han topado en su

desplazamiento hasta la iglesia franciscana del Pilar situada en pleno corazón de la avenida de la República.

—Vete, vete ya, tu novia debe estar harta de esperarte. Tenemos que ser aún más atentos y cariñosos con ella, porque debe estar pasándolo muy mal sin poder comunicarse con sus padres y con las noticias confusas que llegan de Valencia — comenta Robi contrayendo frente y pómulos en un gesto comprensivo de lo que Aurora está sufriendo en aquellas inciertas horas.

Perico aferra sus manos al apoyabrazos para levantarse, despedirse e irse. Cuando solo ha iniciado el movimiento, se deja caer a plomo sobre la butaca y suscita con entonación vacilante:

—Disculpa, olvidaba algo que a mamá y a mí sí que nos ha llamado la atención. En plena calle Chiguiti y a plena luz del día hemos presenciado escandalizados cómo cuatro o cinco falangistas de edades variadas exigían a algunos transeúntes que saludaran con el brazo en alto, al estilo fascista. La gente, asustada, obedecía, pero un hombre se resistió y dos de esos energúmenos lo agarraron con malas maneras y se lo llevaron casi arrastras a no sé dónde —relata mientras Robi abate los párpados como si con ello no quisiera ver la escena que su mente está reproduciendo según escucha a su hijo.

—¡Qué barbaridad!, ¡qué barbaridad! —es todo lo que Robi puede decir con lengua torpona. No puede continuar porque la indignación cercena lo que quiere añadir.

Perico, para ayudar a su padre a digerir mejor el trance, hace un alto y pierde su mirada entre los libros que colman la biblioteca, elemento destacado de aquella acogedora estancia.

—¿Qué otras cosas tienes que contarme? —Robi vuelve a la carga cuando la curiosidad se sobrepone a la amargura por el incidente de la calle Chinguiti.

Perico se acomoda mejor en la silla. Una duda pulula por su mente. ¿Se ha equivocado contándole lo de los falangistas en la calle Chinguiti? Le abruma esta pregunta, pero no tiene tiempo para contestarla, porque Robi insiste en si hay algo más que deba conocer.

—Otra cosa nos llamó la atención a la salida de misa — introduce Perico con entonación desdeñosa—. Bajamos por la avenida de la

República hasta la Plaza de España para volver a casa por el balcón del Atlántico —inicia una explicación innecesaria que irrita a Robi. «Al grano, al grano», este reclama casi gritando—. Muy cerca de la Plaza de España nos dimos cuenta de que había un pequeño atasco porque los vehículos no podían circular por uno de sus laterales. Notamos, además, que la gente se arremolinaba alrededor de una especie de formación militar. Podríamos haber evitado la plaza y regresar a casa por otro camino, pero caímos en la tentación de curiosear lo que pasaba. Al frente del grupo estaba un capitán de infantería uniformado y detrás de él se desplegaba una escuadra de falangistas de todas las edades con predominio de los jóvenes. Entonaban himnos patrióticos y el cara al sol y, mientras cantaban, y cuando terminaron, exigían a los espectadores que saludaran con el brazo en alto y corearan los vivas a España, a la Falange y al ejército. Todos obedecían como borregos, aplaudían y levantaban el brazo mientras que el oficial gesticulaba cada vez más encantado con el papelón que estaba haciendo vestido de capitán del ejército español —comenta Perico dejando traslucir la opinión que le merecía aquella actuación tan impropia de un militar.

—¿Por qué os acercasteis y qué hicisteis ante ese espectáculo? — inquiere Robi con un deje amargo.

—Mamá insistió, estaba muy interesada en ver aquello. Yo no tenía tanta curiosidad, pero la acompañé, ¡no la iba a dejar sola con toda esa gente! —exclama Perico extendiendo las manos con expresivo lenguaje corporal.

—Pero ¿qué hicisteis?, ¿tuvisteis que hacer el saludo fascista? — Robi pregunta con más indignación que necesidad de conocer la respuesta.

—No, no, nos mantuvimos a una prudente distancia y cuando vimos en qué terminaban aquellos cánticos y exhibiciones paramilitares nos dimos media vuelta y volvimos a casa por la calle Chinguiti —razona Perico engordando sus palabras con sesgo reflexivo.

Robi se lleva la mano izquierda a la boca, arruga la frente como si hurgara en su cabeza y, posando la vista en la biblioteca, interviene sin veladuras.

—¿No estaría Paco entre esa banda de facinerosos? —interroga el veterano comerciante después de dudar unos segundos si adentrarse en algo tan vidrioso.

Perico toma aliento. Su padre teme la peor de las respuestas. La escena se congela a pesar del calor húmedo que un potente ventilador atenúa ligeramente. Pero, de sopetón, la cara de Perico se envuelve en la más radiante de las sonrisas, preludio de unas palabras centelleantes.

—No, no, el primo no estaba allí. Me fijé mucho en eso, es lo que más me interesaba de todo aquel espectáculo. No, no estaba, tranquilo, no estaba —planta la mirada fija en su padre y prosigue cambiando de entonación—: Me habría extrañado que nos lo hubiéramos encontrado entre aquellos fanáticos. He hablado mucho con él en los últimos días y creo que está desengañado de los extremistas y de las barbaridades que hacen.

—Eso me parece a mí también —concede Robi con aspecto más relajado—. Lo noto más familiar y dispuesto a defendernos y defender el negocio por encima de todo, consciente de que en estos momentos está bien situado en un momento político que le favorece más a él que a nosotros por la forma de pensar de cada uno.

Perico está deseando irse. Solo ha entrado a saludar a su padre y Aurora lleva esperándole mucho tiempo y, como está muy nerviosa y preocupada, cualquier cosa le afecta y le da motivo para pensar en lo peor. No sabe cómo poner fin a una conversación que ha ido mucho más lejos de lo previsible. No le resulta fácil, porque Robi tiene toda la pinta de querer seguir hablando después de la buena noticia de que Tenoll no estaba entre los que se manifestaban pendencieramente en la Plaza de España.

Robi, al cabo, se da cuenta de que su hijo quiere salir pitando y se dirige a él con una sonrisa complaciente.

—Bueno, está bien por esta tarde. Ya seguiremos charlando, porque creo que Paco y tú vais a tener que dar un paso al frente de los negocios familiares y eso va a exigir que nos veamos mucho — anuncia Robi con un toque de intrascendencia que no consigue que su hijo pase por alto la enjundia de estas palabras.

***

Robi desayuna a la chita callando, porque sabe que, si Amparo se da cuenta de que va a salir a la calle contraviniendo las indicaciones de Tenoll, se lo va a poner mucho más difícil. Está dispuesto a no exhibirse, pero no a ocultarse como si fuera un delincuente que huye de la justicia. Quiere vencer los miedos que los últimos acontecimientos le generan. La única manera de no caer en sus garras y perder completamente su libertad es acudir a su despacho como cualquier otro lunes.

Sale de su casa a la hora habitual, casi con la primera luz del día. En los primeros pasos camina encogido, mirando a un lado y a otro, como si estuviera haciendo algo malo y temiera una reacción contra él. Tiene la falsa sensación de que sus pisadas resuenan y llaman la atención a un ojo oculto que espía.

Remonta la parte empinada de la calle vulgarmente conocida como de la barraca. A trescientos metros más o menos divisa el edificio del almacén y las oficinas de Casa Ninet. La visión le da arrestos y expulsa los rescoldos del temor con el que ha salido a la calle. La luz fina y transparente de las primeras horas de la mañana acompaña a una brisa fresca que todavía resiste los estragos del sol y hace el paseo agradable.

Paladeando el placer de sentir lo que está sintiendo, no se ha dado cuenta de que de uno de los callejones que van a dar a la calle de la barraca han salido dos jóvenes falangistas con aire pendenciero. Según se aproximan, el lastre de los pasos de Robi se agrava, su rostro se enturbia y sus ojos no saben a dónde dirigirse. Discretamente se palpa el bolsillo superior izquierdo de la chaqueta. Comprueba que, como suponía, no lleva encima la documentación. El corazón le golpea el pecho. Nota los latidos de la sangre en las sienes. Están ya encima y se dispara el miedo de que se reproduzca el incidente que Amparo y Perico vieron ayer en la calle Chinguiti. Lo vence con un latigazo de seguridad que lo empuja a erguir la cabeza cuando está a la altura de los dos falangistas y a desearles buenos días. La contestación es un gruñido altanero sin reparar en él. Robi

mira hacia adelante con la satisfacción de haber superado una prueba importante.

2

El portón macizo claveteado y pintado de azul añil del almacén le sabe a entrada en el cielo. Cuando Robi lo traspasa y le abofetea el turbión de olores y ruidos demostrativo de que la actividad ya ha cobrado la intensidad propia de un lunes por la mañana, siente que sí, que la sensación que le embargaba hace unos segundos es plenamente cierta, que ha entrado en el cielo y el cielo lo ha recibido con los brazos abiertos que son las pilas de sacos y objetos de toda clase que se amontonan desde la misma entrada para que los transportes mecánicos y animales vayan despejando aquel amplio espacio, que será colmado raudamente por otros quizá de contenido diferente, pero no de dimensiones menores.

Los empleados advierten enseguida su presencia. Aquel no es un día cualquiera después de los hechos del sábado y el domingo. Todos lo miran de reojo según se dirige al despacho. Se sienta en su mesa y arranca con el quehacer de cualquier otro lunes. La mañana transcurre con normalidad. Lo único excepcional es comprobar que todos los empleados españoles y marroquíes han acudido puntualmente a su puesto de trabajo. Cuando se cerciora de que es así, respira aliviado, ninguno ha sido víctima de los muchos incidentes que han salpicado la ciudad durante los dos últimos días.

Después de hablar con los dos encargados que ponen de relieve que por ahora no se aprecian consecuencias negativas de la sublevación, Robi está repasando unos albaranes cuando Tenoll irrumpe en el despacho con maneras poco amables.

—Pero ¿qué pasa? No me traigas más malas noticias porque con las del sábado y el domingo tengo para mucho tiempo —adelanta Robi con la intención de frenar una acometida tan inesperada.

Los ojos de Tenoll lanzan chispas de rabia y contrariedad. Robi lo mira de un modo que proclama que allí sigue mandando él por muchas bazas que le esté dando últimamente.

El choque de las miradas desencadena el efecto querido por

ambos. Relaja el ambiente y las mandíbulas apretadas se aflojan.

—Perdona por haber entrado de esta manera, pero me he puesto así cuando la tía me ha contado que no estabas en casa, que habías salido de hurtadillas —esta palabra enciende de nuevo la contrariedad en el rostro de Robi. Tenoll lo nota y rectifica—, bueno, perdona, quiero decir sin que ella se enterara.

Robi le invita a sentarse. Le ofrece un cigarrillo que el otro rechaza y con un gesto amable le insta a que siga hablando. Prefiere que suelte todo lo que lleva dentro y contestarle a continuación.

—Te insistí ayer en que es muy importante, vital, tío, vital, que te quites de en medio por una temporada, que la gente no te vea, que crean que te has ido de Larache —recuerda con entonación suavizada.

—Te estoy haciendo caso, ¿cómo no iba a hacerlo? —replica Robi saliendo al paso de lo que las palabras de su sobrino llevan implícito.

—No, tío, no, quitarte de en medio por una larga temporada es quedarte en casa, no salir, encerrarte en la biblioteca con los libros que tanto te gustan. Significa que no vayas a la oficina y que tus empleados de confianza se vayan turnado en traerte a casa los papeles importantes como mucho un par de veces a la semana — alega Tenoll con despliegue de buenas intenciones hacia su familiar.

—Hombre, Paco, pensé que no era para tanto.

—Sí, tío, es para tanto y para mucho más.

—Yo no he hecho nada malo, he ayudado a todo el mundo, de derechas y de izquierdas. No puedo vivir muerto de miedo, como si tuviera algo grave que ocultar, no veo ningún peligro en que solo salga de casa para venir a la oficina —contraargumenta Robi poniendo el máximo empeño en ablandar a su interlocutor.

Tenoll hace una pausa, acepta la oferta del pitillo y lo enciende con una premiosidad que hace creer a Robi que sus argumentos le están haciendo cambiar de opinión. Pero se equivoca. Las dos profundas caladas del cigarrillo no sirven para que afloje. Sirven para lo contrario: para rehacer las fuerzas con cimientos más firmes.

—Querido tío, tú no sabes lo que está ocurriendo en Larache y en todo el Protectorado. La violencia se extiende, todos los que

militares y falangistas tienen entre ceja y ceja están sufriendo o van a sufrir mucho, incluso les ha costado ya la vida o les puede costar en un futuro próximo —revela Tenoll con un cariz lastimero en sus palabras.

La cara de Robi se entenebrece. Atraviesa a su interlocutor con una mirada afilada y se contiene el gesto de indignación mordiéndose el labio.

—¿A qué te refieres, Paco? Háblame claro, porque llevo dos días encerrado en mi casa, que se ha transformado en una torre de marfil mientras que, según parece, alrededor se producen toda clase de barbaridades.

Un temblor agita los hombros del joven. Lo domina apagando con ahínco el cigarrillo en el cenicero colocado sobre la mesa. Se levanta con un nerviosismo que quema a los dos. Se vuelve a sentar sin que el otro haya despegado los labios. Al cabo de unos segundos abre la boca.

—Te voy a hablar sin pelos en la lengua. Te voy a contar descarnadamente lo que está ocurriendo. No lo hago para asustarte, lo hago para que comprendas de una vez por todas por qué estoy tan pesado con que cumplas a rajatabla lo que tanto me ha costado conseguir de Sánchez Ferrero.

—Sigue, sigue, quiero saber toda la verdad, no quiero continuar envuelto en pañales para protegerme como si fuera un niño pequeño —anima Robi a que continúe un relato que hiede.

—Han entrado a saco en la Lixus, han destruido todos los símbolos u objetos que han podido y han arramplado con toda la documentación después de revolver hasta el último rincón. Como te decía, el objetivo, sobre todo de los falangistas con la ayuda de algunos militares y con el resto haciendo la vista gorda, es cargarse todo lo que huela un poco a sindicalismo, republicanismos, masonería, socialismo o comunismo, aunque la conexión sea ligera, tan ligera como haberlos votado alguna vez.

—¡Qué barbaridad, qué barbaridad! —es todo lo que le sale del alma a un Robi que se lleva las manos a la cabeza en señal de espanto.

Tenoll quiere acabar, cree que ya es bastante con lo que ha

contado, no quiere ahondar más en la herida lacerante que sus palabras están abriendo en su tío, pero no se lo permite.

—¿Conozco yo a alguno de los represaliados? —pregunta con el lastre de suponer que alguno de sus conocidos o de los que ha frecuentado en las tertulias a las que le gusta asistir está en la lista negra.

Tenoll entrecierra los ojos que corren el peligro de desaparecer bajo unos párpados en los que siente un extraño picor. Su primera reacción es rehuir la respuesta, engañarse con que Robi va a contentarse con el humo de las palabras difusas que esconden una realidad de personas con nombres y apellidos. Pero basta un segundo nutrido por el conocimiento de muchos años de su interlocutor para comprender que esa añagaza no le va a servir de nada, que es inútil intentarlo, que no le queda más remedio que darle cuenta de las represalias. Respira hondo y se sumerge en el pozo oscuro del odio y la violencia.

—Te digo algunos nombres que están en boca de muchos y que han sufrido las barbaridades que se están haciendo como si tal cosa, como si fuera el banquete que algunos han estado ansiando durante mucho tiempo —añade con una mueca retorcida en la que quiere escudarse en un último intento de no poner nombre a las víctimas del furor vengativo que circula libremente por todo el Protectorado.

—Paco, ¡nombres! ¡Me estás exasperando, nombres! — Robi reclama con rabia.

—Corre el rumor de que han detenido, y si no lo han fusilado ya sin juicio previo lo harán en pocas horas —un sonoro silencio con sello de tragedia ocupa aquel espacio que rebosa negrura, pero el silencio de Robi es un incontenible grito exigiendo nombres—, a Manuel Jiménez, el sastre.

No puede continuar. Lo interrumpe Robi con un grito de dolor.

—¡El pobre Jiménez!, pero si es un santo, un verdadero santo laico, con el único pecado de ser masón. Ayuda más que nadie a los pobres y a los que no pueden pagar les fía sabiendo que nunca cobrará.

Tenoll quiere parar. No se siente capaz de seguir con la lista de represaliados, pero no puede. Su tío, indignado, convencido de que

el único alivio del dolor que le desgarra es conocer la verdad, conocer la muerte de personas que han formado parte del paisaje de su vida hasta el viernes diecisiete de julio.

—Por favor, Paquito —se dirige a él con un tono suplicante que no logra disipar la dureza que hay detrás—, no me obligues a sacarte los nombres con sacacorchos, ¡quiero enterarme de lo que está ocurriendo más allá de estas paredes! — brama agitando la cabeza.

—Todo indica que Mauricio Matamala ha sufrido la misma suerte —añade Tenoll con apesadumbramiento.

—¡Otro igual! —chilla Robi llevándose las manos a la cabeza en ademán de desesperación—. Otro bendito que cae en las garras asesinas de los que buscan venganza no sé de qué. Matamala como maestro del grupo escolar Yudah Levy hace una labor educativa estupenda con los niños sefardíes. Es generoso como nadie. Tiene un corazón de oro que reparte lo poco que tiene entre los que tienen todavía menos —aduce con desesperación mientras Tenoll calla. Tiene conocimiento de que el salvajismo se ha ensañado con este maestro hasta extremos que decide ahorrar a su tío. Le ahorra que estaba enfermo en el hospital, lo llevaron directamente a un descampado cerca del cementerio cristiano nuevo y allí lo fusilaron en pijama, sin darle la posibilidad de mudarse de ropa para salir a la calle. Como quiere por encima de todo evitar que su tío se entere de tanta maldad, imprime un giro parcial a la conversación, aunque se mantenga dentro de la misma deletérea materia.

—No solo civiles, también han detenido a militares que, si todavía no han sido fusilados, lo serán en las próximas horas —anuncia Tenoll para desviar la atención hacia personas menos allegadas a su interlocutor.

—¿Quiénes? Dime alguno —no ceja Robi en ahondar en la herida que cada vez le sangra más.

—Hay rumores, y desgraciadamente los rumores hoy se acaban confirmando, de que han detenido a algunos oficiales y a bastantes suboficiales y soldados. Entre ellos quizá conozcas al capitán de infantería José Navacerrada y al capitán veterinario Eulogio Fernández. Fíjate cómo están las cosas entre los propios militares que el jefe de los Regulares de la ciudad, el teniente coronel Luis

Romero Bassart, ha tenido que salir corriendo de Alcazarquivir y, después de muchas peripecias, ha conseguido refugiarse en el Protectorado francés a pesar de que la frontera de Arbaua está cerrada. No sé los que lo han ayudado, desde luego no han sido las autoridades marroquíes, porque todos los caídes de las cabilas de la zona se han adherido a los sublevados. Lo cierto es que ha conseguido llegar a Rabat. Fíjate hasta dónde alcanza la represión que en Larache han acordado lo que llaman residencia forzosa, es decir, arresto domiciliario, de siete dirigentes marroquíes por simpatizar más o menos con las ideas nacionalistas, entre ellos a Mohammad Bennani y Hassan Yebari —acaba Tenoll con claras muestras de cansancio.

De pronto, una mirada fulminante de Robi disuelve la penumbra. Se queda mirando con fijeza a su sobrino durante unos segundos. Del abatimiento ha pasado casi sin solución de continuidad a un nerviosismo que activa los músculos de la cara.

—¿Qué podemos hacer nosotros ante estos terribles hechos, porque algo tenemos que hacer? —interroga Robi en quien las últimas palabras de Tenoll han despertado una apremiante necesidad de no quedarse con las manos una sobre la otra. Su voluntad brota más fuerte que nunca y supera todas las barreras que levanta el pavor a que tanta brutalidad se centre en él o en Casa Ninet.

—Tío, convéncete, tenemos que esperar a que escampe el temporal. Lo que hay que hacer, te lo repito hasta la saciedad, es ponerte a salvo a ti y conseguir que los negocios se vayan adaptando a la nueva situación —postula Tenoll con convencimiento —. Cuando pase el temporal y nos hayamos asentado, ya habrá oportunidad de ayudar a alguno de esos viejos amigos tuyos que corren peligro.

Robi ve con muy buenos ojos el apunte de que ya llegará el momento en el que pueda ayudar a los que ha llamado sus viejos amigos, y desliza un gesto bondadoso extendiendo los brazos hacia él, al mismo tiempo que modula el timbre de la voz buscando el difícil equilibrio entre transmitir un ruego y conservar su posición preeminente.

—Paco, tenemos que ayudar a que esa pobre gente se pueda zafar de las garras que los amenazan, sobre todo después de las atrocidades que se han cometido con Jiménez y Matamala —afirma Robi redondeando la entonación adecuada para llegar al corazón de su interlocutor.

Tenoll mueve dubitativamente la cabeza. Sopesa en dos eternos segundos la contestación. Debe diferenciar con claridad lo que es principal y lo que es secundario en este delicado momento. Lo principal, recuerda para sus adentros, es salvar a su tío y garantizar que Casa Ninet siga prosperando en tiempos tan inciertos. Para ello debe arrancar de Robi el firme compromiso de que va a cumplir a rajatabla lo que acuerden. Lo secundario ahora es abrir la puerta a que en un futuro, y gracias a los contactos de Robi en cabilas y aduares, puedan echar una mano a los que huyan de las atrocidades que proliferan.

—De acuerdo, tío, hay que ayudar a los que necesiten salir del Protectorado español para salvar la vida. No podemos ser cómplices por pasividad de las barbaridades que nos rodean, pero antes hay que arreglar otras cosas, porque, si no las resolvemos, poco podremos hacer para ayudar a esas personas — concede Tenoll con un suave vaivén de la cabeza.

La conversación que ha multiplicado el cansancio de Robi y ha requerido que Tenoll demuestre todas sus habilidades transcurre a partir de las últimas palabras a un ritmo endiablado. Robi se compromete firmemente a no salir de casa. Una excepción arranca de su sobrino: podrá acudir un día a la semana al despacho, ese día saldrá de casa muy pronto por la mañana, comerá allí y regresará ya de noche para pasar desapercibido. Las puertas a ayudar a que ciertas personas huyan de Larache quedan abiertas, aunque pendientes de que el vendaval amaine y se pueda hacer con las suficientes seguridades de que no van a ser descubiertos.

Salen juntos del almacén para comer cada uno por su lado. Un nuevo y sólido eslabón se ha añadido a la cadena de coincidencias personales, económicas y profesionales de tío y sobrino.

3

Esa misma tarde el despacho-biblioteca de la casa familiar es testigo de una importante reunión. Robi ha convocado a Perico y a Tenoll. Tras la conversación de la mañana con este último, es imprescindible hacer algunos ajustes en el funcionamiento de Casa Ninet. Robi explica lo que ha convenido con su sobrino. Perico lo escucha sin pestañear y presta a todo su conformidad. Los dos primos asumen nuevas funciones ante el forzado oscurecimiento del director-gerente. Acuerdan reunirse los tres una vez a la semana para tratar los problemas que puedan ir suscitándose sin perjuicio de que este último esté siempre a su disposición en casa.

En compañía de Aurora, Amparo ha estado atenta a que la reunión termine. Al salir, los dos jóvenes les comentan que la reunión ha ido muy bien. Ha empezado con buen pie, piensa perspicazmente Amparo, el proceso de la lenta pero imparable cesión del timón de los negocios familiares. Cuando Tenoll se va y los novios enhebran una conversación, Amparo fuerza un aparte con su marido y vuelve a interesarse por cómo ha ido todo. «Ha ido muy bien. ¡Cómo está madurando Paco! ¡Parece otra persona muy distinta a la de la de sus trastadas en Sevilla, Guinea y Madrid! Está ayudando mucho y se lleva muy bien con Perico, a pesar de ser muy diferentes», proclama Robi con la cara incendiada de satisfacción.

Amparo escucha estas palabras con alegría y le comenta con suavidad: «No sabes lo que me gusta oírte lo que me acabas de decir. Voy a llamar a mi hermana Magdalena para contárselo. Ella, que siempre está preocupada por su hijo, se va a poner más contenta que unas pascuas», señala muy complacida.

Parte decimoprimera

El general Franco llega a Tetuán

Capítulo i
La desesperación de Eloísa Dupereur

1

A Eloísa Dupereur le cuesta una enormidad adaptarse a la nueva realidad. La tarde del dieciocho de julio, después de la conversación con Macarena, duda de todo, su mundo se agita sin control bajo sus pies y amenaza con un gran terremoto. Las palabras tranquilizadoras que le ha dicho hace unas pocas horas le han calmado bastante. No va a salir de El Escondite, no va a dejarse ver por ningún sitio, tiene que esperar allí encerrada hasta que su amiga le consiga el salvoconducto que le permita emprender la primera etapa de su huida hacia el Protectorado francés en la que proyecta parar en Larache para ponerse bajo la protección de Paco Tenoll. Mientras tanto, y según transcurren las primeras horas de la tarde, los clientes irrumpen en el burdel cuyas puertas se han abierto a pesar del cierre de otros establecimientos parecidos gracias a las buenas relaciones que Macarena cultiva con los que han tomado el poder.

***

El diecinueve de julio se le hace a Eloísa interminable. Se acerca cada dos por tres a la ventana para liberarse un poco del agobio de aquel espacio y comprobar si la Luneta de aquel domingo es diferente a la de los demás. Una de las veces que Macarena entra en la habitación para interesarse por cómo lleva el encierro, la encuentra asomada a la ventana, con los visillos sujetos por la mano derecha y con cara de curiosear el barullo exterior. La expresión de su amante lo dice todo. Enfurecida se abalanza sobre ella, le propina un manotazo que hace que los visillos caigan a plomo y que la visión de la calle se difumine. Eloísa, sorprendida por esta reacción, escucha estupefacta «¡qué haces! ¡No te he dicho cien veces que te escondas! La calle en un día tan especial como hoy está muy concurrida y cualquiera de esos que van deteniendo gente para hacer con ellos cualquier barbaridad te puede ver y ocurrírsele

alguna fechoría que yo no pueda parar» la francesa afirma con un tono que desarma por completo a una Eloísa con los nervios a flor de piel y la ansiedad desbocada. Un gesto de la cara que descoyunta su belleza es el preludio de que rompa a llorar compulsivamente en los brazos de la otra. Entregada a sus brazos, Macarena le acaricia cariñosamente la melena y le susurra «tranquila, no pasa nada, pero te he dicho un montón de veces que tu seguridad en este momento exige que no te vea nadie, que se olviden de ti durante unos días. Así me resultará menos difícil obtener el salvoconducto para que salgas de Tetuán. Tienes que ayudarte y ayudarme teniendo prudencia. Hay que encontrar el momento oportuno para que escapes y desde luego ese día no es hoy ni mañana y vete a saber cuándo será. Paciencia, no podemos tener más que paciencia. Como te muevas y te vea alguno de esos tipos que mandan hoy y que van solucionando los problemas a tiros, estamos arregladas tú y yo», concluye con agresividad muy atenuada.

—Ya estoy más tranquila —reconoce Eloísa después de estar recogida unos segundos en el regazo de la otra—. Pero me has asustado viéndote como una fiera. ¿Por qué dices que hoy es un día especial? ¿Otro día me puedo asomar a la ventana para ver gente y no estar tan encerrada entre cuatro paredes? — pregunta encadenadamente buscando una luz que ilumine algo la tiniebla en la que está inmersa.

Macarena contrae la frente en arrugas que van de más a menos, desde las cejas hasta el inicio de su melena, y hace un ademán elegante con la mano derecha para dar paso a lo que empieza a contar con viveza.

— Comprendo que el jolgorio que llega hasta aquí te haya picado la curiosidad de saber lo que está pasando. Según me comentó ayer Johannes, a Saénz de Buruaga, Beigbeder y sus compinches se les llenaba la boca diciendo que Franco aparecería en cualquier momento, pero este momento no acababa de llegar a pesar de que el levantamiento había triunfado en todo el norte de África. Durante todo el dieciocho de julio estuvieron esperando a Franco desazonados por no saber a ciencia cierta cuándo iba a aparecer. La cosa empezaba a ser mosqueante porque, a raíz del bombardeo,

Sáenz de Buruaga y Beigbeder aseguraron al jalifa y al gran visir que Franco iba a llegar enseguida —relata con regusto.

—¿Pero ese general Franco que está tan en boca de los rebeldes ha llegado o no? —se interesa Eloísa con desdén.

—Hoy es un día muy especial para los que se han hecho con el poder porque Franco, por fin, ha aterrizado en Sania Ramel a muy primera hora de esta misma mañana. La bienvenida estaba muy preparada. Me cuentan que nada más aterrizar se subió a un coche descubierto acompañado por Sáenz de Buruaga. Yo no lo he visto pasar, pero sí he podido comprobar que, a pesar de ser una hora temprana de un domingo, españoles, musulmanes y hebreos se habían echado a la calle para vitorearlo. No sé cómo, porque ya te he dicho que no se sabía con seguridad cuándo iba a llegar, pero muchas casas del recorrido y los espacios públicos estaban adornados. Yo misma tuve que gritar ¡viva Franco! porque a mi alrededor todo el mundo lo hacía y no son tiempos para demostrar tibiezas con los ganadores —hace una pausa para coger aliento mientras que Eloísa clava sus ojos almendrados en ella.

—Eso explica todo el follón que he visto a través de la ventana — confirma la francesa con el propósito de dar un descanso a la otra.

—Claro, claro, el recorrido del coche de Franco ha estado cubierto por tropas y escoltado por caballería, y, lo que es más importante para nosotras, ha habido y todavía hay una gran vigilancia por toda la ciudad que hace peligroso que reparen en ti asomándote a una ventana y fisgoneando lo que ocurre —añade Macu con un rebrote de preocupación.

Eloísa, que, gracias a la larga conversación y a los muchos minutos que su amante le está dedicando, se siente más relajada, menos esclava de la tensión.

—Sáenz de Buruaga y sus seguidores tuvieron que enterarse como mínimo anoche para poder montar ese fastuoso recibimiento a Franco, algo así no se improvisa en una horita. Ha tenido que ser así, porque de otra manera no se explica un recibimiento tan tumultuoso y preparado. Bueno, ya está bien de dar vueltas a lo mismo, ya sabes las razones por las que me he puesto hecha un

basilisco. Bien está que te haya asustado, así recordarás mejor que es fundamental que no te vean ni en la calle ni desde la calle. Necesito unos días para que la tranquilidad vuelva a Tetuán y pueda conseguir el salvoconducto — comenta la veterana meretriz cansada de repetir tantas veces lo mismo.

Eloísa pega un brinco en el sofá donde están sentadas, endereza el cuerpo y sugiere con entonación cantarina que se instalen en uno de los gabinetes de El Escondite que, recargadamente alhajados y con vitrinas repletas de miniaturas y detalles de pretenciosa decoración, no está ocupado a esa temprana hora del domingo. Macarena no lo duda, se cogen de la mano y al cabo de pocos segundos están ya gozando de las comodidades de aquel lugar.

Capítulo II
La visita de Franco al jalifa

1

El general Franco apenas ha podido dormir. El Dragón Rapid ha despegado muy de madrugada, a las cinco y media, del aeródromo de Casablanca. Allí ha hecho escala tras hacerlo previamente en Agadir a donde llegó el vuelo procedente de Gando. Después de sobrevolar Sania Ramel, aterriza a las siete y media de la mañana del diecinueve de julio tras comprobar que lo esperan a pie de tierra el coronel Sáenz de Buruaga, a quien identifica con más facilidad por su pelo rubio, y el teniente coronel Beigbeder más una nutrida comitiva sobre todo de militares.

Franco permanece inmóvil unos segundos mientras que Sáenz de Buruaga se le aproxima y con una intensa vibración en la voz dice unas palabras cuyo eco llega al último rincón del norte del África española: «A tus órdenes, mi general, sin novedad, todo bajo control».

Franco esboza un saludo con atemperada marcialidad, se estira ligeramente para mejorar su presencia y con un pequeño gesto de la mano izquierda indica al coronel que cese en el saludo militar del que no se descabalga. Ante la mirada complaciente de la numerosa plana que lo recibe, Franco y Sáenz de Buruaga se funden en un expresivo y largo abrazo que escenifican a la perfección porque a la sinceridad se une la necesidad de que los demás vean lo que están viendo.

Se desplazan a las instalaciones cubiertas de Sania Ramel que no pasan de modestos barracones. Allí Sáenz de Buruaga le informa de los enfrentamientos armados que ha habido hace pocas horas para tomar el aeródromo de los que observa huellas que tardarán en desaparecer. Saluda al comandante García Cáceres, que ha sustituido como jefe de la base a su primo Ricardo de la Puente Bahamonde al que ni alude, y al resto de los oficiales y suboficiales. Cuando ha terminado la ronda de saludos en la que ha recuperado

el hieratismo, proyecta la mirada hacia un horizonte infinito y, con entonación aflautada que acentúa el cansancio que acumula, pronuncia una breve arenga: «Hay que salvar a España y aquí estoy yo», reveladora de que sus aspiraciones personales no se limitan a la de ser jefe superior de las Fuerzas militares del norte de África, van mucho más allá; su voluntad es la de convertirse simple y llanamente en el jefe de todo y de todos.

A la salida de los barracones, Beigbeder se acerca al general y en tono sigiloso le sugiere que es muy conveniente «para las relaciones con los moros y su captación para nuestro ejército» que su primera visita sea al jalifa y al gran visir. «¿Me asegura que están con nosotros?», pregunta Franco clavando la mirada en Beigbeder, cuya opinión en todo lo que concierne a los marroquíes y su cultura es muy tenida en cuenta por él. «Desde luego, mi general, están con nosotros desde el primer momento y el gran visir ha hecho un papel muy importante para aplacar los ánimos y dirigir la indignación hacia los republicanos de Madrid después del bombardeo que sufrimos ayer mismo». Franco fuerza una semisonrisa y deja caer un comentario sin aparente importancia, pero lleno de profundidad, uno de esos comentarios que maneja con maestría: «Tú, Beigbeder, como siempre con iniciativas personales, pero tienes razón, dispón para que la primera visita sea al jalifa y al gran visir… aunque me imagino que ya lo tendrás todo preparado… Ah, por cierto, recuérdame que hoy mismo te nombre delegado de Asuntos Indígenas», remata con voz fatigosa.

2

El recorrido de Franco en coche descubierto acompañado por Sáenz de Buruaga es triunfal. Gentes de toda condición y origen se vuelcan en las calles y numerosos galardones y colgaduras adornan edificios particulares y públicos. Llegan a la Plaza de España a las nueve de la mañana. Van directamente al palacio del jalifa. Los recibe el gran chambelán, Sidi Abdelwahid Brixa, que con modales empalagosos invita a Franco, Sáenz de Buruaga y Beigbeder a que entren en el

palacio atravesando la formación de la guardia jalifiana enfundada en sus mejores galas y secundada por su nuba engalanada.

Pasan arcos de herradura lobulados, espacios con azulejería de la mejor artesanía marroquí, patios presididos por una fuente cuyo chorro de agua refresca con solo oírlo. Superado el derroche de arquitectura y artesanía árabe-nazarí que no atrae la mirada fría e inexpresiva de Franco, desembocan en un salón donde el lujo arquitectónico y decorativo que han dejado atrás se queda chico. Al fondo, en un sillón con aspecto de pretencioso trono que lo engulle, un hombre con cara regordeta, relativamente joven y vestido con una elegante e impoluta chilaba blanca los recibe con maneras de impostada majestuosidad.

Franco avanza escoltado por Sáenz de Buruaga y Beigbeder que se mantienen ligeramente detrás de su general. Brixa, el chambelán que oficia con ceremoniosidad, dirige unas palabras sedosas al jalifa Muley Hassan ben Mehdi, que se pone en pie y con una suave indicación invita al general a que se acomode en el ancho diván adosado a parte de uno de los laterales de la sala.

Un serpenteante rumor se extiende alimentado por los numerosos notables que han sido convocados por el jalifa para que muestren adhesión al recién llegado a Tetuán. La expectación es enorme. Beigbeder, que permanece a la expectativa, observa de reojo a los notables y toma buena nota. Además de altos cargos de la casa jalifiana, repara en la presencia de los miembros del Majzen capitaneados por el gran visir el Ganmia, el bajá de Tetuán Mohammed ben Hosain y el almotacén Muley Axaax. Lo más granado de la clase dirigente tetuaní se concentra para saludar y ofrecer apoyo a la causa que personifica Franco.

Al término de unos minutos en los que la conversación en árabe con traductor y algún injerto en español transcurre por el campo de lo insustancial, Beigbeder pasa al general una hoja a la que presta relativa atención. Franco tose un poco, carraspea algo más como si con ello quisiera sacudirse de encima el enorme cansancio que soporta. De pie, plantado con rigor militar agujereado por la fatiga, pronuncia esta breve alocución: «Alteza, ninguno de los verdaderos patriotas españoles que han participado en este movimiento

salvador de España dudaba de la conducta noble y ejemplar observada por el noble pueblo marroquí desde el primer momento del alzamiento gracias a la clarividencia de Vuestra Alteza. Nosotros sabíamos a ciencia cierta que vuestro pueblo creyente en un Dios único no podía ponerse de parte de los "sin Dios" que pretendían conducir a nuestros dos pueblos a la barbarie, a la anarquía y al caos», acaba así reforzando la voz al referirse a los «sin Dios», término en sintonía con el argumento que Beigbeder ha esgrimido reiteradamente en sus contactos con las autoridades marroquíes.

Un rumor asertivo coincidente con un movimiento en el mismo sentido de las cabezas de los que visten chilaba acoge las palabras de Franco. Un silencio curioso se abre camino y se prolonga como si obedeciera las instrucciones de un director teatral. El jalifa se mueve con torpeza para colocarse en la posición adecuada para contestar a un Franco visiblemente a la expectativa.

El Mehdi echa mano de un papel que Brixa le facilita sin descomponer las formas solemnes apropiadas a su función. «Mi querido general —arranca con tono casi meloso—: Tengo la certeza de que vos, que conocéis mejor que nadie al pueblo marroquí de esta zona feliz —Beigbeder va traduciendo al oído de Franco lo que el jalifa dice en árabe culto—, estabais seguro de la actitud adoptada por este pueblo, que no podía menos que ponerse al lado del pueblo español en estos momentos difíciles en que se trata de salvaguardar los sagrados valores de la fe y de la civilización. Por ello, mi general, podéis estar seguro de nuestra adhesión a la causa que defendéis contra los que han querido hundir a España en la barbarie, el caos y el desorden», proclama con la más absoluta adhesión a lo que Franco representa y palabras que parecen salidas de la pluma del ya delegado de Asuntos Indígenas, el teniente coronel de ingenieros Juan Luis Beigbeder Atienza.

Capítulo III
Las primeras actuaciones de Franco

1

Franco, Sáenz de Buruaga y Beigbeder tienen prisa. No pueden permitirse ni un segundo de relajación si quieren cumplir el ambicioso plan al que el primero ha dado su visto bueno en el cambio de impresiones que ha mantenido con los otros dos antes de subirse al coche en Sania Ramel.

Les espera el teniente coronel Yagüe en Dar Riffien, la visita a Ceuta y el regreso a Tetuán para imponer la Laureada de San Fernando al gran visir el Ganmia por la extraordinaria ayuda que ha prestado al levantamiento con ocasión del bombardeo que ha sufrido Tetuán el día anterior.

Aunque el horario al que ha dado su visto bueno es muy apretado, Franco quiere pasarse unos minutos por el palacio de la Alta Comisaría. Sáenz de Buruaga, que ostenta accidentalmente el cargo de alto comisario, habla con el teniente coronel Franco Salgado-Araújo y despacha un enviado para que anuncie la visita y despeje el despacho que ocupa de ciertos objetos personales que ha colocado allí.

***

El coronel Martín Moreno, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas militares españolas en el norte de África, aguarda preocupado a Franco en la puerta del jardín del recinto de la Alta Comisaría.

La actitud de Martín Moreno solo se ha aclarado en las últimas horas de la tarde del diecisiete de julio. No ha acudido a Sania Ramel. Bajo las indicaciones de Sáenz de Buruaga, ha permanecido en el palacio de la Plaza de España atendiendo al teléfono para que los que aguardan ansiosamente a Franco en Dar Riffien y en Ceuta estén al tanto de cómo va todo. En los pliegues más profundos de su mente no las tiene todas consigo. Ni mucho menos forma parte del corazón del alzamiento, solo es un recién llegado, pero se va a

encontrar en la misma puerta de la Alta Comisaría con una reacción que sorprende al mismo Franco Salgado-Araújo, que no se ha separado de su primo desde pisar tierra tetuaní. Franco, al ver cerca a Martín Moreno, traza una semisonrisa y, cuando llega a su altura, inicia un abrazo en el que los dos veteranos compañeros de armas se funden atizando la envidia de más de uno.

Las exigencias del apretado programa que hay que cumplir el domingo diecinueve de julio, con misa incluida en Ceuta, no permiten holguras. El general cuchichea a Franco Salgado-Araújo que quiere verse a solas unos minutos con Beigbeder y después con Sáenz de Buruaga, Yuste y Asensio Cabanillas, para concluir la ronda de breves entrevistas con Martín Moreno.

2

Franco accede al despacho del alto comisario con aplomo revelador de que pisa terreno propio. Antes de sentarse en el sillón que completa la mesa de trabajo, pasea una lánguida mirada por la bóveda, ornamentación y amueblamiento. No es ni mucho menos la primera vez que está allí y se da cuenta de que ha desaparecido el crucifijo que estaba colocado en el extremo del lateral derecho de la mesa en visitas anteriores. «Le diré a Sáenz de Buruaga que lo reponga» rezonga para sí mientras que se acomoda en el sillón que hasta hace pocas horas ocupaba Arturo Álvarez-Buylla.

Descuelga el teléfono y ordena que pase Beigbeder, que ya espera en el salón árabe, un bello espacio en el que predominan huellas de la Escuela de Artes Indígenas que dirige Mariano Bertuchi, especialmente en el techo polícromo y en las puertas en las que resaltan llamativos arabescos.

—Pase, pase, Beigbeder —invita Franco con un ademán lánguido de la mano derecha.

—Ya le anuncié antes que es usted el nuevo delegado de Asuntos Indígenas. He encargado al teniente coronel Franco que prepare el nombramiento, que firmaré antes de salir para Dar Riffien — añade mientras que el convocado se acerca sin desdibujar su elegante compostura.

Al general Franco se le escapa un ligero suspiro que matiza su hieratismo. Es como si esta pequeña licencia le diera arrestos para seguir hablando.

—Ya sabe usted la extraordinaria importancia que doy al reclutamiento de tropas indígenas, ya estén encuadradas en los Regulares, en la Mehala o en la Mezhanía, eso importa poco — adelanta Franco sin alterar la entonación.

—Sí, mi general, soy muy consciente de lo que su excelencia acaba de señalar. Esa será una de las misiones primordiales a las que como delegado me dedicaré con el mayor esfuerzo.

—No, Beigbeder, no, no debe ser una de las misiones primordiales a las que se consagre como nuevo delegado de Asuntos Indígenas —Franco hace un sobreactuado alto, mira con fijeza a su subordinado y, solo cuando percibe que ha captado lo que sus ojos transmiten, vuelve a la palabra—. Su misión fundamental, la única verdaderamente fundamental es la de reclutar cuanto más moros mejor para luchar con nuestro ejército —concreta subiendo ligeramente la voz.

—Sí, mi general, soy muy consciente de que esa es la misión fundamental a la que debo entregar todas mis energías y poner a su servicio todas mis relaciones —Beigbeder asiente con determinación.

—Sí, los soldados marroquíes son bien mandados, muy leales y pueden ahorrar muchas vidas de españoles, que siempre son más difíciles de justificar —amartilla el general con un rictus sombrío en sus facciones.

Solo en este momento, cuando Franco considera que la conversación se centra exclusivamente en lo que quiere, le invita a sentarse y ocupar uno de los dos sillones colocados al otro lado de la mesa del alto comisario.

Beigbeder, apremiado por el poco tiempo del que dispone según Franco Salgado-Araújo le ha recordado poco antes de entrar, rompe su seriedad con una ligera sonrisa que se descuelga de sus labios mientras está pendiente de si su superior quiere seguir hablando o le deja a él.

—Mi general, si me permite unos segundos le informo de las últimas novedades del reclutamiento que ya he puesto en marcha —

Beigbeder se adelanta y encuentra una tímida anuencia en un ademán de la mano derecha de su superior.

A partir de ese momento casi todos los escasos minutos que quedan son para el delegado de Asuntos Indígenas. Informa con un discreto halo de satisfacción que el caid-el-quiad de la región del Rif, Soliman Jattabi, se ha enterado de su llegada a Tetuán y ha convocado a los caídes bajo su autoridad para mostrar su adhesión al movimiento en la cabila de Ben Urriagel, en Axdir, patria de Abd-el-Krim en la que todavía hay restos de la sangre española derramada tan solo hace diez años aproximadamente.

Franco escucha con atención sin que ninguna emoción perturbe sus rasgos faciales.

—¿Cree usted que todo irá bien en esa convocatoria? — pregunta con un soniquete neutro.

—Tengo la seguridad de que todo irá bien, mi general. Ayudado por promesas y dádivas, he trabajado mucho con los caídes sobre los que el Jattabi tiene autoridad. Me garantiza que al menos diez del Rif acudirán dispuestos a trasladarse a Tetuán para mostrar su adhesión al movimiento y a su persona —Beigbeder remacha dejándose caer en el respaldo del sillón.

—Eso está muy bien. Le reitero que es trascendental que el reclutamiento de indígenas sea masivo. Esto nos garantizará tropa aguerrida y leal y reducir las bajas españolas — Franco reitera machaconamente—. Es curioso que recibamos tan pronta adhesión de una zona del Protectorado en la que siempre hemos encontrado feroz resistencia y que es la patria chica del traidor Abd-el-Krim. En todo caso, me satisface mucho escuchar lo que acaba de decir. Ese es el camino. Proceda rápidamente al mayor reclutamiento de moros posible —se levanta del sillón que lo ha engullido y, una vez de pie ambos, se dirige al teniente coronel con deje de abordar algo de tono menor—. Por cierto, me habla usted del Rif, pero no me ha dicho nada de cómo van las cosas en la Yebala y Gomara. ¿Son tan buenas las perspectivas de reclutamiento en sus cabilas?

La pregunta descoloca a Beigbeder, confiado en que Franco se hubiera dado por satisfecho con las buenas noticias de la región del Protectorado que tanto ha combatido el dominio español. Pero

Franco sabe de lo que habla. Ahonda. No se contenta con lo del Rif, quiere tener noticias de cómo van las cosas en el granero que debe ser el de captaciones que es la zona occidental del Protectorado, por ser el más poblado.

Beigbeder vacila. La seguridad que se desprende de su persona se tambalea. Duda si rehuir la pregunta con evasivas o afrontar la realidad de que en la Yebala y Gomara las cosas no pintan tan bien y los cálculos iniciales de captación son mucho menos optimistas que en el Rif.

—Mi general, las posibilidades de reclutar marroquíes no son tan buenas en la zona occidental del Protectorado. Aquí tenemos que trabajar más porque me temo que nos vamos a topar con mayores resistencias —reconoce Beigbeder sin disimular un mohín de contrariedad.

—Que así sea, Beigbeder, que así sea. Ya me irá usted informando directamente o a través de sus superiores cómo va algo tan importante para la suerte de nuestras armas.

Después de despedirse con el mejor saludo militar del que es capaz, y ya cerca del dintel de la puerta de salida, Franco reclama de nuevo su atención a Beigbeder con voz aflautada.

—Por cierto, no hemos hablado nada de los moros nacionalistas. Si me permite una opinión no deje de vigilarlos. Abdeljalek Torres, el joven que ahora es su principal dirigente en el Protectorado español, es muy amigo de los republicanos y puede dificultar mucho el reclutamiento en la zona occidental, que es donde tiene más influencia. Contrólelo y consiga que se ponga a nuestro favor —son las últimas palabras que Beigbeder escucha de Franco.

***

Las reuniones posteriores con Sáenz de Buruaga, Yuste y Asensio duran poco. Acuciado Franco por la implacable marcha del reloj, es informado del traslado a Cádiz el día anterior de doscientos veinte militares a bordo del destructor Churruca y de dos pequeños vapores, y de que ese mismo día, el diecinueve de julio, está en marcha el desplazamiento a Algeciras de ciento setenta más en el

cañonero Dato y un transbordador. Franco se interesa por la preparación de las tropas de Yuste y Asensio que se utilizarán en acciones en la Península. La respuesta con el estilo de cada uno —Asensio expeditivo, Yuste, más atemperado— es positiva, aunque ambos plantean lo que zumba en los oídos de Franco desde que puso pie en Sania Ramel: la dificultad está en cómo transportar a la tropa a España, vista la desafección de gran parte de la flota. Franco toma buena nota de ello y pone punto final a las entrevistas con palabras ambiguas y gestos que hay que interpretar.

3

Sorprende a los que deambulan por el palacio de la Alta Comisaría el mucho tiempo que Franco dedica al coronel Martín Moreno, que es el último que acude al despacho. Sobran palabras preliminares después del efusivo abrazo en el que ambos se fundieron en la entrada del palacio. Martín Moreno, como ya había hecho por carta antes del abrazo, se pone incondicionalmente a sus órdenes. Franco recaba de él información sobre el estado de las unidades en el norte de África y la disposición de todas ellas a seguirle hasta el final. Pero no deja de suscitarse lo que surge en toda conversación desde su llegada a Tetuán. Martín Moreno repasa con brevedad las disponibilidades aéreas, que, ya de por sí escasas, han quedado muy mermadas por los daños sufridos en los enfrentamientos armados para tomar Sania Ramel y por lo inutilizables que han quedado varios aparatos como consecuencia de las órdenes que dio el jefe de la base antes de rendirse. Rehúye Martín Moreno citar por su nombre y apellidos al comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, conocedor del vínculo familiar que le une al general.

—Confirmada la lealtad de las unidades en África, que sin duda son las más aguerridas y entrenadas de nuestro glorioso ejército como se ha demostrado en Llano Amarillo, y encauzado el reclutamiento de moros, el gran problema que tenemos por delante ahora es el del transporte de las tropas a España —afirma Franco con voz apenas audible por el cuello de su guerrera.

Un silencio sordo se engarza con estas palabras. Martín Moreno no

sabe qué hacer y opta por mantener la boca cerrada para que no se le escape nada inoportuno.

—No puedo entretenerme mucho más, porque el teniente coronel Yagüe me espera y quiero tener el tiempo suficiente para hablar largo y tendido con él en un lugar tan entrañable para mí como es el acuartelamiento de Dar Riffien — plantea Franco con premiosidad, pero, diestro en manejar los tiempos, corresponde dedicar unos minutos más al grave problema del transporte. Coronel Martín Moreno, como jefe de Estado Mayor le encargo que vaya planificando cómo solucionar el transporte de las tropas moras y de la Legión a España.

—Mi general, haré cuanto esté en mi mano hasta lo imposible, pero, por mucho que haga, es muy reducida la fuerza aérea con la que contamos en el Protectorado y las embarcaciones de las que podemos echar mano son pocas y con capacidad muy reducida — alega Martín Moreno con actitud contenida.

—No me venga con excusas y menos con pamplinas, demuestre su aportación al alzamiento esforzándose en conseguir los medios aéreos y navales para que nuestros soldados puedan combatir en la península. Empiece por reparar todos los aparatos que la insania republicana ha dañado para que no los podamos utilizar. Usted haga lo que pueda y que esto sea mucho, yo me ocuparé de que lo imposible de obtener en Marruecos nos venga de donde sea — replica Franco forzándose en dar más consistencia a una voz que flaquea.

—A sus órdenes, mi general —contesta Martín Moreno irguiéndose en el sillón para componer un gesto castrense que acentúa su subordinación—. Ahora mismo llamo al comandante García Cáceres para que ponga todos los medios disponibles y los que le podamos proporcionar para reparar los ocho Breguet XIX y dos Niuport 52 que, según los partes que tengo en mi poder, han sido averiados a propósito por los que resistieron a las fuerzas del comandante Serrano Montaner.

—Bueno, eso es todo por hoy. Yagüe me espera impaciente en Dar Riffien —tercia Franco con poco más de un hilo de voz mientras se remeje en el sillón convocando las fuerzas necesarias para

levantarse. Ya de pie, sus ojos vidriosos se pierden sin rumbo fijo. Martín Moreno está ya en posición de firme y observa a su jefe con el propósito de no perder pormenor que le oriente en la mejor forma de comportarse ante él. El general levanta lánguidamente la mano derecha en un ademán indicativo de que no hay nada más que hablar, pero cuando Martín Moreno pronuncia «¿manda usted alguna cosa más, mi general?», estira el dedo índice de la mano derecha y deja caer con entonación trémula: «Coronel, enciérrese con sus papeles y un teléfono como buen oficial de Estado Mayor que es, apártese del ruido de la tropa, y haga como yo: huya de las habladurías de los cuartos de bandera y de los casinos militares, hágame caso», le dice con entonación enigmática que da cierta viveza a la imperturbabilidad de su rostro.

—Muchas gracias, mi general, por sus consejos que para mí son órdenes. ¿Manda alguna cosa más? —agrega Martín Moreno con ingredientes de satisfacción mezclados con una mirada sumisa y reverencial. No necesita ni cerrar la puerta para comprender que Franco le quiere prevenir ante la poca gracia que hace a algunos de los cabecillas del golpe que una persona que no se ha adherido hasta la fase final goce de tanta atención de él y, para atenuarlo, le ordena que no se deje ver y que se encierre en su despacho resolviendo los problemas acuciantes que están sobre la mesa.

Capítulo iv

La reunión de Franco y Yagüe en Dar Riffien

No cumplen exactamente el horario. Son las once de la mañana cuando Franco y su inseparable primo hermano cruzan la puerta flanqueada por imponentes torreones del campamento de Dar Riffien. Es espectacular y del mejor estilo legionario la demostración de bienvenida y adhesión que el jefe del Tercio Duque de Alba ha preparado para recibir al prohombre de la Legión Francisco Franco Bahamonde.

En el enorme patio multiuso corazón de aquel pluriforme despliegue inmobiliario llevan casi una hora dispuestas en impecable formación las unidades legionarias acuarteladas siguiendo las instrucciones recibidas a primera hora de la noche de diecisiete de julio.

Juan Yagüe Blanco, desgalichado y grandón, se planta rápidamente ante la puerta del automóvil en el que se desplazan los dos Franco. Se cuadra con el explosivo saludo legionario que exagera y, con una sonrisa que rompe la linealidad de sus labios, da la novedad al general.

La satisfacción de este último por respirar tan vigoroso aire y por disfrutar de un recibimiento tan cálido vencen el cansancio de haber dormido apenas unas horas en los últimos cuatro días.

Yagüe, después de darle la novedad, pone incondicionalmente a él y a las banderas legionarias a sus órdenes «para lo que haga falta», proclama con indisimulada doble intención.

Franco adopta la mejor compostura marcial de la que es capaz y pasa revista a la formación escoltado por Yagüe. Cuando acaba, el teniente coronel toma la palabra y pronuncia con vibración incendiaria una arenga en la que, además de echar pestes del comunismo y demás males que ponen en peligro la subsistencia de la patria, clava una flamígera mirada en Franco, que está a su vera con las manos entrecruzadas por delante. Engorda todavía más la voz y resuena a bombo y platillo: «Mi general, aquí tienes a tus legionarios como los dejaste, magníficos hasta lo imposible. Tú que tantas veces los llevaste a la victoria, condúcelos de nuevo a ella,

haciéndoles presentes la confianza que tienes en el patriotismo, la disciplina y el valor de la Legión». Después del himno del Tercio que entona con las fuerzas que le quedan, Franco descompone su hieratismo alzando la cabeza en actitud pendenciera y grita los rituales ¡viva España!, ¡viva la Legión!, preludio del enérgico y dinámico desfile de la tropa que remata un acto que insufla caudaloso oxígeno en sus pulmones y reafirma su convencimiento de la necesidad de trasladar rápidamente tan aguerridas unidades a los campos de batalla que empiezan a ensangrentar España.

Concluida la ceremonia castrense, Yagüe pone a disposición del general su despacho para celebrar la reunión a la que se suma Franco Salgado-Araújo. El chorro de aire optimista que todavía sopla cuando se sientan se va diluyendo con las noticias confirmatorias de la desafección de la flota y de la pérdida de uno de los pocos elementos de ella de cierta envergadura con los que contaban, el destructor Churruca, que, después de transportar un grupo de legionarios y regulares a Cádiz, ha caído en manos de la marinería contraria a los oficiales adheridos al movimiento. La cara del jefe legionario echa chispas de energía frustrada según informa de estas adversidades. Una mirada persistente de Franco estría su inexpresividad. «Basta, Yagüe, basta, soy consciente del problema y estoy en ello, ¡no eches más leña al fuego», le dice desabridamente.

—¡Soluciones, soluciones! Eso es lo que quiero de vosotros, no quejas y lamentaciones. Ya me he ocupado nada más llegar del problema. En Tetuán he dado las primeras órdenes para estar en condiciones de transportar masivamente a nuestros soldados a la Península —comunica Franco tensando los labios.

—Mi general, los problemas que nos crea la desafección de la flota son muy graves y va para largo solucionarlos — irrumpe Yagüe, prácticamente el único entre los cabecillas del alzamiento capaz de llevar la contraria a Franco y este tolerarlo—. Como la solución de que nuestras tropas puedan cruzar el Estrecho por mar no puede ser inmediata, hay que empezar ya a transportarlas por vía aérea — postula no como suave sugerencia, sino como latigazo al punto muerto en el que se halla el traslado a la península de los contingentes leales.

—Yagüe, tú y tus prisas a veces intemperantes como en esta ocasión —afea Franco conteniendo la agitación interior que las últimas palabras le han provocado.

Yagüe acusa el frenazo y cambia radicalmente de tono.

—Mi general, permíteme que te diga que la solución para el transporte aéreo la tenemos al alcance de la mano, cerca de aquí, en Tetuán —afirma escapándosele el tuteo que no siempre puede retener en el cara a cara con tan caracterizado legionario como es el que tiene delante—. Me refiero a un ciudadano alemán miembro del partido nazi con importantes negocios en el Protectorado que está entregado a nuestra causa y tiene muy buenas relaciones con el teniente coronel Beigbeder y conmigo. Nos ha ayudado en todo lo que ha podido y, si no lo ha hecho más, es porque no se lo hemos pedido o no se lo hemos permitido. Se llama Johannes Bernhardt — explica Yagüe con un entusiasmo que aumenta según progresan sus palabras.

A Franco se le escapa una contenida mueca de interés que el jefe del Tercio aprovecha para dar detalles sobre Bernhardt y recalcar las buenas relaciones que tiene con Berlín a través de sus contactos en el partido de Hitler. «Se me ha ofrecido muchas veces a ayudarnos en todo lo que pidamos», reitera enfervorizadamente.

—Lo que nos dice el teniente coronel Yagüe es muy interesante. Toma nota del nombre de ese alemán de Tetuán — indica Franco a su primo con cara de cierta ebullición interior ante la puerta que se le puede abrir.

La conversación cae en un punto muerto. Los minutos siguen corriendo y hay que llegar a tiempo a Ceuta para cumplir el cargado programa que espera a Franco. Franco Salgado-Araújo consulta varias veces el reloj, la última de forma ostensible. El general no se da por enterado y vacila si dar o no una orden a su primo, que anda ya muy inquieto.

—Bueno, Yagüe, lo de ese nazi alemán, ¿cómo dices que se llama? —«¡Bernhardt, Bernhardt!», el interpelado exclama con desproporcionado empuje— está bien, hay que tantearlo — fuerza Franco un hiato, se remueve ligeramente en el sillón, su carraspeo sin necesidad suena a preludio y deja caer como quien no quiere la

cosa—: El tal Bernhardt, ¿qué pedirá a cambio si sus gestiones sobre la ayuda aérea alemana tienen éxito?

—Algo pedirá, mi general, algo pedirá, pero eso ya lo veremos, ahora hay que resolver el problema del transporte por avión. Pero seamos conscientes de que como buen comerciante algo va a reclamar a cambio, por mucho disfraz de ayuda generosa con el que lo quiera revestir.

Franco, que con su rictus grave no altera la gelidez de sus ojos, gira ligeramente la cabeza hacia su primo y le conmina:

—Llama a Beigbeder y dile que invite al acto de esta tarde de imposición de la Laureada al tal Johannes Bernhardt y que se las arregle para presentármelo. Quiero conocerlo, a ver qué hay detrás de tanto apoyo incondicional —ordena Franco con un velo de infinita fatiga envolviendo su rostro al referirse al acto de la imposición de la Gran Cruz Laureada de San Fernando al gran visir el Ganmia por su actitud favorable al levantamiento, acto previsto para la segunda parte de aquel agotador domingo diecinueve de julio.

***

El recibimiento en Ceuta supera todas las previsiones. En medio de un entusiasmo desbordante, la figura de Franco es ensalzada como líder máximo de un movimiento nacional que viene a salvar a la patria. Las vibraciones que transmiten la encendida arenga de Yagüe que actúa de anfitrión y las breves palabras del vitoreado en las que deja claro la firme voluntad de ir hasta el final, sea el que sea, para eliminar a los enemigos de la España eterna llena de entusiasmo a la masa que se arracima frente al balcón principal de la Comandancia General ceutí. Inyectan también optimismo, aunque pasajero, al teniente coronel Román Gautier, pieza capital del alzamiento dentro de la parte occidental del Protectorado, a quien le carcomen interiormente las dudas sobre el éxito que no está resultando en la Península tan rápido como estaba previsto y que, contra el pronóstico inicial, se embarranca en Madrid, Barcelona y otras grandes capitales de provincia de España.

La misa oída en la catedral de la Asunción y una frugal y rápida

comida en un buen restaurante completan el programa de la primera visita de Franco a Ceuta en la condición de jefe superior de las Fuerzas militares en el norte de África.

Parte decimosegunda

Johannes Bernhardt llama la atención del general Franco

Capítulo i

Franco tiene un primer contacto con Bernhardt

1

La combinación del trabajo del coronel Eduardo Sáenz de Buruaga con la habilidad del teniente coronel Juan Luis Beigbeder da buenos resultados. Personas muy distintas, saben respetar el ámbito de actuación de cada una, aunque no sea infrecuente que difieran en determinados asuntos y que incluso choquen.

Sáenz de Buruaga, infante, es un militar de primera línea de combate. Avezado africanista, desde su primera juventud ha dejado alma y sangre en varios destinos en las tierras del Protectorado. Aunque no es ni mucho menos irreflexivo, es bastante más hombre de acción que de pensamiento. Sabe ejercer el mando directo de la tropa y le gusta hacerlo sin excesos en los que algunos de los africanistas recaen. Tolera y sabe coexistir con la cultura y modos de ser de los que llama moros, pero sin ir más lejos.

Beigbeder, ingeniero, es bastante diferente a su compañero. Es hombre de gabinete, estudio y organización, menos de ejecución. En sus muchos años de carrera militar, treinta y tres desde que ingresó en la academia de Guadalajara, nunca ha encajado en el biotipo tradicional del militar español. Es reservado y poco dado a la acción inmediata. Con su elegancia natural lleva una vida personal y castrense que concita muchas contradicciones.

En la organización del acto de imposición de la Gran Cruz Laureada de San Fernando la suma de la capacidades de Sáenz de Buruaga y Beigbeder da resultados muy satisfactorios para Franco.

Cae la tarde del interminable domingo diecinueve de julio y el sol libra una pelea imposible por no perder presencia y poder disfrutar del espectáculo en primera fila. La Plaza de España luce sus mejores galas. Compañías de legionarios y mías de regulares y la Mehala disputan el espacio con la tribuna y zonas de invitados. Los más prominentes representantes de las comunidades musulmana, hebrea y española con injertos de alguna otra nacionalidad ocupan los

lugares acotados para ellos. Una abigarrada multitud se concentra en el resto de una Plaza de España que está a reventar.

Un exaltado rumor se mezcla con los gritos de los que mandan la tropa en formación cuando el automóvil en el que viajan Franco y su primo cubre los primeros metros de la Plaza de España, corazón de la ciudad de Tetuán y del Protectorado como capital que es.

A Franco, que ha dormitado en los cerca de cuarenta kilómetros de recorrido de Ceuta a Tetuán, el aluvión de adhesiones lo despierta y repara en todo con ojos muy abiertos. El agradecimiento a el Ganmia es lo de menos. Lo de más es un gran acto en el que se plasma la adhesión incondicional del pueblo marroquí a su causa y el ensalzamiento de su persona como receptor de ella. Las miradas escrutadoras que encadena desde que desciende del automóvil le demuestran que el objetivo principal está cumplido y que Beigbeder y Sáenz de Buruaga han hecho bien el trabajo que corresponde a las distintas capacidades de cada uno.

Por unos minutos pierde de vista a Franco Salgado-Araújo y siente una extraña sensación de desprotección, desprovisto pasajeramente de su mejor guardaespaldas, que no tarda en volver a su puesto. Lo hace con una sonrisa que arrincona el lastrante cansancio.

—Muy buenas noticias —el teniente coronel cuchichea al oído de su primo forzando un aparte que desentona al interrumpir las presentaciones que Sáenz de Buruaga está oficiando en calidad de alto comisario provisional.

Franco Salgado-Araújo, que sabe interpretar hasta el más discreto suspiro de su familiar, rompe su contención expresiva y adelanta una sonrisa que contribuye a que su jefe se aparte momentáneamente de los saludos protocolarios para centrarse en lo que le susurra por encima del alboroto circundante.

—Dime, dime —reclama el general aislado de las miradas concentradas en él y de la cola para saludarle y manifestarle adhesión.

—¡Carmen y Nenuca están a salvo! —explota Franco Salgado-Araújo espoleado por los lazos familiares que los unen.

—¿Qué quieres decir con eso? Aclárate deprisa, porque hay mucha

gente mirándonos —replica Franco recuperando la frialdad que una semisonrisa inicial había empañado.

—Han embarcado sin novedad en el Wald, han salido ya de Las Palmas y navegan sanas y salvas hacia Lisboa —suelta aceleradamente la información pegándose más a su primo.

El silencio entre ambos resuena más que el follón del entorno. Franco sonríe interiormente y destila un casi imperceptible mohín de alivio antes de volver a la carga.

—Eso está muy bien, pero que muy bien. Me libera de una gran preocupación. La decisión de esconderlas en el Arcila a la espera del barco alemán fue muy acertada, pero no hay que cantar todavía victoria, que en la escala de Lisboa no bajen a tierra y sigan protegidas por nuestros hombres. Hay que insistir al comandante Barroso que esté en El Havre al borde de la escalerilla del barco para hacerse cargo y responsabilizarse inmediatamente de ellas — conmina con más empuje que el habitual.

2

Los saludos previos al inicio del acto se reducen a las autoridades más importantes. Tras el espectacular y vistoso acto de imposición de la Laureada y de rendición de honores militares, se suceden las presentaciones de los personajes descollantes de la sociedad tetuaní en todas sus ramas.

Franco ha llegado de Ceuta con la obsesión de solucionar el problema del transporte, que se ha acentuado más por las posibilidades que se abren con ese tal Bernhardt de quien Yagüe le ha hablado tanto.

Atiende las presentaciones con la vista perdida en el más allá. Entre saludo y saludo deja volar miradas inquisitivas. Busca a Beigbeder, no lo encuentra hasta que, de pronto, advierte que se dirige hacia él acompañado por un individuo más bien corpulento y de mediana edad elegantemente trajeado.

Beigbeder, con el rictus de seriedad del que solo se despoja en contadas ocasiones, llega a la altura de Franco haciendo valer el

uniforme que lleva para abrirse paso él y abrírselo a la persona que lo sigue entre tantos moscardones.

—Mi general, tengo el gusto de presentarle al señor Johannes Bernhardt, súbdito alemán e importante industrial afincado en Tetuán, que siempre ha manifestado una gran adhesión a nuestro movimiento —adelanta Beigbeder mientras que los ojos negros y vivaces del presentado auscultan la fisonomía de Franco en busca de cualquier indicio que le oriente sobre el enfoque de la conversación más conveniente para sus propósitos.

—Muchas gracias, señor Bernhardt —Franco esforzándose en pronunciar este apellido—. Los tenientes coroneles Yagüe y Beigbeder me han informado de su entusiasta entrega a nuestra causa. No quería desaprovechar esta oportunidad para agradecérselo personalmente.

El alemán, todavía un poco desorientado, mira de reojo a Beigbeder como pidiéndole consejo para trabar una buena relación inicial, pero este permanece impasible y lo abandona a su suerte.

—Mi general, le agradezco mucho sus palabras. He estado, estoy y estaré siempre apoyando a una causa tan justa y necesaria como la que vuestra excelencia representa —afirma por fin Bernhardt arrastrando pedregosamente algunas palabras, huella de su lengua materna que no han conseguido limar sus años en la Argentina y en Tetuán.

—Me dicen Yagüe y Beigbeder que tiene usted algunas ideas interesantes que nos podrían ayudar para un más rápido traslado de las tropas a España, algo que aceleraría mucho nuestra llegada a Madrid —deja caer Franco agigantando una expresión de frialdad.

El alemán piensa que el general ha abierto las puertas a la propuesta a la que lleva dándole vueltas desde la noche del diecisiete de julio. Anuncia sin pelos en la lengua que puede ayudar a lo del transporte con sus contactos en Berlín «A través del partido nazi del que soy militante fiel», aclara con un énfasis desproporcionado que agrava su acento alemán, pero, cuando empieza a coger carrerilla, una voz meliflua y debilitada lo interrumpe levantando la mano en posición de alto.

—Si no tiene inconveniente, señor Bernhardt, dejemos esta

interesante conversación para momento y lugar más adecuados. Si a usted le parece bien, me gustaría mucho que nos volviéramos a ver en la Alta Comisaría en las próximas horas. Hable usted con los tenientes coroneles Beigbeder y Franco para concretar la cita. Ahora le ruego que me disculpe, como verá me quedan aún muchas personas por saludar — Franco zanja la conversación sin dejar lugar a otra alternativa. Beigbeder coge el guante de concertar una reunión dentro de las próximas horas. Bernhardt asiente algo contrariado por la forma en la que el líder del levantamiento ha guillotinado el encuentro.

3

Concluido el fastuoso acto, Franco cena frugal y rápidamente en el palacio de la Alta Comisaría y regresa a Ceuta para una segunda reunión en la comandancia general.

A esta segunda reunión, que se prolongó casi hasta la madrugada, el general convocó, además de los habituales Yagüe y Sáenz de Buruaga y al inevitable Franco Salgado-Araújo, al teniente coronel Román Gautier y al comandante de Marina de Ceuta. El general defiende el criterio de acelerar en las próximas horas el paso del Estrecho del mayor contingente posible de unidades antes de la prevista llegada de los buques de la Armada leales al Gobierno de la República. Yagüe encabeza el criterio contrario basado en la prudencia. Franco acaba dudando y la decisión final queda aplazada hasta la reunión convocada para el día siguiente. A pesar de los sucesivos actos de exaltación anímica y de entusiasmo compartido que habían tenido lugar en aquella larguísima jornada, una negra nube de pesimismo cunde entre los presentes. Unos, como Yagüe, la vence con el fuego ideológico; otros, como Franco Salgado-Araújo, la supera con la fe ciega en el acierto de su jefe; otros echan mano del ardor guerrero en el envite que tienen por delante; pero, en algunos, como Gautier, la nube del pesimismo empieza a entenebrecer su mente a lo largo de una interminable noche en la que les resulta imposible conciliar el sueño.

Capítulo II

Cunde el pesimismo en el reclutamiento en la zona occidental

Tetuán sigue el lunes y el martes veinte y veintiuno de julio en plena efervescencia. La ciudad se ha convertido en un gran escenario por el que Beigbeder, ya en pleno ejercicio de delegado de Asuntos Indígenas, hace desfilar a numerosos grupos de caídes para escenificar su entrega a Franco.

El lunes ocupan el escenario los caídes rifeños liderados por el Jattabi que protagonizan un caluroso acto presidido por el general. El martes toca el turno a doce caídes de la zona oriental de la Yebala capitaneados por Hach Abdelkader Hach Tayeb, y cinco de la zona occidental dirigidos por Mohammed Mel-lali Remiqui. Los procedentes de Gomara son siete y a su cabeza está Hach Yazid ben Salah. Todos ellos participan en un tumultuoso reconocimiento en el que Franco es el protagonista.

Al terminar estos empalagosos actos, el general pide a Beigbeder que pase por el despacho que ocupa en la Alta Comisaría. Cuando están sentados uno frente a otro, esboza un gesto de satisfacción que preludia unas palabras audibles con dificultad por su baja entonación.

—Es usted un buen organizador, no cabe duda de ello después de lo que estamos viendo en las pocas horas que llevo en Tetuán. Es admirable cómo maneja usted a los caídes y mandamases de las cabilas —reconoce Franco mientras Beigbeder compone una tímida sonrisa.

—Muchas gracias, mi general, todo eso es fruto de los muchos años que llevo tratándolos. Espero sacar de ello el mayor provecho para nuestra causa —Beigbeder cavilando por dónde el otro le puede salir.

—A la vista de los muchos caídes que ayer y hoy nos han manifestado su adhesión incondicional, confío en que el reclutamiento de moros sea masivo en sus cabilas. ¿No lo espera

usted? —interroga Franco con una pregunta que por su formulación solo admite respuesta positiva.

—En eso confío. Los caídes se han comprometido a impulsar el reclutamiento que comienza mañana —Beigbeder hace una breve pausa. Duda en transformarla en punto final, pero opta por no hacerlo—. Aunque, como era de esperar, me han pedido para los que se alisten y sus familias dinero y ciertas garantías.

—Eso lo daba por descontado. Si usted tiene mucha experiencia en tratar con los moros o los marroquíes como los llama usted, hágase cuenta de la que yo tengo, aunque desde luego es de distinta naturaleza a la suya —Franco no se priva de matizar poniendo las armas por encima de las letras.

—Desde luego, mi general, desde luego —asiente el teniente coronel más con la palabra que con el pensamiento.

—Antes de terminar, permítame dos observaciones por si le pudieran servir de alguna utilidad en su misión de recluta de personal moro a la que tanta importancia atribuyo — Franco se incorpora en el sillón que casi lo ha engullido, posa las dos manos sobre la mesa y, sin alterar la entonación monótona, plantea lo que guarda desde que citó a Beigbeder después de los actos multitudinarios de adhesión—. He notado más afluencia de caídes de las cabilas del Rif que de Gomara y sobre todo de la Yebala. Me preocupa que esto sea todo un síntoma de que los moros no respondan en las cabilas donde se concentra la mayor población. La segunda observación que quizá le resulte útil se refiere a los nacionalistas. No he visto a ninguno entre los invitados a los actos de estos últimos días. Cuídelos. Hay que atraerlos con concesiones razonables. Sea flexible con ellos. Ahora lo más importante es el reclutamiento y ellos pueden ser un obstáculo a poco que se nos pongan enfrente. Con tal de que el reclutamiento tenga éxito, bien vale hacerles alguna concesión. Ocúpese sobre todo de ese que tiene un apellido español, Torres, creo; es muy prorrepublicano y si no lo controlamos puede hacernos alguna una jugarreta — argumenta con serenidad que refuerza lo que expone.

—Sus observaciones son muy oportunas, mi general —concede Beigbeder dando vida a su tupido bigote—. Permítame, no obstante,

unos comentarios. Reconozco que me preocupa la suerte del reclutamiento en la parte occidental; es chocante que los indicios favorables a la captación vengan del Rif y no de la poblada Yebala. Estoy muy pendiente de ello y, si los primeros datos ratifican esta tendencia, me ocuparé de resolver el problema. En cuanto a los nacionalistas marroquíes, no puedo estar más de acuerdo con lo que su excelencia señala. Contra el criterio que he defendido a capa y espada, las instrucciones del levantamiento relativas al Protectorado son muy duras con ellos y les impone lo que llaman residencia forzosa. En concreto, el que usted menciona, Abdeljalek Torres, está encerrado en su casa, cerca de aquí, en la medina. Hay que suavizar esas medidas y atraerlos hacia nosotros, no solo por la atracción de tropa indígena, sino porque no nos podemos permitir un foco de resistencia, aunque sea pasiva, a nuestras espaldas —argumenta con el empuje del convencimiento animando sus rasgos faciales.

—Proceda como le indico, confío mucho en su labor de delegado de Asuntos Indígenas, puesto clave en estos momentos — remacha Franco deseoso de terminar.

—Un solo dato más, mi general, que hasta ahora he guardado en el mayor de los secretos, pero que le adelanto porque creo que cuadra mucho con las indicaciones que me está dando. Vengo luchando en las últimas horas porque los nacionalistas marroquíes declaren al menos la neutralidad como primer paso, y estas gestiones van bien —revela Beigbeder con un gesto de contento iluminando su cara.

—Ese es el camino, Beigbeder, ese es el camino. Sígalo y ya me irá diciendo. Los primeros pasos que demos en el Protectorado son cruciales para la suerte que pueda correr la patria en los próximos meses —pontifica Franco.

Capítulo III

Hacia el salvoconducto de Eloísa

Eloísa sobrelleva con pesar el paso del domingo diecinueve de julio. Aunque cumple a rajatabla las instrucciones de Macarena le cuesta un triunfo hacerlo y supera aquel día gracias a que, como El Escondite permanece cerrado, puede disfrutar de la compañía de su amante.

Sin embargo, el lunes veinte de julio es un auténtico calvario. El encierro le cuesta el equilibrio personal, cada vez más angustiada por no pisar la calle. Su amiga no le permite ni salir a departir con los clientes cuando poco después de las siete de la tarde, la hora de apertura de El Escondite, el bar, las habitaciones y los salones están más frecuentados que nunca por lo concurrido que está Tetuán gracias a la cadena de actos de adhesión a Franco.

Macarena vuelve a El Escondite después de asistir al acto de los caídes de la Yebala y Gomara y encuentra a Eloísa en tal estado de abandono que no lo soporta. Se encara con ella, le grita que está haciendo las cosas muy difíciles, le regaña haciendo el papel de madre enfadada por el pésimo comportamiento de una hija díscola. Eloísa reacciona ante la fenomenal regañina y escucha sumisa las instrucciones que la otra le repite con hartazgo que deforma la dicción.

Cuando el ambiente se calma, Macarena le afea su aspecto desaliñado con palabras menos cortantes: «Si te pones guapa como tú sabes hacerlo, comenta guiñando con picardía el ojo izquierdo, puedes salir a estar con los clientes. Tetuán está muy animada y como vas a ver a mucha gente te sentirás mejor, e incluso, si te apetece, puedes ocuparte de algún cliente especial. Que te vean por los salones de El Escondite me preocupa poco. Si alguno de los del colmillo retorcido conoce tu colaboración con la anterior Alta Comisaría, se lo va a callar por las posibles consecuencias negativas de haberte reconocido aquí, un lugar a quien muchos acuden a pasar un rato, pocos lo reconocen y todos lo ocultan». El rostro de Macarena se ilumina con una alada sonrisa después de decir estas

palabras, coge por la nuca a su amante, la besa en la boca sin abrir los labios y se funde con ella en un abrazo cariñoso.

Poco dura el abrazo. Macarena se despega con fuerza y clava la mirada en la otra. Los nervios se han distendido, los ojos vuelven a ser dulces, el timbre de la voz se suaviza, el panorama ha cambiado tanto que Eloísa se queda desorientada.

—Esta misma tarde he hablado de ti con Johannes. ¡Estaba contento porque había tenido un primer contacto con Franco que había ido bien y ya sabes que en estos días en Tetuán quien toca a Franco toca la gloria! —comenta Macarena con ironía al gusto de la otra—. He aprovechado la oportunidad para recordarle lo de tu salvoconducto y esta vez me ha contestado de una manera muy distinta a las anteriores. Me advirtió que la pregunta que me iba a hacer era importante para conseguirlo y me quedé sin saber qué decir. Me la hizo bajando la voz para evitar que alguien la pudiera oír —añade a punto de sacar de quicio a su interlocutora con tanto alargamiento innecesario.

—Pero ¿me quieres decir de una vez por todas qué te ha preguntado el tal Bernhardt en cuyas manos parece ser que está que yo pueda conseguir el dichoso salvoconducto? — Eloísa inquiere.

—Me ha preguntado por tus relaciones con Paco Tenoll, el comerciante de Larache del que te hiciste tan íntima hace unos días —Macarena señala con retintín.

—¿Y qué quería saber de Paco?, ¿cómo sabe lo de mi relación con él?, ¿qué tiene que ver Paco con mi salvoconducto? —encadena Eloísa una serie de preguntas a cuál más fogosa.

—Por lo que me ha contado Johannes y lo que he podido husmear en el acto de los caídes, Beigbeder y su gente están empeñados en que el reclutamiento de moros sea un éxito, algo que consideran muy importante para ganar a los republicanos una guerra que tiene toda la pinta de que va a ser inevitable vista la diferente suerte que el alzamiento está corriendo en España.

—Bueno, pero insisto ¿Tenoll qué tiene que ver con todo esto? — Eloísa reclama amoscada.

Macarena vacila. La conversación está yendo más allá de lo que ella quiere. Eloísa ha despertado con bravura, se ha quitado de

encima la piel de cordero degollado y se ha revestido de la de loba feroz azuzada por que Tenoll haya salido a la palestra. Al cabo de un par de interminables segundos, la dueña del burdel alza suavemente la cabeza y se hace de nuevo con la palabra.

—He oído que Beigbeder ha recibido órdenes directas de Franco sobre el reclutamiento y está preocupado por cómo pueda ir en cabilas de la Yebala y Gomara en las que la familia de Tenoll tiene gran influencia —confiesa Macarena arrastrando unas palabras que duda si debería haberlas callado.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?, ¿cómo sabes tanto de Casa Ninet? —pregunta Eloísa fogosamente sin poder evitar una referencia a los negocios familiares de su amigo por su nombre.

—En Tetuán se acaba sabiendo todo a poco que estés bien situada y tú conoces mejor que nadie que El Escondite es una fuente de información de primera categoría. Además, conoces mis relaciones con Bernhardt y tú misma fuiste testigo de que el primer contacto de tu amigo al llegar a Tetuán fue conmigo. Lo nuevo y bueno para que nos acaben dando el salvoconducto es que a los que está en sus manos hacerlo les puede interesar que, antes de llegar al Protectorado francés, te pases por Larache para hablar con él y conseguir que Casa Ninet colabore en el reclutamiento —concluye con alivio por soltar lo que tanto ha dudado.

Eloísa se queda muda. No reacciona. Pasan unos segundos y, con una entonación pensativa, se limita a decir:

—Bueno, ya veremos, ya veremos, tú consígueme el salvoconducto no solo para ir a Larache, también para moverme por todo el Protectorado español y así poder llegar a Casablanca.

Capítulo iv
Las reuniones de Franco con Bernhardt

1

El teniente coronel Franco Salgado-Araújo llega tan a las profundidades de un general Franco tan parco en palabras y contenido en gestos que se percata enseguida de su interés por entrevistarse lo antes posible con Johannes Bernhardt. Lo habla con Beigbeder, que reconoce que el interés es compartido por el alemán según le había comentado después de presentárselo a Franco y de que intercambiaran algunas palabras en el acto de los caídes del último domingo.

La reunión con los gerifaltes de la Yebala y Gomara, las idas y venidas a Ceuta y el trágico episodio del suicidio del teniente coronel Gautier dificultan encontrar un rato para que Franco mantenga la reunión con Bernhardt. Por fin, al día siguiente, martes veinte de julio, este último acude al palacio de la Alta Comisaría henchido de satisfacción por la cita que le ha concedido antes de lo que imaginaba. La satisfacción es compartida por Beigbeder, al haber atendido el general su insistencia en que el alemán podía contribuir a solucionar el problema del transporte aéreo de las tropas a la Península a través de sus gestiones en Berlín con sus correligionarios del partido nazi y no a través del ministerio de Asuntos Exteriores encabezado por un Konstantin von Neurath temeroso de la reacción de otras potencias ante una posible ayuda a los sublevados.

La primera entrevista con Bernhardt confirma la impresión favorable que Franco tuvo hace un par de días cuando se saludaron poco más que protocolariamente. Los contactos que tiene en el partido nazi de los que hace gala suscitan el interés del general. El alemán, ante la presencia muda de Beigbeder y alguna pregunta taimada de este último, suelta la lengua desgranando una exposición que tiene ensayada. La necesidad de material militar ocupa casi toda la conversación. Propiciada por una insinuación del general, que posa unos ojos penetrantes en aquel nazi de sólida contextura que

parece tener en sus manos parte de la solución de un problema que le empieza a angustiar, incluso hace referencia al suministro de aviones de transporte.

Franco, sin poner abiertamente sobre la mesa las necesidades que le acucian, va destilando palabras sueltas, interjecciones aisladas, frases comprimidas que animan al alemán.

Al cabo de muchos minutos de un tira y afloja entre dos personalidades totalmente distintas, pero con un interés común que los va acercando, Franco opta por no revelar por el momento con claridad sus necesidades. Antes de adentrarse en un terreno tan escurridizo, necesita hacerse una idea fiable de lo que hay detrás de tanta entrega a primera vista generosa y perfilar la opinión sobre la persona tan dinámica y prometedora que tiene delante.

Cambia de postura en el sillón de la mesa de trabajo, mira de reojo a Beigbeder y Franco Salgado-Aráujo e inicia un parsimonioso movimiento indicativo de que basta por hoy de este asunto. Bernhardt o no lo entiende o no lo quiere entender. No se da por enterado y Franco tiene que interrumpir la acción de levantarse que ha iniciado y dejarse caer a plomo en el sillón. Se adentra sin remilgos en lo beneficioso que puede ser «Para ambas partes una amplia colaboración de la Alemania de Hitler con la nueva España que promueve usted, mi general», plantea abandonando la insinuación velada y la palabra imprecisa. Franco calla, mira con fijeza y zanja la conversación en un «Gracias, señor Bernhardt, el teniente coronel Franco ha tomado buena nota de sus palabras y seguramente volveremos a hablar de ello en los próximos días. Espere noticias nuestras».

***

La presión de la necesidad acucia más y más según el alzamiento va fracasando en grandes ciudades como Madrid, Bilbao, Barcelona, Valencia y Málaga y el Gobierno de la República retiene una parte muy importante de la potencia industrial y comercial de España. Lo concebido por algunos como un rápido golpe va adquiriendo todas las características de guerra fratricida. La duda radica en su

duración, ¿cuánto tiempo puede prolongarse?, y la respuesta depende en aquellas angustiosas horas, que quizá han empujado al suicidio a Román Gautier Atienza, de conseguir que el ejército de África ponga pie en la Península para impulsar el avance hacia Madrid.

Franco lo sabe y por mucho que su hieratismo lo camufle, late insistentemente en su interior la necesidad imperiosa de hallar una solución al problema del transporte, al que por el momento solo se han puesto parches de muy poca monta. La conversación con Bernhardt puede abrirle nuevas vías para solucionarlo.

2

La mezcla de la necesidad de solucionar el transporte y de que la reunión anterior había terminado sin resultados prácticos, ha propiciado que Franco encuentre hueco para recibir a Bernhardt al día siguiente, miércoles veintiuno de julio.

Franco Salgado-Araújo, Beigbeder y Martín Moreno están ya en el despacho de su general en la Alta Comisaría cuando Bernhardt aparece por la puerta enarbolando una sonrisa que retrae los pómulos.

Franco ha preparado minuciosamente la reunión con Martín Moreno, que ya se mueve con cierta soltura como jefe de Estado Mayor *de facto*. También ha cambiado impresiones con Beigbeder sobre el enfoque de lo que tiene que tratar con Bernhardt. Llegan a la conclusión de que es contraproducente ocultar la realidad y ofrecerle un panorama distinto al de las tropas amontonadas en el Protectorado mientras que solo han logrado atravesar el Estrecho un muy contado número sin esperanzas de que se pueda hacer masivamente a corto o medio plazo. «El camino para que el alemán dé lo mejor de sí ayudándonos es mostrarle en un mapa la situación actual en la Península, aun a costa de confesar el fracaso que estamos sufriendo en puntos clave de la geografía nacional», concluyen Franco y Martín Moreno. A ello sigue un cálculo de los aviones requeridos en función del número y composición de las unidades que han de atravesar el Estrecho y de los vuelos que

puedan realizar. Para ello Martín Moreno consulta al comandante García Cáceres, el nuevo jefe del aeródromo de Sania Ramel. Diez aviones de transporte Junker 52, cuya ala baja, tren de aterrizaje fijo, longitud de diecinueve metros, velocidad máxima de algo más de doscientos kilómetros y mil kilómetros de alcance los hacen idóneos para la misión que se les encomendaría si aterrizaran en Sania Ramel o en cualquier otra pista del Protectorado.

Una vez que Franco y Martín Moreno han llegado a estas conclusiones, se las transmiten a Franco Salgado-Araújo y Beigbeder, que las aceptan sin rechistar.

A Bernhardt le sorprende el cambio de actitud de Franco. Un mapa desplegado le espera en uno de los laterales del despacho. Los prolegómenos son los estrictamente necesarios. El general con un gesto condescendiente indica al alemán que se acerque al mapa. Allí están Martín Moreno, al que Franco da la palabra. Las líneas trazadas ponen de relieve que el alzamiento ha fracasado o está en trance de hacerlo en zonas cruciales de la geografía española. El semblante de Bernhardt va pasando de la satisfacción inicial a la sorpresa por recibir tan pormenorizada información, para concluir en la seriedad que comparte con los que lo rodean.

—Para revertir a nuestro favor esta situación necesitamos que nuestros amigos de Alemania nos remitan a toda prisa diez Junkers 52 y material militar complementario con lo que podríamos incrementar rápidamente nuestra fuerza en la Península e intensificar el avance para tomar Madrid y terminar pronto lo que hemos iniciado en el Protectorado — Beigbeder plantea de sopetón. Los ojos pequeños de Franco observan con disimulo los gestos que el comerciante alemán va poniendo según progresa la exposición del teniente coronel.

Bernhardt tarda unos segundos en reaccionar extrañado de que Franco y sus allegados estén convencidos de que tal cosa está al alcance de su mano. «He debido exagerar ayer dando a entender más de lo que soy capaz de hacer», recapacita no más de un segundo, porque las miradas afiladas de las que es objeto no le dan más tregua.

El nazi carraspea porfiadamente para ganar el tiempo preciso que

le permita recomponer la situación en su cabeza. Titubea. ¿Aclara que él nunca ha dicho que tiene en su poder la varita mágica para lograr que los aviones alemanes aterricen en el Protectorado?, ¿se calla y deja que cunda una opinión tan elevada de sus posibilidades?, ¿se juega los posibles negocios con la España de Franco a una tan arriesgada carta, pues no sabe bien hasta dónde pueden llegar sus gestiones en Berlín? Son segundos en los que un gravoso silencio sustituye a las palabras hasta que Bernhardt acaba inclinándose por echar cara al asunto y dar un arriesgado paso sin red de seguridad.

—Mi general, usted me honra encargándome que consiga que la Alemania de Hitler ayude a la España de Franco con aviones y otro material militar —irrumpe tensando los orificios de su rectilínea nariz —. Es un gran honor para mí que su excelencia considere que soy la persona adecuada para hacerlo —no puede decir una palabra más, porque Franco lo interrumpe con brusquedad que desdice su forma habitual de comportarse.

—Señor Bernhardt, discúlpeme, pero no es momento para las formalidades. Vaya al grano, vaya al grano —repite mientras que Beigbeder dirige una expresiva mirada al alemán con la que le exige que no dé rodeos, que el horno no está para bollos.

Bernhardt toma nota de las palabras de Franco y coge carrerilla para cubrir un orden del día que su mente racional y pragmática ha improvisado en los últimos segundos.

—Tiene usted razón, mi general, disculpe mis excesos por la confianza que dispensa a este modesto miembro del Partido Nacional Socialista Alemán —la mirada de Beigbeder es ahora tan afilada que corta en seco el tono discursivo de Bernhardt, que solo tiene ya la salida de concretar con los riesgos que esto entraña para él que en pocos segundos tiene que escarbar en sus contactos en Berlín y echar mano de la imaginación para construir una realidad que no tiene tan entre manos como ha dado a entender.

—Mi general —continúa el alemán con un vaivén de la mano derecha—, si por Alemania entiende usted el Gobierno de Berlín y su ministerio de Asuntos Exteriores las posibilidades de obtener los aviones y el material de guerra se reducen mucho. Von Neurath no

querrá dar la cara por temor a la reacción de Francia e Inglaterra. El partido es el camino. A Hitler como líder supremo es a quien hay que llegar. Nuestro problema solo lo puede entender bien el Führer y en él hay que confiar — proclama Bernhardt con una contundencia que aumenta la impresión que ha causado la invocación de Hitler como última referencia para conseguir los suministros que se piden.

—¿Cómo cree que podemos hacer ese contacto y a través de quién?, porque me informa el teniente coronel Beigbeder que, aunque usted es un miembro destacado del partido, no es su jefe en el Protectorado —suscita Franco con voz débil que desentona con la trascendencia de lo que se está tratando.

—Con Adolf Langenheim, el jefe formal del partido aquí, hay que contar inevitablemente, pero solo cuando lo tengamos todo organizado. Hay que dárselo todo hecho, porque es un hombre muy reacio a asumir riesgos y su pusilanimidad puede ser un obstáculo — aclara girando la cabeza hacia un lado en busca del apoyo de Beigbeder.

—¿Pero Langenheim puede ser reacio a prestarnos su ayuda? — Franco pregunta acentuando un tono de indiferencia— Me extraña mucho esto, Beigbeder me ha informado también que este señor tiene desde hace muchos años importantes negocios en el Protectorado que, supongo, querrá conservar con nuestro movimiento nacional —razona con tufillo amenazador.

—No, mi general, quizá no he estado acertado en la referencia a Adolf —interviene Bernhardt recogiendo velas—. Ayudará, pero quizá por los años que tiene es remiso a correr riesgos y por eso hay que dárselo todo hecho. Déjemelo a mí que acabará haciendo todo lo que le pidamos.

—Pero ¿cómo nos organizamos para poner en marcha ese plan? — irrumpe Beigbeder, que ha comprendido el mohín de Franco empujándolo a intervenir.

Bernhardt se lleva la mano a la barbilla en actitud reflexiva. En ese mismo momento Franco invita a Beigbeder, Franco Salgado-Araújo y Bernhardt a abandonar la zona donde se extiende el plano de España para acomodarse en torno a su mesa de trabajo. El alemán se sienta enfrente del general flanqueado por los dos tenientes

coroneles y se siente protagonista de aquel instante capital de la historia de España.

—Mi general, debería usted dirigirse directamente al Führer con una carta en la que exponga como amigo y aliado el momento crítico que el alzamiento vive en toda España y la ayuda que necesita para triunfar lo antes posible —sugiere Bernhardt plenamente decidido ya a poner toda la carne en el asador en una operación que, de salir bien, lo encumbraría entre los empresarios mimados por el nuevo régimen.

Franco no mueve un músculo de la cara para dar una opinión, lo mueve para indicar a los tenientes coroneles que lo hagan. Los dos coinciden en que cualquier estrategia requiere como actuación previa una carta ajena a todo cauce oficial en la que el general se manifieste con claridad pidiendo los aviones y el material imprescindible para consolidar posiciones y avanzar en la Península.

—De acuerdo. Teniente coronel Franco consulte usted con el señor Bernhardt y el teniente coronel Beigbeder la redacción del borrador de carta que dirija yo a Adolf Hitler. Cuando estén todos de acuerdo en el texto, algo que tiene que ser hoy mismo, me lo traen para que lo revise y lo firme —ordena Franco con la monotonía que no abandona.

—Mi general, la carta no puede llegar al Führer por correo. Es muy importante acompañarla con el testimonio personal de quien conozca bien la situación —Bernhardt introduce imprimiendo a lo que dice el tono afable al que es tan asiduo.

Franco y sus subordinados se quedan paralizados. Esta insinuación se basa en una realidad tozuda. El testimonio personal que le llegue a Hitler con la carta ha de ser de un alemán que viva en el Protectorado y que conozca al dedillo todo lo que está sucediendo allí. Tiene que ser también un conocido militante del partido nazi, pues la carta no sigue el cauce formal del ministerio de Asuntos Exteriores, sino el del partido, informal y más alejado de equilibrios de política internacional.

—Señor Bernhardt, tenemos que contar con usted para que viaje a Berlín y lleve la carta al Führer —es la primera ocasión en la que Franco se refiere así a Hitler—. Espero que no le importe prestarnos

este servicio, que sabremos agradecer —añade utilizando otra vez el doble sentido en una conversación que roza ya una hora de duración, muy por encima del tiempo concedido a las reuniones que está manteniendo desde que aterrizó en Sania Ramel.

—Mi general, estoy a la más completa disposición de la causa y lo hago sin necesidad de agradecimientos futuros — anuncia Bernhardt relamiéndose por lo bien que la conversación está transcurriendo para sus intereses políticos y comerciales—. Si me lo permite su excelencia, me atrevo a hacer una pequeña sugerencia. Creo que, una vez diseñado el plan de actuación, hay que decírselo a Adolf Langenheim y contar con él para el viaje. Extrañaría mucho en Berlín que el jefe del partido en el Protectorado español no respaldara con su presencia el apoyo que pide la carta dirigida al Führer —pone sobre la mesa algo que recibe la conformidad expresa de Franco y el asentimiento de sus subordinados.

—De acuerdo, pero eso es ya cosa suya, es usted quien tiene que lograr la conformidad de Langenheim para este imprescindible desplazamiento a la capital de Alemania — Franco zanja la cuestión un poco cargado por la afabilidad de su visitante.

El general se empina ligeramente en el sillón e inicia el gesto de levantarse dando por concluida la reunión. Los tres lo hacen impelidos por un poderoso resorte. Todos ya de pie, Franco señala clavando en el alemán unos ojos casi sepultados por las pupilas.

—Señor Bernhardt, ha sido muy provechosa la reunión y confío en que todo salga bien con su valiosa colaboración — hace una pausa que suena a preludio y agrega con voz serpenteante: —El teniente coronel Beigbeder le informará de quiénes van a ir a Berlín por parte española y queda pendiente de precisar la manera de viajar sin correr riesgos.

Bernhardt, que ha mudado su semblante de chisposa satisfacción por otro serio, intenta hacerse con la palabra para manifestar su opinión sobre lo que Franco ha mencionado de pasada. Pero no puede articular una sola palabra, porque este último con un gesto suave aunque de apreciable firmeza le corta en seco: «Señor Bernhardt, lo pendiente a lo que me he referido no es cosa suya, es cosa nuestra, de los militares españoles. Los tenientes coroneles

Franco y Beigbeder le informarán cuando hayamos tomado la decisión, que será inmediata. Vaya haciendo usted la maleta. ¡Ah! Y ocúpese de Langeheim, esa sí que es tarea suya», advierte cruzando las manos en la espalda antes de tender la mano derecha para chocarla con la de Bernhardt y esbozar un tímido saludo al que los otros dos militares le responden poniéndose a sus órdenes.

Parte decimotercera

El vuelo a Berlín, la decisión de Adolf Hitler y el regreso a Tetuán

Capítulo I
Los preparativos del vuelo

1

Que Bernhardt convenza a Langenheim es fácil. Algo más arduo es escoger al español que forme parte de una expedición a Berlín que no puede quedar solo en manos alemanas. Beigbeder, que habla alemán y conoce bien los vericuetos administrativos y políticos de Berlín por su larga estancia allí como agregado militar de la embajada española, es descartado desde el principio, al ser imprescindible que centre todos sus esfuerzos en el reclutamiento de marroquíes, que se inicia el jueves veintitrés de julio. Por otro lado, es necesario que quien acompañe a Bernhardt y Langenheim, además de defenderse en alemán, tenga conocimientos aeronáuticos que le permitan afrontar una reunión técnica con la contraparte. El capitán Francisco Arranz Monasterio es el elegido. Artillero y aviador militar de dilatada experiencia adherido al movimiento está destinado en Samia Ramel en su calidad de ingeniero aeronáutico. Arranz se manifiesta entusiasmado por la trascendental misión que se le encomienda y participa en la preparación del viaje desde el instante en el que Martín Moreno y Franco Salgado-Araújo le informan de ello y, con conocimiento y aprobación de Franco, es designado para desplazarse a Berlín con los dos líderes nazis de Tetuán.

***

Lo que verdaderamente trae de cabeza a Martín Moreno, Beigbeder y Franco Salgado-Araújo durante el resto del veintidós de julio es precisar la vía más segura para que la expedición se desplace a la capital del Reich con la urgencia que requiere el caso.

Franco los convoca a mitad de tarde de este último día para interesarse por cómo van los preparativos de un viaje al que se aferra como parte de la solución de los problemas del transporte a la

Península que le consumen por dentro, aunque logre disimularlo ante sus subordinados.

Le alegra que le traigan resuelta la participación de Langenheim, que, a pesar de los remilgos iniciales, viajará a Berlín, y la incorporación del capitán Arranz. Pero cuando pregunta por cómo van a hacer el viaje y cuándo lo emprenden, se topa con un muro de vacilaciones, medias palabras y miradas turbias. Conforme Martín Moreno expone, con alguna precisión de Franco Salgado-Araújo y el silencio de Beigbeder, las pocas alternativas que han podido barajar y las razones por las que las han desechado, la expresión de Franco va mudando. La palidez inicial y la mirada lánguida se retraen y ocupan su lugar el color que cobran las mejillas cuando la irrigación sanguínea se intensifica y las chispas que saltan de los ojos con una gran contrariedad ganan la partida. Cuando los tres temen que la faz relativamente convulsionada de Franco constituya la primera entrega de su enfado, el panorama cambia de sopetón, el general ladea un poco la cabeza, hace una pausa y suelta con aire cantarín:

—Tengo la solución. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! — cunde la sorpresa entre sus subordinados que, desorientados, se mueven en la silla que ocupan tras la mesa. La palabra ahilada de Franco rompe el silencio que se ha apoderado de la estancia después de la última exclamación.

—El general Orgaz, siguiendo mis órdenes, ha incautado el avión de Lufthansa que cubre la línea postal de Alemania con América del Sur y que por suerte está en Gando —arranca Franco con un mohín de superioridad que moviliza sus facciones. El silencio que sigue a la última palabra es abismal, no se oye ni el potente ventilador que rota sus aspas.

Los semblantes de Martín Moreno, Beigbeder y Franco Salgado-Araújo lo dicen todo. La admiración nutrida de obediencia y la adhesión incondicional forcejean por imponerse, pero ninguna lo logra y el resultado es una expresión que desfigura la cara de los tres. Franco se permite un suspiro y, cuando considera suficientemente producido en ellos el efecto que quería, retoma la palabra.

—Siguiendo mis instrucciones, el avión, que creo que es de la clase

de los que pido a Hitler en la carta que acabo de firmar, aterrizará en las próximas horas en Sania Ramel con el general Orgaz a bordo —nueva pausa previa a lanzar lo que zascandilea en su cabeza—. La solución al problema al que han dado ustedes tantas vueltas sin traerme una solución está en prolongar la incautación de ese avión para hacer que vuelva a su punto de partida, es decir, a Berlín, aunque con nueva tripulación —desvela con una sonrisita irónica.

Martín Moreno interpreta correctamente el silencio que se impone después de la última palabra. Es un silencio con voz propia, casi con grito propio, ya que Franco quiere escuchar lo que su ocurrencia les parece a los que hasta ese momento no han abierto la boca.

—Mi general, una vez más ha dado su excelencia en el clavo mientras que los tenientes coroneles Franco Salgado-Araújo y Beigbeder y yo mismo dábamos vueltas sin encontrar la solución al problema de cómo hacer el viaje a Berlín —interviene Martín Moreno a título de prolegómeno que suavice lo que considera que debe salir de sus labios—. Permítame hacerle ver que el avión, aunque es de una compañía aérea privada, es alemán, y prolongar la incautación podría enfadar a Berlín y ser contraproducente para lo que su excelencia pide a Hitler. No sé, además, si el Junker está preparado para tan largo vuelo y a su piloto, que seguro que será un alemán al que nuestra causa le importe poco, no le va a gustar nada que de Las Palmas se le desvíe a Tetuán y de Tetuán a Berlín — plantea Martín Moreno mientras la cara de Franco Salgado-Araújo refleja sorpresa por tanta franqueza y la de Beigbeder permanece inalterada.

Franco tose con insistencia. Los tres militares que lo observan sin perder detalle se temen que sea el preludio de uno de sus característicos enfados con sordina, pero se equivocan, el general tose de nuevo y replica con voz aflautada y serena.

—Coronel, lo que usted indica son pequeños tropiezos, simples menudencias que podemos resolver sin dificultad y en ningún caso pueden entorpecer que nuestros hombres se planten en Berlín con la carta que han de entregar a Adolf Hitler. Repito, menudencias que hay que solucionar sin más —concluye tensando un poco los músculos de la cara.

—Sí, mi general, menudencias que no pueden impedir que nuestro plan llegue a buen puerto —es todo lo que a Martín Moreno se le ocurre manifestar secundado por el silencio de los dos tenientes coroneles.

—Beigbeder, me han comentado que usted tiene buenas relaciones con el general von Kühlenthal de sus tiempos de agregado militar en Berlín. Según me dicen también, ahora es el agregado militar de Alemania en París, llámele, coméntele nuestros planes, los motivos del viaje a Berlín de Bernhardt y compañía y la incautación del avión de Lufthansa. Seguro que lo comprenderá y transmitirá la información a su cadena de mando. Esto nos cubre las espaldas al margen de las gestiones de Bernhardt y contribuirá a que el avión pueda aterrizar sin problemas en Berlín —ordena Franco con firmeza que no permite comentarios. Hace una pausa para recobrar fuerzas, pierde la vista en un horizonte indefinido y centra su atención en Martín Moreno y Franco Salgado-Araújo.

—Coronel, hable rápidamente con el capitán Arranz, que a la hora en que esté prevista la llegada del avión procedente de Las Palmas tenga todo dispuesto para emprender enseguida el vuelo a Berlín. Hágase esto sin contemplaciones de ningún tipo, que se pongan a su disposición todos los medios personales y materiales que sean precisos —impartidas estas órdenes sus destinatarios quieren salir disparados para cumplirlas, pero el general aún no ha terminado—. Teniente coronel Franco, lo del piloto alemán lo dejo en sus manos, transmita a quien corresponda como instrucciones directas mías que le obliguen como sea, incluso a punta de pistola, a pilotar el Junker hasta Berlín, repito, incluso a punta de pistola.

Franco, estimulado por la luz que ve en Berlín para iluminar el negro pozo del transporte a la Península, se mueve con energía inhabitual, se levanta con relativa energía y corta la reunión no sin antes encarecer de nuevo la importancia extraordinaria de las órdenes que acaba de dar.

Capítulo II

La llegada a Berlín.
La aparición de Rudolf Hess

Tras vencer la tenaz oposición del gerente de la Lufthansa Otto Bertram y depositar noventa mil pesetas en la sucursal del Banco de España de Las Palmas, el general Luis Orgaz Yoldi logra la incautación ordenada por Franco.

El Junker 52 denominado Max von Müller aterriza en Sania Ramel poco después de las cinco y media de la madrugada del jueves 23 de julio con Orgaz a bordo, que es nombrado por Franco alto comisario en sustitución de Sáenz de Buruaga. El capitán Arranz tiene todo dispuesto para que el aparato pueda despegar de inmediato. La resistencia inicial de Alfred Henke, el comandante del avión que debería estar volando hacia América del Sur y que afronta la sorpresa de que tiene que hacerlo a Berlín, es vencida gracias a la presión militar y a los buenos oficios de Bernhardt y de Ellen Wiedenberdig, su mujer, hija de un antiguo cónsul de Alemania en la argentina Rosario.

Minutos antes de las cinco de la tarde del mismo 23 de julio, Henke, embutido en un mono blanco de aviador, y Arranz, Langenheim y Bernhardt, enfundados en ropa mucho más apropiada para el clima de Berlín que para el de un Tetuán entre la que destaca el abrigo de espiga que cuelga del brazo izquierdo del último, toman al avión en Sania Ramel. Con escalas en Sevilla, Marsella y Stuttgart, el Junker 54 aterriza a última hora de la tarde del viernes veinticuatro de julio en el recientemente inaugurado aeródromo militar de Gatow, situado al oeste de Berlín en el distrito de Spandau.

Durante las muchas horas de vuelo y las tres escalas Bernhardt habla poco y reflexiona mucho. Es consciente del descomunal reto que tiene por delante y de las grandes incógnitas que se abren en Berlín. Hombre de voluntad, es consciente de que a sus cuarenta y dos años se enfrenta a una misión de la que puede depender lo que sea de él el resto de su vida. «Tengo que llevar la voz cantante, no

puedo confiar en Langenheim, está mayor y viene al viaje arrastrado por las circunstancias, esta operación le supera, no me queda más remedio que tomar desde el principio las riendas de un asunto tan complicado», reflexiona varias veces mientras que sobrevuela territorio español, francés y alemán. También se entretiene repasando los argumentos principales que va a esgrimir ante los dirigentes nazis con los que consiga entrevistarse. La lucha contra el bolchevismo y la República española en manos del comunismo ocupan un lugar preferente, resuelto a no andarse por las ramas.

Capítulo III

La reunión con Hitler en Bayreuth

La suerte, las casualidades y la habilidad se engarzan desde que la expedición pone pie en Berlín. El contacto al que tienen acceso en aquel sábado del mes de julio es menor, pues Friedhelm Burbach es solo jefe de segundo rango de la AO u organización exterior del Partido Nazi, que en su momento se había ocupado de España y Portugal. Burbach, que olfatea la importancia y el futuro halagüeño para él si sale bien la operación, se pone rápidamente en contacto con Ernst Wilhem Bohle, hombre con visión política, que es jefe de la sección del partido nazi que se ocupa de los alemanes en el extranjero.

Burbach y Bohle se entienden pronto con Bernhardt, mientras que Langenheim queda un poco al margen, abrumado por el cansancio y la responsabilidad.

Conocedor de primera mano de las espinosas relaciones del ministerio de Asuntos Exteriores y la organización del partido nacionalsocialista en el exterior, Bohle opta por la prudencia, marca varios números de teléfono de este ministerio, empezando por el de la secretaría del ministro Konstantin von Neurath, y solo consigue hablar con Hans Dieckhoff, cargo político intermedio en el departamento.

Los ojos de Bohle lo dicen todo cuando cuelga el aparato con una punzada de contrariedad en el pecho. «Nada, no hay nada que hacer. En Exteriores no quieren ni oír hablar de la ayuda a Franco. Lo consideran como un asunto interno de los españoles del que Alemania debe quedar al margen. Por ese camino más vale que no insistamos», afirma con muestras de decepción que contagia al resto.

Se extiende un silencio cargado de incógnitas. Los alemanes cruzan severas miradas buscando una respuesta. «Voy a llamar a Alfred Hess, es el segundo jefe de mi organización, a ver si comprende la importancia del asunto y quizá su hermano Rudolf nos eche una mano. Está claro que si Franco tiene alguna posibilidad de recibir ayuda es a través del partido, no del ministerio», concluye

Bohle mientras que sus profundas entradas arrinconan el poco pelo que le queda. El ánimo de Bernhardt se viene arriba y la sangre le empieza a hervir cuando Burbach irrumpe con entusiasmo: «Sí, sí, buena idea, llámalo, dile que estoy contigo, fui compañero de los dos hermanos en la escuela evangelista de Bad Godesberg».

—No está en su despacho —anuncia poco después Bohle con cara de decepción después de preguntar telefónicamente por Alfred Hess —. Llámale a su casa, eres su jefe —reclama Burbach convencido de que tanto él como Bohle se pueden apuntar un buen tanto si Franco triunfa con el apoyo que pide en la carta que guarda Langenheim y que Bernhardt vigila.

—Me dicen que está enfermo en casa —replica Bohle remiso.

—Hay que llamarle a su casa y conseguir hablar con él. Es muy importante para los intereses alemanes en Europa y para los nuestros personales que se nos escuche en el partido por quien tenga suficiente autoridad —insiste Burbach con maneras reflexivas.

—Tiene usted razón —tercia Bernhardt dispuesto a todo con tal de llegar a Tetuán con las manos llenas para Franco—, aquí hay mucho en juego y sería una pena para la gran Alemania y para nosotros que por la torpeza de von Neurath y los suyos se perdiera una gran oportunidad política y económica —remacha dejando entrever lo que columbre para el futuro si todo sale bien.

***

La subsiguiente llamada a Alfred Hess es todo un éxito. Comprende la trascendencia del asunto y se compromete a informar de ello a su hermano Rudolf, tan cercano al Führer. Tarda muy poco en comunicarles el resultado de su gestión. Rudolf Hess los recibirá en su residencia veraniega de la bávara Bad Kissingen.

En pocas horas y tras un rápido desplazamiento en avión, Langenheim y Bernhardt están conversando con Rudolf Hess. Bernhardt asume el protagonismo, hace una encendida defensa de la gama de posibilidades que se abren para «la gran Alemania del Führer» si el movimiento de Franco derrota a «la República roja y

filomarxista». Impresionado por el relato, al cabo de un rato el lugarteniente de Hitler ruega que lo disculpen y los deja solos.

Pasa más o menos media hora y cada minuto lo hace con apariencia de eternidad. Por fin, Hess vuelve a la habitación donde lo esperan ansiosos. Con gesto opaco que no deja traslucir la satisfacción que le invade por dentro, el dirigente nazi avanza hacia ellos con los brazos cruzados y, cuando llega a su altura, los despliega y explota dando extremada importancia a la gestión que acaba de hacer: «¡El Führer los recibirá esta misma noche en Bayreuth después de la representación de Sigfrido!».

Bernhardt hace un esfuerzo gigantesco para que el fuego interior que estas palabras han prendido no lo devore y reacciona con muestras de entusiasmado agradecimiento. Langenheim se ha difuminado, ha desaparecido de la escena aplastado por el inesperado peso marmóreo que se abate sobre él tan pegado a lo rutinario y de vuelo bajo.

Capítulo iv

La decisión de Adolf Hitler

Tras la llegada a Bayreuth en automóvil procedente del aeródromo más cercano, se dirigen a una casa situada al lado de la de Winifred Wagner, la viuda de Sigfried Wagner, el hijo del gran compositor alemán.

Al tanto de su visita, Wilhelm Brückner, ayudante principal del Führer, los espera. Tras indicarles que lo sigan, atraviesan un vestíbulo en el que menudean uniformes, con predominio de los marrones y negros, de altas jerarquías del régimen nazi que aguardan la llegada de Hitler. Les gusta que entre estas personas se encuentre Burbach, con quien hacen un alto que Bernhardt aprovecha para intercambiar algunas palabras y para que les presente al jefe de la asesoría jurídica del ministerio de Asuntos Exteriores, Wolgang Kraneck, y a su segundo, Robert Fischer. Brückner apremia a que le sigan y suben por una escalera con bella barandilla de rejería artesanal hasta la segunda planta del edificio.

El ayudante del Führer los instala en una habitación más bien austera con aire de biblioteca por las estanterías de libros, que, junto a las sillas arrinconadas en los laterales y dos discretas mesas colocadas en el centro de la estancia, componen todo el mobiliario. Son unos minutos antes de las diez de la noche del sábado veinticinco de julio. Langenheim se sienta en una de las sillas y se lleva compulsivamente las manos a la cabeza rebuscando un sosiego imposible. Bernhardt permanece de pie y se pasea de un extremo a otro de la habitación.

No tienen que esperar demasiado. La cita es a las diez de la noche y apenas han pasado treinta minutos cuando el picaporte de la puerta de entrada ruge de modo tan silencioso como perceptible.

A Langenheim el corazón le da un vuelco y casi se desmaya; Bernhardt tiene que hacer un esfuerzo ímprobo para sobreponerse a la impresión. Hitler hace su aparición con las manos cruzadas en la espalda, el semblante relativamente relajado y movimientos repetidos y tajantes de la cabeza que imparten órdenes mudas.

Kraneck se adelanta y saca a los alemanes de Tetuán del

aturdimiento y la paralización. Con agravada formalidad los presenta al Führer, que, tras estrecharles la mano manteniendo una exagerada distancia, les comenta que ya está al corriente de lo que pretenden. El labio inferior de Langenheim temblequea impulsado por una mezcla de temor y respeto. Bernhardt está más entero e interpreta que el corto silencio que se impone en medio de miradas expectantes significa que les corresponde a ellos el turno de abundar en su objetivo. La mirada flamígera e incisiva de Hitler no admite demora. Sobrecogido por la presencia del supremo líder nazi, a Bernhardt solo se le ocurre conminar a Langenheim para que entregue la carta de Franco de la que no ha querido desprenderse durante todo el viaje como símbolo de una autoridad que los hechos desmienten.

Langenheim entrega la carta sin alzar la mirada desbordado por la inmediatez física de Hitler, que abre el sobre y lo desdobla mientras que anuncia con prepotencia que ya conoce su contenido por Rudolf Hess. Concede un vistazo superficial al texto al que da continuidad un mohín despectivo. El silencio es sepulcral. Ni una pestaña se mueve atentos todos a la reacción del Führer, que, de pronto, con un movimiento severo tiende la carta a Langenheim y le ordena que se la traduzca porque, para su contrariedad, está en español.

La mano de Langenheim tiembla tanto que la carta abanica. Aunque se le agrieta la garganta, arranca a traducir tartamudeando y con los nervios desatados. No puede más, siente con dolor la mirada hiriente del líder nazi. Es incapaz de continuar, con ojos de cordero degollado se atreve a entregar la carta a Bernhardt, que, más seguro y decidido, prosigue con voz aplomada. Hitler, plantado en medio de la biblioteca, escucha con atención la retahíla de diez Junkers 52 de transporte, veinte cañones antiaéreos, seis cazas Heinkel, ametralladoras amunicionadas, bombas de 500 kilógramos que Franco solicita en calidad de jefe supremo de las Fuerzas militares españolas en África. Cuando Bernhardt se adentra en la escueta justificación de lo pedido, la lucha contra el comunismo y la República roja en sus manos, Hitler, sin descomponer el rígido hieratismo, lo interrumpe y pide informaciones complementarias sobre la situación en España. Bernhardt, con seguridad creciente, es

cauto y mide mucho sus respuestas, subraya el momento crítico en el que España se encuentra sin lado claro por el que se incline la balanza y la necesidad urgente de que Alemania ayude para que lo haga del lado de los que combatan el bolchevismo capitaneados por el general Franco. Mientras que Bernhardt habla, el líder nazi consulta los planos que acompañan a la carta y, cuando termina, ordena a Brückner, que se ha incorporado a la reunión, que le traiga los últimos informes alemanes sobre los acontecimientos de España. Bernhardt aprovecha el momento para no ahorrar comentarios elogiosos a la personalidad y trayectoria militar de Franco y Mola, del primero de los cuales Hitler tiene noticias por su actuación en la guerra del Rif.

Bajo la mirada expectante de todos, el Führer escucha con atención, pasea de arriba abajo empujado por un aluvión de pensamientos que pugnan entre sí, se para, vuelve a preguntar y a consultar los mapas e informes acumulados sobre las dos mesas del centro de la estancia, se le escuchan comentarios bélicos favorables a España sin que nadie, salvo que le pregunte algo, se atreva a abrir los labios.

La atmósfera se ha ido caldeando, Hitler, crecientemente interesado en el asunto del que Bernhardt se ha convertido en interlocutor principal, ha olvidado la cena prevista para después de la ópera y macera su decisión. El empujón definitivo se lo da el último informe que le entrega Brückner, que da noticias de que, aunque no es seguro, hay indicios que apuntan a una posible asistencia militar masiva de Rusia y Francia en favor del Gobierno de Madrid.

Al leer esto, Hitler arruga el documento, proyecta una mirada abrasadora hacia un horizonte que va mucho más allá de las fronteras de la Alemania nazi y, venciendo la pesadez de los párpados que acusan la larga jornada que queda atrás, pega un ligero brinco y con voz metálica anuncia que accederá a lo que Franco pide, a lo que suma diez Junkers 52 más, consciente de lo crucial y urgente que es que sus soldados puedan cruzar el Estrecho y plantarse en la Península. Por último, enfatiza engordando la voz y moviendo mecánicamente el brazo derecho: «El Estrecho de

Gibraltar no debe caer en manos de los rojos. Una península ibérica bajo la influencia de los soviéticos se aliaría con Francia y el resultado sería el bloqueo comunista de la Europa occidental».

Kraneck y Brückner escuchan estas palabras con respeto reverencial sin mover un solo músculo de la cara. Langenheim casi se cae de espaldas empujado por la fuerza de la noticia y, aunque quisiera, no podría hablar, tiene la garganta hecha un nudo por la emoción. Bernhardt eleva la mirada con aire triunfal, pero no se puede permitir más, el protagonista absoluto del momento es Hitler y él no es más que un modesto elemento decorativo.

La escena se paraliza. Solo se reanuda cuando, al término de unos inquietantes segundos, Hitler dirige con ojos semicerrados una mirada punzante a Brückner y le ordena que convoque a Werner von Blomberg y Herman Göring, ministros de Guerra y Aviación respectivamente, y más tarde al gran almirante Erich Raeder, que se encuentran en Bayreuth entre los jerarcas que escoltan al Führer. Una preocupación muda se apodera de Bernhardt y Langenheim que cantaban ya victoria, pues conocen la oposición de la Alemania oficial a intervenir en lo que ha prendido en España.

Blomberg y Göring llevan marcada en su fisonomía su dura rivalidad por la hegemonía en el entorno de Hitler. Blomberg, alto, fino, viste con jactancia el uniforme de mariscal de campo, máximo rango en el ejército alemán al que el Führer acaba de promoverlo hace tres meses. Göring, con pretencioso uniforme blanco que agrava su obesidad y los mofletes enrojecidos, entra en la biblioteca sin poder disimular por su aspecto que ha dado buena cuenta de la cena a la que no ha podido resistirse en la larga espera de que acabara aquella tan enigmática reunión. Ninguno de los dos se ha atrevido a ausentarse a pesar de lo avanzado de la hora sin que el Führer hubiera acabado con lo que tiene entre manos desde las diez y media de la noche.

El saludo cortante de Hitler se entremezcla con las miradas recelosas que se cruzan los que se disputan su máximo favor sin bajar la guardia. El Führer, que continúa de pie, hace un breve resumen de la reunión y más que preguntar la opinión de ambos, les informa de su decisión y les conmina a ejecutarla. Blomberg

obedece sin rechistar con la ciega devoción a Hitler que ha propiciado el mote de «león de goma» con el que le conocen sus críticos en el ejército. Göring, observando con minucia la posible reacción, se atreve a recordar los riesgos y coste de política internacional que la operación entraña para Alemania.

El Führer se acuartela en un silencio impasible. Es como si se hubiera concedido pasajero descanso en aquella agotadora jornada que alcanza la una de la madrugada del ya domingo veintiséis de julio. De sopetón, mira a Bernhardt, que comprende que Hitler quiere que contribuya a borrar los peros del ministro de Aviación con su testimonio directo y presencial. Bernhardt se lanza en tromba sintiéndose amparado. Es claro, señala hasta posibles riesgos catastróficos para Franco y no desdeñables para los intereses de Alemania si no se ayuda urgentemente a los acantonados en el norte de África. Detecta por su silencio y la expresión facial que está diciendo lo que Hitler quiere que diga. Cuando acaba de administrar sus pocas y medidas palabras, no queda resquicio para que Göring replique. Hitler destila un ostensible gesto de considerar zanjado el debate y con huella de cansancio en su voz reitera su decisión, recalca las órdenes que ha dado a Blomberg y Göring y puntualiza como punto final, que este último acoge agachando sumisamente la cabeza, que el envío comprometido es solo de material militar, no de tropas, y que esto, hecho con habilidad y discreción, no tiene por qué crear un problema internacional, y, en el caso de que lo creara, serían muy superiores los beneficios para Alemania del apoyo a Franco en cuya victoria sobre el comunismo tiene puesta toda su confianza.

La reunión no da para más. Es cerca de la una y media de la madrugada. Hitler, plantado en medio de la habitación, se estira la chaqueta, se balancea ligeramente sobre la punta de los pies y, cuando todos creen que se va a encaminar hacia la puerta de salida, posa de nuevo una mirada candente en Bernhardt y, con relegamiento una vez más de Langenheim, le pregunta cómo iba a pagar Franco el material bélico que se le va a remitir.

Silencio. No se oye ni el roce de la silla que uno de los asistentes ha pretendido recolocar en el lateral de la habitación. Bernhardt

vuelve a sentir lo precario de su presencia ante el Führer, se mira los zapatos, carraspea, busca un segundo para hallar la menos mala de las contestaciones a una pregunta tan endiablada. Reconoce que por el momento Franco solo dispone de doce millones de pesetas y de una pequeña cantidad de francos franceses. Hitler pregunta cuánto dinero es esa cantidad en marcos. Su expresión de extrañeza ante los cuatro millones de marcos que le contestan inunda la estancia, sube la cabeza, su flequillo zarandeado a lo largo de aquel interminable día cae más sobre su frente y suelta con desdén: «Eso es muy poco dinero para hacer una guerra». A Bernhardt no le queda más remedio que asentir y, en un escorzo de habilidad, precisar que el dinero con el que Franco pueda contar será muy superior cuando se apodere de Andalucía y, sobre todo, de Madrid.

No hay más comentarios. Un gesto enérgico de Hitler da por concluido el encuentro. El Führer inicia una despedida fría y protocolaria que extiende a todos los asistentes a excepción de Bernhardt. Con él hace un alto. «Transmítale al general Franco mis mejores deseos en su cruzada contra el comunismo», le dice con ojos centelleantes. A continuación aminora el volumen de la voz y exige a Bernhardt su palabra de hacer guardar el secreto de que se ha celebrado la reunión que está terminando y del resultado de ayudar a Franco. Si trasciende algo de esto, lo negará radicalmente y lo considerará un infundio intolerable, proclama con determinación. Bernhardt, empalagado por el protagonismo que Hitler le otorga, ofrece toda clase de seguridades, se cuadra con tímida marcialidad y lanza un i*heil* Hitler! con energía explosiva a pesar de que es ya la una y media de la madrugada.

Capítulo quinto
El regreso a Tetuán

1

Con el mismo Junker 52 la expedición germano-española aterriza en Sania Ramel entrada la noche del martes veintiocho de julio. Sin demora, Bernhardt se planta en la Alta Comisaría y comunica a Franco el éxito de su gestión. Al general le cuesta reprimir una manifestación de entusiasmo que rompa su habitual frialdad, pero lo consigue. Se expresa contenidamente, salvo cuando el alemán le transmite los cálidos deseos del Führer de éxito en su empeño de derrotar al comunismo.

—Le reitero, señor Bernhardt, mi más sincera felicitación. Me trae usted una gran noticia, que contribuirá decisivamente a la victoria de nuestras armas. Haré llegar al Führer mi más profundo agradecimiento y firme voluntad de que este sea el primer paso de una intensa relación en todos los órdenes entre la nueva España y la Alemania de Adolf Hitler —anuncia Franco con soniquete de marcha militar, pero no ha terminado de decir lo que no quiere que se le quede en el tintero y con un repentino gesto de la mano derecha impide que su visitante tome la palabra.

—Confío plenamente en la palabra del Führer de que los aviones y el material llegarán, pero me inquietan las trabas de los que no ven la necesidad y el futuro que abre el envío al que los alemanes han dado un nombre tan raro, que, por cierto, lo he olvidado, recuérdemelo —reclama Franco con cara imperturbable.

—*Unternehmen feuerzauber* en alemán, operación fuego mágico en español —aclara Bernhardt sin poder añadir una palabra más porque Franco sigue hablando.

—Como le decía, mi confianza en el Führer es absoluta, comprender con tanta rapidez la importancia de la operación con ese nombre tan rebuscado demuestra su extraordinaria inteligencia y agudo sentido político, pero confío en que alguno de los que lo rodean contrarios a ayudarnos por tiquismiquis de política

internacional no la retrasen. La llegada de los aviones es capital para la suerte de nuestras armas y un retraso sería muy negativo —Franco razona con voz meliflua ante un Bernhardt que, vencido por el cansancio de un vuelo directo desde Stuttgart de más de once horas, acopia la pocas fuerzas que le quedan para responder.

—Mi general, en la Alemania nazi las órdenes del Führer se obedecen desde el escalón más alto al más bajo, gusten o no gusten — Bernhardt sale al paso de las suspicacias que emborronan el inmejorable fruto de sus gestiones.

—Así será, Bernhardt, así será —pondera Franco preocupado por ver pronto en la Península a los legionarios y los regulares que tiene ociosos en el Protectorado a la espera del transporte que los sitúe al otro lado del Estrecho de Gibraltar.

***

Así es. Hitler cumple lo prometido y las reticencias iniciales de personajes tan poderosos como Konstantin von Neurath y Herman Göring se derritieron ante la firme decisión de ayudar a Franco.

A principios de agosto los primeros Junkers aterrizan en Sania Ramel como avanzadilla de los diecisiete por llegar. Sumados los Junkers alemanes a los nueve Savoia Marchetti S.M. 81 italianos que, procedentes de Cerdeña, llegan a finales de julio al aeródromo de Tauima como primera entrega de la ayuda aérea de Mussolini, aplacan bastante el nerviosismo de Franco ante un traslado de tropas a la Península que hasta entonces no había pasado de ser un goteo insignificante en comparación con las necesidades que reclama una cada vez más declarada guerra civil.

Los planes siguen su curso. El viernes treinta y uno de julio de 1936 se constituye en Tetuán ante el cónsul español Tomás Suñer la Compañía Hispano Marroquí de Transporte (Hisma). Su accionista principal es Johannes Bernhardt y el accionista español seleccionado en calidad de testaferro de intereses que controla la Alta Comisaría es Fernando de Carranza. Queda domiciliada en la tetuaní calle de O'Donnell número 12, sede de las oficinas de Bernhardt. Su actividad escriturada: el comercio y el transporte; la real: colaborar

en el suministro de bienes y servicios al ejército de Franco y organizar por medios aéreos y marítimos el constante movimiento militar a la Península. Hisma es el embrión del emporio creado bajo el paraguas de la Sociedad Financiera Industrial (Sofindus) que Bernhardt constituirá después y que, subordinada a la mercantil alemana ROWAK, canalizará los suculentos negocios de importación y exportación de toda clase de bienes en el más amplio sentido de la Alemania nazi a la España franquista y de la España franquista a la Alemania nazi.

Parte decimocuarta

LOS Ninet HACEN FRENTE COMÚN ANTE LA NUEVA SITUACIÓN

Capítulo i

Pedro Robi tiene una idea

Siguiendo las instrucciones de Paco Tenoll, Pedro Robi no sale de su casa, salvo el día a la semana que va a la oficina, pero recibe con frecuencia a su sobrino y a su hijo Perico para tratar los asuntos que se van suscitando, que son muchos con los cambios que el alzamiento militar ha traído.

Paco y Perico encuentran una buena forma de colaborar dividiendo el trabajo y reteniendo cada uno la parte para la que está más preparado. El segundo se ocupa de tareas de puertas adentro y pisa mucho el almacén. El primero, de las de puertas hacia fuera centrado en cultivar las relaciones con las nuevas autoridades militares y civiles que han barrido todas las que se hubieran enfrentado al alzamiento, no se hubieran adherido a él o simplemente le hubieran sido tímidas. Robi observa satisfecho el buen engranaje de los dos primos impulsado por las necesidades que obligan a dar un paso hacia atrás él y varios hacia delante ellos.

Sin quererlo, a Tenoll le van llegando ecos de la represión que se ha puesto en marcha en Larache y su zona de influencia. Recibe noticias de las desapariciones y fusilamientos de los primeros días y de que las detenciones injustificadas no cesan. Calmada un poco la sed de sangre del diecisiete, dieciocho y diecinueve de julio, las multas económicas por motivos ideológicos se convierten en un frecuente instrumento represor. Es el caso de Francisco Escalante, que había logrado escapar de la represión asesina de la primera fase y ahora es multado con la escalofriante suma de 80.000 pesetas por ser masón y de ideas izquierdistas. Ciertos funcionarios civiles son también perseguidos. Las exigencias de la Comisión depuradora de funcionarios civiles de la Administración de la zona del Protectorado creada el veintiuno de julio llegan inmediatamente a Larache y Alcazarquivir. Los maestros son objetivo primordial de la labor de este organismo nacido con exclusiva finalidad represiva. La directora del grupo escolar España de Alcazarquivir es sancionada con la pérdida de su condición de maestra y la inhabilitación para ejercer la enseñanza privada, por encima de los informes favorables a ella de

la jefa local de la Sección Femenina y del sacerdote franciscano director de la misión católica en Alcazarquivir. A pesar de haberse adherido al movimiento desde su inicio, la maestra Julia Pérez Jiménez es sancionada por haber pertenecido en algún momento al Partido Radical Socialista y a Izquierda Republicana.

Tenoll y Perico se empeñan en que no lleguen a los oídos de Robi noticias que afecten a personas allegadas a él. Pero acaba enterándose a través de la prensa, la radio o las revelaciones de alguno de sus empleados asustado por que la ola represora pueda llegar a él o a alguno de sus familiares.

Se le ocurrió por primera vez en una conversación con Tenoll y la idea ha ido tomando cuerpo conforme la represión va avanzando. Sus relaciones con toda clase de personas, desde las capas más altas a las más bajas, pueden ayudar a que algunos de los que se han ocultado para no caer en las garras de la sed represora puedan llegar al Protectorado francés y escapar de ella. Le anima la peripecia del teniente coronel Romero Bassart, que logra pisar Protectorado francés con el apoyo de nativos que actúan de espaldas a los caídes de la zona.

La idea va cobrando fuerza según Robi va comprobando que Casa Ninet se beneficia del aumento de la demanda de suministros para un ejército que se pertrecha para dar el salto del Estrecho de Gibraltar. Las nuevas autoridades militares piden y piden, y el negocio familiar es uno de los pocos con capacidad para atender tanta demanda. Es cierto que los cobros se retrasan y en supuestos extremos son fallidos, pero el incremento de la actividad es tal y la necesidad de contar con Casa Ninet tan aguda, que se auguran cuantiosos beneficios extraordinarios derivados de la guerra civil que se propaga trágicamente por el territorio peninsular.

***

Con el decurso de los días, Robi empieza a tejer a través de los empleados de confianza una red de contactos que puedan acoger a las personas que envíe y ayudarles a cruzar la frontera de Arbaua,

en la que cuenta con algún aduanero dispuesto a hacer la vista gorda.

Está tentado de contar lo que tiene entre manos en las reuniones con Perico y Paco en las fechas posteriores a la del levantamiento, pero se resiste por temor a que la reacción negativa de ambos eche sus planes a pique.

El incremento de la actividad comercial, que con cierta frecuencia requiere importar productos del Protectorado francés sustitutivos de los de la Península, ha dado lugar a una mayor necesidad de asesoramiento jurídico que es confiado a Sánchez Ferrero a través de Tenoll, que utiliza esto hábilmente para mantener a raya a un Sánchez Ferrero a quien, aunque le gustaría hincar el diente represor en Robi, calla, mira hacia otro lado y ve con agrado que las cifras de su despacho engorden gracias en parte considerable a Tenoll.

Este último está cada vez más a disgusto con su jefe. Aunque está de acuerdo con él en ciertas materias ideológicas básicas, con la sucesión de los días no soporta los métodos que cultiva desde la noche del diecisiete de julio. La sima entre el abogado y su colaborador se ahonda, y solo el puente de la conveniencia material del primero y de la protección de Robi del segundo impide que sea insalvable.

Capítulo II
Aurora no puede viajar a Valencia

1

La reunión de esa tarde de Perico con su padre y su primo ha sido más corta de lo previsto. El mecanismo de reemplazo parcial de Robi al frente de Casa Ninet y la coordinación de las tareas que los primos reparten están funcionando bien. Aunque se ha centrado en los asuntos del negocio, en cada una de sus palabras late la preocupación por lo que está ocurriendo en España y por la imposibilidad de conectar telefónicamente con Valencia para tener noticias de los padres de Aurora.

Las caras con las que Robi, Perico y Paco salen del despacho-biblioteca transmiten mucho más que cualquier palabra. La satisfacción las riega. Todo ha ido rodado y no lo ocultan a sabiendas de que Amparo y Aurora van a escudriñar cómo salen de la reunión y ninguno quiere disimular algo bueno en medio de la zozobra que están viviendo.

Tenoll besa a su tía, saluda con cordialidad a Aurora y le dice «sigo intentando lo de la llamada telefónica a Valencia. No te preocupes que lo conseguiremos por un medio u otro» cuando se aproxima a ella para estrecharle la mano.

Perico mira a su novia con ojos interrogantes, y como todavía falta bastante para la hora de la cena le pregunta qué le apetece hacer. No encuentra respuesta en los ojos de ella, apagados al escuchar las palabras de Tenoll que la hunden más en la preocupación por su familia atrapada en Valencia, donde el levantamiento militar ha fracasado con la incomunicación correspondiente con la parte de España y el Protectorado de Marruecos que los sublevados controlan.

—¿Nos damos un paseo hasta la Plaza de España y, si te apetece, nos sentamos en la terraza del café Central para tomar algo? —pregunta Perico en el aparte que ha hecho con su novia.

—Sí, me apetece mucho soltar las piernas ahora que empieza a

hacer menos calor —acepta ella con mirada apagada.

—El paseo nos sentará bien a los dos. Pero no vamos a la Plaza de España por la calle Chinguiti. Aunque demos un rodeo, vamos por el balcón del Atlántico para ver la puesta del sol, que hoy promete ser espectacular —añade Perico tendiendo las manos hacia ella queriendo transmitirle un vigoroso ¡anímate!

Bajan por la cuesta, tuercen a mano derecha dejando atrás el imponente mercado de abastos y se plantan en el balcón del Atlántico cuando el sol está perdiendo una de sus últimas batallas por seguir reinando en el cielo. Se acodan en la balaustrada del balcón. No cruzan palabras. El panorama que contemplan los abduce. El poderoso Atlántico parece una inmensa balsa de agua tranquila que acaricia suavemente las enormes piedras que protegen el balcón cuando el océano se desprende de la capa amable de hoy y lanza sus olas furiosas contra el paseo marítimo que les da la bienvenida.

Desde allí se observa la inmensidad quieta de unas aguas apenas rizadas. El azul turquesa, el intenso y el gris se engarzan armoniosamente hasta el reborde final donde el agua se funde con el lejano cielo. Una capa blanca enturbia el azul intenso que ha dominado el cielo desde poco después del amanecer. El sol, ya muy hundido en la lontananza, juega con el agua abrillantando su superficie, que se mece abonada por la luz crepitante. Unas pocas nubes son convocadas a aquel deslumbrador espectáculo de la naturaleza. Los declinantes rayos solares agujerean su liviana densidad y prenden una nueva gama de colores entre los que resaltan la variedad de cárdenos que se deshilacha en mil formas según se camina inexorablemente hacia el ocaso. El aire tiene una trasparencia cristalina. El cielo entregado paulatinamente a la oscuridad se hace más profundo y más impenetrable para los ojos que admiran exorbitados aquel sin par trance de la naturaleza.

Durante un lapso de tiempo incalculable por el reloj, Aurora no existe para Perico y Perico no existe para Aurora, tan en éxtasis ambos ante lo que se desarrolla ante sus ojos.

Solo cuando lo que contemplan los acaba de emborrachar reparan el uno en el otro. Se miran con ternura acorde con el momento dulce

de la naturaleza que los envuelve y explotan casi al mismo en un «¡qué bonito! ¡en días como este la puesta del sol desde aquí es un espectáculo inigualable, un auténtico regalo de la naturaleza para quien tenga la suerte de poder contemplarlo!».

Perico coge discretamente del brazo a su novia y se dirigen pausadamente hacia la parte del balcón del Atlántico más próxima a la Plaza de España.

Siguen caminando hacia la Plaza de España. No se hablan, pero en el ánimo de los dos gravita un tema que antes o después tienen que afrontar.

—Pedro, ¿qué vamos a hacer si se prolonga la maldita guerra que desgraciadamente ya no hay quien pare? —inquiere ella mecida por la dulce esperanza de hallar una contestación que contribuya a sacarla de las preocupaciones en las que poco a poco se va ahogando a pesar de las atenciones que recibe de los Robi-Ninet y del exquisito trato que Perico le dispensa.

Él se para, gira el cuerpo y posa sobre ella una mirada que anuncia la seriedad de lo que viene a continuación.

—Lo que está pasando en España tiene muy mala pinta. Yo te puedo tranquilizar con buenas palabras que solo respondan a buenos deseos y no a una realidad que cada vez nos condena más a una espantosa guerra entre españoles. Tus padres han caído en zona republicana y no sabemos cuándo nos podremos poner en contacto con ellos. Tenemos que contar con esto y hacer nuestros planes a la vista de lo que hay por delante durante un tiempo que no hay quien sepa lo que va a durar.

—¿Qué podemos hacer? Es una situación tan extraordinaria que nos ha cogido a todos desprevenidos, sin respuesta a tantos interrogantes que plantea —Aurora reconoce con aire de fatalidad ahormando sus palabras.

Perico da un suspiro muy sonoro, que apenas es perceptible entre la animación que crece por momentos según avistan la Plaza de España.

—Tenemos que adaptarnos de la mejor manera posible para que lo que está pasando no nos rompa nuestros planes de vida —Perico afianza la voz con un deje reflexivo que preludia hondura y rigor—.

Después de conocer a tus padres en Valencia, hablamos de que, si en la visita a Larache para conocer a los míos todo salía bien, empezaríamos a hablar de boda para que todo el mundo se fuera haciendo a la idea. Adaptar esto a lo actual exige que, como no podemos seguir así indefinidamente si la guerra se prolonga, pensemos en casarnos dentro de un tiempo razonable aquí, en Larache —concluye arrugando la frente a la espera de la reacción a unas palabras sin veladuras.

—¿Cómo que nos casemos en Larache y no en Valencia con mis padres asistiendo a la boda? Sabes muy bien que soy hija única y pudiste comprobar lo apegados a mí que están mis padres y lo mucho que les ha costado que me fuera a estudiar a Madrid — Aurora permite deslizarse unos segundos y ante el silencio espeso de su novio se percata de que tiene que dar explicaciones para que lo que todavía resuena no deje resquicios a las malas interpretaciones—. ¡No pongas esa cara de mártir, Perico! Ya sabes lo enamorada que estoy de ti y lo mucho que te quiero, pero casarme en Larache sin que mis padres se enteren es algo que me parece hoy por hoy inviable, por no emplear una palabra más fuerte —afirma Aurora sin perder de vista a su novio.

—Veo que he metido la pata contándote lo que me ronda en la cabeza al ver que un golpe militar que pretendía ser rápido se está transformando en una horrible guerra civil con indicios de que va a durar meses y años —reconoce él.

La animación de la Plaza de España es ya intensa. Las ocho calles que desembocan en ella, desde las menores hasta Chinguiti, lanzan oleadas de gente que se dispersan por su ovalada superficie y por sus aledaños en los que bares, cafés y terrazas rivalizan en atraer una clientela que no son capaces de atender debidamente.

Aurora se agarra al brazo de Perico. Le aprieta con una intensidad que transmite amor y confianza. Pega un ligero brinco como si quisiera tomar carrerilla para dar un salto hacia delante. Su rostro refleja un brusco cambio de humor. Sus labios gruesos rezuman sensualidad. Sus ojos claros sintonizan con la palabra que brota con afán de agradar.

—Creo, Pedro, que lo que debemos hacer es esperar y ver cómo se

desarrollan unos acontecimientos que se escapan por completo de nuestras manos, y, según vaya pasando todo, tomar las decisiones oportunas —razona con la impronta de fortaleza que han ido adquiriendo sus palabras.

Perico no disimula. Una cara de alegría se abre camino con tanto empeño que contagia al resto del cuerpo por el que se pasea un cosquilleo de excitación.

—Tienes razón, Aurora, dejemos que el tiempo haga su trabajo y, en función de cuál sea su resultado, adoptemos las decisiones que más nos convengan —aplaude Perico lo que le propone con un sentido común aplastante.

—Pero que quede bien claro que yo me caso contigo hasta en el fin del mundo —Aurora estalla en una risotada y matiza—: solo pongo como condición que mis padres lo sepan y den su consentimiento.

—Lo darán si llega el caso, pero ahora disfrutemos de este bello atardecer y de la animación de una Larache que, como puedes ver, hace todo lo posible por olvidar los tiempos de guerra que tenemos encima desgraciadamente —se lamenta Perico mientras que deja a la derecha la calle Chinguiti y busca si hay alguna mesa libre en la terraza del café Central.

Parte decimoquinta

El reclutamiento de indígenas y los nacionalistas marroquíes

Capítulo I

Las primeras discrepancias de Beigbeder con Orgaz

El nombramiento de alto comisario del general Luis Orgaz Yoldi aumenta la presión sobre un Juan Luis Beigbeder que también acaba de estrenarse como delegado de Asuntos Indígenas.

Orgaz ha llegado a Tetuán procedente de Las Palmas el veintitrés de julio en el Junker 54 incautado a la Lufthansa, que enseguida volvió a levantar el vuelo con rumbo a Berlín con la expedición encabezada por Johannes Bernhardt. Después de dar a Franco la novedad sobre la ejecución de las instrucciones que le dio cuando se vieron por última vez en el Gobierno militar de Las Palmas antes de que aquel se dirigiera al aeródromo de Gando para viajar a Tetuán en el Dragon Rapide, los dos generales entran directamente en el asunto clave que, después del transporte de la tropa a la Península, preocupa mucho a Franco. «Ante una posible prolongación de la guerra por la resistencia suicida de la horda comunista y antiespañola es fundamental que el reclutamiento de moros sea todo un éxito. Ya se lo he dicho a Beigbeder y te lo reitero a ti como nuevo alto comisario», le dice Franco con el movimiento acompasado de la mano derecha remachando sus palabras.

***

La primera conversación que Orgaz y Beigbeder mantienen en la Alta Comisaría se centra casi exclusivamente en las gestiones que el segundo ha hecho para poner en marcha el reclutamiento que va a empezar el día siguiente, viernes veinticuatro de julio.

Orgaz, persona dada mucho a velar por sus propios intereses y que en estos momentos solo ve a través de los ojos de Franco, está tan pendiente de todo lo que tenga que ver con el reclutamiento que apenas escucha la información que su subordinado le rinde sobre el apoyo al movimiento de gran número de gerifaltes nativos encabezados por el gran visir el Gammia.

—Le repito hasta la saciedad que el general Franco considera el reclutamiento de moros como objetivo prioritario y está muy pendiente de lo que hagamos en este asunto — vuelve a la carga

Orgaz arrastrando ligeramente las palabras para recalcar su importancia.

—Ya lo sé, el propio general Franco me lo viene diciendo prácticamente desde que puso el pie en Sania Ramel — replica Beigbeder acentuando la seriedad de su forma habitual de expresarse.

—Bueno, pues ya lo sabe, hay que hacer hasta lo imposible para satisfacer al general —reitera Orgaz, que, al llevarse beatíficamente las manos a su apreciable barriga, reduce más la escasa marcialidad que lo adorna.

El teniente coronel comprende que se ha colocado excesivamente por encima de su interlocutor y que, se ponga como se ponga, sus dos estrellas de ocho puntas son escasa munición contra los distintivos de general de brigada que lucen en la bocamanga de quien tiene enfrente. Decide, pues, suavizar su actitud.

—Mi general, entiendo que le pueda chocar en algún aspecto la táctica de acercamiento que estoy siguiendo con los nacionalistas marroquíes y no moros, como a mí me gusta llamarlos —matiza Beigbeder sucumbiendo de nuevo a la inclinación que le cuesta muchos disgustos: demostrar su superioridad intelectual sobre la mayor parte de sus compañeros de armas—. Pero, créame, esta táctica es la única posible para que no se pongan en nuestra contra y torpedeen el reclutamiento —acude sagazmente a este argumento tan esencial para su interlocutor después de que Franco le subrayara la importancia de la captación de tropa indígena.

Orgaz acusa el golpe y relaja la expresión de su cara, que cobra cierta viveza. Beigbeder lo aprovecha para remachar el clavo.

—La noche del veintidós de julio autoricé bajo mi responsabilidad una reunión de dirigentes nacionalistas en casa de Abdeljalek Torres —sobreactúa una pausa para comprobar si alguna reacción física de su interlocutor le orienta en cómo va asimilando lo que comienza a contarle. Nada nota y decide continuar—. Como podrá suponer, ya me había encargado previamente de hablar con alguno de los asistentes, como Daud y Wazzani, para que lo que saliera de la reunión no fuera en contra de nuestros intereses —puntualiza Beigbeder con un mohín de picardía.

Se para de pronto y pide permiso a Orgaz para levantarse y extraer un documento de la cartera que ha dejado sobre una mesa auxiliar. Cuando está en sus manos, vuelve a sentarse y, tras explicar que se trata de la declaración aprobada en la reunión de la Agrupación Nacionalista que autorizó que se celebrara en casa de Torres, pregunta si le permite leer textualmente algunos párrafos muy significativos, a lo que el otro accede.

—Extracto únicamente los pasajes de la declaración que más nos interesan y que demuestran que se hizo bien en autorizar la reunión porque, ya de entrada, nos garantiza algo de lo que no estábamos seguros y, además, no pone obstáculos a lo que tanto nos preocupa a todos: el reclutamiento de marroquíes para nuestro ejército —explica regodeándose en un preámbulo excesivamente largo.

—Beigbeder, me está hartando con tanta introducción, lea de una vez por todas lo que tenga que leer —espeta Orgaz traicionando su habitual calma.

—Disculpe, mi general, leo sin más. En la primera de las decisiones que figuran en la declaración aprobada consta «Adoptar la más estricta neutralidad frente a la pugna existente entre los militares y el Gobierno de la República del Frente Popular; ni inclinarnos ni a favor ni en contra de ninguna de las partes enfrentadas, no hacer declaración pública o privada, ya sea individual o colectivamente, a fin de evitar, por un lado, que nuestras palabras sean interpretadas erróneamente por cualquiera de los bandos, y, por otro, que el pueblo marroquí crea que estamos al lado de uno de los bandos, ya que se trata de un pleito propio de los españoles en el que no debemos intervenir para nada», concluye la lectura y, cuando confía en obtener un reconocimiento del valor de esta declaración de neutralidad, Orgaz toma la palabra intempestivamente.

—Pues no es para tanto, Beigbeder, lo que me acaba de leer no me parece tan positivo para nuestra causa. Me ha hecho usted concebir esperanzas de algo más contundente —afirma con una mueca de contrariedad.

Beigbeder opta por no comentar nada. Piensa que lo que su jefe ha dicho es un despropósito fenomenal. La declaración recoge una

expresa proclamación de neutralidad estricta y trata como iguales a los que llama militares y al Gobierno de la República.

—¿Puedo continuar? —se limita a preguntar haciendo caso omiso de los comentarios anteriores.

—Sí, adelante, continúe, a ver si lo siguiente nos favorece más que lo que ha leído —apostilla con cierto desdén.

—Leo textualmente lo que en la declaración se enumera como punto segundo de las decisiones aprobadas en la reunión en el domicilio de Torres: «Como el general Franco obtendrá sin duda alguna autorización del Majzen para que los soldados marroquíes alistados en las Fuerzas Regulares participen en la guerra civil española, nosotros debemos guardar el más absoluto silencio, ya que por un lado no tenemos poder alguno para oponernos en los designios de los militares sin exponernos a represalias, y, por otro, nuestra santa fe prohíbe al musulmán que sacrifique su vida en defensa de una religión, de un credo y de unos intereses que no sean del Islam», concluye el delegado de Asuntos Indígenas alzando la vista sin muchas esperanzas de que el otro haya entendido en todo su alcance lo leído.

—Bueno, eso está mejor. Aunque esos nacionalistas no paran con sus tiquismiquis, lo verdaderamente valioso para nosotros es que guarden «el más absoluto silencio» y, por tanto, no se opongan a los reclutamientos que hagamos para incorporar a los moros a nuestros grupos de Regulares. Eso es lo importante y reconozco que me gusta, lo demás es palabrería a la que no hay que dar importancia —zanja Orgaz mientras que un ademán complaciente se descuelga de la comisura de sus labios.

—¿Eso es todo? —reclama este último con ganas de zanjar una conversación que está durando bastante más de lo previsto.

—No, hay una declaración final que es muy orientativa — anuncia Beigbeder sin tener la seguridad de que pueda interesar a su interlocutor.

Beigbeder interpreta que un gesto displicente de la mano derecha del general significa que remate la lectura.

Beigbeder tose ligeramente y lee con voz entera: «Debemos hacer todo lo posible a fin de conseguir que Franco acceda a satisfacer

nuestras reivindicaciones, habida cuenta de que necesita de esta zona para el triunfo de su revolución».

—Hombre, lo de la revolución del general Franco tiene gracia —suelta Orgaz con una sonrisa—. Lo demás es palabrería y más palabrería —insiste.

—Permítame, mi general, discrepar. Esa declaración contiene, en mi opinión y salvo su mejor criterio, bastante más que palabrería. Significa que no se oponen a ayudar a lo que llaman revolución de Franco frente al Gobierno de la República siempre que les hagamos algunas concesiones. Consideran la llegada al poder del general Franco como algo irreversible y están dispuestos a colaborar a cambio de lo que llaman «nuestras reivindicaciones», muchas de las cuales pueden ser aceptables y hay que negociarlas con ellos — aclara Beigbeder con entonación cansina propiciada por las pocas esperanzas de que, al menos en ese momento, Orgaz entienda las puertas que abre la declaración que ha leído.

—Bueno, bueno, ya iremos viendo cómo se van desarrollando las cosas. Lo más importante que tenemos entre manos es que el reclutamiento que arranca mañana sea masivo y satisfaga al general Franco, lo de los nacionalistas es otro cantar. Ahora, concéntrese en el reclutamiento de moros para los grupos de Regulares y Mehalas que van a luchar en la península contra la horda comunista y republicana —zanja Orgaz poniéndose de pie en señal de que no hay nada más que hablar por el momento.

Capítulo II
Los contactos de Beigbeder con Abdeljalek Torres

1

Juan Luis Beigbeder está convencido de que es imprescindible suavizar las relaciones con Abdeljalek Torres para atraerlo a la causa de Franco.

Es tarea difícil y delicada. El nuevo delegado de Asuntos Indígenas cuenta a su favor con las buenas relaciones que ha sabido cultivar con el nacionalista marroquí, pero su fama de prorrepublicano y, según rumores, masón y los numerosos contactos que ha mantenido en Madrid con autoridades del Frente Popular constituyen un serio obstáculo.

Afortunadamente el transcurso de los días ha ido flexibilizando la actitud de Franco. A esta flexibilización ha contribuido que las preferencias iniciales por Daud y Wazani hayan resultado fallidas, porque los dos han apuntado hacia Torres como la persona indicada para negociar.

Franco acaba accediendo a que Beigbeder inicie los contactos con el líder nacionalista y en consonancia Orgaz dice amén. Como primer paso, la misma tarde del viernes veinticuatro de julio ordena a los interventores territoriales que pongan en libertad a los nacionalistas retenidos, y más en particular que se anule la residencia forzosa a la que está sometido Torres en la bella casa que mandó construir a finales del anterior siglo su abuelo Hach Mohammed Torres, uno de los representantes del sultán en la Conferencia de Algeciras de 1906.

Retirados los soldados de la puerta del inmueble de la calle Sidi Ahmed o Baños según denominación árabe o española, duda qué paso dar. Aplaza darlo absorbido en ese momento por el inicio del reclutamiento de nativos para su incorporación a las filas del ejército franquista.

Una vez que el reclutamiento ha comenzado sin conocer todavía datos fiables sobre su suerte, le da vueltas y vueltas a cómo abordar un primer acercamiento al presidente de la Agrupación Nacionalista,

consciente de que el derrotero que marque este primer paso es primordial en los subsiguientes. Después de pensarlo mucho decide que lo mejor es escribirle una carta para informarle de la retirada de la obligación de residencia forzosa y darle una justificación de tal proceder, todo en un tono cordial y amistoso.

El sábado veinticinco de julio Beigbeder, con membrete de la Delegación de Asuntos Indígenas, dirige la siguiente carta a «Sidi Abdeljalek Torres. Calle Baños. Plaza», rematada con su firma y rúbrica sobre las que se sobrepone en parte el sello «Delegación de Asuntos Indígenas. Secretaría»:

> Querido Abdeljalak:
>
> Me complace comunicarle que ha sido retirada la vigilancia puesta en su casa, por haber desaparecido las causas por las cuales la Autoridad Militar lo puso como medida de protección de su persona y por temer que algún elemento perturbador aprovechase la situación creada en Tetuán en los primeros días del Glorioso Movimiento Nacional para atentar contra la vida de VD.
>
> Uno de estos días nos reuniremos para hablar de varios proyectos que tengo y en los que hemos de colaborar juntos para bien de todos.
>
> Suyo buen amigo que sabe le quiere y distingue.

La respuesta no acaba de llegar. Aunque conserva el temple y apenas se nota en su aspecto, está inquieto en las horas que restan del veinticinco de julio y en las primeras del domingo veintiséis de julio. El reclutamiento de soldados marroquíes ha comenzado y las primeras informaciones de los interventores territoriales no son halagüeñas, sobre todo en la Yebala y Gomara. Además, la ansiada contestación de Torres no llega y, si no lo hace o lo hace de una forma desfavorable, constituiría un enorme traspiés que Orgaz no tardaría en echarle en cara.

Decide no esperar más. Tiene que ser él quien maneje con firmeza el timón del acercamiento a los nacionalistas. Tiene que poner en el disparadero a Torres para que deje ver cuál es su verdadera actitud hacia Franco y los que están detrás de él.

«La forma de forzarle es escribirle una segunda carta hablándole claro y haciéndole una oferta atractiva para sus intereses», recapacita Beigbeder en la soledad de su despacho. Él es hombre

que necesita silencio a su alrededor y hablar consigo mismo más que escuchar a los demás a la hora de tomar decisiones importantes, como la que ahora le abruma en la cabeza.

A la postre, la carta en la que culminan todas sus reflexiones tiene el mismo membrete que la primera. Está fechada en Tetuán el 26 de julio de 1936 y va dirigida al mismo destinatario sin constancia de la calle en la que vive. La firma y rúbrica de Juan Beigbeder son más contraídas y menos legibles, lo que pone de relieve la evolución de su estado de ánimo en las horas que han pasado desde que firmó la primera. El método directo y comprometedor de una persona urgida por saber a qué atenerse sin más demora es el sello que imprime carácter a cada palabra de la nueva misiva, que textualmente dice así:

> Querido Abdeljalek:
>
> Le agradeceré me diga si podemos encontrarnos en su casa o en la mía mañana, Dios mediante, al mediodía, para que podamos charlar solos del proyecto de fundación del Partido Reformista con el que sueña desde hace tantos años y del que ya tuvimos la ocasión de hablar, sin que las circunstancias de otros tiempos permitieran que fuera realidad, pero que hoy puede realizarse gracias a la nueva política marroquí que el Movimiento Salvador de España está dispuesto a seguir.
>
> Le anticipo todo esto porque sé que esta noticia constituye para Vd. una grata nueva, y espero que me conteste acerca de la cita aunque sea por teléfono.
>
> Su buen amigo que le distingue y quiere.

2

Abdeljalek Torres está sentado en uno de los dos divanes que forman ángulo en el patio central de bella azulejería romboidal de la espléndida vivienda familiar reveladora de la pujanza del Tetuán de finales del siglo XIX.

Cuando el sirviente le entrega la carta comentándole que la acaba de traer un empleado de la Delegación de Asuntos Indígenas, el ilustrado nacionalista esboza una sonrisa. Ha preferido no contestar rápidamente a la del día anterior para propiciar una segunda en la que las intenciones de Beigbeder se muestren con más claridad. Abre la carta con ansiedad contenida. La lee, la relee y la posa sobre

una mesa baja con taracea de la mejor artesanía tetuaní. La sonrisa de ahora es más pensativa y no deja la misma huella en su semblante que la anterior. Reflexiona, da vueltas a cómo proceder. En cierto modo para él, con simpatías prorrepublicanas, es contradictorio negociar con los que luchan contra el Gobierno de la República. Se pone de pie. Entrelaza las manos en la espalda. Camina de un lado a otro en el patio central al que se abren amplios ventanales. Contrapone a los pensamientos negativos su simpatía personal hacia un Beigbeder siempre respetuoso y atento a la cultura y lengua árabes, y la velada oferta de poner en marcha el Partido Reformista, que, a pesar de las muchas promesas, no ha conseguido arrancar de las autoridades de una República contra la que Franco lucha.

Se lleva la mano derecha a la barbilla y vuelve a leer la carta. La lee una, dos, tres veces y deja caer los brazos sin soltarla. Sigue dando vueltas a cómo proceder ante algo tan favorable a los intereses nacionalistas. De pronto, cruza los brazos acentuando su actitud reflexiva y permanece así un par de minutos balanceando ligeramente la cabeza hasta que, en un arranque que desbarata la quietud, se desplaza con determinación hacia el fondo del salón y traspasa un arco de herradura arropado por cortinajes que da entrada a un recoleto gabinete en cuya mesa principal reposa un teléfono.

La conversación telefónica con Beigbeder es cálida y directa. Torres se desvive agradeciéndole sus dos cartas, que califica de muy interesantes, y, sin más vueltas, le invita a almorzar el día siguiente, lunes, veintisiete de julio, en su casa de la calle Sidi Ahmed, aclara Torres omitiendo la denominación en español que figura en la primera de las cartas que ha recibido.

***

—Te agradezco mucho tus palabras, amigo Abdeljalek — reconoce el teniente coronel un poco sobrepasado por la cordialidad con la que el nacionalista lo recibe en su casa. Debo insistir en las disculpas por la reclusión forzosa a la que has estado sujeto y por las molestias

que esto te haya podido ocasionar —insiste con voz que rebosa sinceridad.

—No tiene importancia, no merece tanta disculpa — suaviza Torres tendiendo la mano derecha hacia el otro en un nítido ademán de olvido de los días que ha estado encerrado.

—Me has hecho un gran honor invitándome a almorzar en tu maravillosa casa y acudo con la mayor disposición para hablar con toda sinceridad y vivo deseo de que lleguemos a un acuerdo beneficioso para las dos partes —reconoce Beigbeder mientras que el anfitrión le indica con un amable gesto del brazo derecho el camino hacia el comedor.

La conversación se interrumpe momentáneamente. Los dos comensales se sientan a la mesa en la que se despliega la mejor muestra de objetos de artesanía tetuaní, preludio de los manjares que comienzan a desfilar servidos por camareros uniformados a la mejor usanza local.

—Mis deseos de franqueza y sinceridad son tan intensos como los tuyos. La mejor prueba de ello es que me he permitido invitarte a comer en mi casa. Si no estuviera animado por los mismos propósitos, habría acudido yo a tu despacho oficial.

Beigbeder se siente a gusto y se percata de que su decisión de tomar el toro por los cuernos hablando clara y directamente con Torres ha sido acertada, a pesar de las reticencias de sus superiores que ha tenido que vencer. Los primeros compases del encuentro franquean el camino para adentrarse en el corazón de lo que reúne a aquellas dos personas unidas por el poderoso lazo del mutuo respeto.

—Quiero que estés seguro de que el nuevo régimen español desea cooperar con los nacionalistas y en primer lugar contigo. El general Franco, que sabes cuánto quiere a Marruecos, va a practicar una política distinta a la de los regímenes monárquico y republicano, política acorde con la que tiene el propósito de seguir con los Estados árabes en particular y con los Estados musulmanes en general —Beigbeder adelanta mientras que su interlocutor lo escucha con una incisiva mirada escudriñando si las palabras concuerdan con los pensamientos que hay detrás—. No puedo

explicarte en qué va a consistir esa política respecto a esta zona, ya que aún no he recibido las instrucciones que me va a dar el general — matiza Beigbeder. Cuando sale de su boca la última palabra cae en que torpemente ha dado pie a que Torres trace una mueca de contrariedad.

—Si no conoces las líneas generales de la nueva política española, ¿sobre qué base vamos a dialogar? —pregunta Torres mirando al infinito y jugando con uno de los cuchillos de la lujosa vajilla en la que se está sirviendo una auténtica exhibición de delicias de la cocina marroquí.

El militar se hunde en el silencio. Contribuye a prolongarlo el exquisito sabor de la pastela que acuna más de lo normal en la boca para que le dé tiempo a pensar algo que le ayude a salir de la encrucijada que él mismo ha propiciado. Cuando está a punto de superar el tiempo justificable para tragar lo que ha retenido en la boca, fuerza la voz para disimular el cambio radical de enfoque.

—Veo que no he sido afortunado al exponerte mi pensamiento ya que en realidad conozco las líneas generales de esa política, que son las propias de que el nuevo régimen reconozca la existencia del movimiento nacionalista marroquí, de que se os concedan muchos de los derechos de los que os privaron los regímenes anteriores tales como son la libertad de reunión, de expresión y de publicación, así como la de fundación no solo de asociaciones, sino incluso de partidos políticos; favorecer la generalización de la enseñanza primaria y secundaria, la atención al agricultor, al artesano y al comerciante; fomentar el derecho de los marroquíes de acceder a los puestos administrativos y conceder la autonomía a algunas instituciones islámicas como la justicia y el Habus. Y no dudes que todo esto será el punto de partida para alcanzar otros derechos más importantes —Beigbeder termina su retahíla con un mohín de alivio al comprobar que ha recuperado el deseo de su interlocutor de dar alas a una conversación tan favorable a por lo que él y sus predecesores han luchado tantos años sin fruto.

La palidez del rostro de Torres se ha ido arrebolando por el efecto del auténtico banquete con el que agasaja a su invitado y de la satisfacción por lo que está escuchando.

Beigbeder, que repara hasta en el menor gesto de su interlocutor que le oriente sobre la marcha de la conversación, ha reparado en que de toda su relación la referencia al Habús es la que ha suscitado su mayor agrado. No lo duda y profundiza en este punto.

—Ya que me he referido a la institución del Habús, te confesaré que el general me dijo que él no tendría ningún inconveniente en confiarte el ministerio correspondiente para que lo dirijas no al estilo que la República quiso que lo hicieras en 1934, sino con toda autonomía, como tampoco tiene inconveniente en confiar el ministerio de Justicia y la dirección de Enseñanza Marroquí a una personalidad nacionalista de vuestra elección —ofrece Beigbeder amparándose una vez más en Franco como fuente última de todo lo que plantea con respecto a algo de tanta sensibilidad como el departamento del Majzen jalifiano que administra los bienes inmuebles afectos a mezquitas, cofradías y otras entidades religiosas musulmanas.

Torres acaba de masticar y ancla una mirada expresiva en el otro comensal. «Lo que me dices —señala posando el tenedor sobre el plato— puede constituir materia para una negociación —sonríe Beigbeder, abre la palma de la mano izquierda en señal de confirmación, pero no tiene tiempo para cerrarla, porque el marroquí cambia de tono tras detenerse para beber agua—. Ahora bien, en tu carta me has hablado de la cuestión del Partido Reformista, pero deduzco de lo que acabas de decirme que va a haber varios partidos políticos. ¿Es que crees que hay varios movimientos nacionalistas? Si es así, yo tengo que deducir que tenéis la intención de practicar una política de división con la creación de partidos fantoches sin ninguna base popular, aun sabiendo que desde su creación el movimiento nacionalista no ha tenido más que un organismo que lo dirige —la pregunta no sorprende a su destinatario, pues sabe lo poco que han gustado a su anfitrión los contactos que ha tenido con otros nacionalistas que rivalizan con él.

Más allá del interés por recibir una contestación a esta pregunta, la cara del Abdeljalak Torres refleja la sorpresa que le están produciendo las manifestaciones de su invitado. Una veta de incredulidad se mezcla con la sorpresa y empieza a cuajar en él la

idea de que tanta concesión inicial únicamente puede obedecer a que sea a costa de una contrapartida que pudiera resultar demasiado gravosa para los postulados de la Agrupación Nacionalista.

—Te agradeceré me digas qué es lo que deseáis de nosotros a cambio de esos derechos y libertades —responden estas palabras de Torres a un brusco giro de la conversación que busca conocer la otra vertiente de las propuestas tan atrayentes para los nacionalistas que acaba de escuchar.

Beigbeder retrae las cejas, contrae los músculos de la cara, deposita el vaso humeante de té moruno en la mesa, se atusa su cuidado bigote y comprende que no puede rehuir la contestación a lo que su interlocutor ha puesto sobre la mesa. Es consciente de que la conversación ha llegado a un punto crucial y que precisa todo el tino para plantear lo que pretende con una equilibrada dosis de delicadeza y determinación.

—Tu primera observación es pertinente, pero has de saber que, aunque he hablado en plural de los partidos políticos, nosotros sabemos perfectamente que el movimiento nacionalista es uno solo y su líder indiscutible eres tú —fuerza Beigbeder una pausa para comprobar que la huella de la satisfacción ilumina el rostro de su interlocutor—. En cuanto a tu pregunta, te diré que cuando el general Franco me indicó que me pusiera en contacto contigo no me dijo que tratara de conseguir de ti compromisos. Lo único que me dijo es que desea que os mantengáis neutrales en la pugna entre el nuevo régimen y el republicano, aunque, eso sí, le interesa saber que no existe ningún compromiso entre tú y los republicanos. Esto es cuanto desea saber el general —respira con alivio al haber sido capaz de dar una de cal y otra de arena.

Torres ofrece un pitillo a su invitado y, posponiendo unos minutos su respuesta, le invita a pasar a una sala cercana para continuar hablando. Cuando se han acomodado allí y les han servido otra vez té moruno, toma la palabra después de pegar una buena calada al segundo pitillo que ha encendido.

—Tú conoces perfectamente cómo nos han tratado los republicanos, y si el general lo ignora, tú sabes bien que no puede

haber ningún compromiso entre nosotros y los republicanos —Beigbeder acoge con gozo esta contundente afirmación sobre el distanciamiento total del nacionalismo marroquí controlado por Torres del Gobierno del Frente Popular. Ha culminado con éxito la meta fundamental que persigue. Pero no puede recrearse en lo que acaba de escuchar, porque Torres tampoco olvida lo que principalmente quiere sacar de la reunión—. Lo primero que hay que hacer es concedernos la autorización para fundar el Partido Reformista, y para conseguirlo de la República hemos hecho lo imposible —proclama sin veladuras.

Aunque revistiéndolo de toda amabilidad, Torres pone en un aprieto a su invitado. Le exige que se cumpla el viejo sueño nacionalista de que el Partido Reformista nazca oficialmente. Beigbeder conoce la inquina de Franco hacia los partidos políticos y lo incongruente que resulta considerarlos como uno de los cánceres de la vida española contra el que, entre otras cosas, se han sublevado, y paralelamente autorizar la existencia de uno en el Protectorado. En este aspecto no se atreve a dar un paso más, a pesar de la flexibilidad y bastante margen de libertad con los que desarrolla su actividad.

—Transmitiré tu deseo al general Franco —asegura el militar sin atreverse a decir más en un asunto tan vidrioso.

La respuesta ha sido demasiado tajante y ha sabido a larga cambiada. Beigbeder se da cuenta de ello y, con el fin de dulcificarla, propone a Torres que prepare un memorándum que recoja los puntos fundamentales de la conversación y formule propuestas concretas. Sugiere también que se lo haga llegar directamente a él, se compromete a despacharlo de inmediato con Franco y le garantiza su apoyo personal para que la contestación sea lo más favorable a las demandas nacionalistas.

Torres se muestra de acuerdo con estas sugerencias, pero añade un importante matiz: que le garantice una respuesta rápida.

Cuando la conversación, que ha durado casi tres horas, parece estar en sus estertores, el marroquí ancla una aguda mirada en su interlocutor y vuelve a hacer uso de la palabra con entonación sombría.

—Pero hay algo que nos preocupa. Se trata del alistamiento que lleváis a cabo y que nuestros adversarios puedan explotar contra nosotros diciendo que está relacionado con la autorización para poner en marcha el Partido Reformista. En otras palabras, temo que se diga de nosotros que hemos negociado la autorización de nuestro Partido a cambio de consentir el alistamiento, cuando en realidad nuestra actitud frente a la participación de los marroquíes en la guerra española está clara, ya que la ley islámica, como sabes, no permite al musulmán que luche bajo bandera extranjera y muera por una causa ajena al Islam —suscita Torres de una manera que parece reclamar del otro argumentos para defenderse de lo que le puede venir encima a causa del reclutamiento.

Beigbeder pone cara de no dar importancia al problema, rebusca dentro de sí e improvisa unos argumentos hechos a medida para calmar la inquietud de su interlocutor.

—Yo creo que es infundado tu temor, ya que la incorporación de los marroquíes a las Fuerzas Regulares Indígenas se viene haciendo desde antes del Protectorado, y su alistamiento no precisa la autorización o el consentimiento de nadie, además de que acudan por propia voluntad —esgrime Beigbeder con acierto que calma por el momento la inquietud del anfitrión.

***

Después de una cálida despedida con expresión de los mejores deseos del uno hacia el otro, Beigbeder se encamina aceleradamente hacia la sede de la Delegación de Asuntos Indígenas, situada a pocos metros de la casa de Torres. Aunque la preocupación por la suerte del reclutamiento le ocupa enseguida, disfruta del buen sabor que la reunión le ha dejado y las puertas que se han abierto para colaborar con una fuerza nacionalista, que, aunque no es numerosa, es muy influyente en ciertos círculos marroquíes y en el exterior, con el que mantiene vínculos de carácter panarabista. Recuerda también que, con arreglo a lo que suele ser su pauta de conducta, ha ido más lejos de lo que Franco le ha autorizado negociar con Torres, pero le quita importancia gracias a

que ha dejado bien claro que todo queda condicionado al memorándum que Torres ha de presentar y a la última palabra del jefe supremo.

***

El uno de agosto de 1936 Abdeljalek Torres remite el memorándum que acordó con Juan Luis Beigbeder. Le acompaña una carta en la que se lee:

> Y por último creo innecesario decirle que más que con el memorándum contamos con usted para que sea un fiel intérprete de nuestras aspiraciones y sentimientos hacia el general Franco, al que deseamos toda clase de venturas a fin de que pueda laborar en bien de nuestros pueblos.
>
> Reciba usted un buen abrazo de su amigo que sabe le quiere y le distingue por encima de todo.

Con ello deja plasmación del primer fruto tangible del almuerzo celebrado en su casa y de la mutua relación de alta estima.

Beigbeder, atendiendo al compromiso que había adquirido, reserva tiempo en sus agotadoras jornadas impuestas sobre todo por la atención hacia el reclutamiento de indígenas para despachar con Franco y Orgaz. Aplica sus mejores oficios para subrayar la parte admisible de las reclamaciones de los nacionalistas, se centra sobre todo en lo relativo a la creación del Partido Reformista y consigue mucho.

Fechada el cinco de agosto en Tetuán, dirige la siguiente carta a Torres abandonando el tuteo con el que se solían relacionar en sus encuentros personales:

> Querido Abdeljalek:
>
> Solo unas letras para decirle que el general está en principio de acuerdo con la idea de su proyectado Partido Reformista y le autoriza a que presente usted la petición correspondiente a S.A.I. el jalifa y a esta Delegación al mismo tiempo. De modo que puede usted hacerlo cuando pueda, y lo antes posible mejor.
>
> Manos a la obra y ya sabe usted cuánto me alegro de que sus esfuerzos de tantos años se vean coronados con el éxito, que solo los que saben esperar y perseveran como usted son capaces de conseguir y se lo merecen. ¿No dice el Corán que Dios recompensa a los que saben ser pacientes?
>
> En espera de sus gratas noticias, queda suyo affmo. y buen amigo que sabe le

quiere.
Beigbeder.

Al día siguiente, seis de agosto, el firmante de esta carta es nombrado secretario general de la Alta Comisaría, cargo que acumula al de delegado de Asuntos Indígenas, que retiene.

Capítulo III

El resultado inicial del reclutamiento no es el querido

Las oficinas de reclutamiento instaladas en las Intervenciones territoriales han permanecido abiertas desde el domingo veintiséis de julio hasta el miércoles veintinueve.

A Beigbeder se le cae de la mano el documento resumen que el jueves treinta de julio le pasan con datos procedentes de las Intervenciones territoriales extendidas por todo el Protectorado español.

A pesar de que ha desplegado una actividad ímproba para que el fruto de algo tan fundamental para su ejército como la captación de soldados indígenas sea bueno, el resultado es decepcionante. Sabe que Franco está pendiente de ello y que solo puede retener los datos muy pocas horas. Es consciente de que si él no los comunica, Orgaz se los va a reclamar para comunicárselos de inmediato a Franco.

Lee y relee el documento donde figura que el total de los alistados es de 1693, por debajo de las previsiones más pesimistas. Complementa la información el porcentaje que corresponde a cada territorio. Del Rif proceden el 29,60 por ciento; el 26,63 por ciento de la región oriental; de las ciudades del Protectorado, el 24,58 por ciento; de la región occidental, el 7,38 por ciento; de Gomara el 6’03 por ciento y de la Yebala el 5,78 por ciento.

Beigbeder, en el poco tiempo que puede retener esta información, no para de dar vueltas al menguado número de los enrolados, en todo caso desproporcionado con el esfuerzo realizado y con el amplio apoyo recibido de caídes y cofradías. Lo que le llama más la atención es el ridículo porcentaje de la Yebala y Gomara. Busca y rebusca una explicación para Franco y Orgaz, y soluciones para resolver el problema.

Se levanta de la mesa. Va de un lado a otro del despacho. Los pensamientos ruedan por su cabeza sin orden ni concierto. Escarba dentro de sí hasta concretar una primera idea: han fiado la suerte del reclutamiento a los caídes y cabecillas de territorios, cabilas y cofradías religiosas que han corrido a prestar una entusiasta y teatral

adhesión al general Franco. A la vista de lo poco conseguido, estos personajes han debido creer que basta con las manifestaciones verbales favorables al alzamiento y que no hay que remangarse para impulsar la captación. Además, el dinero y las recompensas que se ofrecen por la entrada en los Regulares y las Mehalas jalifianas han de permear hasta los que más lo necesiten, hasta gentes muy alejadas de caídes y dirigentes religiosos. Concluye también que, aunque haya que mejorar la oferta económica, el problema reside más en que la información llegue a tiempo y debidamente recomendada a las capas sociales más modestas. En suma, hay que canalizar mejor los esfuerzos y redoblarlos en las zonas de Gomara y la Yebala, donde el fracaso ha sido mayor.

Se vuelve a sentar. Se lleva reflexivamente las manos a su tupido bigote. Ajusta el sillón a la mesa, coge un cuaderno donde suele hacer anotaciones con la pluma que usa en los momentos de mayor intensidad. Apunta con trazos vigorosos las conclusiones a las que ha llegado, pero, cuando aún no ha puesto el punto final, suelta la Waterman que choca sonoramente con el cristal que protege la parte superior de la mesa y exclama con voz relampagueante que inunda aquel espacio en penumbra para defenderse del azote del calor tetuaní: «Ya está, ¡cómo no se me había ocurrido antes!».

No dice más, pero el nombre de Pedro Robi se pasea ruidosamente por su cabeza. Remueve sus recuerdos y le vienen a la mente las veces que Johannes Bernhardt le ha hablado del comerciante larachense como hombre de numerosas conexiones y gran predicamento entre las cabilas de la parte occidental del Protectorado. Es él quien le puede ayudar a que el reclutamiento llegue a las personas modestas a las que puede atraer más.

No puede desperdiciar ni un segundo más. En cualquier momento Orgaz puede llamar y no le quedará más remedio que reconocer el mal resultado. Coge el teléfono, pide con carácter urgente comunicación con Bernhardt. El eficaz gabinete telegráfico de la Alta Comisaría tarda un minuto en conseguirlo que le parece una eternidad. Cuando comprueba que quien está al otro lado del hilo es el alemán, le saluda con aplomo.

La conversación es breve y sin rodeos. Bernhardt recuerda que,

efectivamente, le ha hablado varias veces de Robi como personaje con gancho en muchas cabilas de Gomara y la Yebala. «Necesito hablar enseguida contigo sobre ese señor», Beigbeder plantea sin miramientos y aclara que han de verse en persona, que la conversación que quiere mantener es lo suficientemente delicada e importante para que se vean cuanto antes mejor y le ruega que haga lo posible para que sea ese mismo día y, a lo mejor, ahora mismo.

Bernhardt se sorprende de tan repentina premura. Pretexta que está muy ocupado con la puesta en funcionamiento de Hisma y que con este motivo espera varias llamadas de Alemania que no puede desatender. Beigbeder presiona, «es apremiante que nos veamos ahora», reclama sin paliativos. El otro, haciendo valer el peso que ha adquirido con Franco y su entorno después de obtener de Hitler el envío de los Junkers 54, se revuelve; «Me resulta imposible salir de mi oficina por la razón que te he indicado», remacha con inamovible determinación. Beigbeder duda. Lo capital para él en ese instante es comprobar si es factible o no contar con la colaboración de Robi en el reclutamiento, lo de menos es lo formal de donde tenga lugar la reunión. «De acuerdo, voy o ahora mismo a tu oficina de la calle O'Donnell», claudica sin dar más cuartel a las reticencias del nazi por verse ya.

Media hora tarda el delegado de Asuntos Indígenas en plantarse en la oficina de las sociedades de Bernhardt, entre ellas la recientemente creada Hisma, en el Ensanche de Tetuán. Habría llegado en bastante menos tiempo, porque la distancia desde la Delegación es corta, pero, antes de salir de su despacho enfundado en un elegante traje de lana ligera gris, ha tenido que atender una llamada urgente de un interventor territorial.

Bernhardt lo recibe con una explosión de afabilidad. Su natural amable y hablador se ha acentuado desde su regreso de Berlín con el éxito que trajo entre manos y el reconocimiento al que se ha hecho merecedor por ello, que no es solo de palabras, porque ya está preparando a Hisma para canalizar beneficiosas operaciones impulsadas por sus excelentes relaciones con el nuevo poder.

—Muchas gracias por venir, Juan. Me resulta imposible salir esta

mañana de la oficina y esta es la única manera de que nos veamos personalmente con las prisas que tienes —se disculpa con la boca chica mientras que invita a su visitante a sentarse en el confortable chéster colocado enfrente de su mesa de trabajo y le ofrece tomar algo, que rechaza.

—¿Te interesabas por Pedro Robi? —Bernhardt entra directamente en materia.

—Estoy haciendo todo lo posible para que el reclutamiento de indígenas sea masivo y necesitamos contactos que tengan buenas relaciones con gentes modestas de las cabilas para que nos ayuden a llevarlas a nuestras filas —plantea el teniente coronel con un tono monocorde disimulando lo mucho que le va en el empeño.

—Entonces has pensado en Pedro Robi para que eche una mano —reitera el alemán.

—Sí, estoy barajando esa posibilidad, porque no podemos dejar algo tan importante solo en manos de caídes y jefes de las cofradías religiosas. El éxito del reclutamiento es fundamental para los planes del general Franco, sobre todo si la guerra se prolonga más de lo previsto inicialmente, como parece que va a ser —reconoce el militar con un deje pesimista por el que aflora su opinión sobre la suerte del alzamiento.

Bernhardt, que no quita el ojo del teléfono que reposa en una mesa auxiliar situada a la vera del sillón que ocupa, se recrea en explicaciones sobre los antecedentes del contacto con Casa Ninet a través de un sobrino de Robi, Paco Tenoll, «un joven cercano a nuestras ideas, que te recomiendo que tengas muy en cuenta si decides entrar en contacto con Robi», puntualiza con énfasis.

—¿Tú crees que, si me acerco a él pidiendo que nos ayude a mejorar el reclutamiento que hemos puesto en marcha, se prestará a ello? —Beigbeder inquiere apremiado por la necesidad de no demorarse en informar a Orgaz de los pobres resultados de la primera fase del alistamiento y el deseo de proponerle medidas que garanticen mayores frutos.

—No sé si va a ser fácil —replica Bernhardt con cara de circunstancias—. Creo recordar que Robi es bastante prorrepublicano, aunque en los últimos tiempos pertenece al

numeroso grupo de los decepcionados y no quiere saber nada ni de la política ni de los políticos —explica con un mohín despectivo.

—¿Por qué dices que no va a ser fácil que podamos contar con él? —Beigbeder pone el dedo en la llaga.

—Pues está claro —el alemán recupera la palabra con cierto engreimiento—. Ante todo, porque no sé qué suerte ha podido correr en el caos que se desencadenó en la noche del diecisiete de julio y que continúa hoy. Y si está bien y los falangistas y los militares que los jalean le han dejado en paz, tengo mis dudas de que acepte colaborar, aunque sea indirectamente, con lo que el general Franco representa —Bernhardt argumenta sin que su interlocutor pierda detalle.

—Tomo buena nota de lo que dices, pero tengo que intentarlo. El general Franco da gran importancia al reclutamiento y no podemos decepcionarlo —vuelve a la carga Beigbeder arrugando su despejada frente.

—Te insisto en que si persistes en captar a Robi y su red de influencias la persona clave es su sobrino Paco Tenoll. Estuvo por aquí a principios de julio negociando una posible colaboración de Casa Ninet con mis negocios y me causó una gran impresión. Es falangista y además… —Bernhardt frena bruscamente, se lleva la mano derecha a la cara y, bajo la mirada sorprendida del otro, añade —: espera, espera, caigo ahora en algo que te puede ayudar mucho.

Un denso silencio se instala. Bernhardt recapacita y Beigbeder aguarda con el cosquilleo de la sorpresa hormigueando en su interior mientras que en el exterior permanece incólume.

—Conoces perfectamente que Macarena Albelda, la dueña de El Escondite, trabaja para mí en ciertos asuntos. Es una mujer lista y desenvuelta que no quiere limitarse a dirigir ese establecimiento, por mucho que pretenda ser de altos vuelos. Para tener una primera impresión sobre la colaboración con Casa Ninet me pareció conveniente que Macarena iniciara el contacto con Tenoll, que llegó a Tetuán como su representante. En El Escondite Tenoll conoció a Eloísa Dupereur, una atractiva joven francesa que trabaja allí y que de vez en cuando facilitaba a la Alta Comisaría republicana

información obtenida practicando su oficio —relata Bernhardt de una manera que a Beigbeder se le antoja interminable.

—¿Y qué tiene todo eso que ver con Robi y su posible ayuda en la captación de marroquíes para nuestro ejército? —irrumpe Beigbeder un poco harto de la palabrería de su interlocutor.

—Tiene mucho que ver —replica el alemán arrastrando un tonillo fanfarrón.

—Pues, explícate porque no lo entiendo —el otro exige.

—Macarena presentó a Eloísa a Tenoll. Desde ese momento no se separaron. Me dice Macarena que su pupila tiene un gran ascendiente sobre él y… —Beigbeder interrumpe con brusquedad, algo poco corriente en él. Bernhardt lo encaja y cae en que se está dando demasiado importancia ante una persona de campanillas consumida por las prisas— como Eloísa tiene mucha influencia sobre Tenoll puedes utilizarla para convencerlo y para que él convenza a su tío, que es el hueso más duro de roer.

—No creo que la tal Eloísa, que me dices que era una persona cercana a la Alta Comisaría republicana, quiera trabajar con nosotros —matiza Beigbeder con vetas de decepción en el hablar.

—La cosa es fácil —retoma el hilo el ya accionista de una Hisma que comienza a hacer un sinfín de negocios con el ejército de Franco y con la nueva administración civil del Protectorado—. Vamos a hablar muy claro, el republicanismo de Eloísa es conocido por círculos de los que tienen ahora el poder o capacidad de influir en él, y está asustada porque pueden ir contra ella por sus ideas. Macarena la protege mucho y me ha insistido en que le consiga un salvoconducto para que pueda refugiarse en el Protectorado francés donde, parece ser, tiene buenas relaciones de una etapa anterior de su vida. La solución es fácil. Te encargas de que le den un salvoconducto para viajar por nuestro Protectorado bajo la condición de que vaya a Larache, se reencuentre con Tenoll y ayude a convencer a Robi de que colabore con el alistamiento —suelta Bernhardt una perorata de la que queda exhausto y satisfecho por la idea que ha brindado al delegado de Asuntos Indígenas.

Beigbeder abarca con la mano izquierda el mentón mientras que

reflexiona durante los segundos que propicia la profunda calada al cigarrillo que fuma el alemán.

—Muy buena idea, Tommie, muy buena idea —Beigbeder responde al cabo con cara de satisfacción apelando al apodo cariñoso con el que Bernhardt es conocido por sus amigos—. Lo del salvoconducto me parece fácil, eso es cosa mía, tú te encargas de que Eloísa se comprometa a colaborar con la contrapartida del salvoconducto, yo se lo comento de pasada a Orgaz y a continuación preparo una carta dirigida a Pedro Robi pidiéndole que acuda a Tetuán para tratar el asunto del que hemos hablado. Te reitero las gracias, creo que has tenido una gran idea —concluye con muestras de prisa en su lenguaje corporal.

Capítulo iv

La carta de Juan Beigbeder a Pedro Robi

Después de la conversación con Johannes Bernhardt, Juan Luis Beigbeder consigue retrasar la reunión con el alto comisario hasta el día siguiente, treinta de julio.

Como era de esperar, Orgaz se manifiesta muy contrariado con los números del alistamiento. Beigbeder reacciona con distanciamiento, como si el destinatario de las palabras fuera otro. La conversación va suavizándose a partir del momento en que expone con serenidad los fallos en el enfoque del reclutamiento y, sin entrar en detalles, desarrolla las nuevas medidas que va a poner en marcha para subsanarlos. Orgaz sabe hasta dónde puede llegar y que no le conviene un enfrentamiento directo con su influyente subordinado. Afloja la presión, confía en el éxito de los cambios que le apunta y decide edulcorar los datos que va a dar a Franco en la reunión que tiene con él poco después.

***

La carta de Beigbeder dirigida a Pedro Robi llega a la oficina de Casa Ninet el treinta y uno de julio. Con arreglo al plan trazado, Robi no va ese día por su despacho. El administrativo a quien un teniente de la intervención territorial de Larache se la ha entregado la deposita como si fuera de trámite sobre la mesa de trabajo del director-gerente, que ni Perico ni Tenoll han querido ocupar.

A última hora de la tarde la carta sigue sin abrir sobre la mesa. Solo cuando, poco antes de terminar la jornada laboral, Perico pregunta si hay algo para su padre, el empleado que la recogió contesta que ha llegado esa misma mañana una carta oficial dirigida a don Pedro.

Perico pega un brinco, pregunta acucioso dónde está la carta, entra desmelenado en el despacho de su padre y, cuando lee que el remitente es el delegado de Asuntos Indígenas, le recorre por todo el cuerpo un escalofrío. Duda si abrirla. Lo deshecha. Sale a toda velocidad del almacén sujetando la abrasadora misiva con la mano derecha. Irrumpe sin saludar en su casa. Robi, recogido

tranquilamente en el despacho-biblioteca, se alarma por la cara desencajada con la que Perico le tiende la carta tras farfullar unas palabras apenas entendibles.

—Bueno, ¿a qué viene todo esto? —pregunta Robi extrañado por la aparición repentina de su hijo y sin reparar aún en el remite de la carta.

—Es una carta de Beigbeder, el nuevo delegado de Asuntos Indígenas y mandamás de la Alta Comisaría —responde Perico impregnando temor a cada una de sus palabras.

—¿De Beigbeder? ¿Qué puede querer este rebelde de mí? Yo no lo conozco, solo sé de él por los periódicos y la radio — se interroga Robi sin evitar el término que bulle en su cabeza referido a los militares que se han hecho con el poder en todo el Protectorado, Ceuta y Melilla y luchan por hacer lo mismo en España.

—¡Ábrela, ábrela! —urge Perico.

La cara de sorpresa de Robi no tiene límites, y un mohín de extrañeza se mezcla con un suspiro de alivio. Un agobiante silencio acompaña a las muchas veces que lee un texto breve. Perico mira a su padre con ansiedad y trata de interpretar lo que transmiten sus ojos y los ligeros movimientos de los músculos de la cara. Le parece un buen síntoma que no apriete la mandíbula y que la vaya relajando hasta descolgarse bastante.

Son pocos segundos, porque el texto, por mucho que lo relea no da para más, pero para Perico son horas interminables.

—¿Pero, qué quiere Beigbeder de ti? —Perico interroga con intemperancia cuando no puede soportar más la carga de tan marmóreo silencio.

—No sé lo que puede querer. No hay quien entienda esta carta. Es muy misteriosa —contesta Robi con una mueca indefinida.

Perico no aguanta más, se precipita sobre su padre, se la arranca de la mano y lee ansiosamente:

> Respetado señor Robi:
>
> Aunque no tengo el gusto de conocerlo personalmente, sé de buena fuente de su buen hacer en los negocios de Casa Ninet y el prestigio y la autoridad que usted atesora en muchas cabilas de la Yebala y Gomara.

Para tratar asuntos de interés común, le ruego que acepte usted una reunión en mi despacho de la Delegación de Asuntos Indígenas de Tetuán o el próximo 3 de agosto a las once de la mañana o a la misma hora del 4.

Le encarezco que acepte mi invitación y que me concrete lo antes posible cuál de las dos fechas prefiere usted. Para hacérselo más fácil puede comunicar sus preferencias al capitán Francisco de Gregorio, de la Intervención territorial de Larache. Él se encargaría de proporcionarle el pertinente salvoconducto y de facilitarle un automóvil con chófer para que su desplazamiento le resultara lo más cómodo posible.

A la espera de sus gratas noticias, reciba un atento saludo.

Juan Luis Beigbeder Atienza

Con la firma pertinente.

—Podemos respirar tranquilos, Beigbeder te quiere pedir algo que necesita de ti o de Casa Ninet. El tono de la carta es amable y muy considerado —argumenta Perico con relajación que se concierta con la tranquilidad interior que la lectura le ha proporcionado.

—La cosa es aceptar o no reunirme con él —Robi reflexiona en voz alta.

—¡Pero cómo no vas a aceptar! Hay que enterarse de lo que quiere y, sea lo que sea, que te llame Beigbeder para pedirte algo te protege frente a Sánchez Ferrero y los suyos, porque demuestra que los militares te necesitan —Robi se queda pensativo, lo que acaba de escuchar de su hijo le ayuda a comprender que la decisión que tiene que tomar puede traer consigo muchas consecuencias.

—Creo que es imprescindible consultar a Paco. Llámale, que venga con toda urgencia, limítate a anunciarle que he recibido una carta de Beigbeder —adelanta Robi reposando el carrillo izquierdo de la cara en la palma de la correspondiente mano en actitud reflexiva.

***

A Tenoll le resplandece la cara cuando termina de leer y se pronuncia sin aristas ni matices. La carta es una buena noticia. Robi debe acudir lo antes posible, el tres de agosto mejor que el cuatro, y escuchar con atención y buen ánimo. «Beigbeder es un tipo listo, con el que se puede hablar y negociar», aclara con un reiterado aleteo de las manos revelador de que sabe de lo que habla.

—De acuerdo, no le demos más vueltas. Por favor, Paco, tú que te desenvuelves bien en estos momentos, mañana sábado a primera hora ve a la Intervención territorial y organiza todo para que pueda estar en Tetuán el mismo día tres. Seguro que el interventor está informado de la carta y resolverá todos los trámites en un pispás para que el domingo puedas viajar a Tetuán —dispone Robi con el asentimiento de los dos primos, que cruzan miradas de alivio.

Cuando Perico y Paco están ya de pie dispuestos a salir de aquella estancia que en penumbra se ha defendido bien del calor húmedo del último día del mes de julio, el segundo se para y gira el cuerpo hacia Robi arrellanado en el sillón donde le gusta sentarse para leer y adelanta:

—Si no te parece mal, tío, voy a comentar a Sánchez Ferrero que has recibido una carta de Beigbeder pidiéndote una reunión con él. Es la manera de que se olvide para siempre de ti —opina Tenoll con una entonación que lleva implícita la recomendación de una respuesta positiva.

Capítulo quinto

La aparición de Eloísa Dupereur en Larache

La sorpresa es para caerse de espaldas. Tenoll se queda con la boca tan abierta que solo la semisonrisa cautivadora de Eloísa Dupereur le hace cerrarla para exclamar con fuerza que retumba en todo el despacho: «¡Qué alegría! ¡Esto es un milagro! ¡No me lo puedo creer!».

Eloísa, antes de dar rienda suelta a sus sentimientos, pregunta con sigilo «¿Estamos solos?», «sí, pasa, pasa, no hay nadie», se desembaraza de la maleta que sujeta con la mano derecha y se le enrosca al cuello apretándose contra su cuerpo con tal intensidad que él, en un arranque de ingenuidad, le susurra cariñosamente: «¡Pero, chiquilla, déjame respirar!». Se separan lo suficiente para que él la acaricie con una mirada contemplativa y se fundan en un beso interminable.

Después de abrazarse, estrujarse, besarse y chupetearse, Tenoll la coge suavemente de la mano y la invita a sentarse en el tresillo que está cerca de su mesa de trabajo. La acaricia con mimo, ella descansa la cabeza sobre su pecho y, después de un par de minutos de silencio eterno, la toma por la barbilla y la mira intensamente como prolegómeno de la pregunta que le quema desde que la ha visto.

—Pero ¿qué haces tú en Larache? ¿Cómo has logrado escapar de Tetuán si ahora hace falta salvoconducto para moverse por el Protectorado? —inquiere con entonación exigente impelido por la intriga que le suscita la presencia de ella.

Eloísa titubea. Está en un verdadero aprieto. ¿Cómo confesar que Macarena ha conseguido el salvoconducto si él no sabe nada de su relación lésbica con ella y decirle, además, que se lo han dado bajo la condición de que contribuya a convencerle de que haga todo lo que sea necesario para que Robi ayude en que el reclutamiento de soldados marroquíes mejore en Gomara y la Yebala?

No ha parado de darle vueltas en el interminable e incomodísimo viaje que ha hecho en el autobús de línea de La Valenciana que ha tenido que tomar para no infundir sospechas de apoyos oficiales y

en el que desentonaba estridentemente. Ahora solo conserva fuerzas para aclararle que está de paso en Larache en su viaje al Protectorado francés donde pretende llegar después de disfrutar unos días con él.

—¿Dónde te vas a alojar? —se interesa Tenoll mientras aprecia el semblante cansado de ella debido al largo viaje con meta en el apeadero de La Valenciana de la Plaza de España.

—No lo he pensado. El equipaje que he podido sacar de Tetuán me ha permitido venir directamente a verte sin haber buscado antes alojamiento —comenta Eloísa con ojos pícaros.

—¡No hay nada que pensar! Aunque vivo solo y mi casa es grande, no me atrevo a invitarte a que te instales aquí. Larache es para las comidillas todavía más pequeña que Tetuán y no son estos tiempos para llamar la atención, te aseguro que si vienes a vivir conmigo la llamaríamos y mucho — Tenoll razona más para sí que para ella.

—Sí, desde luego, son tiempos para tener mucho cuidado y medir cada paso que se dé. ¿Dónde me recomiendas que me aloje? — asiente ella.

Tenoll no lo duda. Se alojará en el hotel España, «que está aquí mismo, muy cerca de la calle Chinguiti, casi en la Plaza de España. Yo vivo en la misma calle, un poco más allá del cine Ideal», explica contemplado por los ojos sumisos de ella.

***

Los dos días siguientes son de disfrute total. Ella para él y él para ella. Rehúyen sitios donde se concentre mucha gente y se esmeran en ser lo más discretos posible. Entran separadamente en casa de Tenoll y allí viven tórridos momentos de desenfreno erótico. Pasean por la medina en las horas en las que no suele ser frecuentada por aquellos que temen que los reconozcan. Visitan las ruinas de Lixus por las que Eloísa manifiesta gran interés, aprovechan el salvoconducto de ella y las facilidades de él para desplazarse a Arcila y comer en un restaurante al borde de la muralla donde saborean un magnífico pescado y, sobre todo, pasan horas y horas encerrados en la casa de él.

Esta gozosa situación se prolonga durante los tres días siguientes. El cuarto, cuando, a primera hora de la noche y antes de salir sigilosamente de casa de Tenoll para cenar y pasar la noche en el hotel España, Eloísa está ante un espejo arreglándose su melena después de más de una hora de entrega erótica, de pronto deja de peinarse y vuelve la cabeza hacia la cama donde él permanece aún.

—Paco, hemos hecho planes para mañana, que sería ya el cuarto día que estamos juntos —comenta Eloísa con un expresivo pestañeo que domina a la perfección—. Me preocupa que puedas desatender tu trabajo por estar tanto tiempo conmigo —señala a sus palabras una mirada sombría que contribuye a disimular lo que pulula por su cabeza desde que llegó a la ciudad del Lucus.

—No te preocupes por eso. Ya avisé en Casa Ninet y en el despacho de que en tres o cuatro días me verían poco, porque, después de una temporada con mucho trabajo y tensión, me iba a tomar un respiro. Les dije también que, si había algo urgente, me llamaran por teléfono o me mandaran una nota a casa —justifica Tenoll en la creencia errónea de que ella busca aliviar la mala conciencia por haberlo acaparado tanto, cuando lo que busca es cómo engarzar con naturalidad la conversación sobre lo que se ha comprometido como contrapartida del salvoconducto.

Se abre un silencio ocupado por el trajín de ella terminando de acicalarse y por los primeros movimientos de él para quitarse de encima la galbana tras los momentos intensos de éxtasis erótico que vive con ella. Es un silencio coreado por ruidos de fondo procedentes del arreglo personal de ambos y dura poco porque él empieza a dar más explicaciones.

—Además, hemos tenido suerte, porque en estos días mi tío Pedro Robi no está en Larache, está en Tetuán. Beigbeder, el delegado de Asuntos Indígenas, quería verse con él —señala Tenoll sin dar ninguna importancia a este dato, que abre las puertas para que Eloísa se introduzca sin forzamiento en el terreno que está buscando desde que apareció en Larache.

—¿Y qué tiene que ver tu tío Robi con Beigbeder? ¿Por cierto, tu empresa familiar cerró por fin acuerdos comerciales con Johannes Bernhardt? —Eloísa pregunta con visos de aparente inocencia.

—Todo ha quedado interrumpido con el levantamiento de Franco. Tenía a mi tío convencido, pero yo mismo le propuse que había que esperar un poco a que se despejase el panorama.

Eloísa aminora los retoques de la melena y lanza una mirada que Tenoll capta en toda su intensidad.

—Yo no sé lo que querrá el todopoderoso Beigbeder, pero desde luego hoy en día creo que es mejor hacer tratos con él que con Bernhardt. Beigbeder tiene grandes responsabilidades desde la llegada de Franco y quizá en alguna necesite vuestra ayuda.

—¡Cuánto sabes, Eloísa, cuánto sabes para haber estado encerrada en El Escondite durante tantos días!

Eloísa se escama con las últimas palabras. Huele que está yendo bastante más allá de hasta donde le gustaría que fuera. Se levanta con toda la gracia que pone a su belleza en movimiento de forma perturbadoramente irresistible. Se aproxima a él, que ya está vestido y no para de admirarla, posa un beso superficial en sus labios, preludio de otro largo y horadante.

—Cariño, hablamos mañana, se me hace tarde para cenar en el hotel España, recuerda que tengo que ser buena y no puedo retrasarme —recuerda con tan seductora desenvoltura que provoca el asentimiento de Tenoll y un cálido ¡hasta mañana! de ambos.

Aquella noche Eloísa no logra conciliar el sueño, a lo sumo dormita. Le atormenta traicionar la confianza de Tenoll utilizándolo para influir en Robi en sentido favorable a Bernhardt. Ya de madrugada, toma una decisión: se callará, no se referirá a ese asunto y arrastrará las consecuencias negativas que le pueda acarrear.

Capítulo sexto

La decisión de los Ninet al regreso de Robi de la entrevista con Beigbeder

El regreso de Pedro Robi a Larache se les ha hecho desesperadamente largo. Esperaban que volviera enseguida después de la entrevista con Beigbeder, pero su estancia en la capital del Protectorado ha durado tres días más de lo previsto. Las noticias que Amparo, Perico y Paco han tenido de él en este periodo se reducen a que todo había ido bien, y que tardaría unos días más en volver porque iba a acercarse a Río Martín a ver a su cuñada Magdalena Ninet.

Por fin, regresa a Larache a última hora de la mañana del siete de agosto. Saluda cariñosamente a Amparo y no suelta prenda, se limita a insistirle en que todo ha ido bien y que le dará las explicaciones por la tarde, después de comer y dormir un rato. Ante la mueca hosca de ella, le susurra a media voz: «De verdad, estoy muy cansado y tengo que reponer fuerzas con la comida y una buena siesta, no me siento capaz ahora de contarte con detalle lo que he hablado con Beigbeder. Ah, por favor, diles a Perico y a Paco que estén aquí a la cinco, que vengan sin excusa, tenemos que tomar entre todos una decisión importante», remacha Robi atizando aún más el interés de su mujer. «¿No me puedes adelantar algo?, estoy en ascuas desde que te fuiste y ya no puedo más», reconoce ella con un gesto de abatimiento que casi supera las ganas de Robi de comer y dormir para reponerse y afrontar la larga conversación que debe mantener con su familia. «Todo ha ido muy bien, tan bien que nos obliga a tomar una decisión de gran transcendencia. Tranquilízate, todo ha ido muy bien, demasiado bien quizás», añade con un toque enigmático que desorienta a una Amparo carente ya de empuje para insistir más.

***

El ambiente del despacho-biblioteca de la casa es de sofoco. El calor húmedo y pegajoso no es el único factor que contribuye a ello.

Amparo, Perico y Paco han acudido a la cita arrastrando la inquietud por lo que Robi les tenga que decir después de la cita con Beigbeder. Amparo ha exigido a los dos que acudan sin falta a la convocatoria, porque, según lo que a trancas y barrancas ha conseguido sacar a su marido, es imprescindible tomar una decisión importante esa misma tarde.

Robi, después de comer bien y dormir una buena siesta, se ha recompuesto mucho. Actúa ceremoniosamente, tanto que dispara los nervios de sus familiares, que se controlan a duras penas. Los prolegómenos se alargan en demasía, como si Robi rehuyera entrar en el asunto que los convoca. Amparo toma la iniciativa.

—Bueno, Pedro, ya está bien de rodeos, estamos ansiosos de saber cómo te ha ido con el delegado de Asuntos Indígenas. No te des más importancia y arranca de una vez a contarnos para qué te quería y qué decisión importante tenemos que tomar —introduce Amparo con desparpajo.

Robi traga saliva y abre exageradamente los ojos, como si por ellos quisiera trasladar todo lo que lleva dentro y aliviarse del peso de la palabra.

—Juan Luis Beigbeder es un tipo interesante. Aunque es serio, da gusto verse con él, habla bien y sabe escuchar. No parece militar, o por lo menos del estilo que más abunda. Me recibió con un trato cordial y distinguido.

—Sí, padre, sí, pero ¿qué te planteó? ¡No nos tengas más en vilo! —salta Perico, pero una mirada flamígera lo calla y quita a los demás las ganas de acelerar la exposición que está iniciando.

Robi se detiene, tose rebuscando dentro de sí la mejor vía para adentrarse en las arenas movedizas por las que se movió con el poderoso delegado de Asuntos Indígenas y secretario general de la Alta Comisaría. Le cuesta hacerlo e inconscientemente lo retrasa. Pero es sensible a la impaciencia y la reciente angustia de los que lo escuchan. Toma una decisión: irá al grano para pasar el trago lo antes posible y compartir lo que le preocupa desde la reunión de Tetuán.

—Beigbeder se está enfrentando a ciertas dificultades para captar marroquíes para el ejército de Franco y las mayores las tiene en la

Yebala y Gomara, cabilas en las que Casa Ninet y yo mismo tenemos mucha influencia que viene desde tiempos de tu padre y vuestro abuelo José Luis Ninet —no se da un respiro, sigue hablando aceleradamente sin que los presentes le quiten de encima ojos que proyectan avidez—. En pocas palabras, lo que quiere es que le ayudemos a que el alistamiento en las cabilas menos favorables a ello crezca mucho más y que se pongan, al menos, al nivel que sorprendentemente se está alcanzando en el Rif.

—¿Y a ti qué te parece esa propuesta? —tercia Amparo, la única con autoridad en ese instante para interrumpir a su marido con una pregunta tan directa.

Robi se contraría, no es fácil dar una opinión sobre asunto tan delicado sin haber completado todo lo que Beigbeder le dijo en la reunión, pero a Amparo no puede darle un corte y aplazar la primera impresión que le pide para más adelante. Tiene que contestarla.

—A mí, en principio, como podéis imaginar vosotros que me conocéis bien, no me hizo ninguna gracia —provoca Robi una pausa para tomar aliento antes de avanzar—, pero no puedo olvidar que, de forma más o menos velada, me hizo ver los perjuicios que podríamos sufrir personalmente y en nuestros negocios si no aceptábamos ayudarles aunque sea de manera indirecta.

—Me imagino que te ofrecería alguna contrapartida a que tú y Casa Ninet se pongan al lado de Franco con el riesgo que esto supone si no llega a vencer en España —Tenoll apunta con un calambrazo de preocupación recorriendo todo su cuerpo.

—Hombre, Paco, no seas ingenuo, alguna contrapartida positiva hay, pero las principales son que no caigan sobre nosotros y nuestros negocios los males que podrían caer si no les echamos una mano en algo que parece ser trascendental para el mismísimo general Franco —aclara Robi.

—¿Y qué nos evitaríamos si los ayudamos? —indaga Perico temiéndose lo peor.

—En lo personal lo que nos evitaríamos se centra en mí. Conoce perfectamente mi pasado liberal y cercano en algún momento a la masonería. Para que no hubiera duda de ello me mostró un documento incautado a la Lixus donde figura mi nombre como

persona colaboradora. Sabe que hasta hoy no me han molestado por la protección que tú, Paco, me dispensas y por la importancia de Casa Ninet, a la que no quisieran perturbar en su funcionamiento. Se atrevió a reconocer que hasta ahora han frenado a Sánchez Ferrero, pero que puede no seguir siendo así. Está claro que está empapado de todo lo nuestro y que nos tiene completamente fichados, sobre todo a mí.

Un silencio sombrío vence a la intensa luz de la tarde que penetra a pesar de que las contraventanas están casi abatidas. Las tinieblas de la angustia y el abatimiento prevalecen. Ninguno de los tres abre la boca, están intentando digerir la información que les ha venido encima.

—¡Ah, olvidaba algo importante que afecta a Perico y Paco! — Robi resquebraja el silencio manteniendo el gesto pesaroso que no le ha abandonado en los últimos minutos—. Me habló de algo que no entendí bien del todo y que lo refirió a vosotros dos. Sin venir mucho a cuento mencionó que los dos cursabais estudios universitarios. Añadió que están estudiando crear academias especiales para hacer alféreces profesionales que se unan al ejército de Franco al cabo de unos pocos meses de formación en esos centros. Incluso me habló de que iban a instalar una en Dar Riffien —señala pesándole la lengua al dar noticias tan comprometedoras.

—Bueno, ¿y eso qué? —se adelanta Perico en tono pendenciero.

—No, no me dijo más de ese asunto. Beigbeder es hombre de pocas palabras y de muchas insinuaciones y matices. No dijo más, pero ligaba que sois universitarios con la academia de Dar Riffien y es fácil deducir que, sin no le ayudamos, no os quedaría más remedio que convertiros en alféreces provisionales, y, tal como van las cosas, dar tiros por los campos de España —revela Robi con entonación plomiza que suma tensión a la mucha que se soporta.

Amparo, que ha enmarañado su vista en un horizonte perdido más allá de las paredes del despacho-biblioteca, toma la palabra con firmeza que aligera la pesadumbre circundante.

—Bueno, digo yo que alguna contrapartida positiva habrá en el trato con el enigmático Beigbeder —suscita agitando con gracia el

abanico con el que intenta complementar los esfuerzos de los dos ventiladores que luchan con el calor.

—Querida tía Amparo, ¿te parece poca contrapartida que olviden el pasado del tío, que nos quiten de encima a Sánchez Ferrero y que nos libremos Perico y yo de ir a la academia de alféreces provisionales? A mí me parece muy buena contrapartida dados los tiempos que sufrimos —se pronuncia Tenoll con gotas de ironía.

—Sí que me ofreció contrapartidas propiamente hablando — interviene Robi—. Me habló de que los servicios y suministros que hacemos al ejército aumentarán y que, vistos nuestros contactos comerciales con el Protectorado francés, utilizarían a Casa Ninet como uno de los principales canales para todo lo que provenga de allí, a pesar del cierre oficial de fronteras —informa con un vaivén reiterado de la mano derecha dando más fuerza a sus palabras.

—Yo creo que la propuesta hay que tomársela muy en serio. Esto no es como lo que teníamos entre manos con Bernhardt — reflexiona Tenoll ahuecando la voz para darse importancia—. Esto es mucho más importante y nos va en ello nuestra suerte personal y la del negocio que inició el abuelo. Beigbeder es un hombre muy educado y de buen trato cuando se va de buenas, pero a malas es enemigo terrible. Aunque pueda parecer mentira después de conocerlo personalmente, me he podido enterar en algunos círculos falangistas que sigo cultivando que Franco le ha encargado que se ocupe de preparar los campos de concentración donde están recluyendo a los presos políticos que ya superan la capacidad de las cárceles y los acuartelamientos habilitados como tales. Es un tipo de cuidado y para no andarse con bromas con él.

—¿Y qué opina mi hermana Magdalena, porque me imagino que habrás ido a Río Martin para consultarle, porque todo esto nos afecta directamente a todos? —se interesa Amparo fijando la vista en su marido.

—Sí, claro, una de las razones principales de que haya permanecido más días en Tetuán es por la visita que hice a Magdalena en Río Martín. Está bien, aunque muy preocupada y deseando que llegue el momento en que pueda volver a Larache. Está un poco sola y nos echa mucho de menos.

—Bueno, pero ¿qué piensa de todo esto?, ¿cuál es su opinión sobre lo que debemos hacer? —Amparo le interrumpe con una impertinencia que Robi asimila bien.

—Le he puesto al corriente de todo. Le he contado lo mucho que Paco nos está ayudando —vira la cabeza hacia él y le dedica un mohín de reconocimiento—. La conversación con Beigbeder la conoce como vosotros la conocéis ahora. Después de hablar casi tres horas se mostró favorable a que ayudásemos de una manera discreta al reclutamiento y me autorizó a que os lo comunicara — afirma con claridad.

A partir de este momento la conversación deriva hacia un cruce bilateral de datos y opiniones, que convierte la reunión durante media hora en un auténtico batiburrillo hasta que Robi pega un golpe en la mesa y recaba la atención para plantear que ha llegado el momento de decidir.

Amparo se adelanta para pronunciarse en favor de colaborar con Beigbeder. Tenoll no lo duda, se manifiesta con nitidez en el mismo sentido. Perico pone algún pero, aunque termina accediendo con el matiz de que se haga de manera indirecta y discreta. Cuando llega el turno de Robi, el silencio se hace espeso y ni el ruido de los dos ventiladores ni el abaniqueo de Amparo se escuchan.

—He querido intervenir el último para no influir en vuestras decisiones. Estoy de acuerdo con vosotros —anuncia Robi sobreactuando la solemnidad—. En las circunstancias actuales no nos queda más remedio que echar una mano en el alistamiento de marroquíes en las filas de Franco. A mí esto no me gusta un pelo, pero comprendo que, como en tantas ocasiones en la vida, hay que escoger el mal menor, y el mal menor es para mí atenernos con matices a lo que Beigbeder nos pide —fuerza un alto, llena con empeño los pulmones y proclama lo siguiente como descargo de conciencia de la decisión que acaban de tomar—. Esto nos da muchos motivos y bastantes posibilidades para ayudar a escapar del infierno en el que el Protectorado español se ha convertido a los que no piensen como los falangistas y los militares golpistas o a los que simplemente sean víctimas de su odio y del revanchismo, vosotros

dos me entendéis… —Robi deja caer anclando una mirada rebosante de contenido en los dos jóvenes.

Parte decimosexta

Eloísa huye al Protectorado francés

Capítulo i

La fidelidad de Eloísa

Paco Tenoll vuelve a su casa de la calle Chinguiti con una sonrisa de satisfacción de la que casi no se ha desprendido desde que salió del domicilio de su tío hace algo más de diez minutos después de la larga reunión con él, Amparo y Perico.

El trayecto de una casa a otra lo ha hecho rápido y consultando varias veces el reloj. Aunque la luz del sol es todavía fuerte, las sombras que proyectan los edificios que deja a un lado y otro anuncian que la noche reclama su espacio a un ya declinante sol. Va deprisa, sorteando las personas que a esa hora regresan a su casa o salen a la calle para darse una vuelta y respirar las primeras brisas que envía el cercano Atlántico.

Acelera más el paso, quiere ver a Eloísa que le espera temerosa de que el tiempo se le eche encima y no pueda verlo porque tenga que volver al hotel España para la cena. Está inquieta, la convocatoria urgente de Tenoll para la reunión de esa tarde les ha forzado a olvidarse de los planes que habían hecho, e intuye por detalles nimios que ha ido hilvanando que lo que hayan tratado y decidido le puede afectar personalmente.

Cuando oye el ruido de la cerradura de la puerta, pega un brinco y corre hacia él. No le pregunta con la palabra, lo hace con unos ojos que lucían risueños cuando su amante salió para la reunión familiar y ahora están mustios.

Rompiendo la extremada discreción que se ha impuesto desde que llegó a la ciudad del Lucus, se interesa por la reunión. Él le susurra «temía que ya no estuvieras en casa por la hora que es». Eloísa se esfuerza en sonreír, le coge de la mano derecha y le conduce al cuarto de estar donde se suelen reponer de los episodios de entrega erótica cuyo escenario es la alcoba contigua.

Se sientan premiosamente, como si estuvieran actuando en una ceremonia de la que los dos son protagonistas. Eloísa se le acurruca con una actitud de entrega, de nadar en un mar de satisfacciones del que no quiere salir. Al cabo, Tenoll le acaricia el mentón y baja la cabeza para darle un beso desprovisto de fogosidad. Los ojos de ella

lanzan llamaradas con las que quiere invitarle a hablar sin romper la decisión que ha tomado de no injerirse en sus asuntos, con olvido de lo que se comprometió para obtener el salvoconducto.

—¿Cómo te ha ido con tu familia? —pregunta Eloísa al percatarse de que las llamaradas de sus ojos no son suficientes para que Tenoll le cuente algo de la reunión.

—Bien, ha ido todo muy bien. Llevamos una temporada en la que nos entendemos de maravilla —reconoce Tenoll sin ganas de dar detalles.

El silencio se apodera de los segundos que siguen a la última palabra. Después de un corto silencio solo roto por un par de suspiros de ella, Tenoll se pone de pie y comenta:

—El tiempo se echa encima. Tenemos que ser buenos y cumplir con las reglas que nos hemos impuesto y que están resultando muy útiles para pasar desapercibidos.

Eloísa pone cara de circunstancias, se despereza con un gracioso movimiento corporal y da por perdido que Tenoll le cuente algo de la reunión. Tendría que forzarlo y romper la regla de no utilizar su relación amorosa para servir al propósito torticero a cambio del cual le concedieron el salvoconducto. Cuando ha arrojado ya la toalla y están encaminándose hacia la puerta que da a la calle Chinguiti, él aminora el paso y, sin darle ninguna importancia, susurra:

—Al final te hemos dado la razón —dispara sin objetivo concreto.

—¿Qué quieres decir con que me habéis dado la razón? —Eloísa despierta de la especie de modorra en la que había caído.

—Quiero decir que, como alguna vez se te ha escapado de pasada, en los tiempos que corren es más útil colaborar con Beigbeder que con Bernhardt —Tenoll recuerda sin darle importancia.

Eloísa le aprieta la mano de manera férrea, muy distinta de como lo ha hecho al llegar.

—Volvamos a sentarnos y me explicas lo que acabas de decir. Me has puesto en ascuas —señala mientras que arrastra a Tenoll a volverse a acomodar en el cuarto de estar.

Se sientan. Él se ve un poco forzado por la actitud decidida de ella, pero no encuentra motivos para no darle detalles de lo que la familia

ha decidido, salvo el inconveniente del tiempo que se les ha echado encima.

—Si te parece, lo dejamos para mañana —replica Tenoll sin convencimiento, ya entregado a los deseos de ella.

—No, me lo dices ahora, y no pasa nada si por una noche llego un poco tarde al hotel —exige Eloísa.

Tenoll, entregado a las carantoñas amorosas de su amante, pormenoriza el contenido del encuentro familiar y resalta la decisión unánime de apoyar a Beigbeder en el reclutamiento de marroquíes. Cuando termina, los ojos de Eloísa se ponen acuosos, se arroja sobre él y le aprieta tanto que no le deja respirar mientras que las lágrimas empiezan a despeñarse por sus mejillas y a mojar la camisa de él.

—¿Pero qué te pasa? Pensé que te parecería bien lo que hemos acordado, y, en todo caso, a ti qué más te da —farfulla Tenoll sorprendido por la reacción mientras se separa de ella para observarla mejor.

—Claro que me afecta mucho —Eloísa rompe en sollozos que hacen incomprensibles las restantes palabras.

La sorpresa de Tenoll aumenta por momentos y lo deja descolocado. «Pero ¿qué te pasa?», repite con preocupación.

Este es el último impulso para que salte el tapón que impide que Eloísa extrovierte todo lo que lleva dentro. Entra con el mayor de los detalles en el trato para obtener el salvoconducto al que ha llegado con Macarena. Subraya que, durante los días de ensueño que han compartido en Larache, lo ha incumplido porque ha evitado adrede no influir en la decisión que tenían que tomar al regresar su tío de Tetuán.

Tenoll la mira con asombro y, cuando cesa la batería de hipidos que acompañan a las lágrimas que han ido brotando de los ojos de Eloísa, se pega a ella y, después de abrazarla tiernamente, le dice con euforia:

—Lo que me cuentas es estupendo. Me has sido leal porque no me has influido lo más mínimo, y al mismo tiempo has cumplido con Beigbeder y los suyos porque van a contar con nosotros. La jugada

es redonda, ¡no sé por qué te pones así! —exclama él con el velo de la incomprensión envolviendo las últimas palabras.

Eloísa se seca las lágrimas, respira hondo y comienza a hablar caudalosamente. Se explaya en que, cuando se sepa en Tetuán que han conseguido lo que querían, ya no tendrá excusa para permanecer en Larache, «Aunque quiera quedarme aquí me obligarán a volver porque en Larache ya no pinto nada para ellos y estoy mucho más cerca de la frontera con el Protectorado francés», señala conteniendo los sollozos que le asaltan de vez en cuando.

—Ya arreglaremos que puedas quedarte en Larache, si tú lo quieres —interviene él después de haber estado sumido en un inquietante silencio.

—Ellos me quieren en Tetuán, donde creo yo que, resuelto el asunto con Robi, les gustaría hacerme pagar mi republicanismo y buenas relaciones con la Alta Comisaría del Frente Popular — razona Eloísa con el semblante algo recompuesto.

—Hoy es un día que no gana uno para sorpresas. Me entero ahora de que has estado colaborando con la Alta Comisaría republicana, pero eso ahora da igual, lo pasado, pasado está —reflexiona en voz alta más para sí más que para ella.

—Gracias por comprenderme y poner por encima de todo nuestra relación personal —señala Eloísa sin despintarse su cara de preocupación—. Creo que no me va a quedar más remedio que volver a Tetuán, donde no sé qué puede pasar conmigo, por mucho que Macarena me quiera proteger. Son tiempos de barbarie y ante la barbarie poca cosa son los argumentos de la amistad y el cariño que ella pueda esgrimir — añade con lirismo.

—¿Y en el Protectorado francés tienes quien te reciba y cuide de ti? —indaga Tenoll dando a la conversación un cambio congruente con lo que le bulle en la cabeza.

Eloísa explica que tiene muy buena relación con Jean Dresh, «un eminente geógrafo francés, defensor de la adecuada colonización y de salvaguardar la identidad nacional de Marruecos». Sin perder la vista de Tenoll para captar cualquier reacción de él, puntualiza que Dresh está bien relacionado con sectores importantes de

nacionalistas marroquíes y que no duda que él y estos últimos la protegerían y ayudarían a encontrar trabajo en la zona francesa.

—¿Hasta qué fecha te puedes mover por el Protectorado español con el salvoconducto? —inquiere Tenoll con cara de pocas bromas.

—Hasta el quince de agosto —le contesta ella con el rostro también endurecido.

—¿Seguro que hasta ese día te puedes mover por todo el Protectorado? —vuelve a la carga él.

—Sí, eso dice el salvoconducto, pero no sé si, después de lograr lo que pretendían, me reducirán los días o incluso me los retirarán —especula ella intrigada por el tono duro del que Tenoll está dando muestras.

—Espera, se me ocurre algo, tengo que ver inmediatamente a mi tío, es importante y tiene que ver contigo —salta Tenoll impulsado por un poderoso resorte interior.

Eloísa se queda paralizada, no sabe cómo reaccionar. La expresión de la cara de su amante no deja hueco para interesarse por lo que le sobresalta.

—¿Y yo qué hago? ¿Me quedo aquí esperándote? — interroga ella extendiendo las manos con un ademán de desorientación.

—No, no me esperes, no sé lo que puedo tardar. Lo mejor es que te vayas al hotel, todavía es una hora prudente para cenar —responde Tenoll con la mente ya en la conversación que va a forzar con Robi dentro de unos minutos.

Capítulo II

El descargo de conciencia de Robi

Pedro Robi lo recibe escuchando la radio después de haber cenado. Le sorprende su irrupción y más todavía el acuciamiento con el que Tenoll empieza a hablar.

—Perdona que te moleste a esta hora —adelanta como preámbulo suavizador de su inesperada presencia.

—No te preocupes, pero ¿pasa algo tan grave como para que aparezcas a estas horas con esa cara? —Robi pregunta mientras se acerca al aparato de radio para desconectar la música que estaba escuchando—. ¿Lo que te trae no tendrá que ver con la decisión de atender a Beigbeder que hemos tomado? —Robi interroga sujetándose la cabeza con la mano derecha y dando muestra de que su inquietud crece.

—Sí y no. Hemos acertado con lo de colaborar con Beigbeder. Lo único que te pido es que esperes un poco en contestarle —Tenoll reclama retrayendo el cuero cabelludo hasta alterar su expresión.

—Pero ¿por qué?, ¿para qué esperar estando todos de acuerdo? —Robi pregunta con cara de no entender nada.

Tenoll cobra aliento y se adentra en una explicación pormenorizada de por qué pide «unos días» antes de comunicar la decisión a Beigbeder. Le habla con franqueza de Eloísa, «una joven francesa que conocí en Tetuán de la que me he enamorado. Tiene las mismas ideas políticas que tú, es republicana y liberal y ha colaborado con la Alta Comisaría anterior», y pone el acento en estas características personales como imán para aguzar el interés de Robi por lo que le está confesando. «Como te decía, lo nuestro fue un flechazo a primera vista y hace tres días ha aparecido por Larache y está alojada en el hotel España», puntualiza remiso a hablar con más franqueza.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver con que retrase la contestación a lo que Beigbeder pide en su famosa carta? — Robi inquiere con una mueca propia de estar totalmente desnortado.

Tenoll no tiene más remedio que reconocer lo que verdaderamente hay detrás de la presencia de Eloísa en Larache. «Le han concedido

el salvoconducto para moverse por el Protectorado español a cambio de utilizarme para que te convenciera a ti de dar el sí a Beigbeder y te aseguro que no me ha dicho nada de nada, ha incumplido el compromiso que adquirió con tal de no enturbiar nuestra relación», revela sin tapujos.

—¡Bueno, vaya historia! ¡De manera que has vuelto de Tetuán enamorado hasta las cachas! —dice Robi abortando la semisonrisa que comenzaba a brotar de su cara—. Pero no veo el problema, al prestarnos a colaborar en el alistamiento, todos contentos.

—Ahí está el problema. Eloísa, así se llama de quien te hablo, no puede quedarse mucho más aquí porque el salvoconducto tiene una fecha límite que está cerca y no le va a quedar más remedio que volver a Tetuán, donde teme que, al no ser ya útil a los que ahora mandan, le hagan pagar por su pasado republicano y sea represaliada con alguna de las barbaridades que se están haciendo mientras las nuevas autoridades, entre ellos Beigbeder, miran hacia otro lado — explota zarandeado por la angustia que le embarga ante tan deplorable realidad.

—¿Cómo le podemos ayudar? —Robi pregunta a las bravas enderezándose en el sillón que le ha ido engullendo.

—Lo que Eloísa quiere es llegar al Protectorado francés, donde tiene buenos amigos —Tenoll afirma sin veladuras.

Robi destila una sonrisa enigmática seguida de un silencio de largos segundos en el que todo se para. Tenoll no se atreve a abrir la boca porque sabe que el silencio es de un tipo nuevo, es el fruto de la mezcla de pensamiento y decisión que está teniendo lugar en la mente de su tío.

Robi se acomoda más cerca de su sobrino, casi pegado a él, buscando todavía mayor intimidad. Mueve la cabeza y anuda su mirada a los ojos del otro.

—Para poder ayudarla te tengo que contar algo importante — anuncia con palabras que pesan toneladas.

Toma el relevo una larga exposición durante la cual Tenoll permanece abducido por lo que escucha.

—Ante las noticias horribles que me han ido llegando en estos interminables días de encierro forzoso en casa, no he podido resistir

una tentación a pesar del riesgo que corro y que incluso corren nuestros negocios en esta época de bárbaras confiscaciones, multas astronómicas y arbitrariedades sin límite —Robi señala enardeciéndose según avanza. Hace un parón más teatral que necesario y sigue arrastrando a propósito las palabras—. He utilizado mis contactos con gente humilde de las cabilas cercanas a la frontera con el Protectorado francés para ayudar a personas que, aunque han salvado la vida en la primera fase del terror desatado a partir de la noche del diecisiete de julio, corren serio peligro de que acaben yendo a por ellos, aunque sea en otra fase de terror blanqueado con falsas apariencias jurídicas —termina escupiendo indignación y dolor.

A Tenoll le cuesta salir de su asombro, las palabras se ahogan en la amarga sequedad de su boca. Sentimientos contrapuestos chocan con estrépito dentro de sí y en plena pugna le impiden manifestarse verbalmente. Sigue escuchando impertérrito a su tío, que se manifiesta con voz cada vez más tersa a pesar de lo avanzado de la hora.

Robi continúa hablando, recreándose en los detalles de la discreta y eficaz red de evacuaciones al Protectorado francés que ha montado a la chita callando y de la que Tenoll no había tenido ni el menor indicio.

—Lo que puedo hacer y haría con mucho gusto para librarla de la barbarie es ayudarla a escapar a través de la red que ya ha salvado a varias personas y que seguirá salvando mientras que yo esté vivito y coleando —Robi remacha golpeando con el puño cerrado el apoyabrazos del sofá donde están sentados.

Cuando su tío se detiene para tomarse un descanso, Tenoll considera que ha llegado el momento de plantear algo que brinca por su cabeza.

—Me sorprendes. Me has dejado con la boca abierta. Debería enfadarme y poner el grito en el cielo, pero no puedo, me he enterado de tanto atropello e injusticia que todo lo que sea limitarlos me gusta, por encima de los riesgos que esto supone en esta etapa tan cruelmente desmadrada —se aproxima más a Robi y le da un toque cariñoso en el hombro, muestra de respeto y reconocimiento.

—No podía hacer otra cosa, ante tanta tragedia solo podía reaccionar así —Robi abate las pestañas sobrecargadas por el peso del cansancio. Pero no ha terminado, le queda por decir algo que ha ido libando desde que llegó la carta del delegado de Asuntos Indígenas—. Además, la ayuda a los represaliados es la contrapartida que me es moralmente imprescindible para poder decir sí a Beigbeder, que, en definitiva, equivale a colaborar con los que hacen o toleran la barbarie —reconoce Robi con afirmaciones que le manan del fondo del alma y que no ha verbalizado hasta este instante.

—Eres admirable, tío, por lo que has hecho y por lo que estás haciendo, estoy seguro de que el abuelo Ninet estaría muy orgulloso de ti —Robi agita la cabeza y pregunta enérgicamente:

—Bueno, dejémonos de rodeos, ¿ayudamos a tu Eloísa a que huya al Protectorado francés?

Cuando aguarda una respuesta entusiasmadamente positiva a su pregunta retórica, se topa con que la repuesta favorable no llega.

—¿Qué te parece lo que te propongo? —insiste Robi desorientado.

—No veo a Eloísa por esos caminos perdidos de Dios, escondiéndose en cabilas desprovistas de lo más elemental. Es débil físicamente y muy delicada, y me da miedo meterla por esos andurriales. No sé, incluso, si estaría dispuesta a someterse a todo eso —razona Tenoll con el tono más comprensivo que ha sido capaz de improvisar.

Robi se lleva la mano a la boca en actitud reflexiva. Lanza la mirada hacia el infinito, más allá de las paredes que los rodean, y, de pronto, en un giro inesperado, se apodera de la palabra.

—El bueno de Muchatiel me ha anunciado su visita en los próximos días. Tenemos que aclarar cómo, a pesar del cierre de la frontera, va a seguir suministrándonos productos del Protectorado francés que las nuevas autoridades necesitan o de los que no están dispuestas a prescindir. Tanto la parte española como la francesa, interesadas ambas en el asunto, le darán toda clase de facilidades para viajar desde Rabat a Larache y para regresar después —señala Robi auscultando la reacción de su sobrino.

—Eso me gusta mucho más y ella se va a poner loca de contento

—anuncia categóricamente con una explosión de alegría que brota de toda su anatomía.

***

Mientras que el horror de la guerra civil se extiende por gran parte de España a mitad del mes de agosto de 1936, Casa Ninet y Robi contribuyen indirectamente a que mejore el alistamiento de indígenas y este último descarga su conciencia ayudando a desesperados que huyen del Protectorado español al francés; Eloísa ha llegado sana y salva a Rabat gracias a la ayuda de Muchatiel; Tenoll centra parte de su trabajo en la importación de productos de Francia y de su Protectorado y, cada vez más integrado en el negocio familiar, busca resquicios para viajar a Rabat; Bernhardt comienza a hacer pingües negocios con la recién constituida sociedad mercantil Hisma; Macarena ha puesto sus ojos en una nueva protegida; Beigbeder pelea por poner cierto orden y apariencia de legalidad en la ejecución de las instrucciones que recibe del general Franco directamente o a través del alto comisario Luis Orgaz, y, por fin, el general Franco abandona Tetuán el seis de agosto para establecer su estado mayor en Sevilla y proseguir la desgarradora guerra entre españoles.

Aclaraciones y agradecimientos

Tetuán y Larache 1936 constituye el séptimo eslabón de una ya larga cadena que comenzó en 2012 con *La ciudad del Lucus*. Como las anteriores, esta nueva novela se construye sobre personajes y hechos históricos debidamente documentados en los que se insertan otros ficticios que ayudan al desarrollo de una trama con aspiraciones de ser fiel a la realidad histórica sobre la que escribo.

Además de los precedentes con los que se hermana, Tetuán y Larache 1936 se nutre de un poderoso aliento que procede de varias fuentes. Me refiero brevemente a ellas.

Si en *Melilla 1936* traté de novelar sobre la base de un personaje real, el juez Joaquín María Polonio Calvente, el caldo de cultivo y el desencadenante del inicio del levantamiento militar que acabó en la terrible Guerra Civil, en *Tetuán y Larache 1936* he pretendido novelar cómo el levantamiento se propagó rápidamente en Ceuta y la parte occidental del Protectorado español de Marruecos y el desarrollo de los primeros momentos de su asentamiento y preparación para dar el salto a la Península.

Cuando me topé por primera vez con una referencia relativamente larga a Johannes Bernhardt en el libro de Peter Besas *Nazis en Madrid*[*] escribí al margen «qué novelable» con el lápiz que me suele acompañar en mis lecturas de todo tipo. A partir de ahí empecé a indagar sobre este personaje histórico que desempeñó después un papel muy destacado en las relaciones de España con la Alemania nazi durante nuestra Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial.

Desde la novela *La ciudad del Lucus* he venido dando vida a la ficticia familia Ninet, prósperos comerciantes asentados en Larache. Desapareció esta familia en *Melilla 1936*, y ahora algo interior, quizá porque muy lejanamente podría recordar a mi propia familia, me ha impulsado a darle de nuevo entrada en el escenario novelístico hilando la trayectoria vital de sus integrantes.

La tercera fuente está también presente en toda la serie de siete

novelas históricas publicadas por Almuzara. Se trata de la pretensión de conocer y profundizar en episodios históricos que me hayan llamado la atención y sobre los que, hasta donde llegan mis conocimientos, no haya producción novelística o sea escasa. Me reconozco en las siguientes palabras del filósofo Eugenio Trías: «Escribir es, para mí, una expectativa de conocimiento, un deseo de llegar a conocer. Llámese ciencia, sabiduría o filosofía lo que resulta de este proceso, todos esos nombres señalan un único objetivo: conocer y comunicar a los lectores esa experiencia»[**].

Los prolegómenos del golpe de Franco en Tetuán, Larache y Ceuta, la peripecia de su llegada y salida de Las Palmas de Gran Canaria hacia la capital del Protectorado español, el papel del dirigente nazi tetuaní Johannes Bernhardt y su contacto con Adolf Hitler, las relaciones de Juan Beigbeder con los nacionalistas marroquíes en especial con su líder Abdeljalek Torres, la represión que recayó en los primeros momentos sobre los no afectos al levantamiento, entre otros muchos acontecimientos, encendieron mi interés por conocerlos mejor a través de la redacción de un texto que pudiera llegar a posibles lectores.

Para alcanzar las metas a las que me acabo de referir, he tenido que recorrer un largo camino. Sus hitos capitales son tres. El primero es el de la casi exhaustiva documentación que he manejado. Numerosos libros científicos, de ficción, artículos de revistas, periódicos del momento y documentos de toda clase han sido mis acompañantes durante el tiempo de redacción y corrección de la novela hasta inundar la habitación, el «studiolo» jugoso término que Antonio Pau ha vuelto a poner en circulación no hace mucho[***], donde escribo. Entre tan copiosa documentación quiero dejar agradecida constancia de lo mucho que me han ayudado y lo mucho que he consultado los libros del historiador Ángel Viñas[****] y los del hispanista marroquí Hakim ibn Azzud[*****].

El segundo hito lo conforman las entrevistas con personas relacionadas con los hechos y lugares que aparecen en la novela. Me han resultado muy ilustrativas por distintas razones las conversaciones que he mantenido con José Edery, auténtico pozo de

sabiduría larachense; con mi tío Francisco Cazorla, nacido en Larache y que pasó allí su infancia y primera juventud; con Luis Fajardo Spínola, ex Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados con quien coincidí hace muchos años como Letrado de las Cortes Generales, nieto de Luis Fajardo Ferrer, alcalde de Las Palmas de Gran Canaria en el día en el que Franco asistió al entierro del general Amado Balmes; con Hakim ibn Azzud, muy destacado hispanista marroquí con quien entré en contacto gracias al entonces cónsul de España en Tetuán, Javier Jiménez Ugarte, y, por fin y por no ser exhaustivo, con algunas personas como María del Carmen Ochoa que respiraron de manera directa o indirecta el ambiente de Larache y frecuentaron el escenario donde la novela se desarrolla.

El tercer hito del camino que he recorrido para escribir *Tetuán y Larache 1936* se corresponde con las visitas que en diferentes etapas he realizado a los lugares que aparecen en ella. Para describir situaciones, me resulta imprescindible visitar y andurrear los lugares en los que tienen lugar para empaparme del velo que las envuelve e intentar introducirlo en lo que escribo. Impulsado por esta necesidad, he pateado las partes de Ceuta, Larache, Tetuán y Las Palmas de Gran Canaria que ocupan páginas de la novela y he creído palpar el ambiente que las rodea.

Quizá oriente el lector una breve aclaración sobre los personajes reales y los ficticios que surcan *Tetuán y Larache 1936*. Para ello no es necesario adentrarse en una relación pormenorizada de unos y otros. Lo hace mucho más fácil acudir al método de la exclusión. Todos los personajes principales o secundarios que dan vida a la novela son reales menos los siguientes ficticios: Pedro Robi, padre e hijo, Francisco Tenoll, Amparo y Magdalena Ninet, Isaac y Abraham Muchatiel, Joshua Cohen, Macarena Albelda, Eloísa Dupereur y Aurora Peris. El prostíbulo El Escondite es fruto de mi imaginación y de a lo que me han llevado varias lecturas.

No quiero poner el punto final sin dar las gracias a los que sin desmayo desde *La ciudad del Lucus* siguen leyendo mis con esta ya siete novelas históricas y que nutren con su aliento este muy largo empeño.

Quiero agradecer una vez más el apoyo de mi mujer Carmen González-Serrano, que es muy variado e intenso. Me acompaña en mis «viajes novelísticos», soporta con paciencia mis largas encerronas documentales y redactoras, y acepta, aunque con algún refunfuño comprensible porque la ocupación de espacio aumenta y aumenta, la llegada por aluvión de la voluminosa documentación que utilizo en cada novela, y, para colmo, siempre es la primera lectora atenta y puntillosa del texto final.

Doy sentidas gracias a Guadalupe Díaz, que con habilidad y paciencia traduce mis enmarañados textos a lo entendible.

Francisco Cazorla, Justo Garzón, Antonio Martínez Lafuente, Rafael Barrio de Penagos y Eduardo Bermúdez han tenido la generosidad de leer el texto antes de remitirlo al editor y sus acertadas observaciones me han resultado de gran utilidad. Muchísimas gracias a todos ellos.

A Almuzara, encarnada en mi amigo Manuel Pimentel, le renuevo mi agradecimiento con *Tetuán y Larache 1936*, que es el octavo título que figura en Almuzara. Me apoyó en mi faceta literaria desde el primer momento y esto es una deuda impagable, al menos para mí. Ángeles López es una editora competente, cordial y dedicada a quien le doy las gracias una vez más.

Novo Sancti Petri, Chiclana de la Frontera, Cádiz,
el 7 de agosto de 2024.
Luis María Cazorla Prieto

---

* Ediciones La Librería, Madrid, 2015.

** E. Trías, Creaciones filosóficas, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2009, volumen II, página 17.

*** A. Pau Pedrón, Manual de Escapología, Trotta, Madrid, 2019.

**** Entre otros, entresaco *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil*, Alianza Editorial, Madrid, 2001; El primer asesinato de Franco, con M. Ull y Cecilio Yusta, Crítica, Barcelona, 2018; *El gran error de la República*, Crítica, Barcelona, 2021 y recientemente *La forja de un historiador*, Crítica, Barcelona, 2024

***** Especialmente *Actitud de los moros ante el alzamiento: Marruecos 1936, 1997.*

El presente libro, por encomienda de la editorial Almuzara, se terminó de imprimir el 11 de abril de 2025. Tal día, de 1936, se estrena en toda España la película Morena Clara*, dirigida por Florián Rey y protagonizada por Imperio Argentina, que constituye el mayor éxito comercial del cine español hasta entonces.*